

Guy des Cars

LA CATEDRAL DEL ODIO

El protagonista de esta novela, André Serval, tiene el proyecto de construir en París una nueva catedral, símbolo de la unión del pueblo francés y compendio de las más importantes tendencias artísticas. Pero Serval no es hombre a quien se le ocurra edificar sobre arena, ni al azar, una catedral en París. Estudia durante años el plano de la capital, antes de adoptar su grave decisión. El proyecto encuentra seria oposición, y sólo una muchacha, que se enamora de Serval, intenta ayudarle. Sin embargo, este amor plantea al protagonista nuevos problemas, que desembocan en un final dramático, inesperado.

Guy des Cars

La catedral del odio

Colección Reno - 445

ePub r1.0
Café mañanero 14-11-2023

Guy des Cars, 1969
Traducción: F. Ortega Otero

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 11/2023
ePub base r2.1


LA CATEDRAL DEL ODIO

Guy des Cars

LA NOTICIA

Era la más vulgar gacetilla, la más extraña también… Lo habían matado porque deseaba construir una catedral… Parecía increíble… Increíble que lo hubieran asesinado por tal motivo, descabellado también que en una época materialista existiese un hombre al servicio exclusivo de una gran idea. Pero era cierto, y Moreau estaba convencido. Por vigésima vez revivió en su memoria el prodigioso curso de los acontecimientos que, a pesar suyo, lo habían encadenado a la extraña aventura…

¿Acontecimientos? Más bien las reglas inmutables de su profesión. Porque era periodista: periodista nato. Periodista de vocación contra la voluntad de su padre que hubiera preferido hacer de él un funcionario estable. Pero el joven sentía un instintivo horror por la vida tranquila. ¿No había sido expulsado de distintos centros de enseñanza por dedicarse a publicar clandestinamente en ellos, a la edad de doce años, periódicos compuestos por su propia mano?

Con verdadera impaciencia había esperado su mayoría de edad para separarse de una familia incomprensiva y vagar de periódico en periódico con la esperanza de colocar en alguno el artículo o la información sensacional que en pocas horas hicieran de él, totalmente desconocido, el hombre cuya prosa se disputarían los diarios del mundo entero.

Diez años habían pasado y el pobre muchacho empezaba a desconfiar… Como todas las mañanas, desde que trabajaba en un diario de la tarde, andaba ocioso por una de las salas de redacción consumiendo cigarrillo tras cigarrillo y preguntándose qué misión le encomendaría el redactor jefe, Duvernier, para la primera edición de aquel día. Las palabras «artículo» y «escribir» jamás acudían a la mente de Moreau, sabedor de que su tarea se limitaba a utilizar las tijeras, el tarro de goma y si acaso la estilográfica. Los dos primeros instrumentos de trabajo le permitían reducir a un suelto de cinco líneas un interminable artículo usurpado a cualquier colega… El tercero, por lo contrario, le sería indispensable para disfrazar cualquier información tomada de un rival o de un telegrama de agencia… Lamentable tarea que había de ser

realizada con ritmo acelerado y pagada estrictamente según la tarifa sindical. Por eso el joven se repetía a menudo, después de entregar la ruin tarea a su superior jerárquico: «Es la última vez que vengo a esta casa…». Pero, impulsado por la fiebre secreta que lo tenía envenenado desde sus más tiernos años, a la mañana siguiente volvía a hallarse en su puesto habitual, en la fumosa sala de redacción.

Raro era que volviese del despacho de Duvernier sin que lo hubiera denostado aquel hombre grueso, egoísta y falto de escrúpulos. La víspera, sin ir más lejos, las últimas palabras del redactor jefe le llegaron preñadas de amenazas:

—No me tiene nada contento… Y el jefe tampoco lo está… Cualquiera diría que se aprovecha usted de ser uno de los redactores más antiguos en este servicio para desembarazarse de todo el trabajo enojoso, que hace recaer en sus camaradas más jóvenes. Y lo más grave es que no aporta usted ni una sola idea interesante para una información. Pasivamente espera cada mañana que sea yo quien se la facilite.

—¿Cómo quiere usted que tenga yo «ideas» en un periódico donde hay un hombre como usted, que encuentra diez por minuto? En primer término, a usted no le agrada que los redactores a sus órdenes tengan ideas… A usted le sobran. Y cada vez que yo le he propuesto una, usted me ha dicho que no vale nada… Para eso prefiero no tener ninguna…

—¡Ninguna de sus ideas era publicable! Aún no ha comprendido usted, y eso que ya no es nuevo en la profesión, que si en los momentos actuales a la gente le falta tiempo para soñar, no es precisamente la Prensa moderna la más a propósito para dedicarse a la poesía… El caso de usted es bastante serio, Moreau… Y me veo en la penosa obligación de comunicarle que si de aquí a un mes no me trae usted una idea excelente para una información, la Dirección se considerará obligada a prescindir de sus servicios… ¡Aquí hay que dar rendimiento!

El joven había salido descorazonado del despacho de su jefe. Y sin el menor entusiasmo volvió al mismo a la mañana siguiente, inmediatamente después que la seca voz de Duvernier le dijo por teléfono:

—¡Venga enseguida! Tengo algo para usted.

A los cinco minutos, y acompañado de un fotógrafo, Moreau se dirigía en un taxi hacia la orilla izquierda.

* * *

—Conozco perfectamente la fachada del edificio donde ha ocurrido eso —dijo el fotógrafo durante el rápido recorrido—. Es una de las más antiguas de la calle de Verneuil.

Moreau no prestó atención alguna a las palabras de su compañero. Permanecía mudo, perdido en sus pensamientos, en los que dominaba una rabia imponente e íntima: una vez más le enviaba Duvernier al lugar de un crimen. Era casi risible… Los crímenes no le interesaban a Moreau desde hacía tiempo; para él era un trabajo monótono. No había necesidad de llegar hasta la calle de Verneuil para saber cómo se desarrollarían las cosas, según expresión del fotógrafo… Durante diez años había dado noticia de unos cien crímenes: crapulosos unos, por intereses otros, crímenes sórdidos, crímenes inexplicables, crímenes pasionales sobre todo… De ellos no quedaba en su memoria más que una impresión de disgusto por la obligación que se le había impuesto y de menosprecio hacia el lector ávido de sangre «en la primera página». Del centenar de asesinos había si acaso tres o cuatro interesantes y cuyo mecanismo psicológico hubiera sido apasionante estudiar, pero tales casos, una vez que Moreau había redactado su primer suelto al estilo de las comisarías, fueron confiados a un redactor que se decía especializado en la materia y que de ello hacía cuestión personal. Y el joven volvió a incurrir en la mediocridad de otras gacetillas. De antemano sabía que esta vez ocurriría lo mismo.

El único dato que Duvernier le había dado al confiarle el encargo, había sido:

—Hará cosa de una hora han encontrado un hombre asesinado en una buhardilla de la calle de Verneuil. El cuerpo aparece traspasado por seis balas de revólver: todo el cargador seguramente. Vaya a ver… ¡Quién sabe! Pero, sobre todo, no tarde si el asunto no ofrece interés. De todos modos, si algo le retiene allí, no deje de telefonearme unas líneas para la primera edición.

¿Seis balas de revólver? Era la marca típica del crimen vulgar. Si el asesino se hubiese valido de algún arma blanca o incluso hubiese estrangulado a su víctima, el caso hubiera sido menos trivial, pero el revólver no daba derecho a más de veinte líneas en el periódico.

Cuando el taxi se detuvo ante el inmueble, había en la acera, obstruyendo la entrada, guardada por dos agentes, el habitual grupo de curiosos y de gente del barrio. También se hallaba allí la portera, que, a todo el que deseaba oírla, le relataba su macabro descubrimiento. Había, además, el cotidiano vaivén de la calle, el tránsito de coches, el de los indiferentes a quienes nada importaba

que hubiera un hombre menos en el mundo… Alrededor del silencioso inmueble, la vida continuaba.

Después de haberse identificado como periodista, Moreau franqueó el umbral interceptado por los agentes y, seguido del fotógrafo, se sumió en la oscuridad interior. El drama se había desarrollado en el último piso, al cual no se podía llegar más que subiendo los gastados peldaños de una escalera donde, año tras año, se habían acumulado todos los olores nauseabundos.

Al llegar al rellano del quinto, Moreau vio un pequeño grupo de hombres que discutían ante una puerta baja y tomaban notas en agendas o en cuadernos de bolsillo. Todos los colegas de los periódicos rivales se le habían adelantado, pero lo mismo le daba: ¿qué podían contar ellos más que él? Un crimen es un crimen, ni más ni menos.

—¿Quieres que te preste las notas que he recogido? —le ofreció uno de ellos—. Eso te evitará perder el tiempo.

—Gracias, pero prefiero darme cuenta por mí mismo.

Moreau estaba ya en el umbral de la extraña pieza, bastante larga y estrecha, que constituía todo el departamento. El moblaje era de lo más sumario: a la izquierda de la puerta, una cama de hierro tan pequeña, que uno se preguntaba cómo un hombre de talla normal podría tenderse allí. Cerca de la cama, una mesa de madera blanca toda cubierta de legajos voluminosos. Y delante de la mesa, la única silla de la estancia: una silla de cocina, de anea. La pared opuesta estaba oculta por una percha donde había colgado unos cuantos trajes de escaso valor que se divisaban a través de una cortina destinada a disimular tanta miseria… La luz solar entraba por una sola ventana abuhardillada, por cierto abierta, a través de la cual no se podía ni ver la calle, oculta por un canalón: la vista quedaba limitada a un conjunto de chimeneas que sobresalían de un horizonte de tejados. El sol de junio penetraba en sesgos polvorientos para acariciar el objeto que ocupaba el centro de la estancia y que atraía todas las miradas desde que se franqueaba aquel umbral… ¿Un objeto? Más bien una curiosa construcción de dimensiones reducidas: la maqueta de una rara catedral de estilo moderno. Hallábase colocada sobre una larga tabla sostenida a su vez por dos caballetes. Iluminada por los rayos solares, la catedral en miniatura resplandecía de blanca y aportaba un matiz fantasmagórico a la humilde habitación. Al pie de uno de los caballetes, yacía el cuerpo de un hombre tendido boca arriba, con los brazos en cruz, y cuya extinguida mirada parecía fija en las dos agujas armoniosamente dispuestas que remontaban las torres de la catedral.

Era un espectáculo estremecedor. Moreau, que ya había recibido muchas «primeras impresiones» de crímenes, jamás había sentido una que a la vez tuviese aquella grandeza trágica y aquel carácter ridículo… Grandeza por la presencia del muerto, que parecía crucificado al pie del edificio religioso y cuya talla —al periodista le llamó la atención el detalle— era inmensa: cerca de dos metros. El hombre era fuerte también: un coloso abatido por la muerte… Y ridiculez por la desproporción entre la maqueta, que evocaba una admirable construcción infantil, y la figura yacente. Todo parecía inimaginable en la buhardilla de un tranquilo inmueble de la orilla izquierda: uno podía preguntarse si estaba soñando o si se hallaba ante un decorado macabro ideado para alguna película de miedo.

—¿Qué te parece todo esto? —dijo al fin Moreau al fotógrafo, que también permanecía como clavado en el umbral.

—Lograré un clisé magnífico.

En la estancia había más gente: el juez de instrucción, Duroc, a quien Moreau conocía desde hacía años; el comisario de Policía del distrito, los encargados de los servicios antropométricos y de identificación judicial, y el médico forense, al cual preguntó el periodista:

—¿Cuál es su opinión, doctor?

—¿Mi opinión, amigo? No puede ser más sencilla: la muerte fue instantánea. De las seis balas recibidas, dos le interesaron el corazón.

—Pero, según usted, ¿dónde estaba el asesino cuando disparó?

—Al otro lado de ese juguete sin duda alguna —y señaló la maqueta—. De las primeras pruebas practicadas se desprende que se ocultó en la percha, de donde saldría para matar de frente a ese hombre. No debió de tomar ninguna precaución y descargó fríamente el arma. Por lo que a mí se refiere, entiende, que la misión mía ha terminado.

—Por ahora no quiero periodistas aquí —dijo el juez—. Puede volver más tarde, señor Moreau.

—¿Más tarde? Creo conocerle, señor Duroc, y más tarde habrá usted mandado sellar la puerta. —Y se volvió hacia el fotógrafo para decirle en voz baja—: Apresúrate a trabajar antes que nos expulsen.

El otro así lo hizo.

—Nada de fotos —gritó un agente.

—¿Nada de fotos? —replicó Moreau—. ¿Y qué me dice de la libertad de Prensa? Si usted desea que yo escriba que se nos dificulta nuestra labor, por mi parte no hay inconveniente.

—¡Vamos, vamos! Ya nos sabemos la cantinela… —contestó el agente empujándolos hacia el rellano.

—¡Salvaje! —gruñó el de la máquina cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

Los demás periodistas seguían allí, esperándolos.

—Cualquiera diría que parecéis más temibles que los demás —dijo uno de ellos en tono burlón.

—Seguramente —fue la respuesta de Moreau—. Unos minutos nos han bastado para descubrir todo cuanto hay que ver aquí… Pero me pregunto qué esperáis aún… Para el interés que esto ofrece… Ese buen hombre debía de ser un iluso: eso es todo.

Y comenzó a descender por la escalera dándole prisa al fotógrafo. Cuando llegaron al solitario rellano del segundo piso, dijo a su acompañante:

—Vete sin perder tiempo al periódico y entrega ese clisé. Aún hay tiempo para que aparezca en la primera edición. Será de un efecto enorme ver al hombre tendido a los pies de una catedral… Duvernier se pondrá contento. Dile en cuanto llegue que le trasladaré por teléfono mis cuartillas de aquí a una hora lo más…

—¿Qué piensas hacer?

—Eso es de mi incumbencia.

—¿Te interesa entonces el caso?

—Aún no lo sé. Pero se presenta de una forma distinta a otros.

—Verdaderamente, la maqueta instalada en ese cuchitril es intrigante…

—Tú lo has dicho, amigo. Ésa es la palabra: intrigante… Hasta luego. Date prisa.

Cuando se quedó solo no hizo milagros, porque éstos no se dan en la profesión. Se contentó con mostrarse lógico y emplear los antiguos métodos, que son siempre los mejores: la conversación a solas con la portera, en cuya mano se desliza un billete; visitar a diferentes inquilinos del inmueble, generalmente ansiosos de que un periodista les pregunte su opinión aunque nada hayan visto; la frase trivial cambiada con un individuo cualquiera que vaya por los parajes donde se ha cometido el crimen y que quiere dar la impresión de saber más que todo el mundo; el instinto, en una palabra, que a menudo induce a cometer errores, pero al que hay que confiarse de vez en cuando porque no hay otro medio de investigación… Moreau hizo todo esto con más celeridad que sus colegas, que seguían en el rellano del quinto piso, esperando recoger las migajas que la autoridad judicial quisiera arrojarles…

* * *

Cuando dos horas después llamó por teléfono a su redactor jefe, le refirió cosas sorprendentes.

Tras haberlo escuchado sus buenos cinco minutos, Duvernier le dijo:

—He pasado un auricular a un secretario, el cual ha tomado notas taquigráficas. Pero tengo la impresión de que está usted completamente loco, muchacho. Si yo permitiese que se publicara sólo la cuarta parte de lo que acaba de decirme, no habría ya en la vida quien nos tomara en serio. El que yo le previniese ayer que deseaba que usted me trajera un buen asunto informativo, no quiere decir que vaya a escribir a base del primer crimen que se presente. Desconfíe de su imaginación, Moreau, porque así se perderá… Con ese comienzo rocambolesco, henos lanzados en plena fantasía… Se lo repito por última vez: nada de poesía en la profesión… Son hechos lo que el lector quiere… Menos mal que la fotografía es buena. La incluiré en primera página y debajo algunas líneas de su prosa… Con eso, no podrá decirse que no hemos hablado del asunto… Vuelva lo antes posible: ha de ir a la Feria de París, que esta tarde inaugura el ministro de Comercio.

El característico ruido de haber colgado puso término a la conversación. Moreau, con el aparato aún en la mano, estaba blanco de rabia. Su interlocutor no había comprendido nada. Era incapaz de comprender. ¿Cómo iba a tener aquel hombre, tan cerrado de mollera, la sensibilidad suficiente para hacerse cargo de que si aquel coloso había sido abatido ante la catedral en miniatura era ni más ni menos porque lo que él anhelaba era edificar un templo real, inmenso y admirable, cuya construcción hubiera implicado durante mucho tiempo un hálito de grandeza y de paz sobre el país? Al hombre aquel lo habían matado porque nuestra época teme a todos cuantos tienen alteza de miras… ¿Y hay algo más noble que una catedral?

* * *

La primera intención del joven fue no aparecer por el periódico en un mes, plazo que su jefe le había concedido para que le presentara una información «sensacional». Naturalmente, no estaba dispuesto a hacer acto de presencia en la Feria de París. Cualquier redactor le remplazaría ventajosamente para dar cuenta de aquella manifestación popular y comercial que él llamaba

irónicamente «fiesta del espíritu», pero que consideraba en el mismo plano que una Vuelta ciclista a Francia o una exposición de Artesanía.

En cuanto recogió los primeros informes sobre la extraña personalidad del individuo asesinado, intuyó que se hallaba ante uno de los casos más curiosos de estos últimos tiempos. Sabía el nombre del muerto: Andrés Serval. También la edad: cuarenta y cinco años. La misma que él hubiera atribuido a aquel cuerpo yacente con los brazos en cruz: el rostro era noble y los rasgos, jóvenes todavía. La única nota curiosa de aquella figura en plena madurez la ofrecía la abundante cabellera, completamente blanca. Pero ésta no envejecía al personaje, sino que le infundía una especie de dulzura y belleza. De pie y vivo, el hombre debía de haber sido impresionante.

También se había enterado Moreau de que aquel hombre vivía solo en la buhardilla desde hacía veinte años. No se le conocía amancebamiento alguno. Una sola mujer le había visitado varias veces, pero hacía cuatro años que no iba por allí. Según la portera, aquella mujer elegante y bella no mostraba afán de ocultarse: presentábase en pleno día y jamás sus visitas fueron largas.

Además de ella, Serval había recibido —y esto hasta la víspera de su muerte— a varios visitantes, hombres todos y casi siempre los mismos. La portera creía que eran unos diez, y pasaban directamente sin jamás preguntar nada. Aquellos hombres, cuyo porte era bastante modesto, parecían de edad aproximada a la del individuo a quien iban a visitar. Uno de ellos acudía todas las mañanas desde hacía diez años: su fisonomía era la más familiar a la portera, a quien saludaba con una simple inclinación de cabeza, sin jamás decirle nada. Ese deliberado silencio era lo que más intrigaba a la buena mujer. Moreau se dio cuenta cuando ella le dijo:

—Demasiado misterio el de los visitantes, señor. Esto tenía que acabar mal.

Idénticos informes había recogido la Policía antes que Moreau, por lo que no sorprendió a éste, cuando volvió de telefonear al periódico, encontrar paseando ante el inmueble a dos inspectores conocidos suyos: Berthet y Jalin.

—Amigo Moreau —dijo el primero—, ¿vuelve usted para realizar su investigación personal después de haber dado al periódico un avance de noticias?

—Desde hace tiempo sé que no es posible ocultarle nada, inspector… ¿Y usted? ¿Por qué no está arriba?

—Porque allí no tengo nada que hacer… Los servicios de la Prefectura han levantado el cadáver y sellado el aposento.

—¿Debo pensar entonces que esperan ustedes a un personaje interesante por esta calle?

—No a uno, a varios —respondió el inspector sonriendo—. Ese pobre hombre tenía relaciones, muchas relaciones.

—¿Me permiten que espere en compañía de ustedes?

—Debo decirle que en cuanto echemos mano a esos señores, serán conducidos sin perder tiempo al Quai des Orfevres, donde nos hallaremos más cómodos que en plena calle para dirigirles algunas preguntas.

—¿No pueden ustedes atraparlos en sus respectivos domicilios?

—Tenga presente que el interfecto no tenía anotadas sus direcciones en ninguno de los voluminosos legajos que ocupaban la única mesa de su cuarto.

—¿No le parece extraño, inspector? Acaso tuviera un cuadernillo de notas…

—Ni siquiera eso. Debía de tener una memoria excelente.

—En resumen, que lo mejor será que me vaya al Juzgado y espere allí pacientemente.

—No me atrevo a aconsejarle… Usted conoce aquellos encantadores lugares tan bien como yo desde que los periódicos le mandan a husmear. Incluso tiene allí buenos amigos, para quienes será un placer hacerle algunas confidencias interesantes. Naturalmente, yo no he dicho nada…

—Hasta luego, inspector. ¡Y buena suerte! Me alegra por usted que estemos en junio: siempre es más agradable montar la guardia con buen tiempo. Los periodistas le queremos tanto, que sentimos sus incomodidades.

Y se alejó con paso tranquilo, como si dispusiese de tiempo sobrado para realizar su tarea informativa. Pero en cuanto dobló la esquina de la calle de Beaune, se metió en un taxi gritando al chófer:

—¡Quai des Orfevres! ¡De prisa!

No perdió tiempo desde que llegó. A los diez minutos salió del siniestro edificio y se dirigió, esta vez sin apresurarse, hacia el bulevar del Palais. Si los inspectores Berthet y Jalin hubiesen pasado por allí en aquellos momentos, le hubieran visto tranquilamente sentado en la terraza del «Café du Palais» ante un jarro de cerveza y tomándose un reconfortante bocadillo. Tenía que cobrar fuerzas: la espera podía ser larga. Antes de sentarse, el joven había informado de su presencia a la telefonista del establecimiento. De momento no podía hacer nada ni moverse de allí sin haber recibido una llamada telefónica que había de llegarle desde el Departamento de Policía.

El amigo a quien había visitado, cumplía siempre su palabra. Por lo demás, la modesta información que facilitara al periodista no iba a entorpecer

en absoluto la buena marcha de las pesquisas oficiales. Moreau le había dicho simplemente:

—¿Puedes hacerme un favor? No debo exponerme a que se me vea rondando ante la puerta del juez de instrucción, en inútil espera de unas noticias que no me serán facilitadas… Duroc es un hurón que detesta a los periodistas… Creo que lo más prudente será que yo me acomode lo más inocentemente posible en el «Café du Palais», adonde tú me llamarás por teléfono para comunicarme, antes que los demás colegas puedan enterarse, la información confidencial que necesito. Por mi parte, me comprometo a no servirme de ella en mi periódico antes de un mes; para entonces, la investigación judicial habrá avanzado bastante y lo que yo entonces publique no la entorpecerá… Duroc ha encomendado a Berthet y a Jalin la tarea de traerle a ciertos individuos a quienes Serval, el asesinado de la calle de Verneuil, recibía frecuentemente en su domicilio… Conozco a los dos inspectores: son muy sagaces. ¡Perros viejos! No transcurrirá la jornada sin que echen mano a uno u otro de esos hombres. Y en cuanto el primero de ellos haya sido interrogado habilidosamente en el despacho de Duroc, arréglatelas para enterarte de su nombre y, sobre todo, de su dirección. Es todo lo que te pido. Como ves, no demasiado.

De momento, no le quedaba sino esperar en la terraza del café, contemplando el espectáculo incesantemente renovado del paseo. Hacia las cuatro de la tarde, un botones se acercó al periodista, que ya empezaba a impacientarse pensando si habría acertado quedándose en el Palacio de Justicia:

—Señor Moreau, le llaman por teléfono.

El joven corrió hacia el locutorio, del que salió radiante. Conocía ya un nombre y una dirección. Rodier era el apellido del primer visitante que había acudido al domicilio de Serval y a quien el juez de instrucción acababa de interrogar en su despacho; al parecer, Duroc no tenía contra él motivo alguno de inculpación, puesto que le había dejado partir tras veinte minutos de interrogatorio. «Era un hombre de edad», le había infamado por teléfono el amigo de Moreau. Las señas eran imprecisas: Rodier había dado como referencia al juez de instrucción el sitio donde trabajaba: «Galerías del Mueble», en el barrio de Saint-Antoine.

Como todo el mundo, Moreau conocía de nombre aquellos almacenes gracias a la constante publicidad que los fijaba en la memoria de la gente cuatro veces al día por radio, en las películas anunciadoras, durante los intervalos en los cines, y en la propaganda tenaz que ocupaba páginas enteras

de los periódicos. ¿Quién ignoraba en Francia la existencia de las «Galerías del Mueble»?

Moreau se personó allí enseguida, dispuesto a utilizar su documento profesional para llegar hasta el nombrado Rodier.

Cuando preguntó al primer dependiente que encontró en el vestíbulo del establecimiento dónde podría hablar con el señor Rodier, el interpelado le respondió sin vacilar:

—¿Rodier? No conozco ese nombre por aquí, señor. No creo que sea el de ningún empleado… Diríjase, sin embargo, al jefe de Personal.

Fue lo que hizo el periodista sin resultado alguno, pero cuando Moreau mostró su documento de identidad, el funcionario se mostró más amable:

—Lo presentaré a nuestro director, que acaso pueda informarle.

Después de recorrer un dédalo de escaleras y pasillos, Moreau fue introducido al fin en el confortable despacho de Julio Picassol, director-fundador-animador y principal accionista —todo un acaparador de cargos— de las «Galerías del Mueble», el moderno templo del arte de chapear.

Picassol era un señor con lentes, rechoncho, afable y astuto. Él mismo había ideado las frases publicitarias que le habían permitido vender sin grandes dificultades, y desde hacía años, estudios amueblados facturados por toneladas y garantizados por cierto tiempo. Además, para los bolsillos no muy llenos encarnaba una especie de Providencia gracias a las ventas a plazos; los modestos bolsillos así lo creían al menos; pero, en realidad, Picassol se beneficiaba ampliamente con tales ventas.

Una vez más hizo efecto el documento profesional.

—Pertenece usted a un gran periódico, señor Moreau —declaró el director de «Galerías del Mueble», levantándose al entrar el reportero. Luego añadió con exquisita amabilidad—: Para mí constituye un verdadero placer conocerle… Pero siéntese, tenga la bondad… ¿Un cigarrillo? ¿Podría conocer el motivo de su visita?

No era caso de confesar al parlanchín hombrecillo que las «Galerías del Mueble» y su director no ofrecían para él sino un interés secundario, y que el único personaje por el cual el redactor del «gran periódico» se había desplazado era un tal Rodier, amigo, o conocido al menos, de un hombre que aquella misma mañana había sido asesinado en la calle de Verneuil. Seguramente Picassol habría leído ya la noticia y visto la fotografía en la primera edición del diario. Si Moreau dejaba entender que sólo se interesaba por un enigma de índole criminal, pocas probabilidades tendría de que el director del establecimiento le invitase a recorrer las diferentes secciones;

pero si, por el contrario, le hacía creer que estaba dispuesto a mostrar interés —en forma de brillante reportaje— por la intensa actividad de la firma, no había razón alguna para que Picassol le impidiese recorrer los distintos servicios de la importante empresa, desde los salones de exposición y venta hasta los talleres de fabricación en serie.

—Me envía mi periódico, señor Picassol, para que haga un trabajo sobre esta organización admirable.

No sin enrojecer de satisfacción, el hombrecillo se apresuró a contestar:

—Me alegra mucho, señor Moreau… Figúrese que ayer precisamente le decía a mi Consejo de Administración que me extrañaba que aún no se hubiera publicado ninguna información extensa sobre nuestra grandiosa actividad… Me imagino que podría ser apasionante para los lectores.

—Y excelente para usted como publicidad —añadió Moreau gentilmente.

—Excelente, es verdad… Yo incluso diría que necesaria. Considero que desde hace años se viene desacreditando la fabricación de muebles en serie… Y eso es un verdadero escándalo, además de injusto… Usted mismo habrá oído muchas veces esta frase, que muchos dicen despectivamente ante un interior moderno: «No me gusta nada. Cualquiera diría que procede de las “Galerías del Mueble”». Juicios así son indignantes. Yo soy de los que creen sinceramente en las ventajas del mueble fabricado en serie…

—Con su cuenta y razón…

—Después de todo, no es más feo que otro cualquiera. Sus líneas, simples y prácticas, armonizan perfectamente con la decoración actual de las construcciones corrientes.

—Ya estoy harto de esa sarta de despropósitos contra mis rinconeras o mis camas plegables… No me gusta oír esas fáciles chacotas, obra de individuos envidiosos de mi preponderancia comercial, con respecto a mi fabricación. Es un escándalo que debe cesar inmediatamente, y eso se conseguirá gracias a la información que hará usted y que dejará cada cosa en su lugar.

Arrebatado por una santa cólera, Picassol se había erguido tras su mesa. A Moreau le pareció más pequeño aún.

—Yo soy un industrial como los demás y más consciente que muchos. En nuestros días todo debe industrializarse. Ha pasado la era del mueble artístico, cuya fabricación exigía meses de trabajo a los obreros… Esos métodos arcaicos deben dejar paso a las exigencias de una clientela que desea ser atendida rápidamente y que no tiene siquiera tiempo para escoger… Francamente, señor Moreau, ¿cree usted que en una época en que, sin

esfuerzo alguno, gana cualquiera varios millones gracias a la Lotería Nacional, puede el comprador esperar hasta años para tener el mueble que necesita? ¿Qué ha de hacer, pues?

—Dirigirse a las «Galerías del Mueble».

—Ni más ni menos.

Picassol era todo un cruzado del mueble fabricado en serie. Y prosiguió con vehemencia:

—Eso es lo que tiene usted que decirles a los lectores. Es indispensable que éstos sepan de una vez para siempre que adquirir muebles antiguos o tenidos por tales —a usted le consta tan bien como a mí que todas las antigüedades son vendidas, revendidas, conocidas y renovadas incesantemente—, que comprar de lance es para el cliente un verdadero atraso. Es como si la gente del Renacimiento se hubiera encastillado en vivir entre muebles de la Edad Media… Si así lo hubiesen hecho, señor, ni hubiera habido Renacimiento ni nada después… ¡Nada! Considero que amueblar hoy una casa modernamente revela en el que lo hace que sigue la marcha de su tiempo, que no está caduco. Usted, para desarrollar en las columnas de su periódico este tema tan inédito como grandioso… Para facilitar su tarea, voy a tener el gusto de acompañarle en un recorrido por mis talleres. Así podrá usted comprobar cómo Julio Picassol sabe emplear a quinientos obreros del ramo. ¡Quinientos, señor Moreau! Ni uno menos. ¿No le dice eso nada?

—¡Oh, sí, me dice mucho!

—Así podrá usted luego vanagloriarse ante sus colegas que no han tenido la ocurrencia de venir a verme, de ser el único periodista del mundo a quien he revelado los pequeños secretos de mi fabricación.

Y así diciendo se llevó a un Moreau aturdido que no podía hacer otra cosa que asentir ante aquel diluvio de palabras. Un ascensor los dejó en lo más alto del templo del mueble, esto es, en el octavo piso. Abriose una gran puerta vidriera y Moreau penetró en el santuario.

Bajo una inmensa cristalera, obreros y aprendices iban y venían, entre nubes de serrín, pisoteando virutas. Un ensordecedor ruido de máquinas subía del piso inferior. Una vibración constante sacudía el material y a los que se afanaban para salir airosos de su cometido. Las poleas giraban vertiginosas; las correas transmitían el movimiento y las piezas de madera se alineaban en serie, todas iguales… Era la primera vez en su vida que el periodista penetraba en una fábrica de muebles. Y estaba trastornado. Las palabras «mueble» y «fábrica» no se compenetraban; se repelían… Sólo la insensata fiebre de los tiempos modernos había podido cometer el sacrilegio de

comercializar a ultranza una de las industrias artesanas que habían sabido resistir tenazmente las acometidas de un supuesto progreso.

Moreau distaba de ser un espíritu retrógrado. Incluso predicaba cuantas veces podía, en sus febles artículos, que había que ir con el tiempo; pero eso no le impedía establecer una justa comparación entre los muebles fabricados en serie actualmente y los producidos sólo cincuenta años antes. Los talleres de ebanistas y de carpinteros debían de ser entonces verdaderos museos donde se conservaban las tradiciones de una corporación transmitida de generación en generación de oficiales. En aquéllos debía de tenerse afición al trabajo cuidadoso; en la fábrica de Picassol, era necesario producir a todo trance, contra reloj y en el menor tiempo posible, a fin de abaratar el precio de coste.

El periodista no podía distinguir gran cosa en aquel torbellino de polvo; así que preguntó al director de la fábrica:

—¿Qué es lo que producen aquí?

—Brazos de sillones, que serán ensamblados en otro taller. Aquí se practica el trabajo en cadena, exactamente como en la fabricación de automóviles… Las piezas en bruto llegan en este montacargas y salen de aquí pulidas y barnizadas para el otro extremo del taller. Todas van numeradas: no hay más que ajustarlas en los respaldos o los asientos cuyos números coincidan y que en este momento se fabrican en las secciones octava y novena…

Picassol contemplaba con orgullo su obra. Después de haber aspirado largamente el olor del serrín, declaró soberbio:

—Contemple a todos los que trabajan. De no ser por mí, estarían parados. Yo he sido su Providencia.

Moreau prefirió no contestar. Miró a los obreros, con mono azul, alineados uno junto a otro, sudorosos, impregnados de polvo, encorvados sobre su interminable tarea. Y no pudo evitar que su pensamiento evocara una vez más a los artesanos de tiempos pasados… Se imaginó, aun sin haberlas conocido, las trastiendas donde las manos de aquellos creadores de un patrimonio artístico desbastaban la madera de roble con más agilidad y delicadeza que las encajeras de Valenciennes realizaban su trabajo. Reconoció de súbito el abismo existente entre el verdadero arte y el comercio, entre la antigua y la nueva concepción del trabajo. Y comprendió al fin por qué Picassol le horrorizaba. Aquel hombrecillo no era la Providencia, sino el Monstruo del mueble; el que comercializaba y quitaba toda personalidad a la obra del hombre.

«La gente de nuestra época no dispone de tiempo para consagrarse al arte —pensó Moreau melancólicamente—. Pero ¿dónde se ocultan los auténticos, los últimos artistas?».

Los obreros que tenía ante sí, eran relativamente jóvenes y no resultaba difícil adivinar que su trabajo no les interesaba más que una vez por semana, los viernes, día en que cobraban. Mas seguramente se apasionaban por cualquier película de *gangsters* o por un combate de catch…

El periodista se mostraba pensativo, oyendo distraídamente las explicaciones de Picassol, que procuraba, sin visible éxito, anegarlo en un diluvio de estadísticas:

—Este mes hemos llegado a los ciento ochenta y cinco dormitorios en imitación de caoba, lo que significa cuarenta y dos más que el mes pasado. Nuestro ritmo de producción aumenta…

Moreau ni siquiera le escuchaba. Acababa de distinguir, entre los obreros, a un hombre de indudable más edad que los otros, que llevaba gafas y que vigilaba atentamente la buena marcha de una máquina alisadora.

—¿Le interesa su trabajo? —le preguntó el periodista.

El hombre levantó la cabeza bruscamente y le miró con sorpresa:

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque soy periodista, y cuando realizo una información en una fábrica me gusta conocer la opinión de los operarios sobre el trabajo que ejecutan.

—Todos mis obreros adoran su tarea —afirmó Picassol con vivacidad—. Por lo demás, todos tienen aptitudes extraordinarias. ¿No es así, señor Rodier?

Moreau se quedó pasmado: al pedir el testimonio directo del operario, el director de las «Galerías del Mueble» acababa de revelarle la identidad del que él buscaba. A menos que hubiera en la casa varios Rodier. Pero no parecía probable: no era un apellido corriente. Moreau se inclinó, como si quisiese ver de cerca la herramienta, para decir en voz baja al obrero, sin que Picassol se diera cuenta:

—¿No le han molestado en el Palacio de Justicia?

—¿Por qué iban a hacerlo? —respondió el obrero con calma absoluta.

—¿No se alteró usted cuando esta mañana supo la noticia?

El hombre no respondió, y Moreau, comprendiendo que Picassol intentaba escuchar su extraña conversación, volvió al tema inicial:

—Sinceramente: ¿le interesa su trabajo?

—¡No! —contestó el hombre casi con idéntica calma.

—¡Cómo, amigo! —preguntó Picassol, sofocado—. ¿Se lamenta de hallarse entre nosotros un obrero tan valioso como usted?

—No me quejo de trabajar, señor, pues lo necesito. Pero mentiría si le dijera que me agrada la tarea que usted me obliga a hacer. Creo no haber venido al mundo para realizar esta clase de trabajo. Yo estaba hecho para el oficio que escogí voluntariamente cuando empecé como aprendiz.

—¿De veras? —preguntó Moreau, intrigado—. ¿Y qué oficio era ése?

—Escultor en madera… Cuando uno ha comenzado, señor, a la edad de nueve años, y continuado el aprendizaje, para, a los cincuenta, conocer a fondo uno de los más nobles oficios manuales —la escultura en madera—, no puede en modo alguno sentir entusiasmo por alisar tableros durante ocho horas al día.

El jovial rostro de Picassol se ensombreció: no expresaba la satisfacción habitual.

—¿Y si fuésemos a otro taller? —propuso a Moreau—. Tengo precisamente cosas apasionantes que enseñarle…

—Le sigo —contestó el joven, deliberadamente amable; pero aprovechando que el director le precedía, se volvió hacia el hombre que se hallaba ante la máquina para decirle apresuradamente—: es absolutamente necesario que volvamos a vernos esta tarde, señor Rodier. ¿A qué hora termina usted de trabajar?

—A las seis…

—Pues a esa hora le esperaré fuera.

Y se reunió de nuevo con Picassol, a quien dijo:

—No sabe usted, señor Picassol, cuánto me ha complacido la visita a ese taller. No tome a mal que yo charle un poco con alguno de sus obreros. Es indispensable hacerlos hablar. Son pequeños diálogos, salpicados en una información, a la que dan vida. Inútil decir que no contaré nada más que aquello que favorezca a su admirable organización… Me guardaré de comentar que algún operario, como ese Rodier, se siente a disgusto con la tarea que ha de realizar… No encajaría bien en la teoría admirable de «trabajar con alegría».

—No sé cómo agradecérselo, señor Moreau —respondió el obeso hombrecillo estrechando con efusión las dos manos del periodista cuando salían del taller.

Perdiéronse sus voces en una escalera. Después de ajustarse las gafas, Rodier se inclinó de nuevo sobre la máquina que detestaba.

* * *

A las seis, Moreau, a quien había costado gran trabajo desembarazarse de Picassol, que deseaba mostrarle toda su organización, esperaba en la calle. En cuanto divisó a Rodier, le abordó diciendo:

—Venga a tomar un aperitivo en un café que he visto cerca de aquí.

—No bebo nunca.

—Pues yo beberé por los dos. ¿Fuma usted?

—Únicamente en pipa.

—Podrá llenarla mientras charlamos… No tardaremos. Le prometo que no le retendré más de diez minutos.

En cuanto se instalaron en una mesa aislada, el joven le preguntó suavemente:

—¿Podría decirme algo acerca de Serval?

El obrero ni abrió la boca. Moreau insistió:

—¿Iba a visitarlo con frecuencia? Usted le conocía bastante.

—¿Por qué me dirige usted las mismas preguntas que la Policía?

—Porque, desgraciadamente, el comienzo de una información suele parecerse a una investigación judicial. No es culpa de los periodistas, pero es así… La única diferencia esencial radica en que, si yo me intereso por este asunto, lo hago solamente por ayudar a usted.

—Ni necesito ayuda ni tengo nada que ocultar.

—En ese caso, hábleme de Andrés Serval. Usted era uno de sus amigos, ¿no es así?

—Andrés Serval no tenía amigos, señor, sino discípulos.

—Eso resulta ya apasionante. ¿Era profeta?

—En modo alguno.

—¿No tenían, sin embargo, constituida ustedes una especie de asociación o cofradía cuyo jefe era él?

—No. Era sencillamente nuestro maestro de obras.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si ignora usted lo que es un maestro de obras, no vale la pena que se interese por Serval. Piense también, joven, que todo cuanto a él concierne rebasa el marco de una gacetilla, y no se meta en más. Conténtese con relatar su muerte. Será bastante.

—No lo haré, puesto que se trata de una muerte injusta.

El obrero le miró con asombro antes de responder.

—Evidentemente. No hay sino injusticia en esa desaparición.

—Pero ¿por qué nuestro maestro le interesa hasta tal extremo?

—Tengo la convicción de que era un personaje extraordinario.

—Un hombre admirable como pocos; no se verá otro igual en mucho tiempo.

—¿Cómo trabó usted conocimiento con él, señor Rodier?

—En el taller donde usted me ha visto… La coincidencia resulta algo extraña: él me habló como usted, pero de eso hace diez años. Me dirigió la misma pregunta: «¿Le interesa a usted su trabajo?». Por eso antes levanté la cabeza y me quité las gafas para mirarle a usted, lo que no hago nunca cuando estoy trabajando… Pero el caso es que usted sabe mi nombre y yo ignoro él suyo…

—Perdóneme… Me llamo Moreau, Jacques Moreau.

—Y es periodista. Con razón supuse que si el señor Picassol se mostraba tan amable con una persona tan joven, era porque usted significaba para él una aportación de publicidad inesperada… Es lo único que le interesa: la publicidad. Pero le advierto que la muerte de nuestro maestro no debe servir de propaganda a las «Galerías del Mueble», que no tienen nada que ver con él.

—Le confieso que mi visita a las «Galerías del Mueble» no tenía otro propósito que hablar con usted… Puesto que ya lo he conseguido, le aseguro que jamás escribiré una línea sobre esa fábrica de esperpentos.

—¿Y qué dirá el señor Picassol?

—Eso me tiene sin cuidado. Él continuará vendiendo muebles sin mi ayuda, y yo seguiré viviendo sin necesidad de hablar de él… Creo que esta aclaración no desagradará a usted. Y ahora hablemos de Serval, que ofrece infinitamente más interés que ese mercachifle. ¿Cómo se expresaba?

—Con suavidad… Y sin embargo, su voz era grave.

—Por desgracia, sólo he podido verlo unos instantes, yacente después del drama, y no he podido darme cuenta de ciertos detalles que tienen su importancia. Por ejemplo: he observado que sus cabellos eran completamente blancos tratándose de un hombre relativamente joven; no puedo definir el color exacto de sus ojos, que me parecieron grises…

—Y lo eran… A veces con fulgores acerados que les daban una intensidad extraña: parecía entonces que la mirada se tornaba cruel para quienes lo merecían… Personalmente, yo no he advertido en él más que bondad: sus ojos parecían siempre dispuestos a afrontarlo todo y a mostrarse impasibles aun ante el hundimiento del mundo… También expresaban

esperanzas y ensueño… La pregunta que usted acaba de hacerme, me ha emocionado porque, el día que conocí a Andrés Serval, tuve la impresión de hallarme ante un profeta de los tiempos modernos, que iba a anunciarme algo nuevo y prodigioso… Aun antes de que él me explicase el objeto de su visita, sabía yo que no iba a decirme palabras inútiles y que lo que afirmara sería verdad. Y eso que entonces era para mí un desconocido… Después que hubo visto algunos trabajos de arte que yo había realizado afanosamente en mi casa durante los ratos de ocio, me dijo: «Déjalo todo y sígueme. Te nombro jefe de mis tallistas en madera. Te necesito: tú podrás formar alumnos capacitados para trabajar en mi catedral: Bajo tu dirección, podrán esculpir los apóstoles y los mártires que rodearán el coro, la sillería de éste, los tabernáculos, los blandones, el comulgatorio… Lograrás formar auténticos artesanos». Lo más increíble es, que le seguí… Sus dotes persuasivas eran admirables. Estoy seguro de haber vivido durante este decenio la mejor época de mi existencia… Jamás había pensado que eso pudiera ocurrirme entre los cincuenta y los sesenta años… Y él, que me arrastró a la épica aventura, tenía quince menos que yo. Cuando lo vi por primera vez, no pasaba de los treinta y cinco años, pero ¡qué jefe había en él! Su entusiasmo y su fe en la obra futura lo envolvían todo. Las cosas no fueron siempre fáciles, pero él iba a conseguir su propósito…

El hombre cesó de hablar y permaneció abatido, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo se enteró usted del crimen? ¿Por los periódicos del mediodía?

—Sí, y aproveché la interrupción del almuerzo para encaminarme a la calle de Verneuil.

—Y allí le abordaron los policías y le condujeron a presencia del juez, ¿verdad? ¿No le molestaron demasiado? Con esa gente, nunca está uno seguro. ¿Le hicieron demasiadas preguntas?

—Casi las mismas que usted… Se mostraron muy correctos y de nuevo me trajeron a este barrio en un coche de la Prefectura para que no me retrasara en volver al trabajo.

—Sin duda le preguntarían si sospechaba algo sobre el motivo o los motivos del crimen.

—Sí, ¿pero qué podía decirles? Aún me cuesta trabajo convencerme de que lo sucedido sea cierto.

—¿No cae usted en nadie que pudiera tener interés en cometer el crimen?

—Esa misma pregunta me estoy haciendo desde mediodía, sin encontrar respuesta.

—Rebusque en su memoria, señor Rodier. Servál bien podía tener enemigos…

—¿Quién no los tiene? Pero no se me ocurre que ninguno de ellos procurara hacerlo desaparecer.

Moreau insistió:

—Sin embargo, no puede usted dejarme con esta ansiedad después de haberme evocado, tan bien y en pocas palabras, la gran figura de Andrés Serval.

El escultor en madera mantenía la mirada obstinadamente fija en una visión lejana… Parecía arrepentido de haber hablado:

—No sé nada más, señor… No insista: se lo ruego. ¿A quién podrían ser ya útiles mis informes? Todo acabó esta mañana.

—Nada muere, Rodier… ¿Qué diría usted si un periodista intentase interesar al gran público en los admirables secretos que usted y sus compañeros guardan egoístamente ocultos en su memoria o en su corazón?

—Exacto: no soy yo el único… El Maestro tenía otros colaboradores tan entregados como yo a las nobles tareas que él les había confiado. Entre todos formábamos los miembros de un cuerpo cuya cabeza era él.

Comprendiendo que no conseguiría nada más de su interlocutor, levantose el joven:

—Le prometí, señor Rodier, no importunarle demasiado. Le doy las gracias por lo que ha tenido a bien confiarme y le ruego que me perdone por haberle obligado a evocar ciertos recuerdos en un día como éste…

—No lo ha hecho usted, señor Moreau, sino porque le gusta su profesión como a mí la mía… Su tarea es buscar, remover, preguntar para después escribir. La mía es menos brillante: yo trabajo en silencio. No hace falta publicidad alguna para esculpir en roble un Cristo. Sentiría que se enojase conmigo por no haberle dicho demasiado, pero es que me considero poco calificado para hacerlo. ¿Me comprende?

—Muy bien.

—El caso es que me parece buena persona, y quisiera ayudarle…

—¿Ayudarme? Pero si soy yo el que ha venido para ayudarle… ¿Qué va a ser de usted y de sus compañeros ahora que Andrés Serval ya no existe?

—Aún es demasiado pronto para averiguarlo… Todo cuanto sé es que la obra empezada no puede morir… Y mejor que perder el tiempo con un pobre viejo como yo, deberá usted ir a ver a Dupont, otro de los colaboradores directos de Andrés Serval: es el maestro vidriero… En este momento estará trabajando, como todas las noches, en un garaje que hay en Saint-Ouen, en el

número 93 de la calle Gervais… Pero no le diga que yo le he dado su dirección.

* * *

Moreau saltó de «Metro» en «Metro» para atravesar gran parte de París y llegar a la puerta de Saint-Ouen. Al fin se halló ante el «Garaje Moderno»: un solo hombre había allí: calzaba botas de goma y estaba lavando un coche. El periodista se aproximó sin hacer ruido y, colocándose detrás del hombre, preguntole:

—¿Es usted el señor Dupont, maestro vidriero?

El interpelado parecía bastante más joven que Rodier. Tendría unos cincuenta años. Y así como el tallista era sanguíneo y rollizo, el vidriero era delgado y pálido. Su rostro estaba demacrado. No parecía Dupont persona propicia a confidencias. La pregunta que acababa de hacérsele, habíale sorprendido por lo menos, puesto que dejó su manga de riego para observar al visitante con descontento no disimulado.

Moreau no se inmutó:

—Le pido perdón por haberle distraído de su trabajo, señor Dupont, pero le agradecería algunos informes sobre Andrés Serval, el maestro de obras. Tras el drama que acaba de producirse, me agradaría enaltecer la memoria del asesinado y explicar a los lectores del diario donde trabajo quién era realmente.

—Aún tengo que lavar seis coches —dijo el hombre secamente.

—Si es necesario, esperaré aquí toda la noche, hasta que disponga usted de tiempo para otorgarme esos indispensables minutos de conversación.

—Es usted terco…

—Soy periodista, y con eso está dicho todo. Me llamo Moreau, Ahí tiene mi documento de identidad.

—A Serval no le gustaba la publicidad…

—A pesar de ello, le hubiera convenido. ¿Cómo le conoció usted?

Tras una larga vacilación, el hombre acabó por responder:

—Aquí mismo… Yo trabajaba en este mismo garaje, hace ya diez años, cuando él entró… Se detuvo poco más o menos donde se halla usted en estos momentos… Después de haber contemplado mi trabajo unos minutos y sin decir palabra, se decidió a preguntarme. «¿Hace mucho tiempo que realiza usted esa tarea? No parece interesarle mucho…».

—Creo, señor Dupont, que yo le hubiera hecho idéntica pregunta. No creo que nadie pueda interesarse por semejante tarea.

—Se equivoca, señor. No hay tareas estúpidas.

—Tiene usted razón. ¿Qué le contestó a Serval?

—Nada. Era hombre a quien parecía preferible escuchar y permanecer callado ante él, pues su experiencia era notable. Seguidamente me dijo: «Sé qué clase de artesano es usted…», y yo le confirmé que, en efecto, era vidriero, especializado en la reparación de vidrieras de colores antiguas, pero que tal oficio no daba lo bastante para comer. La dureza de los tiempos me había condenado al enojoso pero remunerador trabajo de lavador de coches y vigilante nocturno del garaje. Tengo mujer y cinco hijos, señor.

—Pero ¿por qué hombres como usted y como Rodier han de ganarse la vida al margen de sus verdaderos oficios? ¿No podría usted, por ejemplo, trabajar el vidrio, que es su especialidad, incluso en una fábrica como la de Saint-Gobain?

—Intencionadamente, señor Moreau, los colaboradores de Andrés Serval decidimos realizar o seguir realizando tareas humildes para las que parecíamos poco aptos. El propio Serval nos lo aconsejó: deseaba que nuestros conocimientos y nuestros métodos artesanos los reserváramos para el proyecto y subsiguiente construcción de la catedral.

—Eso que me dice es bastante extraño… ¿Qué le ofreció el maestro para atraerle?

—Sus palabras fueron sencillísimas: «Eres uno de los que busco… Te nombro maestro vidriero: serás el jefe de una de las corporaciones gremiales que fundaré, porque son necesarias para la construcción de una catedral. Tu primera misión será formar a imagen tuya jóvenes oficiales cuyos corazones y cuyas almas ardan incesantemente con el mismo fuego interior que debe avivar toda empresa, que amen su trabajo y que tengan fe absoluta en la obra común».

—¿Y fue así como sin dudarlo siguió usted a un desconocido?

—¿Cristo no fue también un desconocido para sus primeros discípulos?

—¿Es que va usted a decirme que Serval era un santo?

—Valía indudablemente mucho más que todos nosotros. Acaso sea ése el motivo de que lo hayan asesinado. Ni siquiera ha tenido derecho a un simulacro de juicio…

—De lo ocurrido poco sabe usted… ¿Estaba en la buhardilla en el momento de la ejecución?

—¿Quién se habrá atrevido a juzgarlo? Usted le hubiera seguido como lo hice yo… No era posible resistirse a su poder persuasivo. Estoy seguro de que hay en nuestro país centenares de miles de obreros que ansían escuchar a un hombre que les haga sentir la afición por el trabajo y exalte las respectivas profesiones.

—Permítame una última pregunta, señor Dupont. ¿Iba usted con frecuencia a visitar a Serval?

—Siempre que nos citaba… Para nosotros era un verdadero placer escucharle…

—He oído decir que entre las personas que le visitaban a menudo, había una mujer. ¿La conoce usted por ventura?

—Todos los principales colaboradores de Andrés Serval la han conocido…

—¿Qué papel desempeñaba esa mujer en la ida de tal personaje?

—Como nosotros, le admiraba… Ella fue la que decidió al banquero a prestar su ayuda a Serval.

—¿Qué banquero?

—El señor Fred…, que fue amigo de ella y banquero de la catedral.

—¡Banquero de una catedral! Eso, por lo menos, es nuevo. ¿Y se llamaba Fred? ¿Y la mujer?

—Andrés Serval sólo la llamaba por su nombre: Evelina.

—Nombre encantador… Evelina… Pero debo confesarle humildemente que no acabo de comprender esa historia.

—¿Y por qué intenta comprenderla? No se trata de una historia: todo es verídico.

—Mi deber es informar a los lectores.

—¿Se lo han pedido?

—El lector no pide nada. Es pasivo, pero espera incesantemente que se le ofrezca una información inédita. En ese sentido, su exigencia es insaciable: siempre quiere algo nuevo…

—Joven, deje que Andrés Serval duerma en paz para siempre.

Moreau miró fijamente al maestro vidriero antes de decirle con calma, pero decidido:

—No sé si le molesta a usted que un periodista quiera llegar hasta el final en este asunto, pero tenga en cuenta que nada me detendrá… Hay un homicidio… También se habla de un banquero… Confiese que, cuando menos, el asunto es extraño… ¿Cuál era el cometido exacto de ese Fred?

—Jamás tuve que verme con él. Pero sobre ese extremo alguien podrá informarle más cumplidamente que yo: Duval, el maestro aparejador.

—Temo parecerle muy ignorante, pero ¿en qué consiste exactamente la misión de un aparejador?

—Es el que da las normas a los canteros para el trazado de los bloques que constituirán el edificio… También Duval asumía las funciones de segundo cerca de nuestro jefe. Y por eso estaba al corriente de todos los asuntos financieros.

—¿Dónde vive?

—Lo ignoro.

—¿Cómo? ¿No sabe usted dónde vive el sustituto de Serval? ¿No se había previsto que éste pudiera desaparecer algún día?

—Andrés Serval lo tenía previsto todo. Si sobrevenía alguna desgracia, como acaba de suceder, nosotros debíamos esperar a que Duval nos convocase, como hará seguramente. Él sabe dónde encontrarnos. Y tal vez pueda enterarse usted de su dirección por Legris.

—¿Quién es Legris?

—Otro colaborador de Andrés Serval: un herrero artístico.

—¿Dónde vive?

—Tampoco lo sé, pero sí dónde trabaja: en el restaurante de la estación Montparnasse. Trabaja de noche. Creo que si va a verle enseguida, tendrá muchas probabilidades de encontrarle.

—Gracias, señor Dupont. Volveré por aquí cuando se halle usted menos ocupado.

—No debe molestarse para eso: nada más tengo que decirle.

Y volvió a su manga de riego.

Moreau no insistió. Cuando se vio en la calle no pudo evitar un pensamiento: «No son muy expresivos que se diga… Seguramente saben mucho más de lo que dejan entender, pero yo conseguiré arrancarles toda la historia, punto por punto, secreto por secretó…». Mientras se encaminaba a la estación del «Metro», procuró poner en claro sus ideas. Lo que había sabido en unas horas se le aparecía muy confuso aún, pero no falto de interés. Había un comienzo y de allí partía todo: la catedral y su extraño maestro de obras; los colaboradores de éste; la hermosa Evelina y su amigo el banquero; el crimen… Pero entre todas las ideas que le obsesionaban, una empezaba a ser angustiosa: por qué hombres como Rodier o Dupont, que no tenían nada de soñadores, ni tampoco eran muchachos, se encerraban en semejante mutismo. ¿No sería indicio de que bajo aquella historia alucinante se ocultaba algo

gigantesco? ¿La muerte de Andrés Serval debía quedar reducida a la categoría de simple suceso, o de buenas a primeras adquiriría carácter de duelo nacional?

Encontró a Legris en el restaurante de la estación de Montparnasse. Legris tenía, aparentemente al menos, la misma edad que Dupont. Como éste, como Rodier, realizaba ya aquella tarea y en el mismo sitio cuando Serval se presentó en busca suya. Legris era todavía menos locuaz que sus compañeros, mas por él pudo saber Moreau las direcciones de los lugares de trabajo de Picard, el maestro ebanista; de Bréal el cantero, y de Dubois, el carpintero. Todos trabajaban y se ganaban penosamente la vida desempeñando tareas diferentes de las del oficio de cada cual. Todos habían obedecido a los deseos expresados por el jefe de que reservasen sus conocimientos técnicos para los trabajos que les exigía a fin de ir preparando la edificación de la catedral. ¿No parecía insensato que Picard trabajase todo el día como limpiabotas en el pasaje del Havre? ¿O que Bréal estuviese a las órdenes de un mandatario en Les Halles? ¿O que Dubois sirviese en la guardarropía de la Ópera Cómica?

* * *

Andrés Serval había entrado de improviso en sus vidas cuando cada cual se preguntaba con angustia si encontraría en su camino el ser capaz de galvanizar su entusiasmo y de cristalizar el insatisfecho sueño de artista que todos arrastraban en su interior como una verdadera cruz… El maestro de obras los había traspasado con su mirada de acero, que podía ser muy dulce cuando él quería… Después los sacó de sus oscuros menesteres y los nombró jefes gremiales, a cada uno según su especialidad, que trabajarían para la catedral futura. Durante diez años habían actuado a sus órdenes y vivido, era el decir de todos, el más hermoso período de su existencia. ¿Y todo ello iba a zozobrar, a quedar reducido a la nada sólo porque el maestro de obras había sido asesinado aquella misma mañana? Moreau estaba convencido ya: el crimen de la calle de Verneuil era lo más extraordinario que él había conocido. Incluso llegó a sentir cierta gratitud hacia el detestado redactor jefe, que le había enviado al lugar del suceso sin sospechar siquiera el prodigioso misterio.

Asimismo, tenía la convicción de que los habituales visitantes que casi a diario acudían a la buhardilla de Serval no eran más de siete: Rodier, el tallista; Dupont, el vidriero; Legris, el herrero artístico; Picard, el ebanista; Bréal, el cantero; Dubois, el carpintero, y Duval el aparejador. Al indicado

número había que agregar a la hermosa Evelina, aunque ésta, según afirmaba la portera, llevaba cuatro años sin hacer acto de presencia, y acaso también a Fred, el banquero de la catedral.

El que parecía tener de siempre la misión más importante entre los colaboradores de Andrés Serval era el aparejador, a quien todos reconocieron decididamente como brazo derecho y sucesor eventual del maestro de obras. Mas era el único con quien no había podido entrevistarse Moreau; su dirección también la ignoraban todos o la ocultaban voluntariamente: ninguno de los operarios preguntados se había atrevido a confiarla a un periodista. Esto era tanto más extraño cuanto que Serval no había intentado negar su domicilio de la calle de Verneuil. ¿Por qué su designado sucesor procuraba mantenerse ignorado?

Moreau había creído comprender también que Duval se consagraba íntegramente a las tareas preparatorias de la edificación catedralicia y que no vivía de un oficio secundario como los otros. Duval debía de ser el cerebro de la empresa.

¿Y la mujer? Nadie la había visto desde hacía cuatro años, mas todo daba a entender que su cometido había sido predominante, puesto que era la amiga del financiero. ¿Habría muerto ella también? ¿Habría perecido asesinada como Serval?

La figura de Evelina le parecía cada vez más atrayente al joven periodista, a medida que iba descubriendo ciertos aspectos del asunto. Según las descripciones hechas por Legris y por Picard, Evelina debía de ser una mujer decidida, práctica, ambiciosa y terriblemente atractiva. Gracias a los primeros informes logrados, y con el único deseo de profundizar en la extraña historia, Moreau sentía cada vez más la necesidad de dar con la joven pelirroja. Si aún vivía, ¿por qué permanecía oculta desde hacía cuatro años? ¿La haría salir de su voluntario retiro la trágica muerte de Serval? Una Evelina que había vivido seis años entre el constructor de una catedral fantasma y un financiero que seguramente no confundiría el sueño con la realidad, resultaba tan apasionante como inquietante.

En veinticuatro horas, Moreau se había enterado de lo bastante para sentarse ante la pequeña mesa de su estudio y comenzar a llenar cuartillas. Estaba convencido de que sólo escribiendo podría obtener una visión de conjunto y un punto de partida para su información… Pero se hallaba muerto de cansancio.

Cuando llegó a su casa, en el terrible caserón de la Puerta de Orleáns, donde residía hacía años, se encontró con un mensaje urgente enviado por

Duvernier, en el que su jefe le preguntaba apremiantemente si pensaba o no volver al periódico.

El joven miró su reloj: eran las nueve de la mañana. Le había parecido muy corta la noche, pasada en compañía de diferentes colaboradores de Andrés Serval. Seguramente Duvernier estaría ya en el periódico y se disponía a distribuir el trabajo a sus subordinados. Lo mejor sería llamarlo por teléfono. En cuanto lo sintió al otro extremo del hilo, Moreau tuvo que soportar los rugidos del redactor jefe durante los minutos largos, sin disponer de espacio para ofrecerle una disculpa. Todo el repertorio de insultos y amenazas del superior se prodigaron sobre el auricular. Cuando la voz comenzó a debilitarse por falta de aliento, Moreau pudo, al fin, decir calmosamente:

—Yo no le he llamado, señor Duvernier, para escucharle, sino simplemente para decirle que por fin he encontrado tema para la información «sensacional» que a voz en grito ¡y con qué gritos!, viene usted exigiéndome desde hace meses… Sólo que como no podía perder ni un minuto si no quería que me lo pisase un colega más curioso que yo, hube de ponerme a la tarea incluso antes de comunicar con usted… Me concedió usted un mes de plazo. He decidido consagrarlo por entero a la información indicada: acaso sea insuficiente el tiempo, pero como no quiero que usted pueda pensar que lo olvido, así como tampoco al periódico, de aquí a tres días iré a llevarle las primeras cuartillas. Si usted las aprueba, proseguiré mis investigaciones para entregarle enseguida la información. Si, por el contrario, no le agradan, da lo mismo: se las ofreceré a quien, modestamente lo creo, le encantará publicarlas… Es todo cuanto tenía que decirle, amigo Duvernier. Me caigo de sueño. Cuando haya dormido ocho horas, redactaré todo lo que sé del asunto. ¡Hasta pronto!

Y colgó sonriendo. Pensaba en la cara que habría puesto el redactor jefe.

No se despertó hasta las cinco de la tarde y seguidamente se dispuso a trabajar, pero no tardó en darse cuenta de que sus elementos informativos eran escasos aún para redactar un primer artículo sólido. Para lograrlo, no había más que una solución: visitar nuevamente a los compañeros de Serval y ver el modo de arrancarles otras confidencias esenciales. Salió con la esperanza de que en una segunda entrevista los colaboradores del interfecto se mostraran menos desconfiados. Tendría que hacer cuanto estuviese a su alcance para captarse la confianza de ellos si no quería seguir patinando continuamente.

Para él fue otra noche de carreras de «Metro» en «Metro» a través de París: se dirigió a las «Galerías del Mueble», adonde llegó con el tiempo justo

para ver salir al tallista; luego se encaminó al «Garaje Moderno», en Saint-Ouen, y de allí a la fonda de la estación de Montparnasse, pasando por la Ópera Cómica, el pasaje del Havre y Les Halles. Cuando hacia el amanecer regresó a su casa, sentíase extenuado, pero satisfecho: la noche había sido fructuosa. Ni siquiera se desnudó. Comenzó a escribir, y así se pasó toda la jornada. Sólo hizo una corta pausa al mediodía para tomarse un par de tostadas y el contenido de una latita de conservas.

Sumido en una especie de segundo estado, rompió a sudar. Las cuartillas quedaron rápidamente cubiertas con una letra inclinada, altiva, rabiosa. Tenía bien cogido ya el hilo de la extraña intriga y ni un detalle descuidaba. Las frases estaban mal construidas y un poco esparcida a voleo la puntuación, pero el conjunto resultaba coherente, rebosante de verdad. No había una sola palabra de más, una palabra inútil. Habíansele acabado los cigarrillos para ayudar a su inspiración, no tenía ni una copa de coñac para estimular su exaltación. Sus últimos billetes de mil se habían volatilizado en tabaco para la pipa de Rodier, en tabletas de chocolate para los niños de Dupont, en rondas para inducir a Legris a ser más explícito, en una comida ofrecida a Picard, en una cena tomada aprisa con Bréal en un restaurante de Les Halles… Pero a Moreau no le preocupaba aquella pobreza efímera: estaba radiante. Su «forma», la de los buenos periódicos, la había conseguido en cuarenta y ocho horas porque el tema le interesaba, le apasionaba incluso. ¿Cómo, siendo así, iba la información a resultar pesada para los lectores?

A la una de la mañana, el reportero no disponía ya de cuartillas en blanco. A pesar de ello, continuó escribiendo en grueso papel de embalaje. A las dos se quedó sin tinta. Diez veces había llenado la estilográfica. Valiose de un mal lápiz, cuya punta se quebró varias veces bajo la febril presión de sus dedos. A las tres abrió el grifo de su lavabo para beber grandes tragos de la esterilizada agua de París. Y por fin, hacia las cuatro, consideró que había escrito todo cuanto había descubierto. Agotado, se tumbó en el diván, que bien hubiera podido proceder de las «Galerías del Mueble».

Se durmió con la beatitud inerte que procede a los amaneceres victoriosos. Las campanas de una iglesia le despertaron cuando ya era pleno día. Miró la hora: las doce. Y se dio cuenta de que era domingo.

No tenía dinero ni para desayunarse, pero poco le importaba tener vacío el estómago. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, sonrió…

Hacia las tres de la tarde, salió. La muchedumbre dominguera, que tanto le horrorizaba, llenaba las calles. Procuró prescindir de ella y abstraerse

pensando en su información. Así pudo recorrer una gran parte de París como si se hallase solo en una ciudad desierta.

Disponía de tiempo, pues Duvernier no acudiría al periódico hasta las seis: todos los domingos y días festivos, el redactor jefe se pasaba la tarde en un espectáculo deportivo. Moreau conocía todas las costumbres de su superior jerárquico.

Durante su largo paseo, que terminaba en las oficinas del periódico, se le ocurrió la idea de pasar por la calle de Verneuil, desierta como suelen estarlo ciertas calles de la orilla izquierda un domingo por la tarde. Las fachadas de los viejos inmuebles mantenían su impasibilidad. Las puertas cocheras estaban completamente cerradas; los porteros debían de estar durmiendo la siesta. Por los contornos no había agentes ni inspectores ni siquiera curiosos; nadie ante la casa donde Andrés Serval había sido asesinado tres días antes. Allí no había más que silencio impregnado de un perfume de olvido: los muertos pasan pronto… Moreau se situó en la acera de enfrente y levantó la cabeza para intentar distinguir la trágica buhardilla, pero todas las ventanas del último piso estaban cerradas, iguales en su mutismo. ¿Cuál era la habitación donde esperaba la proyectada catedral solitaria, la catedral inanimada, la catedral abandonada?

El joven decidió alejarse pensando que para mucha gente el asunto quedaba reducido a la categoría de un simple suceso… La víspera, antes de volver a su casa, había comprado periódicos de diferente ideología y pudo darse cuenta de que ninguno concedía importancia alguna al crimen de la calle de Verneuil, y eso porque un nuevo escándalo en Nueva York había resonado al extremo de excitar el insaciable apetito de la masa de lectores. La desaparición del «iluminado de la calle de Verneuil», como le llamaban ciertos colegas, no podía luchar con la perspectiva de un proceso judicial en el que desfilarían testigos cuyos nombres no serían tan oscuros como los de un Dubois, un Dupont, un Legris, un Picard, un Duval… La multitud exigía como pasto nombres más conocidos, nombres, sobre todo, de actores famosos.

A las seis en punto, Moreau penetró en el despacho de Duvernier, al que tendió un montón de cuartillas.

—¡Al fin se deja ver! —gritó el redactor jefe—. ¿Qué papelotes son ésos?

—El comienzo de la información ofrecida —contestó el joven calmosamente.

—¿Eso? Pero si parece un libraco, amigo mío. ¿Y dice usted que no es más que el principio? Pues jamás tendré tiempo de leerlo, y los lectores

tampoco… Lo que el lector necesita principalmente son títulos y subtítulos que llamen la atención… Seguramente tendré que meter ahí la tijera. Además, jamás he visto que redactor alguno haya tenido la osadía de presentarme un original tan emborronado. Incluso ha tenido el valor de utilizar papel de todas clases. Es vergonzoso. No siente usted el menor respeto por sus superiores. Confiese que ni se ha molestado en repasar lo escrito antes de traérmelo.

—¿Cree usted que he tenido tiempo?

—Ésta es la conciencia profesional de la nueva generación. ¿Y así es como intenta realizar grandes reportes para poner la firma en uno o a lo sumo en dos? Por lo menos pudo ahorrarme la tarea de descifrar esa letra imposible sirviéndose de una máquina de escribir.

—Hace tiempo que carezco de máquina. La vendí un día de hambre, como muchas más cosas que antes tenía y ya no tengo… Algunas veces he de comer, señor Duvernier… Todo el mundo no está como usted: gordo y satisfecho. Y si he escrito en papel de embalar, es porque me faltaba dinero para comprarlo de otra clase…

—¿Y aquí en el periódico? No dirá usted que no tiene máquinas a su disposición, ni papel ni tinta…

—De todas esas maravillas hay, efectivamente, aquí. Pero debo advertirle que para escribir esta información necesitaba sosiego, que no logro en el tumultuoso ambiente de una sala de redacción, donde los teléfonos nunca descansan.

—Conque ¿sí? ¿El aislamiento que favorece la concepción de obras maestras?

—Nadie lo sabe.

—Lo que me encanta, Moreau, es la confianza qué tiene usted en sí mismo… Después de todo, eso me viene que ni de perlas. En el momento de llegar usted estaba temiendo no dormir esta noche.

—Come usted demasiado.

—Pero ese reportaje kilométrico será admirable para evitarme el insomnio… Me lo tragaré a pequeñas dosis… Y como usted me dijo por teléfono que necesita lo menos un mes para dar cima a su obra maestra, no tiene que venir a verme hasta fines de semana o dentro de quince días. Para entonces le comunicaré mi impresión sobre las primeras cuartillas.

—En ese aspecto estoy tranquilo: usted me llamará antes. Ahora bien, necesito que se me facilite algún anticipo por este trabajo.

—Está usted loco… Nos debe ya un respetable montón de cuartillas en compensación de los anticipos que tiene recibidos.

—Señor redactor jefe, desde ayer no he comido nada y tengo hambre. ¿Me comprende?

—No me gusta que en mi despacho levante alguien la voz.

—Si usted no me da un anticipo, vuelvo a coger mis papelotes, como tan delicadamente los llama usted, y los llevo al rival más directo de este periódico… ¿Tengo que decirle quién es?

—¿Amenazas también?

Duvernier miró con curiosidad a su subordinado: para que se expresase así, cómo jamás se había atrevido desde que estaba en la Casa, muy seguro tenía que estar el muchacho de lo que le había llevado.

—Voy a mostrar una vez más mi confianza en usted. Tenga: un vale.

Moreau le dirigió una mirada.

—Necesito precisamente el doble.

—¿El doble? —rugió Duvernier—. Pero ¿qué hará usted con ese dinero?

—Correrla. Irme de parranda a la salud del maestro de obras.

—¿Qué dice?

—Usted no sabe lo que es un maestro de obras. Pero lo aprenderá leyendo mis cuartillas, aunque éstas no tuvieran más mérito que el de instruir a usted, ya valdrían para algo.

—Déjese de insolencias, Moreau.

—No soy insolente; sencillamente pongo los puntos sobre las íes…

El redactor jefe se impacientó, murmurándole:

—¡Lárguese!

El joven aceptó el vale porque le era necesario aguantar hasta que su información apareciese. ¿Y después? Después sería célebre. Estaba convencido de ello… Acudirían de todas artes en busca suya, todos solicitarían su colaboración. Por primera vez desde los veinte años, sentíase esperanzado.

La esperanza es la fuerza de los dotados de imaginación.

LA INFORMACION

El reportaje no se parecía a ningún otro.

Aquella misma noche leyó Duvernier el trabajo de Moreau. No le era posible calmar su insomnio, y cuando hubo «devorado» las primeras cuartillas se disiparon todos sus deseos de dormir. Aquello comenzaba de una manera extraña…

* * *

El día primero de octubre de 1944, cuando un desorbitado afán por lo nuevo, añadido a la fiebre de una liberación esperada desde hacía años y llegada al fin, comenzaba a mostrarse cotidianamente en los restaurantes de la orilla izquierda que tenían bastante de taberna si se exceptúa el importe de las consumiciones y una clientela cosmopolita vuelta a Francia en cuanto todo el peligro quedó descartado, una pareja ocupó una mesa en «Chez Eugéne», entre otras muchas de diferentes categorías. La pareja causaba sensación desde hacía varios días en todos los establecimientos de comidas o lugares de recreo donde hacía acto de presencia: ella era hermosa, esbelta, pelirroja, de ojos glaucos. Él era calvo, arrogante, corto de piernas, y constantemente mordisqueaba interminables cigarros. Cuando él hablaba, no podía precisarse su acento: era un hombre que podía ser de todas partes y de ninguna.

Los amigos y las relaciones recientes que la fortuna permite adquirir con presteza, llamábanla a ella por su nombre de pila: Evelina. Él era «Fred», gran conocedor del arte de dar grandes apretones de manos, y gozaba de la halagadora reputación de ser un financiero hábil. Por esto último debe entenderse que el personaje operaba generalmente con saneadas aportaciones de los suscriptores confiados, dinero que él convertía, con excepcional desenvoltura, en títulos de procedencia imprecisa o en acciones de sociedades siempre nuevas y prometedoras de dividendos inesperados: inversiones de

orden puramente especulativo que permitían al gran hombre manejar los millones de los demás.

La cocina de «Chez Eugene» era excelente. Y sin duda para saborearla mejor, ni Evelina ni Fred hablaron durante la comida: estaban ya tomando el café. Evelina, con su barra de labios, realizaba el décimo recorrido de la velada… Verdaderamente era una criatura seductora, que se pasaba la vida expandiendo el más moderno perfume y deslumbrando al cliente medio, que al primer golpe de vista adivinaba que aquel género de belleza no estaba en armonía con las posibilidades de su bolsillo. A la hermosa Evelina debía de gustarle torturar los corazones, y principalmente el de su «comandatario», que parecía embelesado con ella. Tal estado de hechos se prolongaría mientras continuase afluyendo el dinero gracias a las fructuosas operaciones bolsísticas del gran Rabiroff… Porque Fred se llamaba Rabiroff, aunque procuraba no utilizar su verdadero apellido, pues la doble consonante inquietaba un poco, habida cuenta de que los negocios se trataban en Francia… El aventurero prefería que le llamaran Fred, nombre menos concluyente y más familiar.

El corazón de Evelina era generoso; el de Fred, algo menos. Pero en compañía de la «dama de sus despilfarros», no vacilaba en mostrarse espléndido con el pobre diablo que le abría la portezuela del «Cadillac» —recién importado mediante concesión especial, y por supuesto sin pagar aduana— o con el desdichado que se permitía mendigar en cualquier tasca reservada a una clientela que jamás sentía hambre.

Y eso ocurrió precisamente la noche del primero de octubre.

Desde hacía unos minutos, un hombre destocado, de cabellos canos pero de porte joven y de estatura imponente, iba de mesa en mesa. No vacilaba en tender la mano murmurando una frase, siempre la misma, y cualquiera que fuese la limosna recibida, se inclinaba suavemente para dar las gracias de manera discreta. Cuando en una mesa fingían ignorar la presencia del demandado, éste decía con cortés frialdad:

—Perdónenme por haberlos molestado.

El hombre se acercó a la mesa de Fred y murmuró con voz suave:

—Para la catedral de San Marcial…

Maquinalmente, el financiero le tendió un billete. El hombre inclinó la cabeza con dignidad y se dirigió a otros comensales.

Por una vez, Evelina salió de su mutismo de mujer fatal.

—¿Has oído lo que acaba de decir ese hombre?

—Jamás escucho a los mendigos, a quienes si les doy algo es para quitármelos de encima. Todos parecen decir: Usted, que está sentado a una

mesa bien servida, no tiene derecho a negarme con qué adquirir un trozo de pan… Pero si a uno se le ocurre darle pan en vez de dinero, se lo arrojan a la cara… Lo que quieren es tener para emborracharse.

—Este ha dicho: «Para la catedral de San Marcial».

—¿Y qué? Diga lo que diga, el resultado es el mismo.

—Considero, sin embargo, que no le falta audacia. ¡Mira que pedir dinero para una catedral! Deberías llamar al dueño para que echase de aquí a ese individuo… Todavía si fuera un viejo o un inválido… Pero es joven y parece gozar de perfecta salud.

—Tienes razón, Evelina. Ya es tiempo de que esa canalla deje de explotar a las personas decentes.

Eugenio, el patrón, estaba siempre atento al menor deseo de Fred, y la más pequeña indicación de la hermosa Evelina era para él una orden, gracias al poder monstruoso que la riqueza impone.

—¿Qué desea, señor?

—Me gustaría, Eugenio, que prohibiese de una vez para siempre a los mendigos que viniesen a importunar a los clientes; en caso contrario, todos acabaremos no poniendo aquí los pies. Esto es insoportable.

—Puedo asegurarle —respondió Eugenio, ofendido—, que ningún mendigo se ha atrevido jamás a penetrar en mi establecimiento.

—¿Y ése? —preguntó la joven pelirroja designando al hombre de cabellos blancos.

—No se trata de ningún mendigo, señora. ¡Usted comete un gran error! ¡Es un poeta!

—¿Se burla usted de nosotros? ¿Un poeta? Como él los hay a millares en las esquinas de todas las grandes ciudades del mundo… Y aun siendo verdad lo que usted asegura, ese hombre no debe de tener ni pizca de talento; en otro caso, hubiera ganado lo suficiente para no tener que implorar.

—No me convencen sus razones, señora —respondió Eugenio sonriendo con amabilidad—. Ser poeta pocas veces da lo bastante para comer… Además, no se trata de un oficio, sino de un sacerdocio… Los más ilustres poetas casi siempre han arrastrado una existencia miserable; acaso porque no hayamos conocido a los mejores… Pienso que sería un error juzgar demasiado de prisa a un hombre a quien he concedido resueltamente autorización para que venga a mi establecimiento cuantas veces quiera. No abusa en absoluto: es demasiado discreto… Y creo que incluso preferiría perder toda mi clientela antes que dejar de verle por aquí de cuando en

cuando… Viene poco, y me parece que ustedes han tenido bastante suerte viéndole hoy.

—¿Se burla usted?

—Lo digo muy en serio: bastante suerte, señor. Él podría enseñarle muchas cosas que todos nosotros ignoramos… En el curso de su prestigiosa carrera usted habrá conocido indudablemente personajes pintorescos o raros, pero ninguno, se lo aseguro de antemano, de este temple.

—Empieza usted a intrigarme, Eugenio —confesó Fred—. ¿Cómo se llama ese hombre?

—En este barrio, todos cuantos le conocen le llaman «el maestro de obras» porque su anhelo es construir en París una catedral nueva… ¿No tiene derecho, después de todo, a una ambición tan elevada? Él solamente podrá llevarla a cabo, y de todo corazón lo deseo. No en provecho propio tiende la mano, sino para la catedral…

—Es un verdadero hipnotizador, Eugenio —se burló Evelina—. ¿Le ha embrujado a usted?

—Si usted lo conociera, señora, le ocurriría lo mismo. No estamos acostumbrados, hoy por hoy, a tropezarnos con personas tan sinceras como él… Un hombre que tiene una fe absoluta en la obra que intenta crear, posee un ideal, sobre todo… Yo que no soy más que dueño de establecimiento, lo comprendo perfectamente… Y cualquiera sentiría lo mismo después de unos minutos de conversación con ese hombre.

—¿Le ha dicho lo que significaría esa catedral?

—Supongo que se refiere usted a dinero, señor. Pues muchos millones.

—Eugenio empieza usted a infundirme interés.

—Él le apasionaría mucho más que yo. Voy decirle que usted quiere hablar con él, pero no sé si accederá a volver a esta mesa. No le gusta charlar con la clientela, porque no quiere perder el tiempo.

A pesar de sus modales, un poco rudos, Eugenio era un hombre excelente. Su admiración sin límites por Andrés Serval procedía de que este último siempre rehusaba el aperitivo o la copa de licor que regularmente se le ofrecía. Para el dueño del restaurante, el personaje —constantemente ensimismado en sus sueños sobre la catedral— no era como los demás: era un superhombre que tenía la necesaria voluntad para resistir a toda suerte de tentaciones.

Eugenio corrió tras Serval, que ya se alejaba, y le llevó al fondo de la sala mientras le explicaba que en la mesa cinco había una pareja formada por un financiero extremadamente rico y por su amiguita: personas poderosas que

podrían ayudarle en la tarea que él se había impuesto. Al mismo tiempo le aconsejó que hablase con ellos, aunque no fuera más que unos instantes.

El primer impulso del hombre de cabellos blancos fue decir que no, pero acabó dirigiéndose a la mesa sin apresurarse. En cuanto se acercó a ellos, Fred dejó de morder su cigarro y declaró con casi excesiva amabilidad:

—Estamos encantados de conocerle, señor…

—Andrés Serval —respondió el hombre.

—Señor Serval —prosiguió el financiero—, el simpático dueño de este lugar nos ha hecho grandes elogios de usted y de sus proyectos. ¿De qué se trata exactamente?

—Ya le pedí hace unos momentos, señor, ayuda para mi obra. Usted colaboró gentilmente entregándome cien francos. ¿Qué más iba a pedirle yo?

—Tenga en cuenta, señor Serval, que con billetes de cien francos no logrará usted nunca construir una catedral.

—No soy de su misma opinión. Más confianza tengo en la aportación de pequeñas cantidades espontáneamente entregadas por el buen corazón de muchos desconocidos que en grandes capitales anticipados con una finalidad no siempre desinteresada… Pero eso sería muy largo de explicar ahora…

—Tiene usted razón, tanto más cuanto que la señora y yo tenemos en perspectiva una velada muy recargada… Pase por mi despacho mañana a eso de las once; ahí tiene mi tarjeta.

El hombre de cabellos blancos aceptó la tarjeta y prometió:

—Estaré en su despacho mañana a las once.

Y después de inclinar ligeramente la cabeza, se encaminó a la salida sin añadir palabra.

—¡Pobre hombre! —murmuró el financiero viéndole alejarse.

La joven se mostró pensativa unos instantes antes de confiar a su acompañante:

—Jamás he visto un caso parecido. Ese hombre es un santo o un demonio; en ciertos momentos sus ojos tienen la dulzura de los de un perro… Otros ofrecen destellos rápidos que traspasan a uno y lo dejan inquieto…

—¿Empieza también a interesarte?

—Sin duda le juzgué antes demasiado de prisa… Deberías hacer algo por él, Fred…

—Desde luego no es ningún estúpido, querida… ¿Lograré algo de él? He utilizado ya a tanta gente, que no valía la pena… Además, siempre he mostrado debilidad por las personas que no se parecen a las otras; con ellos adquieren los negocios un aspecto de «aventura» que no me desagrada…

* * *

El extraño visitante fue puntual: a las once en punto era introducido en el suntuoso despacho que Fred acababa de instalar en uno de esos edificios de los Campos Elíseos que más bien parecen registros de antecedentes penales.

—Le escucho, señor Serval. Explíqueme en pocas palabras el pequeño negocio de usted.

—No es un negocio, señor, y jamás lo será, se lo aseguro… Y si por desgracia llegase a serlo a pesar mío, no sería pequeño, pues se trata nada menos que de construir una catedral en París.

—¿No cree usted que hay ya en su capital bastantes iglesias?

—¿Por qué mi capital? París es la capital del mundo, de todo el mundo… Y como tal considero a todos los que procedan de donde procedan, sienten aún gusto por la Belleza y tienen idea de lo Grande… Asimismo creo que nunca habrá lugares suficientes para elevar plegarias y donde los hombres de buena voluntad puedan recogerse…

El financiero permaneció indeciso un momento antes de responder:

—Es el suyo un punto de vista en el que nunca había pensado… Sin duda alguna, es usted creyente.

—Creo que la religión es necesaria. La Humanidad se compone más de muertos que de vivos. Si carece de fe o no siente inclinación al misticismo, cualquier persona está abocada a la desesperación. Sus creencias pueden adquirir las formas más diversas, pero eso no importa siempre que sean sinceras y justas. La religión hay que saber interpretarla según las épocas y los países. Si yo no viviera en Francia, acaso hubiera considerado más equitativo que construir una catedral edificar un templo cuyo aspecto y espiritualidad se acomodase mejor a las aspiraciones y práctica del culto del lugar que fuese. En Inglaterra, por ejemplo, mi obra hubiera sido un templo protestante. En China, una pagoda consagrada a Buda. En Arabia, una mezquita elevada a la gloria de Alá… En la India, un templo dedicado a Visnú y a las incontables deidades de la mitología hindú. Pero Francia es una nación latina y de esencia católica; no puede realizarse una obra durable contra el espíritu de una nación. Uno está obligado a hacer y trabajar de acuerdo con ese modo de ser… Por otra parte, la palabra catedral viene de Cathedra, que en latín viene a significar púlpito. Y todas las religiones basadas en el amor y en la caridad pueden predicarse en un púlpito…

—Entonces, en esa catedral tendrían cabida todos los cultos…

—No, porque eso engendraría una anarquía de conciencias. Pero son muchas las personas que no tienen inconveniente en penetrar en un templo, cualquiera que sea el culto allí establecido, con tal de rezar de acuerdo con sus creencias. Cuando un protestante se halla en un país donde su religión carece de templo, ¿por qué ha de negarse a entrar en una iglesia católica para así acercarse a Dios? Otra razón me induce a que el nuevo templo se consagre al culto católico: la palabra católico, de etimología griega, equivale a universal… ¿No debe ser, pues, para todos mi catedral?

—Es usted un hombre sorprendente, señor Serval. Pero tengo la impresión de que es un poco personal la religión de usted.

—El sentimiento religioso es siempre individual…

—Yo no lo he sentido nunca.

—Lo lamento por usted.

—En lo que verdaderamente creo es en el poder del dinero.

—¿El becerro de oro? No confío nada en su poder.

—Cambiará usted de opinión el día que se convenza de que su catedral sólo podrá edificarse mediante un serio plan financiero… Pero hay un aspecto en su proyecto que verdaderamente me intriga: ¿tardaría mucho en construirse ese monumento de arte?

—Mucho menos de lo que usted supone… Si se intentase reconstruir Notre-Dame a base de la moderna técnica arquitectónica y de los inmensos medios de transporte y fabricación de que actualmente disponemos, bastaría con diez años para realizar lo que en su tiempo significó dos siglos… Únicamente será dilatado el trabajo preparatorio; habrá que formar un número considerable de obreros especializados que ahora no hay… Incluso diría que artistas verdaderos. Piense que todos los escultores de gárgolas que trabajaron en nuestras más bellas catedrales de la Edad Media, pertenecían a verdaderas dinastías en las que, de abuelo a tataranietos, se habían consagrado al mismo oficio, por el que sentían profundo amor, un oficio que para ellos era la vida… Habrá que infundir ese espíritu a los actuales obreros si se quiere obtener de ellos un resultado apreciable.

—Decididamente me parece usted un ser único en su género, una excepción en este siglo de guerras, velocidad y agitación.

—En torno a usted, señor, hay muchas personas que no desean otra cosa que consagrarse a su arte y a la elaboración de una gran obra. Su única debilidad consiste en que ocultan sus sentimientos íntimos o les falta el indispensable impulso, defecto propio de los indecisos y de los vacilantes. Tengo la convicción de que sería necesario muy poco para infundir ánimo a la

masa de gente inerte: todo el mundo puede conseguirlo si se acierta a tocarle en el corazón o se consigue que vibre su alma.

—Y el medio, según usted, sería esa famosa catedral…

—Así es. Yo he tenido la suerte de pertenecer a la última generación que conoció, entre las dos guerras recientes, una juventud no desprovista de encanto. Sin duda alguna, la vida, en los alrededores de 1930, parecía menos fácil que lo había sido para nuestros padres antes de 1914; pero, con todo, era muy aceptable. Por otra parte, ni usted ni yo somos los llamados a comentar las excelencias de los tiempos para siempre pasados; nuestro deber es crear. Sólo lo por venir ofrece interés. En 1930 concluí mis estudios, pero en cuanto salí de la Escuela me hice cargo de que todos, aun siendo tantos, sólo pensábamos en una cosa: adquirir lo antes posible una situación lucrativa para gozar de la vida. Esa ansiedad, comprensible en las personas ambiciosas, no hubiera sido en absoluto vituperable de haberla compensado un ideal colectivo capaz de mantener en nosotros la más hermosa cualidad de la juventud: el entusiasmo… La política intentó mezclarse; multiplicáronse los partidos y se propagaron ideas de odio so pretexto de mejoras sociales. No parece que el resultado sea extraordinario… Mejor les hubiera ido si se hubiesen tomado el trabajo de estudiar cómo otros antes que nosotros intentaron resolver un problema que a primera vista parece insoluble. Y entonces hubieran sabido que en todas las grandes épocas de la historia del mundo, los hombres habían edificado templos en homenaje a la Divinidad. Hace veinticuatro años no conocía yo mejor que hoy el verdadero rostro de la Divinidad, pero sí sabía que en todos los continentes había templos elevados para dar gracias a Dios por su clemencia o para apaciguar la cólera divina. Así ocurrió con el Zeus de los griegos, con el Deus Ignotus del Foro, con Cristo en la era cristiana. Y gracias a esa intensa necesidad de fervor que reside en el corazón de todos los hombres, podemos admirar en nuestros días el Partenón, o una basílica romana, o una catedral medieval. Los hombres que contribuyeron, aun modestamente, a la erección de esas obras admirables, llegaban a sentirse en paz con el dios de sus creencias, y en la contemplación de aquellas armoniosas masas pétreas lograban la tranquilidad de conciencia indispensable. ¿No dura la piedra más que los hombres y no ofrece la extraña ilusión de desafiar la inevitable carrera del tiempo?

»No crea por eso que eran los sacerdotes los que impelían a las multitudes a que se construyesen esos monumentos del mismo modo que las exhortaban a las lejanas cruzadas… Por lo general, era el propio espíritu de la muchedumbre el que despertaba y sentía la imperiosa necesidad de una

creación grandiosa. Esa debe de ser la verdadera razón de que las catedrales sigan proyectando una sombra gigantesca y pacífica sobre nuestras ciudades.

»Y pienso que si se lograse, en esta época de materialismo, despertar el espíritu del pueblo, siempre ansioso de vibrar, se conseguiría una obra útil. El instrumento de esa idea no puede ser otro que la más noble forma de monumento: la catedral… Pero ésta tendría que ser de concepción esencialmente moderna a fin de que respondiese a nuestras aspiraciones, actuales. Catedral para la cual, durante varios años, trabajasen obreros de los oficios más dispares. Más de cien mil trabajadores se esforzaron, durante dos siglos, en la edificación de Notre-Dame. Para hacerla actualmente en diez años, según le decía antes, haría falta, además de máquinas perfeccionadas, triple número de hombres: trescientos mil obreros. Y cuando la décima parte de una ciudad como París trabaja para una misma obra, es que toda la población siente la misma fe. Y cuando resulta que esa ciudad es la capital de Francia, es que el mundo, entero se asocia a la misma creación. Esa es la verdadera unión por el trabajo… Desgraciadamente, era yo muy joven cuando se me ocurrió esta idea. Era hermosa, pero imponía. La juventud asusta siempre a quienes ya la han perdido… Cuando intenté explicar mis aspiradocies a los profesores e incluso a algunos de mis compañeros, se echaron a reír. Ha pasado un cuarto de siglo desde entonces, y ya nadie se mofa delante de mí porque mis cabellos han encanecido, pero cuando en alguna parte expongo mis proyectos sin aportar más bagajes que mi gran ilusión, siento que murmuran a espaldas mías, señalándome con el dedo, o que la gente me clasifica en la categoría de esos ilusos ofensivos a los que no conviene contradecir. Esta es poco más o menos, señor, mi situación actual…

Rabiroff escuchaba con asombro a su extraño visitante. Jamás —el financiero estaba seguro— se había desarrollado en su despacho una conversación parecida. Era casi increíble que un hombre como él, para quien el tiempo sólo significaba dinero, perdiese sus valiosos minutos escuchando a un individuo que, al, parecer, intentaba darle una lección de alta moral. Y sin embargo, el financiero continuó mordiendo su segundo habano de la mañana sin interrumpir ni una vez siquiera a Serval. También Rabiroff empezaba a ser subyugado por el poder persuasivo de su extraño visitante, que prosiguió con voz suave:

—No creo ser un simple soñador. Mis amigos o mis camaradas se engañan respecto a mí. Usted, que es hombre práctico, coincidirá conmigo… En efecto, tener una idea no es todo; hay que realizarla. La verdadera dificultad era que mi idea parecía demasiado ambiciosa: una catedral no

puede medirse ni en el tiempo ni en el precio… Sus agujas pueden ser menos altas que la Torre Eiffel o que cualquier rascacielos neoyorquino, pero eso no importa: traspasará el firmamento por lo que representa. ¿Y no se aferran sus cimientos a las entrañas de la tierra? Como en la encina del fabulista, la cúpula de mi catedral podrá alcanzar las más sublimes cimas y sus raíces permanecerán en el reino de los muertos…

»Para poner en ejecución mi proyecto, era indispensable que yo me ganase la vida; entonces me hice delineante. Y lo sigo siendo. Es un medio honrado que me permite vivir holgadamente. Desde el primer momento quise mantener intacta mi profesión de arquitecto, y lo mismo cuanto aprendí en Bellas Artes, para reservarlo exclusivamente a la edificación de mi catedral. Tengo la creencia de que no hay que malgastar los conocimientos en pequeñas tareas cuando se tiene el propósito de aplicarlos a una obra magna. También me esforcé en conocer, en silencio y en el secreto más absoluto, después de estudiar piedra por piedra y trozo a trozo, la estructura y la armazón de las catedrales francesas. Fue difícil para mí; los desplazamientos cuestan caros y mis recursos eran escasos. Más de una vez —y no crea que lo lamento— tuve que contentarme con un frugal bocado al día para, economizando, comprar las obras técnicas que me eran necesarias. Incluso estudié con aplicación algunas novelas… ¿Ha leído usted acaso Notre-Dame de París, señor?

—¿Es interesante?

—Prodigiosa. La catedral vive en ella.

—¿De quién es?

—De un poeta poco conocido en el mundo de los negocios. Y puesto que usted ignora quién era Víctor Hugo, supongo que jamás habrá oído hablar de Huysmans…

—Ese apellido no es francés.

—Pues Huysmans fue un gran autor nacional que escribió páginas admirables sobre Notre-Dame de Chartres.

—En resumen, que las catedrales han interesado a los hombres de letras más que a los de negocios.

—Han apasionado a toda clase de individuos… Yo no tengo nada de hombre de letras ni aspiro a ser financiero, pero mi ilusión es construir una catedral. No vivirá en un libro ni se cotizará en Bolsa; será real, sólida, duradera, y estará construida con buena piedra de Francia.

—¿Sabe usted que empiezo a admirarle?

—No debe hacerlo, señor. Sólo la obra es admirable; el hombre que la realiza no cuenta… El hombre desaparece al fin; la obra perdura por lo general.

—¿Y cómo se las ha arreglado para llevar a término su proyecto?

—¡Ay! Aún no lo he conseguido. Yo creía haber estudiado a fondo el problema de esta edificación y acumulado bastantes conocimientos cuando estalló la guerra en 1939. No volví aquí hasta después de transcurridos cuatro años y medio, y eso gracias a un canje de prisioneros efectuado bajo los auspicios de la Cruz Roja. Tan larga espera en un campo de concentración fue menos penosa para mí que para otros; mis ilusiones me daban ánimos. Tenía la convicción de no perecer antes de haberlas realizado. Tenía confianza. Y como la Providencia me ha protegido, es que consentía que yo triunfara. He visto, después de mi regreso, que los hombres —mis camaradas de penuria— no tienen más que una obsesión: aturdirse para olvidar. Esa nueva sed de regocijarse, normal después de años de horror, justifica más todavía mi catedral de San Marcial.

—¿Por qué darle el nombre de ese santo tan poco conocido?

—Se ve, señor, que no ha vivido usted en el centro de Francia… San Marcial es tan venerado en Limoges como en Dordoña.

—Lo creo, pero ¿qué razón le ha impulsado a poner bajo su advocación una futura catedral parisiense?

—Porque vino de Roma al mismo tiempo que san Dionisio para evangelizar la Galia y porque una piadosa tradición asegura que era uno de los setenta y dos discípulos. Y dicen sus historiógrafos que era el joven que llevaba la cesta en que iban los cinco panes de cebada y los dos peces cuando Jesús realizó el milagro de la multiplicación… Creo sinceramente que bajo su patrocinio la influencia de mi catedral se expandirá hasta lo infinito… ¿No será la célula espiritual que engendre millares de otras? ¿No aportará, mientras la construcción dure, el pan del trabajo a incontables familias de artesanos y obreros? ¿Acaso el nombre Marcial no es típicamente viril? ¿No rebosa de fuerza y de sol? Y yo quiero que mi catedral sea alegre, luminosa… La piedad y el recogimiento, tal como los imagino jamás deben estar impregnados de tristeza.

—Sin embargo, la mayor parte de las catedrales son bastante sombrías…

—Pero no lúgubres.

—¿Y tiene usted la intención de construir un monumento gótico?

—Por nada del mundo. La catedral de San Marcial será moderna, pero en piedra de sillería. El hormigón armado es una materia fría, sin alma, sin calor,

incompatible con la espiritualidad de los lugares sagrados. La mejor prueba es que se ha considerado indispensable dotar de un revestimiento interior de piedra a la mayor parte de las iglesias construidas en estos últimos tiempos; solamente su estructura y su armazón son de cemento. La piedra se considera idónea en todas las religiones. Por eso los templos de madera escasean incluso en los países nórdicos. ¿Los mismos druidas no inmolaban las vírgenes en la piedra sagrada de los dólmenes? Llego incluso a creer que solamente la piedra da tono a un edificio. Pero eso no afectará en absoluto a la modernidad de mi obra; las catedrales pertenecen siempre a su época. De tal modo es así, que incluso la interminable duración de algunas en su construcción fue causa de que en ellas hubiera que introducir diferentes estilos. Y la diversidad de estilos en un mismo edificio acarrea inconvenientes. La piedra marca una época incluso más que la moda.

»Por último, mi catedral se beneficiará de todos los adelantos de la técnica actual. Sus adiciones acústicas estarán calcadas de las de las grandes salas de concierto; evitaremos con todo rigor los “ángulos mudos” de los antiguos santuarios, donde todo sonido se pierde. Los órganos serán, naturalmente, eléctricos y dotados de toda suerte de teclado, como no tienen más que los órganos de los cines norteamericanos. ¿Por qué ha de aplicarse exclusivamente ese progreso a las salas profanas? Proyectores de variados matices, creadores de una luz indirecta y casi irreal, esparcirán una especie de espiritualidad luminosa… En el momento de alzar, el altar mayor será también elevado; merced a un sistema hidráulico, para que los fieles puedan contemplar tan solemne acto… El púlpito será orientable hacia tal o cual parte de la nave a fin de que la voz del orador, amplificada por invisibles altavoces, pueda llegar directamente a cada uno de los que asistan… No obstante su modernismo, mi catedral será piadosa; el genio del hombre sólo aparecerá para mejor contribuir al recogimiento. Ha de procurarse que los que contemplen la obra dentro de algunos siglos sepan que representa con exactitud la arquitectura y los medios característicos de nuestro tiempo. Preveo una prolongación de una línea del “Metro” ya existente, para que las muchedumbres tengan fácil medio de comunicación. La nueva estación deberá llamarse también de San Marcial.

—Veo, señor Serval, que no omite usted detalle alguno. Parece innato en usted el sentido de la organización. Y bien: ¿qué emplazamiento ha elegido usted para la nueva catedral de París?

—No hay más que un lugar posible, pero aún debo mantenerlo secreto; sólo me decidiría a comunicárselo a usted cuando tuviera pruebas tangibles de

su ayuda. Por otra parte, los preliminares serán bastante complicados: habrá que efectuar muchas expropiaciones, adquirir terrenos, ponerse de acuerdo con muchos, soportar a los descontentos aunque esto último no tiene gran importancia, pues siempre hay gente predispuesta contra los innovadores. La elección del emplazamiento ideal tiene que supeditarse a un gran número de consideraciones, y una de las más importantes es que no estorbe la doble radiación de Notre-Dame y de la basílica del Sacré-Coeur. ¿Ignora usted acaso que la orientación de una catedral obedece a leyes inmutables? Con su coro, su crucero, su nave y sus torres, la catedral es como una cruz que mira a Oriente, incluso a Jerusalén, pero esto no es cierto.

—¿No teme usted que el conjunto tome aspecto de caravasar?

—Las catedrales siempre podrán haberlo parecido; fíjese en el esplendor de la de Albi, de piedras rojas, fortificada, adonde las asustadas muchedumbres acudían para refugiarse y orar por la victoria de la fe eterna sobre aquellos a quienes consideraban impíos. Piense en la Giralda, de Sevilla; los caballeros, a galope de sus caballos de pura raza, podían subir a lo alto gracias a la suave pendiente de sus rampas… A veces, las ferias y los mercados se instalan a la sombra de los templos, a los cuales prestan una nota de color.

—¿Tiene a punto los planos?

—¿No son indispensables?

—¿No le queda más que poner manos a la obra?

—Eso es precisamente lo que plantea la cuestión financiera.

—Pues hablemos de ello: es mi especialidad. En ese terreno me desenvuelvo mejor que entre todas sus consideraciones ideológicas o humanitarias… Y eso que las estimo en su justo valor. Ante todo es necesaria la Idea, ¿no es así? Después se intenta realizarla… Por eso en este mundo ruin todos hacemos falta: poetas como usted, financieros como yo… Estábamos predestinados a conocernos un día u otro, señor Serval… Y sólo de nuestra estrecha colaboración podrá nacer la catedral de San Marcial.

—Ante todo, he de puntualizar que no pido ni un céntimo para mí, pues no tengo ambición personal alguna. Vivo en una especie de taller, en la calle de Verneuil, y me basta con lo que gano como delineante.

—¿Y el producto de sus postulaciones?

—Durante los diez primeros años, de 1930 a 1940, pude amasar una pequeña fortuna presentándome —cada vez que mis ocupaciones me permitían unas horas de asueto, de restaurante en restaurante, de hotel en hotel, de sala de fiesta en sala de fiesta, de casa en casa, de piso en piso…

Usted, aun siendo financiero, no tiene ni idea de cómo el pedir puede ser lucrativo, sobre todo en lugares de mucho público. Las personas que se saben observadas, sienten la necesidad de mostrarse generosas ante sus conciudadanos. Pero cuando uno se encuentra solo frente a cualquiera, la cosa resulta más difícil; el egoísmo y la desconfianza hacen lo demás… Evidentemente, lo que pude reunir en ese tiempo parecerá escaso a un hombre de la categoría de usted, acostumbrado a gastar sumas considerables… Pero, de todos modos, tengo el orgullo de confesarle que llegué a reunir cerca de tres millones, recogidos franco a franco, lo que representa un número impresionante de kilómetros recorridos a pie dentro de París y de peldaños subidos en los diferentes barrios… Y no siempre fueron los distritos más ricos los que se mostraron más generosos… Sepa usted que en Grenelle, Belleville y Ménilmontant hay muy buenos corazones. Guardo amorosamente ese dinero; representa la primera gota, que, unida a millares más, hará rebosar un día el cuerno de la abundancia necesario para dar cima a una obra hermosa.

—¿Qué cantidad considera usted indispensable?

—Si nuestra pobre moneda se mantuviese estable, yo le diría a usted que, según el valor del franco, harían falta aproximadamente diez mil millones.

—¡Una respetable cantidad!

—Cuando se tiene fe en lo que se emprende, el dinero no significa demasiado.

—Un dicho antiguo asegura que es la fe lo que salva. Usted puede aplicárselo. Debe de estar usted en lo cierto, señor Serval. ¿Quiere dejarme sus señas? ¿Tiene usted teléfono?

—No lo instalaré hasta que sea indispensable para iniciar las tareas. De momento, no quiero gravar mi presupuesto con ningún gasto inútil. También tengo el propósito de conservar mi puesto de mando en la buhardilla de la calle de Verneuil. Puesto que en aquel recinto tan modesto maduré la idea de la obra, no hay razón alguna que impida el que partan de allí las órdenes de ejecución.

—Usted se hará cargo, señor Serval, de que he de tomarme unos días para reflexionar. Pero esté tranquilo: no serán muchos. Tengo bien ganada la reputación de ser hombre de decisiones rápidas… Pero hoy me ha turbado usted un poco con esa primera descripción de su catedral… Le llamaré pronto. De todos modos, en principio, el proyecto me interesa…

El financiero había dejado de mordisquear su cigarro. Púsose en pie. El hombre de cabellos blancos le imitó y se encaminó hacia la puerta sin tenderle la mano. Pero al disponerse a salir, volviose para decirle:

—Me parece muy bien, señor, esa prudente meditación en que va usted a sumirse. Y estoy convencido de que con el tiempo llegará a comprender que mi proyecto no tiene nada de utópico. Por lo menos, posee el mérito de ser honrado. Eso le inclinará a mi favor. Habrá encontrado usted en su camino tantos individuos extraños que le hayan propuesto negocios insensatos…

—¡A quién se lo dice, querido señor Serval! Gracias a su benéfica presencia durante una media hora, me he dado un buen baño de rejuvenecimiento y purificación. Para mí ha sido una sensación prodigiosa. Aunque no volviéramos a vernos en la vida, le aseguro que jamás olvidaré su amable visita. Pero eso no ocurrirá. Así que le digo: ¡Hasta pronto!

De este modo le despidió el financiero.

* * *

Durante el almuerzo, la conversación entre el banquero y su linda amiga se dedicó exclusivamente a dialogar sobre Serval.

Evelina no tenía nada de tonta. Poseía también esa excesiva sensibilidad que parece ser patrimonio de los que durante su infancia han sufrido mucho, y asimismo suplía su falta de cultura con unas extraordinarias dotes adivinatorias. Como la mayor parte de las mujeres, se confiaba a su instinto o al primer impulso, que casi siempre determinaba sus acciones. Su vida había sido bastante tumultuosa, aunque ella apenas tenía treinta años: una vida de aventuras poco definidas que se habían sucedido en cascada y sobre las que ella no parecía desear mucho esclarecimiento. Todo el mundo sospechaba que la de Rabiroff no había sido su primera amistad y que antes había otros, pero nadie podía puntualizar. A Evelina le convenía un poco de sombra sobre su pasado…

Pero precisamente sus relaciones con el financiero habían encumbrado a la bella e inquietante joven.

Después de escuchar a su amigo con atención, Evelina sugirió con voz suave, pero persuasiva, a la que Fred no podía resistirse:

—Ese hombre es un verdadero iluso; pero, por lo que me has referido de vuestra entrevista de antes, cree ciegamente en su proyecto, que él considera ya como una realidad. Y verás cómo un día u otro —cual sucede a los que tienen fe o a los medio locos— conseguirá su propósito. ¿Por qué no utilizar semejante fuerza de la naturaleza? ¿Por qué no canalizar hábilmente ese entusiasmo hacia algo práctico que pueda acarrearte no sólo sustanciales ganancias sino también ventajas considerables? Últimamente, ¿verdad?, has

tenido algunos tropiezos cuyo recuerdo convendría disipar. Para ello sería muy eficaz que te mostraras como hombre de negocios generoso, que no vacila en interesarse por algo noble y vagamente nacional, con intenciones filantrópicas. Tu reputación mejoraría ostensiblemente. ¿Y quién sabe? Acaso esa catedral fantasma te valiera para ingresar en la Legión de Honor. ¿Qué te parece lo que acabo de decirte?

—Confieso que esa distinción honorífica no me vendría mal. Y también te digo, Evelina, que razonas como una diosa… Tu sentido de los negocios empieza a afinarse.

—¿Cómo no, querido, si vivo en tu compañía? Eres un profesor excelente…

Y sonrió al pronunciar estas últimas palabras, con sonrisa verdaderamente seductora… Pero no creía nada de lo que estaba diciendo. Si se esforzaba en complicar a su amigo en lo que con espíritu práctico llamaba «la aventura de la catedral», lo hacía por motivo bien diferente del deseo de acrecentar la respetabilidad del financiero… La razón que impulsaba a la joven era mucho más imperiosa y mucho más femenina: la linda Evelina tenía fijo su pensamiento en el hombre de cabellos blancos. Desde que, por primera vez en su vida, lo vio la noche anterior, hubo de intentarlo todo para persuadirse de que se engañaba, de que era una locura… Pero inútilmente: su propia locura la colmaba de alegría. Jamás le había ocurrido cosa semejante: era el flechazo insensato, fulminante, con todo lo que comportaba de imprevisto y ridículo… Ella, Evelina, una de las más espléndidas figuras de la capital, la joven más ricamente agasajada, la mujer más envidiada y deseada, se había enamorado súbitamente de un individuo cuya originalidad era más que inquietante. Un hombre sin fortuna y que postulaba para un monumento que sólo existía en su imaginación… Un visionario que soñaba con una catedral. Todo era increíble y, sin embargo…

Después de la comida, el financiero descolgó unas diez veces el teléfono y habló, entre gesticulaciones que sólo Evelina veía, con otros tantos interlocutores, cuyos nombres —Benarsky, Retner, Krasfeld, Silvio Perana, Peter Loeb—… eran difíciles de pronunciar. A todos los citó, para aquella misma tarde, en su despacho.

La reunión fue larga y misteriosa. Evelina no quiso asistir, considerando que sería mucho mejor permanecer en la sombra, para así ayudar más eficazmente al hombre cuyo rostro la tenía obsesionada.

Después de relatar a aquellos señores la extraña conversación sostenida horas antes con Andrés Serval, Rabiroff declaró:

—Si he considerado oportuno, queridos amigos, poneros al corriente del absurdo proyecto de ese infeliz, es porque tengo la impresión de que esa catedral fantasma puede servirnos de inagotable fuente de recursos si sabemos comercializar la idea, aunque, naturalmente, fingiendo lo contrario… ¿Cuál de nosotros no tiene algunos pecadillos sobre su conciencia? Tú, por ejemplo, Benarsky, ¿no debes procurarte el perdón por lo de los Montes de Piedad? Y tú, Krasfeld, jamás podrías enterrar la desastrosa impresión que dejaste con lo de la seda artificial… En cuanto a nuestro excelente Silvio Perana, no le agradaría que volviera a hablarse de determinada agencia cinematográfica, donde eran demasiado bien acogidas ciertas artistas a quienes se enviaba al extranjero para realizar películas de un género especial… Todo eso debe ser olvidado, y no insistiré respecto de los demás amigos que se han dignado corresponder a mi llamada: ¿a qué remover el fango? Lo importante es que todos estemos allí y que ninguno de nosotros pueda sentirse inquieto… Y para demostraros que no me erijo en censor ni en juez, no vacilo en confiaros que también yo estoy sintiendo una inextinguible sed de honorabilidad.

»También estoy tentado de creer que la catedral de nuestro héroe puede ser el trampolín ideal para que todos nos lancemos —dando así un magnífico ejemplo de solidaridad entre hombres de negocios— al camino de nuevas empresas. Por supuesto, todos nos acogeremos a la protección del patrono, que es como decir que el pabellón encubrirá la mercancía. Pensadlo bien, señores: nada más que la edificación de la catedral exigirá un mínimo de diez años según las propias afirmaciones de quien ahora llamaremos entre nosotros, si no tenéis inconveniente, su animador. ¡Diez años! Plazo que podrá hacerse interminable a poco que los contratistas —y en ese aspecto podemos estar tranquilos— alarguen el “placer de construir”, durante algún tiempo… Contemos, pues, con un mínimo de quince años para la edificación propiamente dicha. Pero a ésta habrán de precederla trabajos preliminares, durante los cuales han de ser estudiados minuciosamente los planos y calculados los gastos. Añádanse las operaciones inmobiliarias que serán necesarias sin duda alguna para la adquisición del amplio terreno, las discusiones con el Ayuntamiento y con el Gobierno, las múltiples gestiones indispensables para la obtención de todas las autorizaciones de los Ministerios interesados, el inevitable papeleo administrativo, el acuerdo incluso con las autoridades eclesiásticas… Eso exigirá mucho tiempo. Yo haré cuanto esté a mi alcance para que ese período preparatorio, fructuoso de verdad, puesto que permitirá a vuestro genio de negociantes dar libre curso a su inspiración, dure siquiera otros diez años. Lo que ya supone un total de veinticinco años antes

de que los importunos se preocupen de meter las narices en nuestros manejos… Os aseguro desde ahora que el tal Serval es incapaz de eso: sólo se trata de un poeta, amigos… Y con eso está dicho todo. Y estoy convencido de que en un cuarto de siglo habremos conseguido reunir el dinero suficiente para esperar los acontecimientos y, en el peor de los casos, emprender la retirada…

»¿Qué dirías, querido Krasfeld, el gran especialista de negocios inmobiliarios, si se te confiase el encargo de adquirir los terrenos? Un solar de tales dimensiones no se encuentra fácilmente en París… Eso significará que habrá que comprar algunos inmuebles, y acaso modificar la fisonomía de todo un barrio… Habrá expropiaciones, especulaciones en abundancia y comisiones sustanciosas… En cuanto a ti, querido Reumer, nos encantaría que pudieses hacer tu agosto encargándote de pasar los pedidos. Por lo que se refiere al refinado Silvio, su instintiva afición a las lindas mujeres y al comercio de lujo parece señalarle para el prestigioso cargo de director artístico.

—¿Director artístico? —preguntó Silvio Perana, con desconfianza.

—Sí. Tú te encargarás de los pedidos de ornamentos, candelabros de oro macizo, incensarios con incrustaciones de pedrería, estandartes, palios, imágenes… En una palabra, que obtendrás buenos beneficios…

—Y tú, ¿qué te reservas para mostrarte tan generoso? —preguntó Peter Loeb.

—No gran cosa —respondió el financiero, con humildad—. Simplemente, la organización de todo… Reconoceréis que es la misión más delicada del negocio: requiere habilidad, mucha habilidad. ¿No soy yo el más indicado para el caso?

Nadie se opuso. De ello dedujo Rabiroff que todo el mundo se sometía a su competencia, y se mostró satisfecho.

—Todo eso está muy bien —objetó, sin embargo, Benarsky—, pero hay alguien más: tu iluminado, que puede darnos motivos de disgustos. Dada la descripción que de él nos has hecho, temo que se niegue a entrar en el juego.

—¡Pues tendrá que entrar! —aseguró calmosamente el financiero—. Dejadlo a mi cuidado: es como un niño. Su capacidad en el aspecto económico es nula. Demasiado poeta para sospechar de la pureza de intención de comerciantes honrados, como nosotros, que acudimos en su ayuda espontáneamente. Teniendo en cuenta el tiempo que ese hombre lleva soñando, nada podrá despertarle ya. Él será el intermediario ideal entre nosotros y la multitud de donantes y suscriptores. Siempre es necesario un

conejillo de Indias que sirva de cebo y a quien puedan endosarse todas las responsabilidades si las cosas se ponen mal. Durante el período preparatorio —agregó—, el más importante para nosotros, pues nos permitirá conceder las contratas, yo os prometo que Andrés Serval se hallará tan ocupado, que no le quedará tiempo para examinar nuestra contabilidad. Además, no mostrará deseos de hacerlo: es un hombre excelente… Y si después se pusiera un poco pesado, tendríamos que resignarnos a hacerlo desaparecer…

—¿A base de dinero? —preguntó Reumer.

—No aceptaría un céntimo. Es lamentable, pero parece muy honrado. Su desaparición tendría que ser efectiva; pero, de todos modos, sólo recurriríamos a ella en caso extremo. Os participo que es muy importante lo siguiente: oficialmente, el único promotor es él. Y nos será necesario mientras todo marche bien. ¿Habéis comprendido?

La reunión se desenvolvió cordialmente. Las modalidades financieras iniciales se estudiaron con sujeción al viejo principio que asegura que el dinero llama al dinero.

Decidiose que el capital social de la «Sociedad de estudios de la Catedral de San Marcial» sería de mil millones como mínimo, o sea, la décima parte de lo calculado para ejecutar la obra.

—Para empezar —dijo Fred—, no podemos, evidentemente, señalar un capital reducido: es necesario que esté en armonía con la gigantesca importancia de la empresa. Al público, que al final pagará el pato, le gusta saber que un nuevo negocio empieza con mucho dinero. Mil millones totalmente desembolsados dice mucho en el membrete de cartas, prospectos publicitarios y boletines de suscripción.

—Pero ¿dónde encontrarlos? —preguntó Krasfeld.

—No irás a decirme que hombres tan expertos como vosotros ignoráis el arte de procuraros el señuelo indispensable. Tened en cuenta que en este negocio nada arriesgáis… Somos diez, y cada uno deberá constituir rápidamente un pequeño grupo financiero o sindicato que represente la aportación de cien millones. ¿Estáis de acuerdo?

—A condición —repuso Peter Loeb— de que sepamos en qué ambiente hemos de buscarlos.

—Eso no ofrece duda… Entre las buenas personas, o por lo menos así consideradas. De sobra sabéis que todas las demandas de dinero en favor de obras pías, lugares de peregrinación o iglesias nuevas cuentan siempre con una clientela. No sería la primera vez que la alta Banca se interesase por empresas de esta índole. Componéoslas para lograr las autorizaciones

necesarias, y nadie os negará su apoyo dado el fin sublime que ante ellos nos hemos comprometido a conseguir.

—¿No es eso lo que hace tu buen hombre desde hace tiempo cuando va por ahí postulando para su catedral? —preguntó Silvio Perana.

—Sí, pero, como sucede a mucha gente que tiene proyectos grandiosos, son irrisorios los medios empleados para conseguir lo que se propone. Pedir no es cosa que inspire mucha confianza al público. En cambio, lanzar suscripciones de apariencia nacional, con el apoyo de los Bancos, da a cualquiera la impresión de algo importante… Creedme, queridos amigos; con esa catedral disponemos de un filón importante que sólo habremos de explotar. Ahora bien, tenemos que actuar con presteza. ¿Cuánto tiempo consideráis necesario para que cada cual reúna los cien millones que le corresponden? Personalmente, sé a qué puertas debo llamar… Tengo algunas relaciones muy a propósito, y hay quien se muere de ganas por hacer negocios conmigo. Lo único que aún no los ha decidido es que hasta ahora sólo les he hablado de cuestiones de poca monta, pero esto es diferente. Les llevo en bandeja un asunto nuevo: ¡una catedral! ¡Ni más ni menos! No diréis que no es original.

Los futuros «socios» asentían a cada palabra de Rabiroff. Decididamente, era el más idóneo, el indiscutible jefe de todos. Gracias a un nuevo rasgo genial del gran hombre, todos podrían terminar felizmente sus agitadas actividades. En consecuencia, cada uno declaró que se hacía responsable de encontrar la suma necesaria. El financiero sabía de sobra que ni uno solo poseía la décima parte del dinero exigido, pero especulaba con el incomparable poder persuasivo de sus brillantes colaboradores, del que ya habían dado repetidas pruebas en el mercado del tráfico internacional. En fin, entre lobos de la misma carnada no cabe el engaño. Y el brillante animador de la reunión concluyó mientras chupaba su quinto cigarro de la jornada:

—Cuando uno se lanza a una nueva empresa, hay que aceptar todos los riesgos; si no, los negocios resultarían aburridos.

En cuanto los reunidos se hubieron marchado, Rabiroff llamó por teléfono.

—¿Evelina? El asunto marcha… Todos lo han comprendido muy bien: son muy inteligentes. Acabo de mandar un mensaje urgente a la calle de Verneuil, a las señas del fenómeno, rogándole que vuelva a mi despacho mañana por la mañana. Ha sido una gran jornada la de hoy, pequeña… ¿Siguen gustándote esos pendientes de que me hablaste hace unos días? Quiero regalártelos en prueba de gratitud por tu luminosa idea. Para esta

noche, además, reservaré mesa en «Maxim's». Puedes convidar a algunos amigos… ¿A quiénes? Pues que haya el mayor número posible de muchachas lindas. ¿Por qué no Cristiana o Jenny? Conviene que el ambiente sea alegre… Tomaremos champaña para festejar el nacimiento de «nuestra» catedral…

* * *

A la mañana siguiente, Andrés Serval se hallaba de nuevo ante Fred. El hombre de cabellos blancos mostrábase tranquilo como siempre:

—Recibí su mensaje. ¿Cree que ha tenido tiempo suficiente de reflexionar con una noche?

—Su proyecto es tan grandioso, que no pude menos de hablarle de él a unos amigos, que me parecen apropiados para ayudarle. Cuanto más me conozca usted, más cuenta se dará de que tengo muchísimos amigos: la vida está tan mal repartida, que sólo se presenta fácil a los ricos… Conseguí convencerlos: todos se muestran verdaderamente entusiasmados y deseosos de conocerle.

—Le repito, señor, que personalmente yo nada significo. Sólo la obra debe aunar las energías individuales para así galvanizar a las muchedumbres.

—Bien. Comprendo sus admirables sentimientos… Usted es una especie de apóstol moderno… Sé bien lo que digo, y yo nunca exagero… ¡Y pensar que hubiera podido suceder que no nos conociéramos jamás! Simplemente la casualidad nos llevó a los dos a «Chez Eugene»… ¿No le parece inaudito? Gracias a ese primer contacto entre nosotros —que acaso llegue a calificarse de histórico—, la catedral de San Marcial podrá dejar el campo del espíritu y de la quimera para entrar en el de la pura realidad. Creo que me dijo usted que el producto de sus pacientes peticiones significaba tres millones aproximadamente…

—Sí.

—Mis amigos y yo tomamos ayer el acuerdo mutuo y solemne de ayudarle hasta que la obra sea una realidad. ¿Son diez mil millones lo que hacen falta? Pues los encontraremos. Yo se lo garantizo; mas para que usted pueda comenzar las tareas preliminares y nosotros reunir la totalidad de esa suma, hemos pensado mis amigos y yo que de antemano es indispensable constituir una primera empresa de estudios, que muy bien podríamos llamar, si usted no tiene inconveniente, la S. E. C. S. M.

—¿Cómo dice?

—Reconozco que es un poco difícil de pronunciar, como sucede con no pocas siglas. Dicho con todas sus letras, S. E. C. S. M. quiere decir Sociedad de Estudios de la Catedral de San Marcial. Mi impresión es que no suena mal y, sobre todo, parece algo serio. ¿No opina usted lo mismo?

—Aún no lo sé, señor… Será necesario que me vaya acostumbrando…

—Me agrada su ponderación, señor Serval. No se altera usted por nada… Es la única manera de triunfar. Pero fatalmente llega un momento en el que hay que adoptar una decisión en el sentido que sea: y si queremos construir la catedral, nos hará falta dinero. Pues bien, tengo la gran alegría de anunciarle que la sociedad de estudios, por sí sola, representa un lindo capital de mil millones, esto es, la décima parte del total necesario. Reconocerá usted que no he perdido el tiempo en obtener este primer resultado concreto. ¡Veinticuatro horas exactamente! ¿No es admirable? Es alentador… Usted sabe, querido Serval… ¿Me permite que le llame así? Será mucho más cómodo, ya que hemos de hablar muchas veces… Usted llámeme Fred. Será más cordial… Bien, querido Serval, usted sabe que cuando los hombres de negocios nos lanzamos resueltamente, todo marcha a las mil maravillas.

—Reconozco que el resultado de sus primeras gestiones ha sido verdaderamente eficaz… Yo hubiera sido incapaz de lograrlo tan pronto.

—Porque usted es un artista. Y conviene que lo siga siendo. Usted es más aún: un creador en la plena extensión de la palabra… Esa primera aportación le permitirá a usted escoger los colaboradores técnicos que necesite y, sobre todo, formar esos obreros especializados de que me ha hablado usted con tanto ardor y que parecen indispensables para llevar la obra al buen término deseado.

—Al fin podré volver a formar en el mayor secreto las corporaciones de artesanos.

—Ni más ni menos: la vieja idea corporativa… ¡Excelente! ¡Admirable! ¡Y en secreto: tiene usted muchísima razón! Si queremos hacerlo bien, será necesaria mucha discreción al principio. Precisamente por eso mis amigos y yo nos oponernos seriamente a que se hable de nosotros. ¿El verdadero bien no es el que se hace a escondidas? Sentimos horror por la publicidad vocinglera… El edificador de la catedral es usted, y usted el único que debe figurar. Nosotros nos damos por satisfechos con hallarnos a su lado, sin aparecer para nada, para así prestarle la ayuda financiera que necesite… Seremos sin duda los más oscuros, pero no los menos devotos de sus colaboradores… Además, resulta presuntuoso en mí que diga eso de «nosotros», ya que mis amigos me han concedido plenos poderes para

representarlos cerca de usted. Sí, lo hemos considerado más sencillo que presentarnos todos para importunarle. Usted tiene sin eso trabajo de sobra, y lo importante es, desde el punto de vista financiero, que sólo tenga usted que tratar con una sola persona, que seré yo. ¿Acepta?

—Con una condición…

—¿Condiciones ya? ¿Es que no tiene usted confianza?

—¡Póngase en mi lugar, señor! Todo se ha presentado tan inesperadamente, tan súbito, que me cuesta trabajo creerlo… De lo único que estoy seguro es del buen éxito de una asociación donde grandes medios, representados por ustedes, son puestos al servicio de la honradez más escrupulosa. Pero, sobre todo, no crea que tenga yo el orgullo de considerar que encarno esa cualidad, cada vez más rara en nuestra época. Pienso que aún hay personas honradas, aunque desgraciadamente, por faltarles los medios necesarios, están condenadas a vivir en la más lamentable mediocridad y a veces a perder su buena reputación… La condición que impongo es de otra naturaleza: exijo que mi voz tenga fuerza de ley en lo que concierne a los métodos de trabajo y a la arquitectura de la obra.

—Naturalmente… No faltaba más.

—Entonces, acepto.

Y por vez primera el hombre de cabellos blancos tendió la mano a Fred, sin decirle nada. El banquero fue incapaz de leer en la franca mirada de su visitante, y al quedarse solo en su despacho hubo de preguntarse con inquietud si aquellos ojos luminosos reflejaban confianza o desconfianza.

* * *

El redactor jefe leyó hasta la última cuartilla enviada por su subordinado. Enseguida le llamó por teléfono:

—Oiga, Moreau, quiero la continuación.

—¿Qué continuación?

—Pues la de su información sobre ese iluso.

—No tengo nada más.

—¿Cómo?

—Quiero decir que aún no la he escrito.

—¿Y por qué?

—Porque todavía no he podido dar con los dos personajes más importantes: la linda Evelina y Duval, el maestro aparejador. Sólo ellos

pueden facilitarme los datos necesarios para escribir una continuación que ofrezca interés.

—Pues es indispensable que los encuentre, amigo mío.

—No es nada fácil, señor Duvernier… La mujer desapareció completamente hace cuatro años… En cuanto al aparejador, sólo tengo una vaga esperanza de poder hablar mañana con él.

El redactor jefe percibió un leve ruido. Se apresuró a golpear el aparato inútilmente: Moreau había colgado.

Contrariamente a lo previsto, Duvernier durmió mal aquella noche, y cuando al fin pudo conciliar el sueño, tuvo una extraña pesadilla: vio una catedral de estilo ultramoderno construida por un maestro de obras que tenía el rostro de Moreau y que sin cesar le pedía dinero para depositarlo en un cepillo de iglesia colocado bajo la imagen de San Marcial… Un santo inmenso, una especie de robot cuya boca de piedra se abría a intervalos regulares para repetir unas palabras, siempre las mismas:

—Duvernier, no es usted nada inteligente. Rabiroff lo es mucho más: él comprendió desde el primer momento lo que podría obtener de mi catedral…

LA OBRA

Moreau acababa de penetrar en el único lugar donde tenía alguna probabilidad de conocer al principal colaborador y sucesor designado de Andrés Serval: el cementerio de Bagneux. Después de haberse informado por un vigilante acerca de las diferentes inhumaciones señaladas para aquel mismo día, siguió la avenida central. De vez en cuando: leía algunas de las inscripciones, cuya vulgaridad era desconcertante. Por vez primera, desde que se había lanzado a aquella extraña información más parecida a una investigación judicial, pudo reflexionar.

Las avenidas del cementerio estaban desiertas. Los ruidos de la gran ciudad llegaban allí muy atenuados: casi había silencio. Gorriones y palomas saltaban alrededor de las tumbas, algunas de las cuales, abandonadas, estaban recubiertas de musgo, invadidas por la hierba… Otras, por el contrario, demasiado florecidas, daban la impresión de que ricas familias, cuyo nombre figuraba ostentosamente, se habían puesto de acuerdo con organizaciones especializadas en el ornato mensual de sepulturas, ante las cuales ninguno de los sobrevivientes tendría ocasión de ir a rezar. «¿Por qué la gente siente en Francia tan poco culto a los muertos? —se preguntó el periodista—. ¿Por qué transforman estos lugares de reposo en siniestras necrópolis? ¿Por qué no imitan a los sudamericanos, cuyos cementerios son alegres?».

En un reportaje que había hecho en Chile, descubrió que en aquel joven país los cementerios son lugares de paseo, adonde toda la ciudad acude los domingos y demás días festivos. El culto a los muertos está allí exaltado de alegría e impregnado de sol: los niños juegan junto a las tumbas, los estudiantes recorren las avenidas recitando versos y los enamorados cambian dulces juramentos a la sombra de una sepultura. Una poesía extraña y dichosa campea en cada necrópolis: los difuntos no deben sentirse olvidados allí, puesto que los vivos continúan asociándolos a los momentos esenciales de su existencia. Moreau había escrito un artículo sobre este asunto, pero el periódico donde trabajaba por entonces había rehusado publicarlo so pretexto

de que a los lectores franceses les hubiera extrañado mucho saber que un cementerio no era un lugar obligatoriamente triste.

Habían pasado algunos años, y mientras avanzaba por las hileras de tumbas de Bagneux el joven experimentó bruscamente la irrazonada necesidad de infundir un soplo de vida a un cementerio de gran ciudad. Hubiera querido tener el poder de arrancar los innumerables secretos enterrados bajo cada losa para revelarlos a los indiferentes y reparar un poco, mediante sus artículos, un olvido que le parecía injusto. Se acordaba también de aquel cuento de hadas en que los hijos de un leñador se encuentran una noche abandonados en un cementerio. Encaramados sobre una tapia y perfilándose sus negras sombras en un cielo tormentoso, unos gatos maúllan a la luna… Sauces y cipreses, acariciados por un viento glacial, adquieren el porte inquietante de fantasmas de brazos inmensos… Apretujado el uno contra el otro, los pequeños sienten miedo y tiemblan… Uno de ellos da un grito desgarrador… Pero el grito del niño opera un milagro: los gatos dejan de maullar, el viento se calma, los árboles recobran su inmovilidad y las tumbas parecen desaparecer bajo las flores.

—Ya ves que no hay muertos —dice el mayor de los niños.

«El niño del cuento tenía razón», pensó Moreau… No habría muertos si los vivos se tomasen el trabajo de resucitarlos a menudo con sus recuerdos… Él debía resucitar en el espíritu de millones de personas la prodigiosa figura del hombre que había soñado con edificar una catedral.

El ver un pequeño grupo de personas reunidas para un postrero adiós ante una tumba, lo apartó de sus extraños pensamientos. Siete hombres había allí, destocados, silenciosos, inmóviles… Moreau reconoció a seis; Dubois, el maestro carpintero; Dupont, el maestro vidriero; Legris, el maestro herrero; Rodier, el maestro escultor; Picard, el maestro ebanista; Bréal, el maestro escultor. El último personaje le era desconocido. No había una sola mujer. Los demás asistentes a la ceremonia eran los empleados de pompas fúnebres. Moreau, que se había detenido a cierta distancia, notó que no se pronunció palabra alguna. Después de un largo instante de recogimiento, durante el cual fue colocada la losa, los artesanos se encaminaron a la salida del cementerio. El joven se acercó entonces a la tumba, sobre la cual ningún nombre había sido grabado; el maestro de obras acababa de volver al anónimo de la tierra.

Mientras el periodista permanecía absorto en sus meditaciones, sintió que una mano se posaba sobre su hombro, y una voz —que reconoció sin necesidad de volverse— le dijo en tono ligeramente irónico e inadecuado en semejante lugar:

—¿Avanza esa información, querido Moreau?

—Progresa, inspector —respondió el interpelado, calmosamente.

—Estoy tanto más admirado cuanto que a mí me cuesta trabajo adelantar en mis investigaciones.

Esta vez Moreau se volvió para mirar a Berchet con sorpresa antes de decirle:

—¡Me asombra usted! Le conozco demasiado, así como sus métodos, para saber que no hay una palabra de verdad en lo que usted me está diciendo… La mejor prueba de que progresa es su presencia en el cementerio. ¿Por qué ha venido usted?

—Podría devolverle la pregunta, pero me guardaré de hacerlo. Prefiero creer que no está usted en este lugar de reposo eterno más que porque debe gustarle, como a mí, su cruel nostalgia… No me lo niegue, señor Moreau. Antes de ser un excelente periodista, era usted un gran soñador y un poeta… Me gustan los poetas: su imaginación los lleva a descubrir senderos desconocidos a los cuales nos arrastran… En realidad, los policías, que son seres demasiado a ras de tierra, deberían seguir a los poetas… ¿No piensa usted lo mismo?

—Perdóneme que le responda con franqueza, pero me da usted la impresión de un ave rapaz ensañándose con un cadáver.

—La comparación no es muy halagadora que digamos. Supongo que se la habrá inspirado directamente la gran amistad que me profesa… Pero reconozca siquiera que me he encarnizado menos con el difunto que la persona que le ha metido en el cuerpo el contenido de un cargador de revólver.

—¿Y cree usted que el criminal vendrá a rondar cerca de la tumba?

—¿Por qué no? Cuando se tiene tanto interés en suprimir a un hombre, debe de sentirse una extraña satisfacción al saber que está bajo tierra.

—¿Estima usted que su visita aquí no es inútil, inspector?

—Todo es útil en nuestros cometidos respectivos, querido Moreau. ¡Todo puede servir! Pero como siento por usted una estimación sincera, puedo afirmarle que no tenemos nada que hacer aquí ni usted ni yo… Incluso voy a darle un consejo: entre esos hombres que se alejan, hay uno que le interesará bastante: el llamado Duval. No le hablo de los demás porque me consta que ya ha hablado usted con ellos.

—Compruebo con placer que ha hecho usted que me sigan.

—Toda persona que actualmente se interesa por Andrés Serval, me interesa a mí.

—¿Va usted a decirme que soy yo el que le ha matado?

—No, pero debo aconsejarle que sea prudente… Como la mía, la profesión de usted tiene sus riesgos. ¡Usted profundiza demasiado, joven amigo! Se lanza usted a la ventura un poco ciegamente, porque a toda costa quiere encontrar motivo para una información sensacional. Desde luego, no se equivoca: esta vez la historia se sale de lo vulgar. Me parece muy bien que a usted le emponzoñe la fiebre profesional: si yo fuera su redactor jefe, le felicitaría; pero como la razón esencial de mi oficio es la protección de mis conciudadanos, me considero obligado a gritarle: ¡Cuidado!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que acaso exista un individuo, o incluso varios, a quienes no les satisfaga que un boquirrubio como usted se disponga a ahondar en el pasado de una catedral fantasma. ¿Cree usted también que los colaboradores de ese Andrés Serval sienten deseos de que su información se publique? Cuando usted ha preguntado a uno después de otro, ¿no ha advertido que ésos hombres se muestran excesivamente prudentes en sus respuestas? ¿Y no se ha dicho usted que acaso exista una razón para ese mutismo organizado, una razón que se llama miedo?

—¿Miedo a qué?

—A seguir la misma suerte que su jefe venerado.

—¿Lo cree usted seriamente?

—En el campo de la policía criminal, puede esperarse todo.

—Le doy las gracias, inspector, por sus prudentes consejos, pero estoy decidido a no tenerlos en cuenta. Como le decía hace un momento, acepto los riesgos del oficio.

—Y como creo conocerle bien, me temo que haga lo que dice. Esa era la razón por la cual había mandado no vigilarle, contrariamente a lo que usted pueda creer, sino «protegerle» mediante un ángel de la guarda. Reconocerá que ha sabido ser discreto, Usted, cuya profesión es observar, ni siquiera se ha dado cuenta de su presencia durante sus peregrinaciones a través de París estos últimos días.

—¿Y hace usted lo mismo con cada reportero que actualmente se ocupa en el asunto Serval? ¡Pronto van a acabársele los subordinados! Todos sus ángeles custodios deben de estar movilizados ya…

—Se engaña usted, amigo mío. Tengo por principio no proteger más que a los muchachos inteligentes. ¡Los demás pueden irse al infierno! Y está usted en el error más completo creyendo que sus colegas continúan apasionándose como usted en este asunto. Después de haber dado en sus respectivos

periódicos la debida cuenta del crimen de la calle de Verneuil, la mayor parte de ellos se ha limitado a terminar sus gacetillas diciendo: «Continúan las investigaciones». Frase-clisé cómoda para cerrar momentáneamente el debate y pasar a otro tema.

»¿Sabe usted que es el único periodista que continúa interesándose por este asunto?

—Así lo espero. Y también le ruego que no me «proteja», según su expresión. Así se corre el peligro de llamar la atención de la gente. Prefiero trabajar solo. Ya soy mayorcito para defenderme.

—Muy bien. Desde ahora se hará según sus deseos. Le prometo que nadie se cuidará de usted. Sólo me resta desearle buena suerte y aconsejarle que ahora se acerque lo más de prisa que pueda al señor Duval, que con sus camaradas se dispone a salir del cementerio… ¡Apresúrese si no quiere que desaparezca de su vista! Si se le escapa, le costará bastante trabajo volver a encontrarlo. Ya habrá notado usted que sus amigos no eran muy locuaces cuando se trataba de dar su dirección.

Con su exagerada solicitud, el inspector acababa por resultar cansado. Tanto, que Moreau juzgó conveniente responder:

—Por esta vez su olfato le ha inducido a error… Duval no me interesa en absoluto. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta pronto, querido Moreau! Estoy convencido de que volveremos a vernos con motivo de este asunto: nuestros caminos se cruzarán obligatoriamente y siempre constituirá para mí un placer saludarlo de paso.

El joven se dirigió hacia la salida con una diligencia que se esforzó en que pareciera lo más natural posible. Sobre todo no quería, a los ojos de Berthet, que continuaba observándole de lejos, dar la impresión de que andaba de prisa, pero en realidad estaba furioso. Aquel «hasta pronto», lanzado por una voz burlona, le parecía un reto. Por todas partes se le adelantaba aquel policía, cuya ironía tanto detestaba. ¡Y eso que él se creía más listo que los demás!

En el momento de franquear la puerta del cementerio, advirtió que el grupo de colaboradores de Serval se dirigía hacia la boca del «Metro». Antes de seguirlos, se volvió para ver si alguno de los hombres de Berthet caminaba detrás. No vio a nadie. El inspector continuaba en el cementerio. Moreau aprovechó el momento para bajar a toda velocidad la escalera del «Metro»; mientras adquiría su billete, comprobó que los seis hombres que él conocía tomaban una dirección diametralmente opuesta a la escogida por Duval: se habían separado sin aparentemente cambiar una sola palabra.

Después de una corta vacilación, el joven tomó la decisión de seguir al hombre con el cual aún no había podido hablar, y entró en el mismo vagón que él. En cuanto las puertas automáticas se cerraron, pensó que al inspector le hubiera alegrado verle así… Porque Berthet había adivinado exactamente lo que impedía a Moreau continuar su información; la imposibilidad en que se encontraba de hacer hablar al maestro aparejador. ¿Sería posible que el policía hubiera leído las primeras cuartillas que el periodista había remitido a su redactor jefe? ¿Habría éste cometido tal indiscreción? Moreau no lo creía: Duvernier era un personaje odioso, pero respetuoso con las sagradas reglas de la profesión. Debía de ser simplemente el olfato del inspector el que le había hecho leer a distancia en el pensamiento del reportero como en un libro abierto… La próxima vez que viera a Berthet, éste le diría sin duda: «Ahora, joven, que ya conoce a Duval, es necesario que encuentre a la pelirroja, pero como usted me ha dicho que prefiere trabajar solo, no le doy ningún informe al respecto. ¡Buena suerte!».

Cuando el tren arrancó, Moreau cesó de pensar en el policía para disponerse a estudiar la fisonomía del hombre por él seguido, sin saber cómo terminaría aquel extraño viaje.

Duval no debía de tener más de cincuenta años: su rostro, su mirada, su silueta eran vulgares. Ningún rasgo sobresalía en él: encarnaba el tipo del francés medio al cual nadie presta atención y que se encuentra reproducido en centenares de miles de individuos. Su total ausencia de personalidad física incluso resultaba decepcionante: Moreau llegó a preguntarse cómo un hombre de la categoría de Serval había podido otorgar toda su confianza a una persona tan mediocre. Los demás artesanos, sin embargo, lo habían confirmado: Duval era el verdadero sucesor del maestro de obras. Había en aquella elección algo que resultaba chocante.

Cuanto más lo observaba Moreau, más tenía la impresión de que el hombre parecía desconfiar de todo el mundo: su inquieta mirada escrutaba a cada uno de sus vecinos de vagón. Incluso algunas veces se fijó en el periodista, que tuvo el tiempo justo de fingir que se hallaba abstraído en la contemplación de los anuncios que tapizaban las paredes del túnel. El angustiado comportamiento de Duval evocaba a un hombre acosado… ¿No lo era? Instintivamente, miró a su vez a los pasajeros para observar si alguno de ellos vigilaba los movimientos del aparejador. El joven no advirtió que ningún individuo, ni hombre ni mujer, pareciera dedicarse a tal ocupación, pero pensó que si realmente había alguno, el imprevisto viaje podía resultar fantástico.

Duval descendió en la estación de Saint-Lazare después de haber esperado hasta el último momento, como si quisiese dar la impresión de que iba a continuar en el «Metro». Moreau se precipitó por otra puerta, impidiendo que se cerrara antes de salir él. Cuando se halló en el andén, a pocos metros del otro, tuvo la certeza de que nadie más había realizado la misma maniobra: el tren ya había tomado velocidad llevándose al tercer personaje que parecía temer el aparejador y que el joven periodista no había podido descubrir.

Durante un momento, Moreau se preguntó si Duval intentaría desaparecer, pero pronto se dio cuenta de que a este último no le inquietaba su presencia ni había notado que él había saltado del «Metro» al mismo tiempo, aunque por otra puerta. Duval siguió el pasillo que llevaba directamente de la estación del metropolitano a la del ferrocarril. Moreau le siguió a distancia, y a poco los dos se encontraban en el mismo vagón de un tren suburbano. Al pasar ante el quiosco, el joven había comprado rápidamente un periódico que no pensaba leer, pero que le permitiría ocultar eventualmente su rostro a las investigadoras miradas de Duval. Cuando arrancó el tren eléctrico, Moreau empezó a preguntarse con cierta inquietud hasta dónde le llevaría aquella aventura.

Un cuarto de hora después, Duval descendió en Garches. El periodista hizo otro tanto y comenzó a subir la cuesta detrás de él. Cuando llegaron a la mitad aproximadamente, Duval se volvió de pronto y se quedó parado. Moreau adoptó la única actitud posible: continuó subiendo con paso tranquilo. Adelantó al otro sin prestarle aparentemente atención y avanzó cosa de un centenar de metros en espera de oír detrás de él los pasos de Duval, pero nada sintió. Desasosegado, volviose: el aparejador había desaparecido.

Moreau retrocedió rápidamente hasta el lugar donde le había adelantado y vio a su izquierda un sendero transversal que terminaba en el bosque. Tuvo el tiempo justo para advertir, antes de que hubiese desaparecido en el recodo que había al extremo del sendero, la silueta de Duval: éste corría sin esta vez tornarse el trabajo de mirar hacia atrás. El periodista siguió el sendero, pero sin apresurarse. Al llegar al recodo, se detuvo y se ocultó tras un árbol: la senda desembocaba en un calvero, en el centro del cual había una casa aislada… Más bien era una casita de un solo piso, de ladrillo y del más puro estilo de arrabal… Casa de apariencia tan vulgar y anónima como la silueta de Duval. No había duda posible: el hombre había entrado en aquella mansión solitaria.

Estaba rodeada de un pequeño jardín, donde crecían algunos rosales, cercado por un seto de espino en el cual no existía más que una pequeña

abertura cerrada por una valla pintada de blanco y cuyo picaporte bastaba levantar para encontrarse en el estrecho camino arenoso que conducía a la entrada de la finca.

Todos los postigos de la fachada que el hombre podía ver desde su escondite, estaban cerrados. Moreau hubiera querido saber si sucedía lo mismo en la fachada posterior, pero no se atrevió a contornear el seto por temor a que lo descubrieran. ¿No había sido ya suficientemente visto en la cuesta de Garches? ¿No tenía igualmente la prueba de que era de él de quien huía el hombre?

Pensó que Duval, bajo su apariencia insignificante, acaso fuera más astuto y prudente de lo que él había creído a primera vista.

La casa estaba silenciosa como si en ella no habitase nadie: ningún ruido procedía del interior, y, sin embargo, el aparejador se encontraba allí. Moreau estaba seguro… Después de esperar más de media hora, el joven tomó la decisión de jugarse el todo por el todo. ¿Qué peligro podía haber? ¿Que el hombre estuviese armado? Pero ¿por qué Duval, a quien él no había hecho daño alguno, iba a quererle mal? ¿Porque él buscaba aclarar un secreto? A menos que… Y un pensamiento hizo dudar a Moreau unos instantes: ¿y si Duval fuera el asesino de Serval? ¿No era, entre todos los colaboradores, el que podía haber tenido mayor interés en la desaparición del, hombre cuyo puesto heredaría él automáticamente por haber sido designado sucesor suyo?

Pero el periodista se recobró: su último pensamiento era estúpido. Si el inspector Berthet hubiese tenido la menor sospecha sobre la culpabilidad de Duval, no hubiera tardado en detenerle preventivamente. Moreau conocía sobradamente los métodos de Berthet… Por consiguiente, después de abrir con decisión el picaporte de la valla, atravesó los escasos metros del camino y se detuvo ante la puerta mientras hacía sonar el timbre. La espera fue larga. Los postigos de la ventana del primer piso situada precisamente sobre la puerta, se entreabrieron al fin y apareció el rostro inexpresivo de Duval. Una voz blanca, sin tonalidad y sin matices, preguntó:

—¿Qué desea?

—Hablar con usted, señor Duvai.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Moreau y soy periodista.

—No me gusta esa profesión.

—Comprendo su desconfianza, pero debo advertirle que no soy enemigo suyo.

—Ya he dicho a la Policía todo cuanto tenía que decir. No tengo nada que revelarle a usted.

El aparejador no contestó y se dispuso a cerrar los postigos.

—¡Señor Duval! —gritó Moreau—. ¿Cree usted verdaderamente que no tiene interés alguno en hablarme de Serval…? Dubois, Legris, Rodier, Picard, Bréal y Dupont no han dudado en hacerlo.

—¿Ha hablado usted con todos?

—Con todos, menos con usted y con la linda Evelina.

—Jamás verá usted a esa mujer.

—¿También ha muerto?

Duval permaneció silencioso. El periodista continuó con vehemencia:

—Incluso si ha muerto, ¿cree usted que no encontraré sus huellas? ¿Piensa usted que una dirección o una tumba pueden permanecer ignoradas mucho tiempo si un inspector de policía tenaz y un reportero conocedor de su oficio se empeñan en descubrirla a toda costa?

—Ninguno de los colaboradores de Andrés Serval conocía mi dirección.

—Lo sé, y me pregunto el motivo. ¿Tiene usted mucho que ocultar? Ese misterio de que usted se rodea no se compagina con la actitud adoptada por Andrés Serval respecto a ustedes… Todos sus colaboradores conocían la buhardilla de la calle de Verneuil, adonde podían visitarle cada vez que lo desearan. ¿No cree usted que sería más fácil para nosotros conversar de otro modo que de un jardín a una ventana de primer piso? Si usted así lo desea, le prometo no entrar en la casa, pero venga siquiera hasta donde yo estoy.

—No tengo nada que ocultar en mi casa —respondió Duval desapareciendo sin acabar de cerrar los postigos.

Moreau le oyó bajar la escalera y acercarse a la puerta, que al fin se abrió después de haber sido descorridos dos cerrojos y de haber chirriado la llave en la cerradura.

—¡No deja usted de tomar precauciones! —dijo el joven sonriendo, pero pronto se heló su sonrisa.

Duval estaba ante él, mirándole de modo extraño. Moreau experimentó una inquietud real. Aquel personaje, de aspecto poco simpático y de rostro inexpresivo, era verdaderamente muy distinto a los otros compañeros de Serval. A todos ellos los consideraba hipnotizados por el poder dominador y el fluido extraordinario que debían de emanar del maestro de obras. Duval, por el contrario, parecía tranquilo, reflexivo, carente de exaltación, al tanto de las realidades de la vida.

—Supongo que tendrá usted un documento profesional —le pidió glacialmente.

—Tiene usted razón: bien podría ser un falso periodista. Aquí lo tiene…

Después de haberlo examinado con atención, el aparejador dijo:

—Leo frecuentemente su periódico: es uno de los que están menos mal hechos… En él he visto varias veces su firma.

—Encantado —respondió Moreau recobrando su documento—. ¿Ve usted como no le he mentido? Resulta que somos personas que se conocían a distancia: usted leía mi prosa y yo escribía para usted.

—¿Por qué me ha seguido desde el cementerio?

—¿Se ha dado cuenta?

—Estaba usted hablando con el inspector de policía que vino a interrogarme anteayer. Yo pensé que sería usted uno de sus ayudantes.

—¡Eso no es muy halagador para mí! ¿Tengo yo aspecto de policía, señor Duval?

—El inspector Berthet tampoco lo tiene.

—Es verdad. No había pensado en ese detalle, que no deja de tener importancia… ¿Será por eso por lo que consigue mejor éxito que sus colegas? Podría tomársele por un auténtico burgués… Le felicito. Veo que es usted muy observador… Y me pregunto por qué un hombre tan perspicaz intenta permanecer aislado respecto a los otros colaboradores de Andrés Sérval.

—No me pondré en contacto con ellos hasta que sea necesario. Lo importante es saber dónde puedo encontrarlos. Ellos, en cambio, no necesitan conocer dónde vivo: son hombres de bien, personas honradas, artesanos excelentes, pero charlatanes. Este seguro de que si no hubiesen hablado, ni usted ni la Policía hubieran conseguido encontrarme.

—¿Está usted seguro?

—No hablo nunca a la ligera.

—¿Tiene usted el propósito de permanecer encerrado en esta casa ahora que no tiene usted que ir a la de Serval?

—No saldré de aquí mientras no me sea indispensable.

—¿Es que no tiene usted que ganarse la vida como sus compañeros? ¿Acaso es rentista?

—Pienso trabajar por mi cuenta tanto como los demás reunidos. Andrés Serval me designó hace ya tres años sucesor suyo si le sucedía algo. Yo sería el encargado de administrar los fondos que había podido reunir y que son considerables. Mi misión es hacerlos fructificar para aumentarlos, y eso basta

para llenar la vida entera de un hombre. Me sería totalmente imposible dedicarme a otra cosa.

—No irá usted a decirme que Andrés Serval había logrado reunir los diez mil millones necesarios para iniciar la construcción de la catedral…

—No estaba muy lejos de conseguirlos la víspera de su muerte.

—¡Eso que me dice es prodigioso! Estoy seguro de que nadie lo sospecha en París.

—De haberse sabido en Paris, hubieran acosado a Andrés Serval con peticiones de auxilio que nada hubieran tenido que ver con el proyecto de la catedral… Y como él era muy bueno, no hubiera sabido negarse a acudir en ayuda de una necesidad humana. En interés de la obra, era preferible el silencio más total y absoluto.

—¡Diez mil millones, reunidos por un hombre que comenzó pidiendo de puerta en puerta, es un resultado admirable!

—Andrés Serval era hombre de excepcional inteligencia. Espero conseguir pronto el total de la suma, lo que permitirá comenzar al fin la tarea…

—¿Es que realmente tiene usted intención de construir la catedral a pesar de la desaparición del arquitecto?

—Una gran obra sobrevive siempre a quien tuvo la idea. El proyecto de edificación de la catedral de San Marcial está en marcha y nadie podrá detenerlo.

—Permítame que le haga una pregunta que sin duda le parecerá inoportuna. Si usted desapareciese también, ¿qué ocurriría?

—El sucesor designado por mí desde que supe la muerte de Serval, me sustituiría inmediatamente.

—¿Forma parte de los artesanos que he conocido?

—Sí.

—¿Quién es? ¿Rodier, Picarla? ¿Acaso Dubois?

—Eso no le interesa a usted. Lo sabrá si llega la ocasión.

—Pero ¿les ha revelado usted a ellos quién es el escogido de los seis?

—Era necesario decirles a qué nuevo jefe tendrían que obedecer.

—¿Resulta, pues, que actualmente es usted el maestro de obras de la catedral?

—Supongo, señor Moreau, que no habrá venido a verme con el único propósito de una entrevista financiera. Si así fuese, me vería en la obligación de rogarle que se marchara.

—Tranquilícese. El dinero tiene indudablemente una importancia primordial en esta grandiosa realización, mas para mí queda relegado a segundo término. Lo que me interesa sobre todo es la vida de su primer jefe, y comienzo a acariciar el sueño un poco alocado de entusiasmar a las multitudes ignorantes con la obra aún desconocida de ese hombre extraordinario. Ya he recogido determinados informes apasionantes acerca de él… Por desgracia, muchos puntos esenciales los ignoro totalmente. Debe usted ayudarme, señor Duval; en otro caso no podré escribir nada importante acerca de Andrés Serval. Desconozco completamente, por ejemplo, lo que ocurrió durante la época que se extiende desde el día en que el maestro de obras y el financiero Rabiroff se pusieron de acuerdo, hasta la mañana del crimen.

—¡Entonces no sabe usted apenas nada! Precisamente en estos últimos años se produjeron todos los acontecimientos importantes: en ellos recibimos toda clase de esperanzas y sobrevinieron todas las tristezas.

—¡Sólo usted puede informarme!

—¿Es eso lo que le han dicho los otros?

—Sí.

—¿Y si yo considerase más prudente no confiarle nada?

—No tiene usted derecho, puesto que si he venido a verle ha sido con la intención de colaborar lealmente con usted. ¿No cree que una campaña de artículos bien hechos podría ayudarle a encontrar rápidamente el capital que aún le falta? Sólo por obtener ese resultado, conviene que deposite en mí su confianza absoluta y me lo diga todo.

Por vez primera desde el comienzo de la conversación, el hombre inexpresivo miró con fijeza a su interlocutor. Y puesto que Moreau había tenido noticias del poder hipnótico de Andrés Serval, se preguntó si aquella fuerza extraña se habría transmitido a la mirada de Duval, que acababa de revelar destellos acerados.

Terminado su examen silencioso, el aparejador dijo apartándose para dejar paso a su visitante:

—Puede usted entrar.

El joven comprendió que franqueando el umbral de aquella humilde morada, acababa de dar un paso gigantesco.

* * *

El moblaje era modesto: la madera blanca imperaba. Moreau comprendió enseguida que el hombre vivía solo en aquel frío interior, donde no se revelaba la menor traza de presencia femenina. Duval se había sentado tras una mesa atestada de planos y presupuestos. Moreau tomó asiento frente a él. Su mirada fue seguidamente atraída por un gran objeto que ocupaba el fondo de la pieza y que era el mismo que ya había visto en la buhardilla de la calle de Verneuil: la maqueta de la catedral.

—¿Ya la tiene aquí? —preguntó con sorpresa.

—¿Quería usted que la hubiera dejado en un alojamiento sellado por la Policía?

—¿Y le han permitido a usted sacarla de la buhardilla?

—Pude probarles que la maqueta me pertenecía.

—¿Cómo?

—Yo tenía una carta de Andrés Serval en la que especificaba que, si él moría, la maqueta me pertenecía conforme a derecho. Si a mí me sucediera análoga desgracia, el sucesor designado por mí la heredaría inmediatamente, y después de él, en un orden ya establecido, cada uno de los colaboradores directos. Mediante esta disposición testamentaria, Andrés Serval mostró su deseo de que la maqueta esté siempre en lugar seguro y protegida: ¿no es el bien más preciado y que representa años de investigaciones, de privaciones, de trabajos?

Moreau se acercó a la maqueta para examinarla con atención.

—Se han hecho numerosas maquetas —prosiguió Duval—, pero ninguna satisfizo plenamente a Andrés Serval hasta que realizó con ésta su elección definitiva pocos días antes de morir. Todos hemos trabajado en esta obra reducida: cada uno de nosotros ha aportado los conocimientos técnicos de su especialidad. ¿Cómo le parece el conjunto?

—¡Admirable! ¡Muy moderno, pero de muy buen gusto! ¡Admirable, señor Duval, muy hermoso! ¿Cree usted que con esta obra se intenta definir un estilo nuevo?

—Se limita a ser emanación del conjunto de todos los estilos actuales. Lo que erróneamente se ha dado en llamar estilo moderno no es más que la armonización de diferentes tentativas —interesantes algunas— para un estilo que aún se intenta. Recuerde cuán pronto envejeció el denominado «artes decorativas»: era insostenible a los dos o tres años de su aparición. Actualmente, nuestra época no puede calificarse por su estilo como sucedió con la arquitectura gótica, el Renacimiento y los que siguieron hasta el período Luis Felipe… Y como el gran sueño de Andrés Serval era dejar a los

siglos venideros un monumento representativo de nuestro tiempo, tuvo que inspirarse en todo lo mejor hecho o intentado en el género, durante estos últimos años, por los más notables arquitectos. Ahí tiene usted, en reducción, el fruto de su trabajo. Esta catedral posee ya, al menos en nuestras mentes, aspecto de obra clásica. Andrés Serval tenía la costumbre de repetirnos: «Es necesario que esta obra, como las de la antigüedad grecorromana, produzca a lo largo de los siglos hermosas ruinas. ¿Creéis que los restos de las construcciones actuales, que se reducirán a unos cuantos bloques de cemento o esqueletos de armazones de hierro, serán estéticos?».

—Tenía mucha razón… Pero, de hecho, ¿cuándo empezó su conocimiento con él?

—Cuando Andrés Serval concluyó su acuerdo financiero con Rabiroff, se consideró libre durante algún tiempo de las molestas preocupaciones económicas, y su único deseo fue disponer lo antes posible de sus principales colaboradores. Por entonces recorrió la capital en busca de Rodier, de Dupont, de todos los demás que usted ya conoce, y de mí mismo. A todos nos encontró ganándonos el pan cotidiano en trabajos fastidiosos. Rodier estaba en casa del fabricante de muebles en serie: Dupont, en el garaje de Saint-Ouen… Yo estaba modestamente empleado en la contabilidad de «Electricidad de Francia».

—Profesión que usted se vio obligado a dejar para consagrarse por completo a la organización administrativa de la obra, mientras sus camaradas continuaban ganándose la vida en otra clase de trabajo…

—También ellos se verán en la necesidad de dejar esos oficios secundarios el día que comience la construcción efectiva del templo.

—¿Y fue en la buhardilla de la calle de Verneuil donde Andrés Serval comenzó los trabajos preparatorios?

—Sí. En cuanto pudo contar con sus siete colaboradores principales, los reunió en aquella estancia que usted ya conoce y cuyo único exorno era esa maqueta: ¿no se le ocurre que está impregnada de la presencia de su creador? Es imposible que el alma de Andrés Serval no continúe rondando alrededor de ella… Este pensamiento me da paciencia para esperar y valor para asumir la tarea abrumadora de que me he hecho cargo.

—¿Se reunían ustedes con frecuencia?

—Teníamos la seguridad de verle allí siempre que lo deseáramos, como si se tratase de un jefe que dirige una inmensa batalla desde su cuartel general, a veces bastante alejado del campo de operaciones. Allí fue donde meditó largamente, en el silencio y en la soledad, sobre las importantes decisiones

que habían de adoptarse. Siempre que nos sentíamos invadidos por el desaliento y teníamos la impresión, tanto mis camaradas como yo, de que la importancia de la tarea emprendida era superior a nuestras fuerzas, acudíamos a verle. Nos situábamos en círculo alrededor del caballete donde estaba colocada la maqueta, que era el símbolo de nuestra unión y de nuestro esfuerzo… Después nos hablaba él con gran dulzura, pero siempre con firmeza. Jamás pronunció una palabra más alta que la otra; su tono de voz era siempre igual y comedido. La pureza de su lenguaje sólo podía compararse con la sencillez de su existencia. Cuanto más le veíamos, mejor comprendíamos que sólo una vida interior puede engendrar los grandes actos de la existencia social. Junto a él, nos era posible reanimar la llama de la Belleza, que en otro caso tal vez se hubiera extinguido en cada uno de nosotros. Cuando él adivinaba nuestros apuros y nuestra confusión ante la obra qué habíamos de realizar, nos decía: «Ya que nos hemos propuesto construir una catedral, lo conseguiremos. Si se piensa intensamente en una cosa, ésta acaba cobrando realidad. En este momento vivimos la fase delicada que señala el tránsito del sueño a lo efectivo». Créame, señor Moreau: siempre volvíamos de la buhardilla vigorizados, tranquilos, dichosos, y durante años ocurrió siempre lo mismo. Andrés Serval ya no existe, pero su entusiasmo sigue animándonos.

—¿Fue usted también escogido por él para jefe del gremio de aparejadores?

—Yo soy maestro aparejador: es mi profesión. Como cada uno de los que usted ya conoce, he formado a mis alumnos.

—Pero nadie ha hablado nunca de esos talleres profesionales…

—Por orden de Serval, los teníamos cuidadosamente ocultos. Durante estos últimos años, centenares de jóvenes han aprendido admirables oficios dentro del mayor secreto. Actualmente, Francia dispone de artesanos y especialistas capaces de tallar la piedra bruta o dibujar la más pura de las ojivas. Pero sepa que jamás hemos retribuido a esos muchachos entusiastas: todos tienen un empleo secundario que les permite por ahora asegurarse su subsistencia. El oficio artístico que les hemos enseñado significa para ellos una especie de recreo o de recompensa. Así se han evadido de una tarea vulgar en aras de un trabajo inteligente donde su verdadera vocación pueda manifestarse. De ese modo, sin ruido y sin publicidad bullanguera, Andrés Serval volvió a dar a nuestro país lo que más necesitaba: artesanos auténticos.

—¿Cómo pudo reclutar a esos jóvenes obreros?

—De la forma más sencilla. Aunque las agremiaciones sean antiguas como el mundo, parece que eso de «idea corporativa» resulta sorprendente para la juventud actual… Piense que leyendo o aprendiendo Historia tal como la enseñan desde hace más de medio siglo los manuales o unos profesores que no son más que funcionarios, las nuevas generaciones han llegado a confundirlo todo. Para ellas, la palabra gremio equivale casi a tiranía, esa tiranía de que la Revolución intentó liberarnos.

—A mí también se me ha enseñado que el carácter comunal de los gremios suprimidos por el barrido de 1789 fue —sobre todo a partir de la Edad Media— sujetar al obrero a la posibilidad de ejercer su profesión en condiciones más o menos tiránicas, y que su verdadero fin era tener a las masas populares sometidas a dura opresión.

—Se expresa usted, señor, como si estuviese en una tribuna o en una reunión de carácter político. Ni a mis compañeros ni a mí nos interesa la política: la despreciamos. Andrés Serval tenía razón cuando decía que el aprendizaje, la agremiación, la fabricación de una pieza difícil, la adquisición de la maestría, el espíritu que animaba a los encargados de velar por los intereses de los obreros y la obligación, que tenía el maestro artesano de consagrar toda su existencia a un solo oficio, no constituían obstáculos al progreso de la industria y de la libertad… De ello tenemos una prueba indudable viendo el número extraordinario de jóvenes que se han presentado espontáneamente para colaborar en la obra futura. Ni siquiera hemos podido admitirlos a todos. Eran demasiados. Entre ellos, había voluntarios para todas las profesiones: carpinteros, cerrajeros, albañiles, canteros, pintores de edificios, electricistas, metalúrgicos, herreros, delineantes, arquitectos decoradores, ebanistas, orfebres, vidrieros, incluso estudiantes… Todo eso nos dio la posibilidad de establecer una clasificación racional de la juventud para orientarla profesionalmente.

—¿Qué método empleó Andrés Serval para conseguir eso rápidamente? —preguntó Moreau mientras tomaba notas.

—Cada uno de nuestros voluntarios llenaba un impreso dividido en cuatro columnas. En la primera, escribía su nombre, apellidos, edad y dirección; en la segunda, su profesión anterior; en la tercera, el oficio de los padres; en la cuarta, lo que ellos deseaban aprender.

»La distribución en equipos gremiales se hizo teniendo en cuenta, sobre todo, lo que se indicaba en la cuarta columna: eso nos valió resultados halagüeños e incluso sorprendentes. De ese modo, un licenciado en Letras que no veía gran porvenir en una carrera demasiado recargada, solicitaba ser

escultor en madera. Por contra, un simple aprendiz de cerrajero deseaba convertirse en herrero artístico. Muchos de ellos sólo aspiraban a continuar ejerciendo y perfeccionando el propio oficio, que a menudo era el de su padre o el de su abuelo. Así, la más noble de las dinastías, la de las personas aficionadas al trabajo, se veía rehabilitada. Y el oficio que algunos ya poseían mucho antes de pertenecer a nuestros talleres corporativos, encarnaba la expresión total de sus respectivas ambiciones.

—¿Y Andrés Serval escogió a sus jefes de equipo entre esos últimos?

—Sí. ¿No eran los más indicados para agrupar a sus camaradas en torno a una profesión que ejercían correctamente, puesto que les gustaba desde su infancia? La base moral del edificio-trabajo engendrado por la concepción de la catedral de San Marcial era y continuará siendo el amor al trabajo.

—¿Dónde están actualmente todos esos artesanos formados por Andrés Serval y por sus principales colaboradores?

—Esperan con impaciencia una orden mía. Inmediatamente se formará un verdadero ejército de jóvenes trabajadores, reclutados por cuadros ya dispuestos, para construir la catedral. Lo más difícil era formar los cuadros: ya los tenemos.

—¿Significa eso una especie de cofradía?

—Gracias a Andrés Serval, puedo asegurarle que nuestra unión fue la más fiel guardiana de nuestros secretos: los de centenares de jóvenes que trabajan en silencio para un día ser capaces de construir una catedral. ¿Existe en el mundo un secreto más grandioso? ¿Ha habido alguno mejor guardado? No olvide que muchos de nuestros jóvenes artesanos, antes de trabajar bajo la égida de San Marcial no eran prácticamente más que seres aislados, sin ninguna ambición ni el menor gusto por el porvenir demasiado oscuro que se abría ante ellos. Eran jóvenes envejecidos a los que un hermano mayor logró infundirles entusiasmo.

—¿Los veía con frecuencia Andrés Serval?

—Pasaba por cada taller dos veces a la semana y permanecía varias horas charlando con los obreros, que poco a poco llegaron a convertirse en jefes de empresa de la misma manera que nosotros nos habíamos convertido en discípulos al establecer contacto con aquel gran hombre… Les hacía infinitas preguntas, procurando descubrir las aspiraciones de toda la juventud obrera. Nadie sabía exaltar el pensamiento popular mejor que él, y es incluso prodigioso que un solo hombre lograra infundir ideas sanas a una generación educada sin fe y sin ley. Cometería usted un grave error si pensase que esos jóvenes artesanos, que trabajan con nosotros desde hace varios años, cifran su

empeño en concurrir al café, correr por esas carreteras o encerrarse en una sala cinematográfica. En cuanto disponen de un momento de descanso, no piensan más que en la obra grandiosa que están seguros de ver nacer un día, y no hay uno solo de ellos que no esté convencido de que dicha obra será eterna.

Moreau continuó tomando algunas notas, pero muchas veces se limitaba a escuchar a su curioso interlocutor, que seguía hablando con voz monótona:

—La actividad de Andrés Serval fue considerable. No se limitó a ser un conductor de hombres o un jefe de trabajo en el sentido más noble de la palabra: también hubo de fijar las líneas esenciales de la construcción de la catedral. La tarea no era nada sencilla, pero la elección fue racional. Para determinarlo, Andrés Serval tuvo que inclinarse horas y horas sobre su mesa de trabajo, donde únicamente había un plano de París…

Mientras hablaba, Duval desplegó también sobre la mesa un plano de la capital y de sus arrabales. Moreau se inclinó a su vez. Sobre el plano había trazos hechos con lápiz mediante la regla y el compás… Figuras rectangulares, círculos tangentes entre sí, iguales en diámetro y que descomponían toda la superficie en circunferencias simétricamente dispuestas; otras mayores que se entrecruzaban y cuyas oblicuas secantes formaban entre las curvas una ordenada triangulación: el conjunto se superponía a la incoherencia de calles, plazas y encrucijadas: toda una geometría rigurosa y cabalística.

—París —continuó Duval— parece haberse desarrollado un poco al azar en todos sentidos, como un pulpo que lanza sus tentáculos… No obstante, esta maravillosa ciudad ha obedecido en su crecimiento a leyes tan manifiestas como, para las sales, la ley de cristalización. Esas líneas y esos arcos dan testimonio de ello. Toda esta geometría se ordena en relación a un eje: el de la Avenida de los Campos Elíseos prolongada a través de París. Sobre ese gran eje de la capital se disponen perpendicularmente otros ejes transversales: el de Dupleix-Glorieta de los Campos Elíseos, que encuentra su equivalente en Montparnasse-Louvre y en Italia-Bastilla, prolongándose respectivamente cada uno de esos ejes hacia la Avenida de Clichy, estación del Norte y Belleville. ¿No constituyen diámetros aproximadamente iguales a los círculos fundamentales que ve usted ahí y que se multiplican asimismo por toda la superficie de la población? No hago más que exponerle sucintamente el método geográfico de base empleado por Andrés Serval.

—El maestro de obras debía de tener un cerebro prodigioso…

—No: reflexionaba sencillamente. No era hombre a quien se le ocurriera edificar sobre arena, ni al azar, una catedral en París. No se construye tal monumento en cualquier esquina de París ni en una plaza cualquiera. Andrés Serval estudió durante años el plano de la capital antes de adoptar su grave decisión. Nadie conocía la ciudad mejor que él: como no ignoraba ni uno solo de los menores detalles de su configuración, se esforzó en comprender su alma, igualmente cambiante. ¡Porque las ciudades tienen alma! La de París no puede ser fea, puesto que deja hablar siempre al corazón antes que a la razón. Llena de buenas intenciones, es capaz también de cometer las mayores tonterías… Alma para la cual el mundo entero tiene un poco de indulgencia y bastante ternura.

»Durante sus largos paseos solitarios por todos los distritos, Andrés Serval pudo comprobar el febril pulso de París, pero haciéndolo con la calma; la sencillez y el buen sentido de un viejo médico rural. Una tarde le oí decir con infinita tristeza: "París es un gran enfermo que no sabe que lo está, como les sucede a casi todas las capitales. Esta ciudad admirable posee en si todas las fuerzas vivas que permiten crear la Belleza, pero oculta igualmente —bajo lujosa apariencia— los vicios que la corroen lentamente. Ésa es la razón esencial de que nuestra catedral no pueda ser construida más que en París y para París. Esta obra expresará la sed de grandeza ignorada por nuestra época y proyectará la suficiente sombra para ocultar las fealdades que de sobra conocemos". Hasta después de algunos meses de tarea nuestro maestro no pudo sacar conclusiones prácticas del descubrimiento matemático que había hecho estudiando el plano de París: diose perfecta cuenta de la importancia del eje de la avenida de los Campos Elíseos que pasa por las Tullerías, el Louvre, las Casas Consistoriales y la Bastilla. Diríase que es la línea media siguiendo la cual se desenvuelve la historia de París, que es un poco la historia de todo el pueblo francés… Son las Casas Consistoriales, hogar central del municipio parisiense —llamado en cierta época la Commune, sin más calificativo—, donde tuvieron su sede los regidores y actualmente deliberan nuestros concejales… Es el Louvre imperecedero de los reyes de Francia, donde se han reunido los más puros tesoros de nuestro patrimonio artístico… Es la fortaleza de la Bastilla, que hubo que tomar en 1789 para simbolizar la destrucción del antiguo régimen… Son los maravillosos jardines de las Tullerías, perpetuamente impregnados de las verdaderas tonalidades de París, desde el gris de una mañana de invierno hasta el azulado de un atardecer de otoño, y alrededor de los cuales se asentó la Convención y aún dormita un Palais-Bourbon entumecido…

»Piense que en la tangente misma de los dos círculos que ve usted trazados en este plano, comienza la famosa plaza llamada de la Concordia, donde corrió tanta sangre durante la gran Revolución, y más recientemente un 6 de febrero… Diríase igualmente que siguiendo este eje se produce la extensión evolutiva de París. Una fuerza misteriosa parece empujar la ciudad hacia la puerta Maillot, y más lejos hacia el Oeste. Las nuevas barriadas elegantes se encuentran en la parte occidental, más allá de la línea Dupleix-Glorieta y preferentemente en los lugares contiguos al eje. También los grandes parques se hallan colocados en relación con esta línea: el bosque de Vincennes, al Este; el bosque de Bolonia, al Oeste. Por consiguiente, histórica y geométricamente la catedral de San Marcial tendrá su emplazamiento lógico cerca de los Campos Elíseos.

»Debió de ser en ese momento cuando Andrés Serval se planteó la angustiosa pregunta: ¿qué símbolo representa ese eje de los Campos Elíseos, esa línea recta que sólo en los tiempos modernos se ha hecho resaltar para la realización de la plaza de la Concordia, con su obelisco en el centro, y de la plaza de la Estrella, con su Arco de Triunfo? Si se examina el ángulo que forma con la línea Este-Oeste del horizonte, línea perpendicular al plano meridiano, se notará con asombro que la amplitud del arco es de 23.º 27'. Y como cada perpendicular al plano es paralela al ecuador, despréndese de ello que el eje del plano de París está inclinado con respecto al ecuador 23.º 27', exactamente igual que el eje de la tierra con respecto a su órbita. La conclusión fundamental de Andrés Serval fue, en consecuencia, que sobre el eje de Paris había de construir su catedral. Y teniendo dicho eje la misma inclinación que el de la Tierra, dedujo que el movimiento evolutivo de la capital se producía de la misma manera que la evolución del globo, que sigue el trazado del plano de la eclíptica. ¿Por qué admirarse, entonces, querido señor, de que las ideas nuevas nazcan generalmente en Francia si la capital, que es su cerebro, está tan cósmicamente situada?

Tras una breve pausa, concluyó:

—Así, pues, el eje de París, en ese plano que usted tiene ante la vista, comporta tres puntos principales, centro de tres círculos tangentes primordiales. Tres perpendiculares a ese eje, naturalmente paralelas entre sí, tienen por finalidad dividir el gran perímetro de París en doce partes iguales. Son las rectas siguiendo las cuales la población, al extenderse, se esponjará como un organismo vivo, por multiplicación de sus células. Son igualmente la armazón de este París que el hombre edifica colectivamente, sin sospechar siquiera que las necesidades particulares o los intereses comunes que cree

satisfacer están guiados por fuerzas cósmicas, como sucede con todo en este mundo. Y esa progresión constante de una población hacia el Oeste plantea el último problema: ¿en qué lugar preciso del eje de París debe ser construida la nueva catedral? Calculando la velocidad de crecimiento de población en los distritos del Oeste durante los veinticinco años; Andrés Serval advirtió que; en un centenar de años, el verdadero centro de París, con relación al número de habitantes, se encontrará en la prolongación del eje, más allá de la puerta Maillot e incluso de Neuilly. Allí existe, dominando todo el oeste de la ciudad, el lugar soñado para edificar la catedral moderna de una ciudad en plena evolución: la gran explanada sobre la que se halla la glorieta de la Defensa. La demolición de un monumento que no ofrece el menor valor artístico será seguramente menos onerosa que la de inmuebles habitados, de los que sería necesario expropiar a los inquilinos uno a uno y a condición de encontrarles alojamientos equivalentes.

—En efecto —reconoció Moreau—. Pero el lugar de ese emplazamiento sigue siendo secreto.

—Sólo usted lo conoce además de los siete principales colaboradores de Serval. Y si yo acabo de comunicárselo es porque empiezo a tener confianza en usted. Juzgo con arreglo a las preguntas que me hace, las cuales no tienen nada de necias. En efecto, usted podría ayudarnos con sus artículos a que triunfase la gran idea de Andrés Serval.

—Gracias por su confianza, señor Duval. También yo creo ahora que la catedral de San Marcial se elevará pronto hacia el cielo de París. Todavía no sé cómo conseguiremos ese resultado, pero cada vez me identifico más con ustedes y con los restantes colaboradores de Serval. A fuerza de oír hablar del que fue su gran jefe, de estudiar su vida y de examinar también sobre su obra, me siento admirado, fascinado incluso… Sin haber llegado a conocer a ese creador de entusiasmo, me parece quererle y que tampoco yo hubiera dudado en abandonar mi profesión, que empieza a parecerme mezquina si la comparo con la suya, para consagrarme exclusivamente a la tarea que Andrés Serval hubiera querido confiarme.

El joven pronunció estas últimas palabras en un rasgo de espontánea sencillez que conmovió a su extraño interlocutor. A partir de aquel instante, Duval habló en un tono menos impersonal y con voz más cálida, donde comenzaba a mostrar su confianza:

—En cuanto nos reclutó, Andrés Serval nos reunió en su desván para comunicarnos su elección del lugar donde pensaba edificar el templo; después se expresó en los siguientes términos: «Y para probaros, amigos míos, que mi

decisión es razonable, pienso llevaros ahora a la glorieta de la Defensa. Si no es sobre el terreno, no podré explicaros con detalles su orientación. Pero antes daremos una vuelta indispensable por el bosque de Bolonia. Venid conmigo…».

Una hora más tarde, en una radiante mañana primaveral, nos hallábamos en la Avenida de las Acacias. De pronto, Andrés Serval se detuvo y penetró bajo los árboles haciéndonos señas para que le siguiéramos: «Amigos míos —nos dijo—, he querido traeros bajo una bóveda de verdor. No la forman más que estos pobres árboles de París, asfixiados lentamente por las emanaciones de gasolina y por todo el mal olor que pesa sobre la capital. Hubiera preferido llevaros a un bosque de Bercé o a la admirable región de las fraguas de Paimpon. Allí hubierais podido contemplar encinas que han desafiado largos siglos y os hubierais sentido humildes bajo bóvedas de follaje de una altura de sesenta metros… la que tenéis sobre vuestras cabezas en este momento es baja y poco densa, pero conserva cuando menos su grandeza, puesto que es natural». Y avanzó, destocado y con su blanca cabellera echada hacia atrás. Su voz continuó subiendo a través del ramaje como si intentase llegar al azul del firmamento… Entonces le oímos una oración que jamás podremos olvidar: «Que la Providencia Divina, que sólo puede inducirnos a útiles acciones durante nuestra corta estancia en la tierra, nos favorezca con su ayuda. ¡Oh, Dios, desconocido aún de los hombres, inspíranos el ardor necesario para realizar la tarea cotidiana que ha de ser nuestra desde ahora; danos valor para elevarnos sobre nosotros mismos y sobre nuestras estériles discusiones; concédenos, sobre todo, una fe inquebrantable en el éxito de la obra que vamos a emprender…! Preservanos de amontonar piedra sobre piedra con el único fin de causar admiración, pero haz también que el esfuerzo de nuestros obreros, trabajando colectivamente, sea un ejemplo saludable para los restantes obreros del mundo… Esa será nuestra mejor recompensa… Haz que el extranjero se vuelva de nuevo hacia París y mirando las agujas de este templo construido en pleno período materialista, piense que nuestra capital no es únicamente la del placer, sino que también es capaz de hacer surgir de su suelo un monumento adonde todos los hombres de buena voluntad puedan venir para comulgar en un mismo arrebato de amor».

»Cuando se calló, Andrés Serval permaneció mirando fijamente hacia la copa de los árboles. Su transfigurado rostro parecía perdido en una meditación exaltada… Todos seguimos silenciosos contemplándole: verdaderamente, era el jefe inspirado. Al fin bajó la cabeza y volvió hacia la Avenida de las Acacias: le seguimos todos. En la puerta Maillot nos hizo

subir a un autobús que se dirigía a Saint-Germain, pero después de unos minutos de recorrido descendimos en la glorieta de la Defensa: nos hallábamos en el emplazamiento geográfico y cósmico de la futura catedral. El centro del vasto terraplén nos pareció tristemente acaparado por la fealdad oficial del monumento elevado en recuerdo de la defensa de París durante el asedio de 1870-71. “Nunca he comprendido —nos dijo Andrés Serval— por qué los monumentos u obras de arte destinados a recordar grandes hechos de armas son, por lo general, monstruosos. A veces sucede que la tristeza inspira al escultor —algunos monumentos a los muertos de la guerra 1914-18, tales como esa admirable madre bretona esculpida en granito y sentada en un banco ante la catedral de Treguier, tienen una grandeza real—, pero es raro que el conjunto no sea una exhibición de vulgaridad. Muchos se han burlado de los Déroulede de la literatura… Creo que habría que hacer otro tanto con los de la escultura y la pintura. Cuando, durante la ocupación de 1940 a 1944, los alemanes se llevaron de nuestras plazas y de nuestros jardines un buen número de estatuas para fundirlas, creo que más bien nos hicieron un buen servicio. Acordaos de la horrorosa estatua de Víctor Hugo en la plaza de su nombre. ¡Nadie la echa de menos! Y creo que si el Naufragio de la Medusa, esa evocación pictórica tan recargada como ridícula, hubiese desaparecido en un bombardeo, el mundo se hubiera consolado fácilmente”.

El aparejador prosiguió:

—Una vez más tenía razón Andrés Serval, señor Moreau. No sé si habrá usted tenido tiempo, al pasar en coche por la plaza de la Defensa, de fijarse en el monumento. Esa mujer que simboliza a la ciudad de París y que ha servido de modelo a la mayor parte de las estatuas municipales elevadas durante la tercera República, es verdaderamente insoportable: apoyada en una cureña, adosada al asta de una bandera, con el brazo derecho en actitud vengadora y empuñando una espada hacia un enemigo imaginario, como para proteger al patriota derribado a sus pies, esa alegoría en bronce deslucido por la intemperie y corroído por el cardenillo, produce un efecto totalmente contrario al loable fin para el que fue erigida: ridiculiza el heroísmo y provoca la sonrisa. «El exacto emplazamiento en que se encuentra ese monumento será el centro de nuestra catedral —continuó diciéndonos el maestro de obras — y ya que los parisienses experimentaron en cierta época la necesidad de colocar en este sitio un monumento que evocase una gloriosa página de historia, no tenemos derecho a que desaparezca ese recuerdo para las generaciones futuras. Remplazaremos ventajosamente a la mujer de porte vengador por una vidriera que evoque, en líneas estilizadas y puras; el valor

de París, durante aquel dramático asedio. La triple puerta de entrada a la catedral deberá mirar a París, frente a esta avenida, recientemente bautizada con el nombre del general De Gaulle, que prolonga la Avenida de Neuilly, la Avenida de la Grande Armée y por último los Campos Elíseos, que son el eje de París. Así los parisienses sentirán que su nuevo templo está en todo momento dispuesto a acogerlos. Si la entrada estuviese situada al Oeste en vez de estarlo al Este, la catedral daría la impresión de volver la espalda a la población que con tanto amor la había construido… Sin duda habréis notado desde hace tiempo que el eje de las catedrales no es rigurosamente recto y que se inclina ligeramente hacia la derecha con relación al centro, cuando se mira hacia el coro. En lenguaje más sencillo, diremos que las catedrales, construidas todas en forma de cruz, no son rectilíneas. Si esas cruces arquitectónicas se inclinan hacia la derecha, según afirma una piadosa y antigua tradición cristiana, es para recordar que después de haber exhalado su último suspiro en el Gólgota, Jesucristo inclinó la cabeza. Tradición admirable, es cierto, pero en mi humilde opinión demasiado mística para que sea verdadera. Yo creo más bien que los edificadores de catedrales esperaban la salida del sol para orientar su obra y por ello tenían que mirar obligatoriamente hacia el Oriente. Pero les parecía que el sol no salía siempre por el mismo sitio y que al parecer cada mañana se hallaba un poco más hacia la derecha que el día anterior. Esa declinación constante obligó a los arquitectos de la Edad Media a adoptar el principio, convertido casi en inmutable, de rectificar, curvándolo ligeramente, el eje de sus naves, para que éstas estuviesen siempre orientadas hacia la luz naciente. Es una regla a la, cual no faltaremos en la catedral de San Marcial: no tendría la menor estabilidad el mundo si no se conservasen ciertas tradiciones arquitectónicas».

»Alrededor de la plaza había instaladas barracas y otros recintos situados permanentemente como para recordar a las nuevas generaciones que en tiempos antiguos, y en aquellos mismos parajes, se daba cada año una gigantesca fiesta popular conocida generalmente por “fiesta de Neuilly”. Todos estábamos aturdidos por la algarabía de aquellas atracciones: había tiros al blanco, autos eléctricos, la inevitable montaña rusa, que bajaba pendientes abruptas con un ruido ensordecedor, aumentado por los gritos de sus efímeros pasajeros. Potentes altavoces vertían sobre aquella masa popular las más recientes canciones de moda transformadas en retornelos gangosos. «Amigos míos —declaró Andrés Serval después de observar algunos minutos aquel espectáculo—, toda esta buena gente cree que el ruido, las sacudidas y las emociones bruscas son capaces de satisfacer su permanente deseo de

evasión. Y acaso no estén totalmente equivocados. Me parece bien que la muchedumbre busque constantemente una sensación nueva, pero ¿qué emoción podrá compararse con la que esa misma multitud sentirá cuando, en este mismo sitio, llegue el tranquilo atrio de una catedral? El visitante de San Marcial saldrá fascinado si no es más que un ateo y sentirá realmente su fe si es creyente; resultado que sólo podrá obtenerse por la nobleza y majestad del sitio. La nave comenzará poco más o menos donde estamos y alcanzará hasta dos tercios de la longitud de la plaza. El crucero perpendicular irá desde el actual comienzo de la carretera nacional número trece hasta la Avenida de Gambetta. El coro estará adosado a la avenida de la División-Leclerc. Aunque nuestra catedral esté destinada a ser con el tiempo el nuevo lugar de la peregrinación a París, en realidad será edificada sobre dos cabezas de partido diferentes: Courbevoie al Sur y Puteaux al Norte. Eso no me desagrada. El emplazamiento poseerá así una especie de universalidad. Y el que la catedral pertenezca a dos municipios, será símbolo de que no corresponde más a uno que a otro y que, en el fondo, todos los municipios franceses tienen derecho a reivindicarla. De la misma manera que en el lado sur reservaremos una vidriera como recuerdo a la defensa de París, habrá otra en la parte Norte que evocará al general Leclerc de Hautecloque, mariscal de Francia, cuyo actual monumento conmemorativo podéis ver en el terraplén central de la avenida de Gambetta. La edificación de la catedral exigirá la desaparición de ese monumento, que no es ninguna obra maestra del arte moderno».

»Andrés Serval continuó: “Para la construcción general del edificio, nos veremos obligados a aplicar la ley esencial del áureo número, conocido por todos los constructores de catedrales y transmitido como un secreto mágico, de generación en generación. Sin esa ley, nuestra bóveda por aristas, de ciento veinte metros de altura, correría el peligro de hundirse, como ocurrió en una de nuestras más hermosas catedrales provincianas. Es ley que completa naturalmente mi principio inicial; la catedral de San Marcial debe poseer una arquitectura musical y parlante. Yo haré vibrar sus menores líneas como otras tantas cuerdas de arpa o de cítara. Toda su ornamentación será lógica, todo irá coordinado, del conjunto al detalle. Nada habrá allí que se oponga a la ley de la belleza y de la armonía”. No comprendimos gran cosa aquel día de todo cuanto Serval nos había revelado. Pero con el tiempo y el trabajo en común, su teoría constructiva nos pareció luminosa. Nos expuso sus ideas sencillamente, en pleno centro de la plaza, sin preocuparse lo más mínimo de la multitud, del ruido ni del polvo: “Por la descripción sumaria que acabo de hacer acerca de la orientación general de esta catedral, habréis comprendido

el exacto emplazamiento de las ocho torres, en correspondencia a esta otra ley absoluta de la construcción: la estrella mágica de ocho puntas. Las dos torres de la entrada se encontrarán donde el actual comienzo de la avenida del general De Gaulle; las cuatro torres del crucero estarán repartidas así: el brazo derecho, al comienzo de la avenida de Gambetta; el izquierdo, a la entrada de la carretera de Nanterre. Las dos últimas torres estarán una a la altura del jardín público que veis al fondo, hacia la izquierda; la otra, a la entrada de la avenida de la División-Leclerc. Para terminar, sólo he de daros una idea de la altura de las dos agujas. Cada una tendrá doscientos metros y dominará a todo París. No quiero construirlas tan altas como la torre Eiffel, a fin de que mi catedral no resulte monstruosa, adecuada para asombrar a los visitantes de una exposición, pero impropia para provocar la admiración de las futuras generaciones”».

El periodista no se atrevía a interrumpir a Duval, que siguió evocando:

—A menudo he reflexionado después, señor Moreau, sobre la extraña visita que hicimos al lugar donde deberá levantarse la catedral, y estoy profundamente convencido de que Andrés Serval quiso aquel día intentar una experiencia; descubrir la intensidad de nuestra confianza en él. Hasta después de aquella visita no comenzaron efectivamente los trabajos preparatorios. Cada uno de nosotros puso en marcha su taller, en el cual había de nacer una agremiación. El maestro visitaba periódicamente los centros de trabajo para darse cuenta del perfeccionamiento y del grado de preparación técnica a que habían llegado nuestros jóvenes artesanos, cuya especialización mejoraba de día en día. Una mañana en que de improviso —era su costumbre: jamás se anunciaba previamente y llegaba a cualquier hora— penetró en mi taller, su aguda mirada distinguió inmediatamente las de los alumnos que ya poseían la sagrada llama del trabajo, a diferencia de los que todavía no habían comprendido la magnitud de la tarea a que tenían el honor de entregarse. Reunió a los primeros para decirles: «Me gusta ese juvenil ardor y el profundo entusiasmo que ponen ustedes en su tarea. Y quiero recompensarles su buena voluntad. A este pequeño equipo, exclusivamente, corresponderá el insigne honor de reunir y acoplar las esculturas del altar mayor de mi catedral, que cada día va siendo más la de ustedes. Será necesario que aún se trabaje años enteros para ejecutar a la perfección el retablo que pueda compararse, en nuestro estilo moderno, a los admirables altares de las catedrales de Rodez y de Gerona. Los fieles deberán encontrar, en esa labor a ustedes encomendada una moldura plana adornada con un enlace de losanges, al que sucederá una gola seguida por otra moldura redondeada, previamente provista de vez en

cuando de un adorno de curvas entrelazadas que dé idea de una cinta arrollada a un fuste. Me gustaría igualmente ver lóbulos en relieve que llevarían sobre los ángulos adornos de extremada variedad, algunos estilizados y otros que, por contraste, imitaran la naturaleza. Desearía asimismo que se notara la hoja lanceolada de la sagitaria y de todas las flores de cinco pétalos que recuerden a la nomeolvides… Esos motivos, cuyo estilo acaso les parezca extraño, serán testimonio de un arte, el de ustedes, muy original, que no se parecerá en nada al arte antiguo, pero donde el erudito encontrará por lo menos algunas relaciones bastante notables con ciertos elementos decorativos de la escultura hispano-morisca».

»Mis jóvenes alumnos le escuchaban maravillados. Otro día se enzarzó una discusión entre Andrés Serval y Dupont, el maestro vidriero. Este último no comprendía por qué nuestro maestro se había empeñado en que el signo de Virgo figurase en una vidriera, como se representa en Notre-Dame de París, en el Zodíaco de la puerta de la Astrología. Serval, con gran dulzura, explicó a nuestro camarada: “Deberías saber, dado el tiempo que llevarnos trabajando juntos, que los ritos religiosos provienen de un vasto conjunto simbólico basado en la Astrología religiosa…”. Estamos en 1945. Graves acontecimientos se preparan. Una crisis agita a este pobre mundo en gestación de una forma social que se acerca con la entrada del Sol en el signo zodiacal de Acuario. Eso no quiere significar que debamos sentir temor ni excitarnos. Pensemos mejor en el admirable relato evangélico donde se dice que el Maestro envía por delante a sus discípulos para preparar la fiesta de la Pascua. Esos discípulos han iniciado ya la tarea que les corresponde en un mundo parcialmente destruido, y empiezan a preparar el camino a los reconstructores, de los cuales formaremos parte. Recuerdo que Bossuet pronunció estas emocionantes palabras: “Cuando Dios borra, es que piensa escribir. Desde este punto de vista, las agitaciones, los incendios, las destrucciones que podamos presenciar, no nos parecerán actos irreconciliables con la necesaria evolución en pos de una mayor justicia, de una vida social animada por una moral más elevada, de una doctrina más satisfactoria para el espíritu humano. Cualesquiera que sean los acontecimientos que se desarrollen, a mi parecer se produce ya una verdadera revolución a favor de la Humanidad. ¡Está en marcha una civilización nueva, y nada la detendrá! La catedral de San Marcial debe ser el hito que indique dónde comienza esta nueva civilización, basada en la única religión capaz de satisfacer a la vez la inteligencia y la sensibilidad. El Cristianismo no puede desaparecer, porque pensar en eso equivaldría a ignorar deliberadamente que sus raíces existen

desde hace miles de años. Pero la evolución que ahora se nota es algo parecido a cuando la religión de Moisés sucedió a la de los faraones y cuando la Iglesia de Roma sucedió al helenismo. Las formas sucesivas de la gran religión tradicional, nacida en Occidente, están relacionadas con el esoterismo que se encuentra inmutable a través de ella. Las partes subterráneas de ciertos edificios religiosos atestiguan que sus cimientos han sostenido, a través de las edades, templos sucesivos adonde los seres humanos han acudido a rezar. Un ejemplo bien curioso es el de la iglesia de San Clemente, en Roma, edificada sobre una antigua cripta cristiana bajo la cual había un templo dedicado a Mitra. Y también la catedral de Chartres, en cuya cripta hay un pozo sagrado de la época de los druidas". Andrés Serval continuó diciéndonos: «Nuestra catedral, por lo contrario, debe señalar la importante transformación a que nos acercamos. Sin duda comenzaréis a comprender por qué es necesario que el Zodiaco figure en una de nuestras vidrieras, pues no solamente encierra la historia pasada y futura de la vida religiosa del mundo, sino que es el esquema de la vida moral de los individuos. ¿No comienza con el signo de Virgo, emblema de la pureza, y acaba con el de Libra, que representa el equilibrio realizado y el juicio final? Ya sabes, Dupont, por qué, dado su carácter esencialmente religioso y moral, el Zodiaco aparecía en los templos antiguos. Representa en nuestras catedrales de la Edad Media el legado más importante de la tradición primitiva».

»Enardecidos y estimulados por aquellas normas, Dupont y sus agremiados concibieron una de las más hermosas vidrieras que servirán de adorno a la Catedral. Para ejecutarla, siguieron el método de trabajo largo, pero sencillo, de nuestros antepasados. Eso justifica las propias palabras de Serval: "Creo, amigos míos que los hombres volverán fácilmente al arte puro si tienen valor para limitar la marcha demasiado rápida del progreso". Si le he citado algunos ejemplos, señor Moreau, no ha sido más que para hacerle comprender que sólo donde hay un maestro inspirado puede nacer una obra. Pero no vaya a creer que los acontecimientos se sucedieron sin grandes dificultades durante el delicado período preparatorio. Serval tuvo que luchar contra toda clase de enemigos: especuladores, intermediarios, contratistas, políticos…, que intentaron obstaculizar todos sus proyectos, los unos por necesidad de lucro y otros por envidia. Fue una lucha sorda, tenaz, sin cuartel, inspirada por el doble odio a todo lo hermoso y a un hombre que tenía el valor de ver en grande. Todo lo que la pequeñez y la mezquindad humanas pueden inventar, conoció el maestro de obras. Sufrió mucho, pero su voluntad implacable de triunfar, su fe en el resultado final y su honradez fueron tales,

que poco a poco logró desembarazarse de los innumerables obstáculos que surgían en su camino luminoso. Los primeros de quienes hubo de desconfiar fueron precisamente aquellos que se habían ofrecido para ayudarle, los que le habían prometido su pleno concurso cuando sólo tenían en la mente una idea: servirse de él para sus ambiciones personales. Entre aquellos hombres despreciables, los peores sin duda fueron Rabiroff y su pandilla de financieros.

LA LUCHA

Cuando Moreau emprendió el regreso a la capital, sentíase a la vez fascinado y aturdido por cuanto acababa de saber de labios del sucesor de Andrés Serval. Podía ya continuar escribiendo su extraordinaria información. En cuanto llegó a su casa, se puso a trabajar. Después de haber relatado a sus futuros lectores lo que conocía de la obra propiamente dicha y de la organización de talleres corporativos, llegó a un momento esencial: aquel en que había de describir la lucha emprendida por el gigante de cabellos blancos.

Siguiendo su costumbre, estuvo escribiendo toda la noche, Cuando amaneció, sentíase satisfecho y pudo dormir con la conciencia del hombre que también ha realizado su obra. Al despertarse, algo después de mediodía, su primer cuidado fue releer todo cuanto había escrito: era demasiado importante esta vez y no podía permitirse cometer el menor yerro. Citaba muchos nombres y había de adoptar serias precauciones… Sabía que tenía tendencia a dejarse arrastrar fácilmente por su pluma cuando se hallaba en pleno relato, pero también tenía la certeza de que eran buenas sus fuentes de información; todo lo que el solitario de Garches le había referido con calma, era rigurosamente exacto. Duval no era ningún imaginativo, sino un cerebro ponderado. El joven fijó especialmente su atención en las últimas cuartillas antes de remitírselas a su redactor jefe. He aquí lo que escribió:

Fred había distribuido los puestos lucrativos a sus compinches Krasfeld, Benarsky, Silvio Perana, Peter Loeb, Reumer… Los diez principales animadores de la «S. E. C. S. M.». («Sociedad de Estudios de la Catedral de San Marcial») habían conseguido rápidamente y sin muchas dificultades —tal era su fuerza de persuasión—, cosechar el maná, o, dicho de otro modo, reunir los cien millones que cada uno se había comprometido a lograr de la credulidad inagotable de personas ingenuas.

En algunas semanas, Fred se había hecho cargo de un confortable capital como iniciación de una aventura indicada en grandes caracteres en el membrete de las cartas de la extraña sociedad. Hasta entonces todo fue bien. Pero, desgraciadamente, un hombre como Fred no podía conservar tales

sumas administrándolas con sabiduría y haciéndolas fructificar con la loable intención de aumentar el capital. Tenía, por el contrario, que arriesgarlas en difíciles especulaciones. La tentación era demasiado fuerte y el dinero de los demás posee a menudo el poder maléfico de quemar los dedos de los que lo manejan.

Ayudado por sus brillantes asociados, el gran Rabiroff comenzó a invertir cantidades importantes en los negocios más diferentes. Con ello no hacía más que aplicar el método bien conocido de crear sociedades múltiples que le permitían realizar juegos malabares con un prodigioso «peloteo» de letras. Entre esas sociedades más o menos fantasma, una, la más frecuentemente nombrada, fue la «S. I. S. M.». («Sociedad Inmobiliaria de San Marcial»)… El administrador delegado era Krasfeld: el fin oficial de la sociedad era comprar todos los terrenos o inmuebles cercanos a la plaza de la Defensa y lograr que los municipios de Puteaux y Courbevoie les cediesen la explanada central. Realmente en los primeros meses la sociedad inmobiliaria había adquirido algunos edificios ruinosos, pero había encontrado más lucrativo volverlos a vender, con importantes beneficios para Krasfeld y Compañía, a otras entidades ávidas de construir inmuebles modernos que habían de ser vendidos por pisos. ¡De la Catedral, ni hablar! Como cada uno de los financieros sabía que el propósito de Fred era que aquélla jamás se construyera, no valía la pena inquietarse.

La «S. F. O. P.». («Sociedad de Fabricación de Objetos Piadosos») tenía como director-gerente al refinado Silvio Perana. Su actividad fue igualmente prodigiosa. El genial Rabiroff cumplía lo prometido: cada uno recibía su ración de pastel, que cada vez se anunciaba más suculento.

Todo el mundo estaba satisfecho. El capital inicial de mil millones permitía una cifra de negocios muy superior. La piadosa industria producía un rendimiento que sobrepasaba a las previsiones más optimistas. ¿Por qué, pues, sólo Andrés Serval se mostró pesimista de repente?

En efecto, desde el comienzo de la extraña asociación —aquel día memorable en que Andrés Serval pareció conceder su confianza al grupo Rabiroff y el gran financiero condescendió a tomar entre sus manos los destinos materiales de la futura catedral—, no se había producido ningún choque. De acuerdo con la predicción de Fred, el maestro de obras había estado demasiado ocupado con la creación de sus talleres para echar siquiera una ojeada a aquella contabilidad tan múltiple como acrobática, «Un iluso que sueña desde hace tantos años, ya no puede despertarse». Era lo que Rabiroff, que hablaba como un oráculo, había dicho.

Todos aquellos señores dormían tranquilos, soñando beatíficamente con los enormes beneficios en perspectiva y con las próximas operaciones anejas. Así que les sorprendió recibir sendas convocatorias personales en las cuales Andrés Serval y Rabiroff los invitaban a acudir al día siguiente muy temprano a la buhardilla de la calle de Verneuil. Lo que los tranquilizaba un poco era que el querido amigo Fred estaría presente. El fue quien abrió la sesión en términos ampulosos:

—Queridos amigos, con gran placer he accedido al deseo manifestado por el señor Serval de reunirnos a todos en este pintoresco alojamiento… Creo que desea ponernos al corriente del estado de sus trabajos preliminares tras algunos meses de admirables esfuerzos… Estos meses, reconozcámoslo, nos han parecido muy cortos: tal es la buena armonía que ha reinado entre los servicios artísticos y técnicos de la catedral de San Marcial, representados por Andrés Serval y sus fieles colaboradores, y los servicios financieros, encarnados por todos ustedes. Personalmente, confieso que esta reunión matinal y en esta buhardilla encantada por el genio creador, es un dichoso hallazgo para hombres de negocios habituados a discutir en cómodos sillones y en despachos impresionantes que carecen de alma. Y no me desagrada esta vuelta a la sencillez, que tan bien armoniza con la obra piadosa ante la cual nos inclinamos con tanta fe como amor… Querido Andrés Serval, le escuchamos…

El maestro de obras había permanecido de pie, inmóvil, frente a todos aquellos bribones que se daban ya aires de jueces, como si el trabajo de un hombre honrado pudiera ser discutido por un areópago tan siniestro. Habló con su ponderación habitual:

—Señores, desde luego tenía deseos de conocer a todos personalmente. Hasta esta mañana no había tenido trato directo más que con su delegado, el señor Rabiroff. Ahora que están aquí, no sé si debo darles las gracias por la ayuda prestada hasta ahora a los artesanos de nuestra catedral. Si me lo permiten, me dirigiré a cada uno de ustedes conforme le vaya llegando el turno… Usted, señor Krasfeld, no tiene más que una idea: conseguir el mayor número de comisiones personales con compras y reventas de terrenos cuya oportunidad no veo por ninguna parte…

—Le aseguro, señor Serval…

—¡No asegure nada, señor! Conmigo está usted vencido de antemano. ¡Y si su lamentable actividad se limitase solamente a los terrenos contiguos a la glorieta de la Defensa! Pero, por desgracia, ha escogido usted un campo de acción más vasto. Y así, la semana última, buscando yo precisamente un

terreno donde pudiera construirse el cobertizo destinado a servir de taller a mis herreros artísticos, tuve noticias de un solar situado en el bulevar de Reims. Se me dio la dirección de la sociedad propietaria del terreno, y cuál no sería mi sorpresa al ser recibido por usted, señor Krasfeld, en los locales de una de sus sociedades ficticias… ¿Tendría usted valor de decir que no me recibió y que no palideció cuando yo me identifiqué ante usted? Todo esto da a entender que con una catedral no le basta y que compra terrenos en todas partes con el propósito de edificar otras varias. ¿Es que acaso tiene usted intención de explotar más adelante esos templos como si se tratase de salas cinematográficas…? Me parece que lo mejor para usted será guardar silencio.

Andrés Serval se volvió hacia Benarsky:

—Con usted, señor, nos hallamos en plena novela… Usted ha pasado pedidos y concluido acuerdos insensatos con contratistas acerca de los cuales jamás he oído hablar: he visto por encima determinados presupuestos —aceptados por usted solamente, y a cuenta de los cuales se han entregado importantes cantidades, que podrían valerle notables comisiones— por trabajos que jamás serán ejecutados, habida cuenta de su inutilidad. Si consentí en confiar al señor Rabiroff la dirección financiera de nuestra empresa, fue para que lo vigilara todo.

—¡No le permito —gritó Fred congestionado— que ponga en duda mi capacidad!

—¡Todo lo contrario! —respondió sonriendo el maestro de obras—. Aprecio en su justo valor su extraordinaria capacidad, que le permite operar con cantidades prodigiosas… En primer lugar, ha hecho usted suscribir a personas crédulas, y con una celeridad desconcertante, un capital inicial de mil millones utilizando mi catedral como espejuelo. Considero que tengo derecho a conocer el empleo dado por usted a tan importante cantidad.

—¡No tengo por qué rendirle cuenta alguna! —declaró Fred—. Nuestras atribuciones respectivas son bien diferentes: usted se ha encargado de la dirección técnica y yo de la administración financiera. Cada cual a su misión. Jamás me permitiría yo vigilar el trabajo realizado por sus escultores de gárgolas.

—¡Perfectamente! Pero yo he de ver sus cuentas.

—¿Le han faltado en alguna ocasión fondos desde hace seis meses? Cada vez que me ha pedido usted dinero para sus talleres corporativos, le he entregado las sumas pedidas sin discutir siquiera sus gastos.

—Lo reconozco.

—¿Sabe usted, señor Serval, que sus gremios han costado ya a nuestra sociedad de estudios trescientos millones? ¡Y en seis meses! Pero vea que no se lo discuto. Acepto sus gastos. Incluso los considero necesarios.

—Señor Rabiroff —cortó el maestro de obras—, la cifra que acaba usted de indicarme prueba que aún debe de haber en Caja setecientos millones, a los cuales hay que añadir los tres provenientes de mis postulaciones. Lo que nos da un saldo acreedor de setecientos tres millones. ¿Dónde está ese dinero?

Fred no respondió inmediatamente y el cigarro que mordisqueaba se le cayó de la boca. Durante un momento Rabiroff dio la impresión de que iba a lanzarse sobre Andrés Serval, pero sus manos, húmedas y gruesas, se apoyaron con fuerza sobre la mesa de trabajo del maestro de obras, a quien acabó diciendo dulcemente:

—Querido señor, se pone usted en la situación de un inquisidor para conocer la utilización hecha de cantidades que no han sido aportadas por usted, a excepción de tres miserables millones, para lo cual ha necesitado años enteros. Francamente ¿por qué se mezcla en eso?

—Sin duda usted da como nulos en su capital social mi idea de la catedral, mis años de trabajo para madurar esta idea, las horas consagradas a investigaciones, mis noches de insomnio en esta buhardilla…; por superfluo el ardor que intento infundir cotidianamente a mis obreros; por arcaico el método de trabajo preparatorio que he impuesto y que funciona, con la precisión de un mecanismo de relojería, desde hace seis meses… Ya es tiempo, señores, de que cese la injerencia incoherente del comanditario en la obra del artista… Si me tomo la libertad de revelarles lo más íntimo de mi pensamiento, es únicamente para evitar toda situación equívoca en lo por venir. Usted sabe que aprecio a todos en su justo valor y que estoy firmemente decidido a triunfar con ustedes o sin ustedes, aunque considero que para todos es preferible que continúen trabajando conmigo. En contacto con nuestros artesanos pueden ustedes, aun a pesar suyo, darse un baño de honradez, lo cual no es nada desagradable, ¿verdad, señor Perana?

—No veo por qué tiene que dirigirse usted a mí —respondió el interpelado.

—Únicamente, querido señor y director artístico de la catedral —sí, una pequeña indiscreción me ha revelado el burlesco título con que usted se adorna—, porque merece usted una mención especial… Usted ha visitado a los fabricantes de velas del barrio de San Sulpicio y les ha propuesto, a base de una comisión apreciable, el siguiente negocio: que ellos suministren en exclusiva todas las velas y todos los cirios de la catedral de San Marcial, cuya

primera piedra ni siquiera se ha colocado. ¿No es eso ir un poco de prisa? Si me he permitido citar este nuevo ejemplo entre mil, es para hacer comprender a todos que esa pesada broma «financiera» de la catedral ya ha durado bastante. La situación puede y debe ser rápidamente rectificada si cada uno pone en ello su buena voluntad. Como el señor Rabiroff me ha dado a entender, no tengo cuenta alguna que pedirles, pero mi deber me obliga a defender los intereses de innumerables suscriptores desconocidos que han depositado su confianza en nosotros. Los que verdaderamente creen, como mis artesanos y yo mismo, en la edificación de la catedral, tienen derecho a exigir que los millones colocados en manos de ustedes sean empleados exclusivamente en la realización de la obra. Me atrevo a esperar que no tenga que reunirlos de nuevo aquí por el mismo motivo, y considero que esta advertencia será saludable… Señores, no les retengo más.

Siguió un impresionante silencio. Los financieros se retiraron uno tras otro. En la escalera, Benarsky no pudo evitar decirle a Krasfeld:

—Empieza a molestarme ese hombre.

—Acaso haya llegado el momento de suprimirle —murmuró Silvio Perana—. Habrá que hablar seriamente del asunto con Rabiroff.

Éste se había quedado solo con Andrés Serval, al cual le preguntó:

—¿Está usted satisfecho de su discurso?

—Lamento haber tenido que pronunciarlo, pero era indispensable.

—Era perfectamente inútil, señor Serval. Puede malquistarme con mis principales asociados y usted ver que se desvanece el más claro de sus recursos.

—Prefiero pararlo todo antes que tener en torno mío hombres en los cuales no pueda depositar una confianza absoluta. Por otra parte, no siento inquietud alguna: si sus amigos se retiran, otros vendrán. Y usted es exactamente de la misma opinión que yo… Porque usted no es mala persona, Rabiroff. Durante estos seis meses lo he estado observando mucho más de lo que cree. Tengo necesidad de su indudable sentido de los negocios y usted haría mal prescindiendo ahora del dinamismo de nuestros equipos juveniles. ¡Vamos, Fred, haga un serio examen de conciencia y mire la vida del mismo modo que yo! Le parecerá más bella, bastante menos fea… ¿Qué me dice usted?

Rabiroff sacó del bolsillo izquierdo de su chaleco otro cigarrillo, cuya punta mordió rabiosamente. No se atrevió a sostener la mirada de su interlocutor y prefirió marcharse sin responder. Pero la siembra no fue inútil:

dos días después presentose una visita imprevista a la puerta de la buhardilla. Era Evelina, la amiguita del financiero.

Andrés Serval tuvo la impresión de que aquella seductora criatura, cuyo porte altivo y arrogante tono le había sorprendido desagradablemente cuando la oyó hablar en el restaurante donde la vio por primera vez seis meses antes, no era la misma; parecía intimidada, y con voz bastante humilde se dirigió a él desde el umbral:

—Le ruego que me disculpe por molestarle… Sé que es usted un hombre muy ocupado… Pero no he podido resistirme al sincero deseo de felicitarle por la firmeza de que dio pruebas anteayer frente a esos hombres de negocios… Sí, Fred me lo ha contado todo.

—¿De veras, señora?

—Y le ha producido una especie de admiración íntima que jamás había sentido por nadie. En el fondo, creo que se trata de un gran respeto hacia usted y hacia la obra que quiere usted comenzar… Compréndame: él no se había enfrentado nunca con un hombre como usted. Ni yo tampoco. ¡Estoy segura de que triunfará!

—Con la ayuda de Dios, señora.

—Señor Serval —la voz se hizo más vehemente—, sin duda le pareceré una loca; pero, desde hace algunas semanas, mi deseo es contribuir también a su noble obra… Si usted supiese lo harta que estoy de la estúpida vida que llevo desde hace años… Tengo la impresión de no ser más que un objeto de lujo que se exhibe por todas partes… Figuro en la ostentación continua de que Fred tiene necesidad para maravillar a aquellos con los cuales quiere entablar negocios. En el fondo, creo que no siente por mí más que desprecio: yo no soy sino una muñeca bien vestida que aparece en todos los lugares donde él quiere dar pruebas de riqueza para inspirar confianza, pero fuera de eso no soy para él más útil que su «Cadillac»: éste y yo constituimos parte del moblaje lujoso… ¡Es terrible! ¡No puedo más! Querría ser útil, hacer algo… ¿No consiente usted que le ayude? He pensado muchas veces que una mujer bonita como yo podría conseguir algo allí donde un hombre, quien sea, no tiene ocasión de llegar… Usted es lo bastante psicólogo para saber emplearme en lo que considere más conveniente. Y yo le prometo realizar ciegamente cuanto usted disponga.

El maestro de obras la dejó hablar sin que su impenetrable rostro expresase la menor sorpresa. Al fin ella calló, trémulos los labios, como si pidiese una respuesta favorable. Su mirada era angustiosa, estaba llena de ansiedad. La mujer pelirroja no excitaba la envidia; la piedad más bien.

—Le agradezco mucho —acabó por decir Andrés Serval— el ofrecimiento que acaba usted de hacerme. Pero, por desgracia, no veo en qué actividad podría yo utilizar su competencia. Las mujeres resultan un poco extrañas en la construcción. ¿Conoce usted muchas que se dediquen a la Arquitectura?

—Recientemente escuché en una emisión radiofónica dedicada a las mujeres francesas que habían llegado a ser «jefes de empresa», que había una que dirigía un equipo de obreros especializados en la conservación y reparación de catedrales y de iglesias antiguas.

—Es muy posible, pero entre restaurar y crear hay diferencia. No se me ocurre una mujer maestro de obras… Además, esa de quien me habla se formó en la Escuela de Bellas Artes, y no creo que a usted le suceda lo mismo.

—Sé que sólo soy una ignorante y que no tengo título alguno, pero ¿cree usted que eso sería de gran importancia para los trabajos que usted pudiera confiarme? ¿No se trataría, sobre todo, de gestionarle la concurrencia de otros capitales de que podría usted tener necesidad si la organización financiera montada por Rabiroff se derrumbara?

—Aun cuando eso ocurriera, la catedral sería construida igualmente: se lo garantizo. Pero yo nunca me serviría de la belleza ni del encanto de una mujer como cebo para la financiación de una obra pía.

—Estoy segura de ser capaz de rendirle apreciables servicios en otros aspectos. No olvide, señor Serval, que en las mujeres el instinto es el primero que trabaja y nunca las engaña. Muchas veces nuestro corazón y nuestra terquedad suplen a los conocimientos básicos que nos faltan y que nos fastidian. No puedo creer que no tenga usted necesidad del concurso femenino en una empresa de arte de tanta importancia.

—Seguramente nos hará falta más tarde en algunos de nuestros talleres, aunque no sea más que para engarzar piedras preciosas o trabajar en brocados de oro; pero, por ahora, tal colaboración seria un poco prematura.

—¿Por qué desconfía usted de mí?

—Uno de los mayores errores de nuestro mundo moderno ha sido, señora, dejar que poco a poco la mujer se introduzca cada vez más en tareas propias de los hombres. Eso no quiere decir que yo sea antifeminista. La mujer es indispensable en la sociedad, donde su misión es predominante, puesto que es el centro natural de un hogar y de una familia; pero ¿es indispensable tener mujeres médicos, mujeres abogados, mujeres ingenieros e incluso mujeres militares? ¿No son situaciones que quitan a los hombres? ¿Por qué buscan

ustedes evadirse absolutamente de su condición humana…? No hay más que ver: usted es toda una mujer, señora, con todo lo que esta palabra tiene de magia y de realidad, de cualidades y defectos, de poderío y debilidad, de amor y de odio… ¿Qué más puede desear usted? Considero que su luminosa presencia junto a un hombre como Rabiroff, es necesaria. Hace poco me ha dado usted a entender que si no estuviese a su lado, habría otra… Sinceramente; prefiero que sea usted… Yo no la conocía antes de esta visita, pero ahora la conozco bien. Le doy las gracias por haberse sobrepuesto a su orgullo natural y haber venido aquí… ¿Quiere ayudarme, señora? Usted puede hacerlo mejor que nadie por su influencia con un hombre que no ha seguido ciertamente el camino recto, pero que acaso no quiera continuar así en lo sucesivo… Y el papel de usted se convertirá entonces en admirable, esencial… Usted sola, sin duda, es capaz de obtener de Rabiroff que vuelva a ser un hombre honrado… Ayúdeme de este modo y será usted el primero de mis colaboradores.

—Voy a intentarlo.

—¡Deje de ser la criatura de lujo y de placer para convertirse, usted también, en un ser humano! ¿Lo cree posible?

—Lo será —respondió ella después de un momento de duda— si usted me permite que venga a verle con frecuencia.

—Como todos mis colaboradores, aquí tiene su casa, señora.

—¿Quiere usted considerarme desde ahora como perteneciente a su equipo?

—Y acaso llegue a ser el mejor elemento.

—¡Gracias! Usted me irá diciendo lo que debo aconsejar a Fred.

—De momento, su misión es una: intentar arrancar del notable cerebro de ese hombre la insensata necesidad que tiene de lanzarse a especulaciones y emprender negocios a todo trance. Si se consiguiese canalizar el potencial de tan gran inteligencia hacia el porvenir de nuestra catedral, podríamos colocar la primera piedra de aquí a unos meses. Es necesario orientar a Rabiroff hacia ese fin único no vacilando en la necesidad de halagar su orgullo, en el que encuentra su verdadera fuerza. ¡El orgullo puede transformarse rápidamente en cualidad admirable! Usted, con toda su habilidad femenina, debería convencer a su amigo de que para él será nuestra obra el coronamiento de una carrera y que los que en lo sucesivo quisiesen expresar una opinión de él, se verían obligados a decir «Si el financiero Rabiroff no hubiese intervenido, ese grandioso monumento no hubiese sido edificado». ¿Me comprende usted?

—Muy bien… Sólo que para alcanzar el resultado que usted espera de un hombre como Fred, sería necesario desembarazarlo progresivamente de ciertas influencias nefastas. Bajo su autoritario aspecto, que parece quiere mandar en todo, Fred no es más que un débil que sigue al último que habla —o al que habla más fuerte que los demás—, y a éste acaba dándole la razón. Por eso le admiró a usted anteayer: usted habló como jefe y a él le pareció que era el más fuerte. Recuerde siempre esto que ahora le digo. No pierda jamás de vista que entre esos socios que acaba usted de conocer, algunos pueden ser muy peligrosos. El peor, es Silvio Perana… Es un genovés capaz de todo, que no dudaría en llegar al crimen si éste le remunerase.

—El crimen no paga nunca, señora… Sin embargo, me parece que comparto su opinión: pude observar a ese hombre el otro día y su huidiza mirada no me gusta.

—El más grave de todos los errores cometidos hasta ahora por Fred es el de haberle confiado el cuidado de tratar con las empresas de arte religioso que habrán de trabajar para la catedral.

—Tranquilícese: yo procuraré arreglarlo todo.

—Ése es un cargo que desempeñaría mejor una mujer. ¿Por qué no me nombra a mí en sustitución de Silvio?

Después de mirarla fijamente, Andrés Serval le preguntó:

—¿Está usted segura de que no odia a ese hombre?

Los glaucos ojos de ella se agrandaron en una expresión de horror antes que la pelirroja pudiera responder con voz ronca.

—Es un miserable al que hay que abatir mientras sea tiempo; si no, él se encargará de hacerlo con usted.

—¿Qué quiere usted decir?

Ella le miró, desesperada:

—Es inútil… ¡Usted no me comprenderá nunca! Pero sepa que si yo remplazara a ese hombre, los intereses de usted y los de su catedral serían defendidos.

—Querrá usted decir nuestra catedral, puesto que desde ahora pertenece a nuestro equipo. Todo esto no quiere decir que el mejor día yo no solicite su concurso para una tarea de esa índole, pero temo que de momento sería un poco pesada para usted… Será necesario que también usted realice su aprendizaje.

—Volveremos a hablar del asunto.

—¿No ha pensado nunca que el comercio de lujo parisiense, cuyo gusto es el más refinado del mundo, podría trabajar en pro de la catedral? Como yo

soy una de las más importantes clientes de los más famosos modistas, ¿no cree usted que podría convencerlos para que dedicasen a sus notables dibujantes o modelistas al estudio de los ornamentos sagrados? Porque los «Dior», los «Givenchy», los «Balenciaga» podrían aportar igualmente su contribución a la obra común ofreciéndonos el inestimable tesoro que representa su respectiva destreza. ¿Por qué las casullas y las capas no podrían ser fruto del trabajo de sus subordinados? Eso nos libraría de las horrorosas prendas producidas por las casas especializadas del barrio de San Sulpicio.

—Reconozco que si usted pudiera convencer a los magos de la costura…

—¿Aceptarla usted confiarme esa misión? ¡Gracias! ¡Verá cómo triunfaré! Fred me ha dicho que mi terquedad es increíble. Hasta la vista, señor Serval. Dentro de unos días volveré para darle cuenta de mis primeras gestiones. ¡Al fin voy a tener una ocupación agradable! Casi me dan ganas de abrazarle.

Y sin duda lo hubiera hecho si él no la hubiese contenido con un ademán, preguntándole al propio tiempo:

—¿Por qué ha venido usted a ofrecerme tan espontáneamente sus servicios?

—Acaso esté hecha de la misma madera que los otros. Y no hablo de los financieros, sino de sus artesanos… Jamás podré olvidar el día en que Eugenio, el dueño del restaurante, afirmó que me ocurriría lo mismo que a él cuando le conociera bien a usted.

—¿Y qué le ocurría al buen hombre?

—Que estaba hipnotizado por usted.

—Jamás he hecho nada para lograr tal resultado.

—No se muestre tan modesto… Deje esa estúpida coquetería para los débiles. Usted sabe muy bien, como todos los que tienen auténtico espíritu de mando, que posee un fluido extraordinario y una fuerza de persuasión contra los cuales nada ni nadie resiste.

—¿Es íntima esa convicción?

—Sí…

—Entonces voy a procurar valerme inmediatamente de esa fuerza de persuasión para pedirle a usted que en adelante lleve una vida menos frívola. Comprendo perfectamente que sus encantos y su belleza la inciten a dejarse adular, pero usted no es la única mujer bonita que hay en el mundo. Hay muchas más, igualmente hermosas, que trabajan, o por lo menos intentan ser útiles. Usted ha manifestado deseos de servirme y yo no he aceptado su ayuda

sino porque estoy convencido de que cuando al fin se ocupe usted en un trabajo inteligente, lamentará el tiempo perdido durante años enteros.

Ella le miró con intensa curiosidad, como si fuese la primera vez que oía a un hombre hablar así. Después se expresó con brusquedad:

—Acabo de contestar a su pregunta, pero quiero interrogarle a mi vez: ¿no ha querido usted a nadie en su vida?

Medió un largo silencio antes que él contestara:

—No comprendo la oportunidad de esa pregunta en nuestra conversación… Ha de saber, señora, que mi vida privada no interesa a nadie.

—¿Y por qué quiere organizar la mía?

—Acaso esté equivocado, pero tengo la impresión de que si ha venido usted aquí, ha sido para pedirme consejo… Cuando la vi en el umbral de esta humilde estancia, me hizo usted el efecto de una mujer totalmente desamparada. ¿Me equivoqué?

—No —respondió ella débilmente.

—Entonces ha hecho usted bien viniendo, pero de todos modos convendría que no viese en mí un director de conciencias. Yo soy un hombre como cualquier otro.

—¡Usted no es un hombre como los demás! En ese caso, hubiera amado. ¡Aunque no hubiera sido más que una vez en la vida!

Él no respondió, pero la curiosidad femenina la impulsó a continuar:

—No puedo creer que un soñador de su categoría —porque ante todo usted es un poeta— haya llegado a los cuarenta años sin conocer a una mujer que le haya inspirado. En caso contrario, usted hubiera sido un estúpido, y no lo es… Yo no consigo conocerlo del todo. Creo que nadie lo conseguirá nunca. Pero siento que, bajo una máscara de deliberada impasibilidad, se oculta una sensibilidad aguda: la que en usted guía al creador, Nunca nos habíamos visto ni hablado antes de ahora. Acaso no volvamos a tener una conversación parecida… Me daría igual si, de una vez para siempre, usted me contestase sí es capaz de amar.

El maestro de obras no contestó. Ella se animó a continuar:

—A fuerza de escuchar a Fred cuando me habla de sus proyectos, he terminado por forjarme una opinión, verdadera o falsa, sobre la curiosa personalidad de usted. Me dijo antes que a poco que lo desease, Fred podría convertirse en un hombre honrado. Lo creo, pero al mismo tiempo terno que a usted no le sea posible cambiar. Usted es para mí, a pesar de su apariencia de abnegación y de bondad, un hombre inquietante… Una especie de

monstruo… ¿No es terrible pensar que una persona con tanta inteligencia haya podido vivir siempre solo?

—Nunca estoy solo —respondió lentamente Andrés Serval.

Ella le contempló, súbitamente silenciosa, como si se hubiere quedado paralizada, mientras él continuó con voz suave:

—Tengo una amante que desde mis veinte años edad en que nacen los más puros amores, me cautiva y que no me dejará ni siquiera cuando muera… Es mi catedral, que jamás me ha decepcionado… Mi mente se inventó primero esa maravillosa amiga, pero a medida que sus contornos crecieron en mi imaginación, la fui queriendo cada vez más… Con el tiempo ha adquirido sobre mí un ascendiente extraordinario y me complace la idea de haber quedado prisionero de esa obra por mí concebida y a la que no puedo traicionar. Es un dulce cautiverio que me ha procurado alegrías íntimas que ninguna mujer del mundo hubiera podido otorgarme. Con frecuencia se ha utilizado la imagen del escultor enamorado de su estatua y pocas veces la del constructor convertido en esclavo del templo por él construido… Pero como mi catedral no es aún palpable, todavía no soy amante más que de una gran idea. ¿No puede ser ésa la razón de que mis amores sean incurables?

—¡Es usted un verdadero loco! ¡Mezcla constantemente la fantasía con la realidad!

—Llegará un día en que mi catedral será un hecho.

—¿Y cree que esa obra inanimada, por hermosa que sea, puede llegar a enamorarse de usted? ¿Qué le dará ella a cambio de su insensato amor?

—Las más nobles satisfacciones que pueden recibirse en la tierra: una Presencia —ella me sobrevivirá—, la Paz: ¿hay algo más tranquilo que una catedral? Tengo la seguridad de que todos los ruidos bélicos y todo el odio del mundo acabarán estrellándose contra los espesos muros de piedra del nuevo templo. En fin, la sensación magnífica de no desaparecer sin dejar una obra duradera… ¿Cree usted que una compañera de carne y hueso podía procurarme alegrías de tal entidad?

—Pero un creador de su temple necesita expansionarse en torno suyo.

—Nada más vivo que una catedral.

—Hace poco, al asistir a la boda de una amiga mía, oí decir a un predicador que el hombre no había sido creado para vivir solo. El sacerdote tenía razón. No serán sus artesanos las que le animen en los momentos de abatimiento.

—He conocido, señora, esos períodos de desaliento, pero mi voluntad en el triunfo final siempre ha sido lo bastante fuerte para dominar los instantes

malos. Y cuando me fijo en los años que han pasado, esos instantes me parecen demasiado pocos.

—¡Qué dichoso debe de ser usted algunas veces! Le envidio. Pero no pretenderá que su amante de piedra pueda quererle como una mujer.

—Será más sensible que cualquier mujer. Algunas tardes, cuando contemplo esa maqueta, tengo la impresión de que ya resuenan los grandes órganos bajo sus bóvedas y de que veo resplandecer sus vidrieras a los postreros reflejos del sol poniente.

Una vez más le miró ella largamente antes de decirle:

—Temo que jamás podremos hablar el mismo lenguaje, señor Serval… Pero eso no impedirá que yo le ayude con todas mis fuerzas de mujer, que usted parece desdeñar, para colaborar igualmente en el triunfo definitivo… Sé que su obra será la más hermosa de todas, usted, en su corazón, la ha adornado ya con un amor sin límites. Le admiro también por haber puesto esa fe en ella. ¡Hasta la vista! Será mejor que me vaya…

Y antes de que él pudiera responder, la pelirroja se marchó.

Él permaneció un rato en el descanso de la escalera, escuchando el rumor de sus pasos al bajar rápidamente los viejos peldaños. Cuando volvió el silencio, cerró lentamente la puerta para recobrar en la buhardilla la soledad que le era necesaria para su trabajo… Su mirada erró lentamente sobre la maqueta, que observó con amor: contemplación apaciguadora que le hizo olvidar a Evelina.

Ésta intentó cumplir su promesa: fue de taller en taller de costura. Todos la miraban con estupor cuando les declaraba, después de haberle sido presentada una colección:

—Esos trajes y esos abrigos no me ofrecen el menor interés. ¿Por qué no consagran ustedes sus talleres a la fabricación de ornamentos sagrados? Su buen gusto lograría en ese aspecto verdaderas innovaciones, y podría crear grandes maravillas.

Las encargadas estaban asombradas: Evelina, que había sido tan buena cliente durante años, no les compraba nada.

La joven parecía desinteresarse totalmente de la moda. Su espíritu estaba en otra parte. Comenzaba a descubrir que existía una vida distinta a la que ella había llevado hasta entonces y que la nueva existencia podía ser más rica en alegrías profundas. Para que se operase en ella esta extraña transformación, había bastado una conversación única con el hombre de cabellos blancos. Evelina, ignorante y poco creyente, se pasaba la vida entonces en las iglesias, contemplando el desarrollo de una ceremonia religiosa. Aunque no

comprendía el sentido litúrgico, tenía bastante sentido y generosidad para intuir la verdadera belleza.

Cuando asistía a una misa solemne o a unas vísperas, salía de la iglesia como fascinada. Su imaginación veía —penetrando en magna procesión, en el coro de la futura catedral— un desfile de oficiantes, de cardenales con grandes mantos de púrpura, arzobispos mitrados, turiferarios portadores de tederos, monaguillos que lanzaban sus incensarios hacia el cielo mientras las campanas, invisibles, repicaban a todo vuelo… Dominando con su alta estatura a los que desfilaban, ella creía ver al maestro de obras, cuya límpida mirada la fascinaba… No conseguía separar al personaje del grandioso cuadro para el cual sin duda había nacido… Todo otro ambiente le hubiera parecido mezquino para aquel hombre… Y estremeciéndose por una fiebre oculta, y también temblorosos de amor, los labios de la joven murmuraban el nombre que en secreto repetían en todo momento desde hacía muchos meses: Andrés, Andrés…

Pasaron algunas semanas antes que ella volviese a la callé de Verneuil para comunicar al hombre solitario las dificultades que se le habían opuesto en la tarea de que había querido encargarse: los magos de la costura no la seguían ni intentaban comprender lo que solicitaba.

—Acaso haya ido usted demasiado aprisa —le respondió Andrés Serval —. Ármese de paciencia y espere hasta que suene la hora: llegará, no lo dude.

—Aunque no haya conseguido nada, ¿podría venir a verle de vez en cuando?

—¿Es necesario? ¿No nos lo dijimos todo en la primera visita que me hizo? Será preferible que espere a que yo la llame.

Ella se marchó desesperada, sin comprender por qué él continuaba sin hacerle caso. No lo comprendería nunca…

A pesar de tanta indiferencia, se empeñó en acudir cada semana a la buhardilla bajo los más fútiles pretextos: el de afianzar su amistad con Rabiroff o simplemente porque creía haber encontrado una nueva idea que podría embellecer la obra futura. Andrés Serval la acogía siempre bondadosamente; pero, después de haberla escuchado, le decía invariablemente:

—Ya lo pensaré.

De visita en visita, Evelina se daba cada vez más cuenta de hallarse ante un hombre cuyo espíritu, corazón y pensamientos estaban lejos de ella…

Pero una mañana, ella descendió de un taxi y entró en el viejo portal para subir, rápidamente los cinco pisos. Cuando Serval abrió la puerta, la

muchacha estaba lívida.

—¡Venga pronto! —le dijo jadeante—. Fred acaba de meterse una bala en la cabeza, pero aún puede hablar, aunque dificultosamente… Quiere verle a usted antes de morir. El médico asegura que podrá vivir una o dos horas. Abajo tengo un taxi.

Andrés Serval no perdió su calma habitual y la siguió sin hacerle una sola pregunta. Minutos más tarde, el coche los dejó ante la vivienda de Rabiroff, en la calle de la Faisanderie. En cuanto el moribundo vio al maestro de obras, un extraordinario resplandor de vida y de esperanza brilló en sus ojos; después dijo débilmente a Evelina y al médico:

—Hagan el favor… Déjennos solos.

El maestro de obras tuvo que inclinarse para escuchar una extraña confesión que duró cerca de una hora. Cuando volvió a abrir la puerta del cuarto para llamar a Evelina, Rabiroff no pertenecía ya a este mundo.

Todos los periódicos publicaron la noticia y dedicaron columnas bajo títulos bastante llamativos: Misterioso suicidio de un financiero… Extraña muerte de Fred Rabiroff… El interés del público se mostró incansable durante cuarenta y ocho horas. Después se dedicó a otras noticias. Después de todo, Rabiroff no era más que un desconocido para la muchedumbre. Tras una investigación discreta, la Policía calificó el hecho de suicidio: ninguna duda cabía sobre este punto. No obstante, la joven fue interrogada largamente. Incluso hubo un momento en que se creyó que iba a ser detenida, pero nada ocurrió. Nadie supo la verdadera razón por la que el financiero puso fin a sus días; nadie, excepto de Andrés Serval, que recogió sus últimas palabras y que hasta tres años después no se las transmitió a Duval. Sin duda estimó necesario entonces que el que había designado como sucesor suyo conociera las verdaderas razones de la muerte de Fred.

La confesión de este último, el cual iba debilitándose de minuto en minuto, resultó bastante penosa:

—Si he pedido a Evelina que vaya a buscarle señor Serval es porque no quiero desaparecer sin haber hecho a usted determinadas revelaciones.

Una verdadera mansedumbre debió de leer el moribundo en la mirada de Andrés Serval, puesto que encontró fuerzas suficientes para proseguir:

—Hace ya varios años que trabajamos juntos, o para ser más franco, que yo hago como que trabajo con usted. Cuando le ofrecí organizar la marcha financiera de su admirable proyecto, mi intención no era más que preparar la más atrevida estafa: la que me permitiera conseguir una inmensa fortuna so capa de bienhechor público.

—A mí no me causó gran ilusión nuestra primera entrevista, Rabiroff, pero pensé que a la larga sus maquinaciones concluirían en mezquinos cálculos. A su debido tiempo pesé el pro y el contra y llegué a la conclusión de que me era indispensable escapar del callejón sin salida en que me hallaba desde hacía dos años… O mi catedral era construida con el apoyo de personas como usted, que sentían afición a lo aventurado, o permanecería para siempre en el dominio de la quimera. Yo hubiera preferido trabajar solamente con personas honradas, pero ¡ay!, esas personas no quieren comprender nada cuando se les ofrece una hermosa idea. Incluso creo que son capaces de mostrarse más ansiosos de lucro que cualquiera de los socios de usted. No comienzan a interesarse por un proyecto más que cuando huelen un negocio y siempre a condición de que les sea presentado por personas que más bien infunden sospechas… ¿Quién mejor que usted podía desempeñar semejante papel? Usted era para mí el intermediario ideal. Los dos tenemos el mismo carácter, los dos vemos con amplitud y sentimos el mismo horror instintivo por todo cuanto carece de categoría. Usted soñaba con estafas gigantescas y yo pensaba en un monumento sublime… ¿No estábamos hechos para caminar juntos? Los grandes proyectos sólo han apasionado a dos categorías de individuos bastante mal vistos por la sociedad burguesa; los poetas y los aventureros. No me lamento de haber depositado en usted mi confianza. Además, desde hace algunos meses usted se ha convertido en persona honrada.

—Sí… Y seguramente por eso mi edificio financiero se ha derrumbado. Yo no estaba familiarizado con la honradez, Ella me ha perjudicado…

—Eso no era razón suficiente para que usted haya atentado contra su vida. Tal muestra de cobardía no se compadece con su afición al peligro y a las dificultades. Usted era un luchador como yo.

—Sí, pero usted ha triunfado luchando honradamente, mientras yo… Bien lo presintió usted el día en que nos reunimos todos en su buhardilla; los mil millones conseguidos al comenzar nuestra asociación están consumidos actualmente… Mi equivocación ha sido no confesarlo a usted antes, pero yo esperaba reestablecer la situación sin que usted tuviera que enterarse. Sobre todo, no quería que sintiese la menor inquietud. Durante estos últimos tiempos he combatido desesperadamente para continuar, a pesar de inmensos obstáculos, procurándole a usted los medios financieros que necesitaba para perfeccionar la difícil formación de sus artesanos. ¡Era necesario!

—Gracias al esfuerzo de usted, todos se hallan capacitados actualmente.

—Es mi único consuelo… Pero esos hombres deben ser utilizados sin dilación, porque, si no, sus talleres corporativos se disgregarán… ¡Y no hay dinero! Me siento desesperado por haber arrastrado a un hombre como usted a tamaño escándalo.

—Tranquilícese, Rabiroff. Las personas que tienen la conciencia tranquila, siempre logran salir indemnes de las situaciones más delicadas.

—No soy de la misma opinión. Se olvida usted de la «opinión pública», con su terrible ceguera, que no dudará en considerarle a usted como uno de tantos. Quien se junta… ¡Y eso no le conviene!

En un prodigioso esfuerzo de voluntad, Fred se había incorporado para pronunciar sus últimas palabras, pero hubo de callar bruscamente y cayó inerte sobre la almohada… Andrés Serval comprendió que el hombre aún tenía cosas esenciales que decirle y se inclinó sobre el rostro marcado por la inminente llegada de la muerte.

Pasados unos minutos que parecieron un siglo, los ojos del agonizante volvieron a abrirse para mirar con dolorosa intensidad al último ser viviente, que verían, Los labios se mostraron temblorosos; después se movieron débilmente, dejando escapar algunos balbuceos incomprensibles.

—Vamos, Rabiroff —insistió Serval—. ¡Haga un último esfuerzo! ¿Me lo ha dicho todo?

El desencajado rostro se relajó mientras la voz murmuraba:

—Jamás debí especular con ese capital.

—No se puede estar siempre arriesgando, mi pobre amigo. Llega un día en que fatalmente se presenta el no va más… Sin embargo, reconozco que no es usted el único culpable: sus siniestros hombres han contribuido poderosamente a su ruina… Pero usted es el responsable, porque era el más inteligente. Era el único capaz de mantenerlos a raya y al final engañarlos. Sé sobradamente que estaba usted decidido a jugarse el todo por el todo desde que determinó alistarse en mis filas. También yo fingí que le creía y le he dejado continuar, pero vigilándole.

—Acérquese —suspiró Rabiroff—. Creo que aún puedo jugarles una mala partida con el deseo de salvar la obra de usted… Pero es indispensable que me escuche… Hay un medio, uno solo, de evitar que el escándalo recaiga sobre usted y sobre sus discípulos… Si usted quiso trabajar con sus obreros en silencio todos estos años de preparación, también nosotros teníamos bastante interés en operar tranquilamente, con el fin de ocultar la verdadera, naturaleza de nuestras actividades financieras… Así, pues, no sabe nada o sabe poca cosa de nuestro proyecto. Mi muerte no debe enseñarles más, rindiendo así a

usted un gran servicio. Mis disposiciones han sido adoptadas ya: esta noche todos creerán que me he «suprimido», como tantos otros financieros internacionales antes que yo, porque mis asuntos personales iban mal. No se encontrará huella alguna de la relación habida entre nosotros. Como si no nos hubiéramos conocido. Sólo sus inmediatos colaboradores están al tanto de mi actuación, y seguramente callarán… Les conviene. Y sobre todo a la catedral, cuyo nombre no podría soportar un escándalo.

—¡No habrá escándalo, Rabiroff! —respondió con firmeza Andrés Serval —. ¡Y la catedral será construida! La única dificultad de momento será mantener la organización de mis talleres con una caja vacía.

—De nuevo puede estar llena de aquí a unos días si usted me escucha y actúa inmediatamente… Tengo miedo de que me falten las fuerzas antes de explicárselo… Lo que voy a decirle le parecerá monstruoso, porque usted es un hombre fundamentalmente honrado, pero, poco importa ya. No hay más que un medio de restablecer la situación y usted debe utilizarlo sin peligro alguno porque nadie puede echarle en cara ni hacerle el menor reproche. Yo estaba ligado a un pasado tenebroso que conocen los bribones a quienes usted visitará de mi parte después que yo haya desaparecido… Será un modo como otro de tener acerca de mí un buen recuerdo póstumo. En cuanto yo muera y antes que persona alguna pueda entrar en esta habitación, deberá usted abrir el cajón izquierdo del secreter que hay entre las dos ventanas… En él guardaba mi revólver: la llave está en la cerradura… Al fondo del cajón encontrará usted la lista de nombres y una carpeta bastante voluminosa… En la lista aparecen las direcciones de un centenar de hombres de negocios con las cuales trabajaba a menudo… En la carpeta encontrará mencionadas, con piezas de convicción irrefutables, todas las estafas cometidas desde hace diez años por esos individuos, tan despreciables como yo… Usted no tiene más que ir a verlos uno por uno, haciéndoles saber que está perfectamente informado de sus actividades. Les dirá que si cada uno de ellos no pone inmediatamente a su disposición una considerable cantidad que le permita a usted continuar la obra iniciada, usted los denunciará sin remisión, aportando las pruebas necesarias… Sentirán miedo: todos son cobardes. Los conozco… Ninguno hay honrado, e incluso es justo hacerles cantar sus delitos… Créame, Serval, aunque sea por una vez en mi lamentable existencia, me sobra la razón y…

Fred se calló definitivamente, desorbitados sus ojos. Después de cerrar los párpados del difunto, Andrés Serval se arrodilló ante el lecho. Permaneció en silencio, pero seguramente su corazón musitaba una plegaria: «Haz, Señor,

que esta alma atormentada encuentre al fin la paz que no podéis negarle. Si procedió mal, no fue siempre culpa suya, puesto que era débil. ¿No ha tenido siquiera la suficiente fuerza para arrepentirse en el momento supremo? ¿No acaba de intentar por última vez ayudarme a edificar el templo? Acoged esta alma, Dios de clemencia, pues sabéis perdonar a aquellas criaturas que han sabido mostrarse capaces de cierta grandeza ante la muerte. Aunque este desventurado haya tenido la torpeza de suprimirse, ha sabido morir…».

Andrés Serval se levantó, pero dudó bastante antes de dirigirse hacia el mueble indicado por el financiero. Cuando se decidió a abrir el cajón, lo hizo a disgusto —lo que iba a realizar no estaba en armonía con la rectitud de su existencia—, pero necesitaba construir la catedral. ¿Tenía derecho a perder la última ocasión que se le presentaba? Los individuos cuyos nombres iba a conocer, eran sólo tristes personajes. No se distinguen los canallas por sus buenos sentimientos: sólo respetan a los que saben mostrarse más fuertes y más temibles que ellos.

Serval se apoderó de la carpeta, que ocultó bajo su americana antes de abrir la puerta de comunicación con la habitación contigua, donde esperaban Evelina y el médico.

—Todo ha terminado —dijo con tranquilidad—. Venga, doctor… Venga también, señora.

Evelina se acercó al lecho donde reposaba su último socio, que, en su corazón, jamás había tenido derecho al calificativo de amante. Contemplole largamente sin aparente emoción. Andrés Serval incluso creyó observar en sus sensuales labios una imperceptible sonrisa que le produjo horror.

Cuando el doctor se retiró, dijo ella con toda serenidad:

—¡Al fin me veo libre!

—¿No lo ha estado usted siempre? —replicó Serval que seguía observándola.

—No ha habido mujer más encadenada que yo a una vida inútil, que no me ha producido más que disgustos y cansancio.

—¿No debería, señora, pensar en este momento más en el difunto que en usted misma?

—No quiero pensar más en él; ni siquiera que se me recuerde su nombre… Le odio como a todos los que me obligaron a bajar la pendiente.

Sus últimas palabras atenuaron un poco la sensación de menosprecio de Andrés Serval, la cual se transformó casi en una piedad imprecisa.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

—¡De sobra lo sabe desde hace tiempo! ¿Por qué no me quiere un poco más cerca de usted?

—Para consagrarse a una obra noble, hay que purificar el alma. La suya no lo está: acabo de tener una prueba terrible de ello por la manera de juzgar usted a ese hombre que tanto la agasajó.

—Usted me había dicho que me aceptaría en su equipo.

—Fue usted la que me suplicó que la admitiera entre mis colaboradores. Pero, créame, es demasiado pronto todavía.

—Cualquiera diría que yo le he perjudicado a usted.

—A mí, no. Nadie puede hacerme daño si yo no le presto atención… Pero ¿no se lo ha hecho usted a otros? ¿No se lo haría acaso todavía?

—¡Es usted demasiado injusto! Sabe que le admiro y que su catedral me parece lo mejor del mundo. También yo la veo en sueños… Todo lo que me rodea —a lo que antes concedía importancia— ya no me interesa. Permita que le ayude y que viva a su lado. Sabré ser discreta. Ni siquiera notará usted mi presencia.

Su voz procuraba ocultar sollozos sofocados, pero en la mirada de su interlocutor no hubo más que duros destellos cuando respondió:

—Creía haberle hecho comprender ya que en mi existencia no podrá haber sitio para una presencia femenina hasta que no haya sido construida mi catedral.

—Le prometo que no se trata de amor entre nosotros. Por mi parte, no habrá más que admiración.

—Desconfío de tal sentimiento en una mujer…

—¿No me cree usted sincera?

—¿Cómo podría concederle más confianza que la que mereció el hombre yacente ante usted? Si usted le hubiese hecho verdaderamente dichoso, no hubiera tomado esta determinación fatal.

—¿Me detesta usted?

—Nadie tiene derecho a despreciar a su prójimo.

—¿Qué va a ser de mí?

—¡Parta! Rehúya todos los lugares de un pasado sospechoso… Intente consagrarse a una tarea humilde… Sólo logra uno educarse mediante el trabajo y el recogimiento… Medite por última vez ante el cuerpo de ese hombre y disponga lo necesario para que tenga unas exequias dignas… Y después, desaparezca. Cuando usted haya tenido tiempo de hacer examen de conciencia y recobrado la indispensable serenidad de espíritu, vuelva a verme. La acogeré como si siempre hubiese pertenecido a uno de nuestros gremios…

Yo también pensaré, durante su ausencia, en cuál de ellos podré utilizar sus cualidades y su buena voluntad… ¡Adiós, señora!

En el momento en que él se disponía a salir del cuarto, ella se le aferró diciéndole:

—¡Se lo suplico! ¡No me abandone! ¿No comprende que jamás podré ser nada sin usted?

El maestro de obras respondió con voz glacial y desprendiéndose de ella:

—¡Esas palabras no son apropiadas aquí! Déjeme…

Evelina se encontró sola, desgarrando rabiosamente entre sus manos el pañuelo destinado a enjugar las lágrimas que no podía derramar ante el cuerpo de Rabiroff. Su rostro había perdido bruscamente su brillo para no expresar más que odio. Hubo en ella como una especie de réplica inconsciente y desesperada al desprecio del hombre por quien estaba dispuesta a sacrificar todo un pasado. Temblaron sus labios sin poder balbucir plegaria alguna, y ella permaneció estupefacta ante el muerto, comprendiendo por primera vez cuán vacía había sido su propia existencia…

En cuanto se enteraron de que ya no había dinero, los incontables amigos de la pareja desaparecieron en busca de nuevos mecenas. La hermosa Evelina dejó de figurar en los anales de cierta vida parisiense, y un cronista, no sabiendo qué juicio emitir sobre ella, se expresó en estos términos: «Sin duda ha seguido el camino habitual de todas las compañeras de grandes aventureros: el del olvido».

Si no hubo escándalo, debiose únicamente a que Andrés Serval practicó sin perder el tiempo el extraño método qué le había sugerido Rabiroff antes de desaparecer. Bien visto, el suicida era un excelente psicólogo. La misma noche del suicidio, los colaboradores del difunto fueron convocados en la calle de Verneuil. No había ni uno solo que no desease sustituir al gran hombre en la dirección de la organización financiera de la catedral. ¡El cargo era demasiado atrayente! Así la reunión comenzó con un violento altercado entre todos aquellos señores. Benarsky, especialmente amenazaba a gritos. Su discusión con Krasfeld corría el peligro de que llegaran a las manos cuando Andrés Serval, que hasta entonces se había contentado con observar a los chacales luchando entre sí, declaró con toda calma:

—Ha sido necesario un acontecimiento de excepcional gravedad para que yo me decida a hacerlos venir a todos una vez más, pero tranquilícense: será la última. Sé que cada uno de ustedes aspira a ocupar el cargo que Rabiroff se había atribuido… Siento informarles de que ninguno lo tendrá. Soy la única persona que asistió al difunto en sus últimos momentos. Él me hizo

depositario de sus últimas voluntades y asimismo estoy en posesión de su testamento. Curioso testamento, por cierto, como podrán ustedes comprobar uno tras otro. Ninguno ha sido olvidado, señores… Les comunicaré, por turno y en particular, los pasajes que les conciernen, pero sepan de antemano que yo asumo desde ahora la dirección financiera de la empresa. Ya llevaba la dirección artesana. Vean que estoy firmemente decidido a acumular las dos. En la elaboración de un plan amplio hay períodos en que la unidad de mando es indispensable. A partir de hoy, pues, yo soy el único jefe. También he tomado la siguiente decisión: todos ustedes, sin excepción alguna, cesan en sus cometidos. No me es posible enaltecer particularmente sus actuaciones. Incluso hemos de reconocer que cada uno en su dominio ha hecho lo posible y lo imposible por arruinar mi obra. No lo han conseguido ustedes porque tengo sobre todos una superioridad abrumadora: ¡tengo fe! Para ustedes sería demasiado hermoso y demasiado fácil que nos despidiéramos así…, pero considero, y Rabiroff era de la misma opinión que yo, que ustedes han robado por lo ateos, no a mí, sino a la catedral de San Marcial, unos quinientos millones…

Esta última afirmación levantó vehementes protestas.

—¡Se erige usted en acusador y no tiene título alguno para juzgarnos! —declaró Benarsky.

—No tengo más que uno pero es suficiente: han abusado ustedes de mi confianza.

—No obstante, parecía usted contento, buen hombre, pudiendo utilizar «nuestros» mil millones iniciales —continuó Krasfeld.

—¡No le falta a usted aplomo —respondió Serval serenamente— al hablar de «sus» mil millones! Insisto una vez más, y es la última, en que ese dinero no les pertenece. Les fue confiado por los primeros suscriptores, de los cuales me considero único defensor y representante. Además de eso, ni siquiera he visto la mitad de esa cantidad, a cuenta de la cual han percibido ustedes comisiones sustanciosas. Esos mil millones les han permitido también, gracias a hábiles especulaciones, ganar por lo menos doscientos o trescientos millones… ¿Se extrañan de que esté al corriente de todas esas cifras? Puesto que parecemos totalmente de acuerdo en lo referente a estas cuentas, tenemos un total de setecientos millones, formados por los quinientos que aún no he utilizado para especialización de mis obreros y los doscientos millones provenientes de los beneficios personales de ustedes, que van a devolverme ese dinero.

—Verdaderamente —dijo Reumer con ironía—, quisiera saber cómo va a conseguirlo no habiendo un céntimo en caja. ¿Sabía usted también eso?

—Lo sospechaba, y esta mañana me lo confirmó Rabiroff… Pero eso no impedirá, señores, que ustedes rembolsen íntegramente las sumas de que se apropiaron sin deberlo hacer. No me interesan los medios de que se valgan para encontrar ese dinero: me atrevo a esperar que sean honrados, aunque sé que para ustedes el dinero no tiene olor… Y cuando paguen ustedes sus deudas con respecto a nuestra obra, pueden probar su actividad en otra parte: todos ustedes son indignos de formar parte de un equipo de constructores de una catedral.

—Temo que sea usted un poco novato en la materia, amigo Serval, para permitirse hablar con tanta seguridad —replicó Benarsky.

—Ese grito espontáneo me prueba, señor, que se considera usted culpable. Pero será el primero en pagarme. Me entregará usted veinte millones, que representarán su contribución «voluntaria» a la obra común.

—¡No le daré un solo céntimo!

—¿Es su última palabra?

Los dos hombres se miraron frente a frente: Benarsky, nervioso y con la mirada torva; Andrés Serval; tranquilo y con el rostro impenetrable.

—¿Se calla usted? —continuó este último—. Señores, tengan la bondad de dejarnos solos al señor Benarsky y a mí. Esperen en la escalera. Sé que no es muy cómodo, pero la espera no será larga. Inmediatamente después tendré una pequeña conversación análoga con cada uno en particular. Mis colaboradores y yo sabemos que todos ustedes tienen sobre su conciencia algunos pecadillos de que reprocharse y respecto de los cuales la menor indiscreción pública podría resultar desastrosa. Después de Benarsky, tendré el placer de charlar con Krasfeld; luego será para mí una alegría recibir a Reumer, a Silvio Perana, a Peter Loeb…

Siguió un pesado silencio.

Ni a uno solo de aquellos bribones le faltaban ganas de agredir al hombre que se erguía solo ante ellos, pero todos eran cobardes: temían tanto la complexión atlética de su adversario como la serenidad de sus palabras.

Al fin, comenzaron a salir de la buhardilla uno por uno, a excepción de Benarsky. Cuando estuvieron en el polvoriento rellano del viejo inmueble, Serval cerró la puerta y ellos tuvieron que esperar con furor mal disimulado. Pero ninguno se atrevió a marcharse sin saber lo que Andrés Serval había conocido de sus respectivas actuaciones en lo que ya todos llamaban «la traición de Rabiroff». Silvio Perana aguzó el oído para escuchar la

conversación entre el que para ellos se erigía en juez de instrucción y Benarsky. La voz de este último se dejó sentir alguna vez, pero no la de su interlocutor.

—Bueno, señor Benarsky —comenzó Serval en tono jocoso—, ¿está usted satisfecho de su tentativa de rebelión? ¡Crea que es inútil! Francamente, veo que usted continúa tomándome por un aprendiz a pesar de mis cabellos blancos. ¿Va a tener siempre la impresión de que yo le dejaré «hacer», según una expresión que debe serle grata? El mayor error de ustedes es olvidar que yo no tengo más que un propósito: construir la catedral. Y como soy muy terco, lo conseguiré… A fuerza de tratar con ustedes y sobre todo de haber hecho este extraño aprendizaje con el maestro de todos, el gran Rabiroff, he tomado la decisión de imitarlos para hacerles devolver lo que indebidamente han tomado. Y puesto que los medios considerados honestos no surten el menor efecto en usted ni en sus amigos, voy a verme en la triste necesidad de utilizar otros…

—¿El chantaje acaso?

—Llámelo como quiera. Viniendo de una persona como usted, eso no tiene importancia. ¿No me veo yo obligado a utilizar el único lenguaje que usted y sus amigos son capaces de comprender? Siempre he tenido por principio ponerme al nivel de los demás.

—¡Escuche, señor; basta ya! ¡Hágame el favor de callar si no quiere que lo suprima! ¿Entiende?

—¿Por qué se pone usted tan agresivo? Da la impresión de que empieza a manifestarse en usted una naturaleza primitiva. Hasta hoy nuestras relaciones se han limitado a la de personas educadas… Me consta que usted y yo no hemos estado siempre de acuerdo, pero ésa no es razón suficiente para que ahora nos injuriemos. Mi larga experiencia me autoriza incluso a darle un consejo. Cuando quiera usted mostrar una superioridad absoluta sobre su adversario en una discusión de negocios, procure manifestarse cortés.

Benarsky estaba fuera de sí, pero la flema de Andrés Serval le dominaba. No chistó más; el otro con su voz siempre calmosa, prosiguió:

—Sepa también que usted tampoco tiene interés en suprimirme, como ha dicho… ¿De qué le serviría? Puede estar seguro de que no he esperado a sus amenazas para prever la eventualidad de mi desaparición. ¿No somos mortales? El día en que eso se produzca yo seré inmediatamente sustituido por otro que usará frente a ustedes el mismo lenguaje y que continuará actuando respecto a usted igual que yo lo hago ahora. Y si ese sucesor fuese víctima a su vez de un «accidente», un tercero lo reemplazaría, y así

sucesivamente. ¡Vea que todo está previsto! Y en ese caso, ¿a qué luchar? Dé prueba de inteligencia mostrándose comprensivo. Por otra parte también usted puede sentir la necesidad de desaparecer antes que yo, como acaba de sucederle al pobre Rabiroff.

—Él era un cobarde.

—No soy de su opinión… Al contrario, tengo la impresión de que ha mostrado cierto valor… Ahora, acérquese: no es necesario que sus amigos me oigan. Seguro que algunos de ellos tienen la oreja pegada a la puerta. Dígame: ¿ha oído, hablar por casualidad de unos bonos de cierto crédito municipal?

Benarsky palideció:

—¿Ha sido ése el trabajo de Rabiroff?

—He aprendido a leer entre líneas su testamento, y eso me autoriza a insistir en que usted me entregará veinte millones antes de ocho días. Le espero. Y si eso puede servirle de consuelo, sepa que no será el único. Cada uno de sus colegas en la extinguida «Sociedad de Estudios de la Catedral de San Marcial» hará otro tanto. Así reintegraremos en la caja de la obra ciento veinte millones.

—¿Y dónde encontrará usted los quinientos ochenta restantes para completar los setecientos que reclama?

—En las carteras o en las cajas de caudales de unos cincuenta honorables señores cuyos nombres y señas me confió Rabiroff… Vea usted que tengo razón diciendo que algún día asistiré a la colocación de la primera piedra de la catedral. Yo soy un optimista sempiterno.

—¿Y si no se encuentra ese dinero?

—En ese caso…

Andrés Serval se acercó a su visitante para hablarle al oído unos dos minutos. Cuando terminó, Benarsky declaró a guisa de despedida:

—Está bien. Espero reunir esa suma.

—Estoy convencido de que lo conseguirá. ¡Es usted muy inteligente, señor Benarsky!

Andrés Serval había abierto ya la puerta. En el descanso de la escalera, el financiero encontró a sus camaradas, cuyas interrogadoras miradas eran muy expresivas.

—Krasfeld, te espera —dijo Benarsky antes de añadir—: Haz como yo. De momento, lo mejor es pagar. Con ese hombre estamos en peligro. Pero tengamos paciencia. Alguna vez le pediremos cuentas.

La entrevista entre Serval y Krasfeld fue más rápida. Al salir, éste se limitó a dirigirse a Reumer:

—Pasa tú ahora.

Todos desfilaron uno por uno. Daba aquello la impresión de un extraño confesionario donde eran impuestas penitencias sin remisión.

Una semana más tarde, Serval tenía los ciento veinte millones. Seguidamente llamó a Duval:

—He decidido administrar por mí mismo esos fondos, a los cuales se añadirán próximamente las nuevas aportaciones que espero recibir de otros señores de la misma calaña. Usted me ayudará en la administración, porque he terminado por creer que es más difícil conservar una fortuna que ganarla. Por dicha, durante estos últimos tiempos he podido observar a los que se dicen financieros. Son hombres hábiles, pero faltos de escrúpulos. Intentaremos ser más listos que ellos, pero permaneciendo honrados. Nuestras inversiones serán de rendimiento más lento, pero seguro. Aunque no estamos preparados para especular, no debo dudar en intentar una buena operación bolsista si con ella es posible contribuir a un rápido aumento del capital inicial que nos es necesario para emprender las obras. Pero no debamos contar más que con nosotros mismos. La construcción de templos ha sido iniciada demasiado a menudo sin que los encargados de realizarla dispusiesen de la totalidad de fondos indispensables. Por eso algunas nobles empresas han fracasado, perdidas a veces en lamentables aventuras, y por eso muchas iglesias también están aún sin terminar. Es necesario tener mucha fe para edificar, pero con eso no basta.

Inmediatamente comenzó Serval su extraña campaña financiera: fue de banquero en banquero, de corredor en corredor, de hombres de negocios en administradores de bienes. Siguió, nombre por nombre y dirección por dirección, la lista escrita a mano por Rabiroff. Éste no se había engañado: todos aquellos a quienes visitaba no eran más que farsantes temerosos de la justicia o colosos de pies de arcilla que se derrumbaban ante la voluntad implacable de un hombre honrado.

Al cabo de tres meses estaban en caja los setecientos millones. En los diferentes talleres, los artesanos no se habían dado cuenta de nada. No hubo interrupción ni contratiempo alguno. El trabajo continuó metódico, tenaz, rudo, noble.

Durante los años que siguieron, los obreros, voluntarios todos, siguieron perfeccionándose bajo la hábil dirección de los siete colaboradores principales.

Andrés Serval administró juiciosamente los fondos que había reunido y los cuadruplicó. Pasados cuatro años, disponía de un capital de tres mil

millones, lo cual no quería decir que su tarea hubiera sido fácil durante dicho período. Después de haber estado a punto de ser estrangulado financieramente, se vio obligado a emprender una nueva lucha, acaso más desagradable que la primera, contra toda la población, casi contra todo el país, que no comprendía la grandeza de su idea. La llevó con una paciencia increíble.

Una tarde, cuando se disponía a salir para visitar el taller donde se perfeccionaban los jóvenes tallistas en madera, sintió llamar a la puerta de la buhardilla y se encontró en presencia de un personaje totalmente desconocido.

El recién llegado, que vestía con cierta elegancia, se mostró enseguida muy simpático.

—¿El señor Serval? Yo soy Pablo Boravin, concejal de Puteaux.

—¿A qué se debe, señor, el honor de su visita?

—Ilustre señor.

—Reserve los tratamientos para las personas que se envanezcan con ellos —respondió secamente el maestro de obras.

—Sin embargo… En fin, tanto peor. Eso no me impide que me muestre encantado de conocerle. He oído hablar mucho de usted estos últimos meses.

—¿A quién?

—Pues, a la gente.

—¿Y qué dicen?

—Que es usted un hombre sorprendente —continuó Boravin con voz suave—, un hombre extraordinario que no podrá ocultar eternamente un proyecto admirable. Tanto más cuanto que ya ha entrado usted en el dominio de las realizaciones gracias a los numerosos talleres de artesanía que funcionan desde hace varios años. ¿No me obligan mis deberes de edil a estar informado de las actividades de nuestros convecinos?

—Pasemos al objeto de su visita, señor.

—A eso voy, querido señor Serval. Usted, sin duda, no sabe que está delante de usted el concejal de la catedral de San Marcial.

—¿Sólo eso?

—Y el defensor más abnegado de esa gran obra cuya mitad será edificada en un terreno que pertenece al municipio que me votó en las últimas elecciones.

—¿Sabe usted ya dónde quiero construir? Sin embargo, hasta ahora no había revelado mis intenciones más que a algunos de mis colaboradores predilectos.

—¡Todo se sabe, señor! Y si París es como un gran pueblo, piense usted lo que Puteaux será. Me parecía indispensable que nos conociéramos y que tuviéramos una pequeña conversación práctica… Ya comprenderá usted, en efecto, que yo puedo apoyar muy útilmente su proyecto, ya que, un día u otro, será necesario una votación merced a la cual consiga usted, o se le niegue, autorización para construir en nuestro municipio.

—Lo que significa que ocurrirá lo mismo con Courbevoie, puesto que la plaza de la Defensa se encuentra entre los dos municipios.

—Evidentemente. Pero si puede servirle de algo, será para mí un placer ponerle en relación con uno de mis excelentes colegas del Ayuntamiento de Courbevoie, que seguramente accederá a sus deseos a cambio de pequeñas compensaciones.

—¿Qué entiende usted por eso?

—No irá usted a decirme, señor Serval, que ignora las costumbres en lo que se refiere a edificación de un monumento o de un establecimiento público en terrenos que pertenecen a un pueblo. Su catedral entrará automáticamente, como todos los templos desde que se estableció la separación entre la Iglesia y el Estado, en la categoría de lugar público… Habrá, pues, que hacer lo más pronto posible cuanto sea necesario para que nadie pueda perturbar la realización de su proyecto… ¡Ay! ¡Usted conoce a los hombres tan bien como yo! Todo el mundo no puede tener la admirable fe que usted tiene. Algunos pueden incluso mostrarse claramente hostiles dadas sus ideas políticas. Importa, por consiguiente, reunir una mayoría en los dos Ayuntamientos interesados… Ya supondrá usted cómo se reúne una mayoría. A veces conseguirlo puede parecer caro, pero en realidad es una futesa si se tiene en cuenta el fin prodigioso que se espera lograr.

—¿Una insignificancia… plateada?

—No le falta a usted humor, señor Serval. ¡Me gusta la gente de humor! Así pues, si mi proposición le agrada, yo podría encargarme de actuar… digamos de intermediario, entre mis colegas y usted… Un hombre de su categoría no puede ni debe descender a esos detalles.

—Comprendo perfectamente. ¿Puedo preguntarle, señor Boravin, en qué condiciones aceptaría usted esa misión que calificaremos de… ingrata?

—¿En qué condiciones? ¡Yo no impongo condición alguna, señor Serval! ¡Y menos tratándose de una obra que respeto! Pero puesto que usted tiene la extrema delicadeza de hacerme semejante pregunta, no debo ocultarle que causaría usted un inmenso placer a mi esposa, que es muy creyente, si consintiera, cuando llegue el momento de la construcción, que en el rincón

más discreto de una de las vidrieras figurase una silueta que me representara… Usted sabe mejor que yo que era costumbre antaño que en una de las vidrieras de las iglesias se evocase el recuerdo del principal bienhechor. ¿No voy a serlo yo, puesto que estoy decidido a apoyarle resueltamente? Esto que le pido podrá parecerle a usted pueril, pero no es nada terrible, reconózcalo. Confieso que hay que saber mostrarse modesto…

—¡Y usted lo es! Por lo tanto, no le faltan ideas.

—Conozco las catedrales medievales, en cuyas vidrieras figuran los regidores de la población.

—¿Y considera usted que nuestros modernos concejales son dignos sucesores de los regidores antiguos?

—¿No eran ellos, hasta 1789, magistrados municipales como nosotros?

—Aceptémoslo —dijo Andrés Serval sonriendo—. Le estoy infinitamente reconocido por su ofrecimiento de ayuda, pero tengo la íntima convicción de que la catedral de San Marcial podrá erigirse sin necesidad de que intervenga ningún edil. Y eso porque no será resultado de ninguna combinación ni de ningún convenio secreto. ¿Ha reflexionado usted, señor concejal, sobre el hecho de que los poemas se imponen por sí mismos sin que sea necesario preparar a la opinión pública? No hay barrera infranqueable para una idea que posea más altura que todos los obstáculos… ¿Y no es una catedral el mejor de todos los poemas? ¿No es la emanación del canto de la multitud que sube al cielo, hacia el infinito? El alma de todo un pueblo impedirá las ruines mezquindades que tiendan a entorpecer la realización de la obra… En consecuencia, pienso que la visita de usted es inútil.

—¡Pues yo le garantizo que no llegará usted a construir la catedral en el terreno que ha escogido si yo me opongo! Cuando su instancia sea enviada a nuestro Ayuntamiento, seré yo el encargado de informarla. ¿No sería desastroso para usted que mi informe fuera totalmente desfavorable?

—¿Con qué pretexto?

—Con uno muy sencillo y que sería tomado en consideración por mis compañeros… Comenzaría diciendo que no veo la necesidad absoluta de edificar una nueva catedral en el emplazamiento elegido por usted… París tiene ya una muy hermosa, así como algunas basílicas importantes y una cantidad de iglesias y de capillas, mientras carecemos, en un radio de veinte kilómetros, de un lugar adecuado para construir la próxima Exposición Universal de que se habla desde hace mucho tiempo y que habrá que hacer algún día para intensificar la llegada de turistas del mundo entero, y, sobre todo, para desarrollar más nuestras artes y nuestra industria. ¿Sabe que el

emplazamiento elegido por usted resulta muy a propósito para esa Exposición futura y que ya han sido presentados proyectos arquitectónicos muy interesantes?

—Estoy al corriente y no soy el único. El Consejo de Estado, en su informe anual, llamó la atención de los poderes públicos sobré los escandalosos gastos que ya se han hecho para estudiar esos proyectos inútiles.

—¿Y quién le dice que una vigorosa intervención cerca de nuestro Ayuntamiento no haría que esos proyectos volvieran a airearse? El hecho mismo de que sumas importantes hayan sido ya invertidas, puede resultar para nosotros un argumento de peso que decida al Gobierno a pasar inmediatamente a la realización efectiva de la Exposición con el exhaustivo fin de que el escándalo no se propague. ¿Qué pide el Consejo de Estado? Que se justifiquen esos gastos. Así ocurrirá si los trabajos comienzan. Y ese día se perderá definitivamente el emplazamiento soñado para su catedral. Además, parece olvidar que Francia se rige por un Parlamento y que habrá usted de contar con el apoyo de las Cámaras. Todo eso me parece muy delicado y necesitará usted llamar a muchas puertas.

—No, puesto que yo no pido nada, ni un céntimo, a la ciudad de París ni a las de Puteaux o Courbevoie. Y, en cambio, les ofreceré por lo menos el más hermoso monumento de nuestra época. Me habla usted de turistas… Tranquilícese, señor Boravin. ¡Vendrán! Pero, a diferencia de los viajeros corrientes, se desplazarán con espíritu de peregrinos. ¿Habla usted de comercio? ¿Cree usted que los millones de fieles que desde hace años van a Lourdes o a Lisieux no hacen marchar lo que usted llama negocios? Usted mismo podrá ver, cuando yo haya muerto, pues estoy seguro de que se llegará a todo para hacerme desaparecer, que se me rendirá un homenaje póstumo por haber tenido la idea de edificar la catedral y haberme empeñado, contra todo y contra todos, en construirla. Por lo demás, me es indiferente, porque a mí no me preocupa la gratitud de los hombres. Puede usted marcharse.

El concejal no se dignó siquiera responder y se alejó de la miserable buhardilla, que a sus ojos no estaba amueblada más que con los sueños de un iluso. Mientras bajaba los cinco pisos, Boravin pensó que los concejales no habían sido elegidos para perder su tiempo con poetas.

Andrés Serval continuó su lucha, pero había momentos en que su desaliento era terrible: parecía que París, cuyo corazón se muestra a veces tan generoso, no quería oír hablar siquiera de una gran idea. Y el conflicto que había enfrentado al creador con el concejal, se renovó de día en día, de hora en hora, multiplicado por ciento, durante discusiones interminables y estériles

con ingenieros, con los encargados del urbanismo, con los propietarios o los administradores de los inmuebles que circundan la glorieta de la Defensa. Por todas partes chocaba el hombre con la incomprensión y el egoísmo.

Una mañana recibió la visita de un personaje pintoresco cuyo atuendo era más bien descuidado. El recién llegado mordía sin cesar un cigarro, como hacia Rabiroff; pero, al revés que el banquero, parecía contentarse con esos cigarros de mala calidad que tanto apestan. Se presentó sin el menor preámbulo; para él, las fórmulas de cortesía no debían de significar más que una pérdida de tiempo:

—Me llamo Bidart… Todo el mundo me conoce. Soy jefe de comparsería y empresario en rigor. Yo soy quien recluta los comparsas para la Ópera, el Chátelet, el Teatro Nacional Popular. Trabajo mucho en los sitios subvencionados… Si algún día tiene usted necesidad de mí para organizar desfiles ante su catedral, no deje de llamarme. Aquí tiene mi tarjeta y mis tarifas. El que se presenta a usted no es el jefe de comparsas sino el empresario.

—¿Me ha tomado usted por Barnum?

—Casi. Su organización secreta es colosal. Estoy informado. Usted, expresamente, da la impresión a los demás de no ser más que un soñador y muy modesto. Pero, en realidad es un organizador incomparable. Hace cerca de diez años que teje una tela de araña invisible para llegar a lo que se ha propuesto. Un día no lejano será colocada la primera piedra de la catedral: estoy seguro.

—Es usted el primero que parece creerlo entre las innumerables personas que me hostigan actualmente.

—¡Todos creen lo mismo que yo, señor Serval! Uno termina forzosamente siendo de la misma opinión que el señor que no cambia nunca. ¡Eso es precisamente lo que me inquieta! Usted tiene tal confianza en su buena estrella, que corremos el peligro de que llegue muy alto. Y eso es grave para nosotros.

—¿A quiénes llama «nosotros»?

—Yo soy como delegado de los feriantes que instalan sus barracas alrededor de la glorieta de la Defensa. Los Ayuntamientos de Courbevoie y de Puteaux alquilan el terreno a esa buena gente, que allí montan sus tiendas y sus puestos de tiro al blanco. Al enterarse esos feriantes de que usted tiene la intención de edificar allí una catedral, se alarmaron justamente y se han sindicado… ¡Si en este país no se forma un sindicato, no se consigue nada!

—¿Y qué quieren sus amigos?

—Que usted construya en otra parte. Indudablemente, hay en París muchos sitios donde se puede construir una catedral, pero no hay apenas lugares donde los dejen montar sus barracas. En ninguna parte quieren feriantes, con el pretexto de que hacen mucho ruido. Acuérdese de la famosa campaña de silencio inventada por un prefecto de Policía. Y para los feriantes, el silencio significa la ruina. No hay ferias sin ruidos. La glorieta de la Defensa era ideal para ellos, puesto que a nadie molestaban… ¿Cómo quiere usted que vivan esos hombres si los expulsan de todas partes? ¡Es un verdadero drama! Si usted conociera a los feriantes, vería que entre ellos hay muy buenas personas. Es un mundo aparte al que se juzga mal porque los burgueses tienen miedo a todo lo que no es hogareño… Pero yo puedo asegurarle que no hay otro ambiente —a excepción acaso de los circos que también son un poco de feria— donde el espíritu de camaradería y de familia se halle tan desenvuelto. Allí encontrará usted fácilmente matrimonios con doce hijos… Y no puede condenárseles a morir de hambre so pretexto de construir un templo en un emplazamiento que hasta ahora se les había reservado. ¿No le parece que todo eso está en desacuerdo con la caridad cristiana?

—Su visita no me desagrada en absoluto, señor Bidart: tiene su justificación humana. Sepa que no soy enemigo de los feriantes; al contrario. Considero incluso que las distracciones populares que ofrecen, tienen el doble mérito de ser honestas y de poner una nota de color en la monotonía de las ciudades. Desde hace siglos, las ferias se han situado cerca de las iglesias o de los lugares de peregrinación. En París existe el precedente de la antigua feria de San Germain, que se instalaba ante San Sulpicio… En Bretaña tenemos las inmensas kermesses que se montan en tiempos de romería como las de Sainte-Anne-d’Auray… Por último, ¿no son emocionantes esas peregrinaciones de feriantes y de gitanos en la costa mediterránea a Sainte-Marie-de-la-Mer…? Puede usted decirles a todos que jamás les prohibiré que se agrupen en torno a la futura catedral y que ésta los protegerá. Incluso, si fuere necesario, no dudaría en adquirir un terreno especial donde pudieran instalarse y que perteneciera a uno de los municipios de que hemos hablado. ¿Está usted tranquilo?

—En cuanto le vi, me di cuenta de que era usted un gran tipo. ¿Quiere un cigarro?

—No, gracias. También tengo la intención, en recuerdo de los feriantes que han ocupado durante largos años el terreno donde habrá de construirse el nuevo templo, de reservarles una vidriera. Tienen perfecto derecho a ello,

puesto que no lo han pedido. Allí tendrán a santa María del Mar, su patrona, ante la cual podrán arrodillarse.

—También debería usted concederles una capilla en la catedral. Si saben que está usted decidido a ello, inmediatamente harán una colecta para ayudar a los gastos, y le garantizo que el altar será el más florido de todos. Conozco bien a esos hombres: tienen mucho corazón.

Desde los primeros tiempos en que concibió su proyecto, Serval había estado en relación con las autoridades religiosas. Incluso el canónigo Routy le había visitado algunas veces y repetidamente le dijo:

—Parece que usted ignora, señor Serval, que en cada población no puede haber más que una catedral. Es una regla litúrgica de carácter absoluto. Y en París ya tenemos a Notre-Dame.

—San Marcial no perjudicará a Notre-Dame.

—Así lo creo; pero tenga usted en cuenta que no puede hacer preceder a la iglesia de San Marcial con el prestigioso nombre de catedral.

Por primera vez se dio cuenta Andrés Serval de que había descuidado un punto de importancia capital en la elaboración de su obra. Su error procedía de que su religión estaba más impregnada de misticismo personal que de conocimientos litúrgicos. La revelación del canónigo le cogió desprevenido. Comprendía que no debía oponerse a las prescripciones eclesiásticas. Y dando prueba de obediencia y de humildad, respondió a su visitante:

—A partir de hoy mis talleres trabajarán para la Basílica de San Marcial.

El canónigo le aconsejó que no intentara una construcción de estilo demasiado moderno y que se inspirara en buenos modelos como por ejemplo, la iglesia de San Francisco de Sales.

—¿Cómo serán sus imágenes? No pierda de vista que a los fieles les gusta encontrar santos familiares. Necesitan ver la faja azul de la Virgen de Lourdes, el modesto hábito de santa Teresita, el abierto pecho del Sagrado Corazón, el cuerpo sangrante de san Sebastián. La razón más importante de una obra como la suya será que tienda a exaltar y despertar la piedad popular. Y no lo conseguirá usted más que de ese modo. Hacen falta colores, imágenes, cuanto atraiga al devoto corriente.

—¿Quiénes son para usted los devotos corrientes?

—El noventa por ciento de los que penetran bajo las bóvedas de un templo.

—En Francia hay demasiada gente corriente, señor canónigo. Gente corriente en todo, en su vida privada, en su trabajo, en sus aspiraciones, en sus ilusiones, en su fe misma… Hay que sacarlos de la rutina en que viven por

pereza o por desánimo, y con un estilo arquitectónico que se acomode a todo no conseguiremos nuestro propósito. Es necesario un estilo más fuerte, más rotundo, más vigoroso.

—Querido señor Serval, temo que no podamos ponernos de acuerdo. Hace tiempo que intento llevarle a una concepción más racional de la piedad de las muchedumbres. Usted no quiere hacerme caso. Y, sin embargo, será la masa la que se encargue de imponerle su modo de ver las cosas y no usted el que pueda exigir. Mis años de sacerdocio me han hecho comprender que nosotros podemos orientar las almas, pero difícilmente dirigirlas. Bien; cuanto mejor le conozco, más considero que es usted un hombre especial.

Cada vez que se disponía a marcharse, el sacerdote le repetía:

—Un hombre muy especial… Una especie de gigante que a veces tiene la ingenuidad de un niño.

La Francia de la posguerra parecía no tener necesidad de constructores de templos. Al parecer, le interesaba más que millares de obreros trabajaran para construir viviendas. —La piadosa obra amenazaba con retrasarse mucho—. Andrés Serval no llegaba a completar el capital indispensable para iniciar los trabajos: la administración y los intereses de los tres mil millones conseguidos le permitían a lo sumo mantener sus talleres corporativos. Pero necesitaba lograr los diez mil millones antes de proceder a la solemne colocación de la primera piedra. Y sin embargo… El hombre de cabellos blancos sabía que cuando un país perdía su sustancia, siempre le quedaba un bien que ninguna otra nación podía robarle: el espíritu, único creador de la idea, que inspira al poeta las dolorosas estrofas capaces de elevar el alma, que da al pintor el valor que necesita para terminar la obra bosquejada en la tela y al músico el poder de crear armonías sublimes… ¿Qué le quedaba a Francia, más allá de sus fuerzas espirituales, intelectuales o artísticas?

Y justamente porque su país se encontraba en tan gran apuro, el hombre sentía que su llama interior le devoraba. Luchador infatigable, comprendía que tenía que realizar su obra más que nunca. ¿No le había dicho un día a Rabiroff que los pueblos no elevan templos a la divinidad más que en dos ocasiones extremas de su existencia: les períodos de prosperidad y los de desgracia? La basílica de San Marcial saldría del nuevo despertar de una guerra.

Andrés Serval sintió la necesidad de acercarse al Sagrado Corazón de Montmartre, que también simbolizaba la fe inquebrantable de un país en sus destinos.

Aprovechó un atardecer, en que el aire era suave, para subir la escalinata que llevaba a la blanca basílica.

A sus pies, París se mostraba, grandioso y misterioso, en la tonalidad gris del crepúsculo. En el horizonte, desde cualquier lado que se la mirase, la más hermosa ciudad estaba ceñida por columnas de humo negro que subían hacia el cielo para atestiguar que los sórdidos suburbios seguían allí, con sus monstruosas fábricas y su miseria. ¡Sin embargo, el paisaje era único en el mundo! Los confusos rumores de la gran ciudad, que se disponía a reposar a pesar del runruneo de la circulación intensa, llegaban sofocados para morir a los pies de la basílica, que se erguía inmutable, desafiando la actividad perpetua del hombre y glorificando igualmente a su genio creador… Andrés Serval pensó que era verdaderamente milagroso que el templo del Sagrado Corazón no hubiera resultado destruido en un bombardeo aéreo entre 1940 y 1944. Y dio gracias al cielo pensando que ni un soplo de muerte o de terror hubiera podido impedir que un nuevo santuario renaciese de sus cenizas. Las palabras de Nietzsche volvían, lancinantes, a sus oídos:

«Para que sea erigido un templo, es necesario que otro desaparezca».

Un creador como él sabía que si las generaciones se renuevan, los siglos continúan pareciéndose extrañamente por la cantidad de daño que los hombres llegan a esparcir. ¿No era su misión en la tierra reaccionar contra aquella fiebre maléfica? Si un bombardeo hubiera destruido la basílica de Montmartre, habría sido necesario preparar, en el mismo sitio, los cimientos de otra basílica, que hubiera podido ser San Marcial… Pero, puesto que el Sagrado Corazón había escapado a la locura destructora, la basílica de San Marcial sería edificada en la glorieta de la Defensa: sería el templo ofrecido al Todopoderoso para que no desencadenase un azote, acaso más terrible que la guerra, como castigo a una Humanidad aturdida, anonadada por el fuego del cielo derretido sobre ella durante más de cuatro años.

Serval penetró en el interior del templo, hasta donde los impíos clamores y los gritos de odio llegaban ya purificados. La verdadera paz estaba allí.

Ante el altar mayor, un sacerdote rezaba el rosario, correspondiéndole algunas mujeres. Bien puede el mundo agitarse o hundirse: la bienhechora plegaria continuará subiendo al cielo eternamente…

Serval se arrodilló para rezar, como ya lo había hecho bajo los árboles, pero su nueva súplica fue silenciosa: era la de todos los hombres de buena voluntad agobiados por tantos horrores, la de todas las almas aún sensibles a la verdadera belleza y ávidas de paz interior: «¡Dios de la cristiandad, no nos abandones! No podemos nada por nosotros mismos. Nuestros débiles medios

humanos no bastan para detener las lágrimas de guerra y de odio que se nos ha dejado construir… A la sombra de este templo que os ha elevado el reconocimiento francés, no rezo por los muertos que nos rodean: ni siquiera por aquellos que han sucumbido aplastados bajo las ruinas de sus moradas. Sé que todos ellos han sido ya juzgados.

»No, rezo solamente por los que aún permanecen en esta tierra de tristeza y de duelo: rezo por los vivos… Por los innumerables desconocidos con quienes me cruzo constantemente en la calle y que esperan una vida mejor. Rezo por los que, debido a la ley de la guerra, se han encontrado súbitamente sin refugio, sin hogar, sin nada… Rezo también por los egoístas de la hora presente, que sólo piensan en amasar fortunas sobre la ruina o las necesidades de los demás… y rezo para que comprendan.

»Rezo, en fin, por toda esa juventud que ha conocido una infancia de guerra y que vive sus mejores años en una época monstruosa. ¿No es suficiente para esta nueva generación que su infancia haya transcurrido entre dos grandes crisis de lágrimas? Sólo vos sabéis, Dios Todopoderoso, lo que el destino les reserva; pero, por piedad para los jóvenes, haced, si es posible, que sus años venideros les resulten menos penosos».

Cuando salió del templo, ya de noche, sentíase fortalecido. La peregrinación que acababa de hacer le había reafirmado en su necesidad de crear y le había hecho comprender que no podía continuar mucho tiempo manteniendo la abnegación de sus artesanos y de sus talleres si no emprendía prontamente la realización de la nueva iglesia. Desde hacía años, aquellos hombres vivían con la esperanza de tomar parte en una noble empresa. No se podía retrasar eternamente la fecha de la construcción con el único pretexto de que el capital necesario aún no estaba totalmente conseguido. Insensiblemente, Andrés Serval se dejó ganar por la idea que le llevaba a un momento psicológico en que necesitaba decidirse… Las sumas reunidas no le permitían de por sí comenzar los trabajos; pero cuando París supiese y viese que la basílica se había comenzado, acaso se dejara arrastrar por el fervor que animaba a un puñado de hombres. El cielo no podía permitir que tal obra quedase inacabada. Haría los necesarios milagros financieros. ¿No los había hecho con templos o monasterios cuya necesidad era menos imperiosa? Había que arriesgarse…

El constructor tomó la decisión de reunir previamente en la calle de Verneuil a sus siete colaboradores directos para anunciarles que la construcción de la basílica iba a salir por fin de la fase preparatoria para entrar en la de realización. La víspera de aquella reunión capital, que había sido

fijada para las nueve de la mañana siguiente, en el desván, el maestro de obras, cuyos rudos hombros habían de sostener el gigantesco edificio moral y financiero, dio, ya muy tarde, un largo paseo por las orillas del Sena. Era una noche de junio tibia, espolvoreada de estrellas.

Andrés Serval anduvo a lo largo de las casetas de los libreros de lance, cerradas a aquella hora… Avanzaba lentamente, pero con una finalidad precisa: después de haber pasado la plaza de San Miguel, siguió el puente de Montebello, donde se detuvo. Todas las noches, desde que se había encariñado con su proyecto, se acodaba en la baranda, en aquel mismo sitio, para contemplar Notre-Dame… La catedral le fascinaba, le obsesionaba… Conocía hasta sus menores detalles arquitectónicos. Después de estudiarla desde las torres a las criptas, cada noche continuaba mirándola. Jamás había vuelto a su buhardilla sin antes haberle dado las buenas noches a Notre-Dame. Para él era un estímulo necesario. Según su estado de espíritu o el trabajo realizado durante la jornada, la catedral adquiría, en aquel éxtasis mudo y extraño, los aspectos más diversos: no era sólo Notre-Dame de París lo que Andrés Serval veía erguirse ante él, sino todas las catedrales que había estudiado o visitado. La catedral parisiense le parecía a veces Notre-Dame de Chartres o Notre-Dame de Ruán, con sus bellezas particulares. En aquel ensueño, los contornos reales desaparecían ante los que el constructor tenía imaginados para su templo. Su cerebro creador construía otras fachadas, otras ojivas, otros botareles, y sólo subsistía, a la postre, la basílica de San Marcial, que se destacaba luminosa y triunfante. Todas las catedrales antiguas desaparecían ante ella mientras el hombre saboreaba su victoria respirando la ligera brisa que flotaba sobre los meandros del Sena.

La noche era tan clara que el soñador podía distinguir incluso los más insignificantes pormenores de la fachada sur del admirable edificio; tenía la impresión incluso de percibir los latidos del propio corazón de la isla de Francia… Sabía que una catedral jamás duerme, porque debe vigilar incesantemente el reposo de una ciudad.

Andrés Serval había visto vibrar la gran nave en todo tiempo: cuando las lluvias de noviembre y los turbiones de marzo golpeaban por ráfagas la piedra antigua, o cuando la nieve de diciembre recubría las orillas del río y toda la ciudad parecía adormecida en su mortal letargo… Creía volver a ver las torres cuadradas resurgiendo de la movediza pantalla de copos blancos mientras resonaban en sus oídos las campanas en una Navidad parisiense… Sinfonía alegre que se transformaba en grave bordón para invitar a la muchedumbre de vacilantes a los sermones de Cuaresma y que volvía a ser alegre en Pascua

para advertir a los parisienses que ya estaban de vuelta y que era tiempo de saludar los primeros brotes de abril…

¡Cuánta razón había tenido al afirmar a Evelina que su amante de piedra tenía vida! No sería parecida a Notre-Dame, sino más seductora aún, puesto que sería una novia joven.

Se apartó del lugar de sus sueños, perpetuamente fortalecidos, para dirigirse hacia el muelle de Conti. Pasó ante el Instituto, cuya cúpula, recortándose al claro de luna, hasta parecía hermosa… Pero ¿cómo hubiera podido interesar a un hombre perdido en el ensueño de una catedral? Avanzó por la calle de Mazarino, que le agradaba por ser muy silenciosa… No pudo resistir al deseo de llegar hasta la de Bonaparte por el callejón de Bellas Artes. Y de pronto se encontró ante la verja de la Escuela, donde había nacido su idea cuando él no tenía más que veinte años. Solo, en aquella noche que tanto saboreaba, revivió los mejores instantes de su juventud. Le pareció que la alegre bandada de compañeros franqueaba el umbral. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Serían arquitectos célebres, o vulgares contratistas? ¿No eran algunos de ellos los que habían dotado a la capital de esos caserones que rompían la hermosa armonía de la población? —Serval no era en aquel momento un maestro de obras, sino un hombre frente a su pasado—. Aún creía oír las burlonas risas de sus compañeros cuando él les declaró que su mayor ilusión era construir una nueva catedral en París. Bien sabía que ya nadie se reiría de su proyecto… Pero no experimentó orgullo, aunque sintió la satisfacción prodigiosa del hombre que siempre ha mantenido la misma idea.

Como cumpliendo un rito inmutable, al volver a su casa corrió el cerrojo de la puerta de su desván: la necesidad de hallarse solo aún era más imperiosa para él aquella noche que las anteriores… Recorrió en todos sentidos la habitación sin pensar siquiera en procurarse descanso. Fue aquélla su vela de armas antes de confiar su secreto al mundo. A la mañana siguiente, sus colaboradores comenzarían a divulgar la gran noticia para galvanizar a las muchedumbres.

De vez en cuando, se paraba ante la mesa de madera blanca sobre la que se hallaban los planos y los calcos. Después de haber comprobado un dato, se acercaba a la maqueta y permanecía un rato contemplándola… ¿No hacía resplandecer la maqueta el reducido ambiente del desván y no se erguía grandiosa, en la glorieta de la Defensa? En el febril espíritu de su creador, la basílica de San Marcial reinaba ya en París y en una Francia rehecha.

Su meditación silenciosa en el sosiego de una estancia miserable, donde el polvo acumulado no había podido impedir la manifestación de la belleza,

daba a la buhardilla la espiritualidad de una celda monacal. Llegó un momento en que el hombre cayó de rodillas ante la maqueta y permaneció postrado, ebrio de alegría: la joya en reducción que ante sí tenía era símbolo del trabajo realizado… Serval se estremeció también de temor ante lo que el porvenir pudiera reservarle.

La noche le pareció corta. Cuando la luz del amanecer empezó a filtrarse por las pobres cortinas, el solitario abrió la ventana para que penetrase en la habitación el aire y la luz de una mañana victoriosa…

Tres horas después, la portera advirtió, mientras barría la escalera, que la puerta del desván habitado por el extraño inquilino se hallaba entreabierta, cosa que jamás se había producido. Intrigada, la buena mujer llamó preguntando:

—Señor Serval, ¿está usted ahí?

No obtuvo respuesta alguna.

Dominada por un presentimiento, empujó la puerta y poco faltó para que se desmayase ante lo que vio: el maestro de obras yacía boca arriba, con los brazos en cruz, a los pies del caballete que sostenía la maqueta. Acudieron algunos inquilinos, atraídos por los gritos de la portera: pasó un cuarto de hora antes de que la Policía se hiciera cargo del asunto y la muerte violenta de Andrés Serval entrase en los anales del crimen.

¿Quién había podido matarle? ¿Un individuo aislado, o un grupo de hombres interesados en su desaparición? ¿Había actuado el asesino bajo la influencia de un rencor personal, o para ejecutar órdenes recibidas? ¿Sería el criminal uno de los financieros despechados, o un agente de poderes ocultos? ¿No sería que toda la ciudad había considerado preferible desembarazarse de aquel iluso, de aquel iluminado, de aquel nuevo profeta de lo excepcional? ¿Y si hubiera sido uno de los colaboradores directos de Andrés. Serval, instigado por el deseo de sustituirle? ¿Cómo era que ninguno de los jefes de talleres convocados por él para aquella mañana se había presentado en la calle de Verneuil siendo necesario que la Policía los buscase uno por uno? ¿No había en todo aquello algo infinitamente turbador…? ¿O seria acaso que Duval, Rodier, Legris…, todos aquellos hombres modestos, habrían vuelto, precipitadamente a sus casas al advertir el tropel de curiosos ante el inmueble y, sobre todo, al conocer la razón de aquella aglomeración? ¿O no habrían hecho más que obedecer las consignas de Duval, el sucesor designado bastante tiempo antes por el maestro de obras?

En el momento de descubrirse el crimen, el misterio se manifestó íntegramente. Y persiste.

* * *

Así terminaba la segunda parte de la información, que Moreau, releyó cuidadosamente antes de entregarla al redactor jefe. Y puesto que la lucha emprendida por el gigante terminaba con la muerte de éste, podía suponerse que el delito lo había engendrado un sentimiento implacable: el odio.

EL ODIO

En cuanto Duvernier hubo leído las nuevas páginas, llamó a Moreau:

—Esa investigación no acaba, muchacho. Es necesario buscarle un fin.

—La única conclusión posible me parece que tendrá que ser el descubrimiento del criminal. Pero eso es todo un problema.

—En su relato, que por cierto es bastante interesante, lo reconozco, volvemos al punto de partida: el momento en que la portera de la calle de Verneuil encontró abierta la puerta de la buhardilla Bien, pero eso es insuficiente. Y el lector quedaría insatisfecho por tres razones: no sabría el móvil del crimen, desearía saber quién disparó y le decepcionaría bastante tener noticias de que la famosa basílica sigue siendo una ilusión…

—Podría usted añadir a esas excelentes indicaciones de orden profesional que bastantes millones de francos siguen esperando inversión adecuada y que un número considerable de artesanos o de obreros especializados están dispuestos a mostrar al mundo lo aprendido en secreto durante años. Todos esos hombres no piden más que comenzar el trabajo efectivo de la construcción: su maestro lo había comprendido bien… Es verdaderamente conturbador saber que Andrés Serval fue asesinado horas antes de revelar su decisión de comenzar los cimientos… Lo que confirma mi opinión de que lo mataron porque iba a construir su catedral. Al principio de las investigaciones, afirmar esto hubiera parecido insensato; sin embargo, es la verdad.

—Pero ¿quién podía tener interés en que no comenzase la construcción?

—Mucha gente, señor Duvernier. Procedamos por eliminación: en primer término, debemos considerar sospechosos a todos los financieros faltos de escrúpulos a quienes él había excluido de lo que ellos consideraban un negocio magnífico y que jamás habrán podido perdonar que los obligaran a devolver lo que habían robado al principio de sus respectivas inversiones. Para ellos, Andrés Serval sólo era un chantajista. Si ha sido uno de esos hombres el que ha cometido el crimen, o se trata de un ejecutor remunerado por esa pandilla de bribones, el saberlo ofrece de momento sólo un interés

secundario. Lo importante es que nos hallamos ante una o varias personas que tenían un motivo para matar: caso de venganza.

—¿Qué más?

—También deben ser considerados como posibles criminales los colaboradores directos, por la sencilla razón de la curiosa regla de sucesión en la jefatura instituida por Andrés Serval, que los erigía sucesivamente en administradores del inmenso capital reunido. Esto que le digo parece monstruoso y debe permanecer en secreto entre usted y yo, pero todo hombre, cualquiera que sea, puede resultar venal: y tenga presente que un número considerable de millones al alcance de un individuo que ha llevado una existencia difícil, constituye una terrible tentación. El móvil, en ese caso, sería una ambición.

—¿Piensa usted en Duval?

—Y no en Duval solamente. Incluso me inclino a creer, ahora que lo conozco y después de haberle oído hablar de su maestro, que Duval ha sido el colaborador más abnegado de Serval y que sinceramente está dispuesto a continuar su obra. El modo de ocultarse ese hombre me hace pensar que más bien presiente un peligro: no ha consentido en decirme el nombre del sucesor escogido por él si le sucediera algo. ¿Desconfiará de los otros? Si el verdadero criminal se encuentra entre esos artesanos de honesta apariencia, no tiene por qué ser obligatoriamente Duval ni siquiera el que le sigue. Un hombre que en el último minuto y en circunstancias tan dramáticas no ha sentido escrúpulos para matar a Andrés Serval, no debe de temer que haya una o dos muertes más sobre su conciencia.

—Lo admito así, pero cuando menos hay un extremo que no llego a entender en la información de usted: ¿cómo se explica que Duval haya asumido tan rápidamente, y al parecer sin la menor protesta o muestra de envidia por parte de los demás colaboradores, la sucesión y el cargo de Andrés Serval?

—Ya me he planteado la misma pregunta que hace usted, señor Duvernier… E incluso se lo pregunté a mi vez al propio Duval. Debo confesar que me respondió con la más absoluta franqueza: desde hace años tenía en su casa un testamento redactado por Andrés Serval, pero, por orden especial del maestro de obras, no podía abrirlo hasta después de la desaparición del testador: su lectura debía hacerse ante los siete colaboradores reunidos. En cuanto Duval supo, al llegar a la calle de Verneuil, la muerte de Serval, convocó a sus compañeros, que se reunieron con él en la casita de Garches en vez de dirigirse al domicilio del difunto. La última voluntad del

maestro de obras estaba expresada en una sencilla carta, en cuyo sobre figuraban los nombres de los siete colaboradores. Duval entregó la carta a Rodier, el decano de los discípulos, diciéndole al propio tiempo: «Es justo que sea usted el encargado de la lectura, puesto que usted fue el primero de los escogidos por nuestro maestro». Y Rodier leyó en voz alta.

—Lo que usted me dice haría suponer que Duval fue el primer individuo que descubrió el crimen cuando aquella mañana temprano llegó al aposento de Serval… A menos que lo supiera por la portera o por algún inquilino al llegar al inmueble.

—Efectivamente, él fue el primero que encontró entreabierta la puerta de la buhardilla y vio tendido a Serval, con los brazos en cruz, al pie de la maqueta…

—¿Quién se lo ha dicho?

—El propio Duval.

—¿Y por qué no lo menciona usted siquiera en sus cuartillas?

—Porque Duval me lo confió completamente en secreto. Ni siquiera se lo ha dicho a la Policía, que inmediatamente hubiera sospechado de él.

—¿Qué le dijo a Berthet cuando éste se presentó en Garches para interrogarle?

—Que se había enterado de la muerte de Andrés Serval al leer las primeras ediciones de los periódicos.

—¿Seguro? ¿Y cree usted que un viejo zorro como Berthet se ha tragado el embuste?

—¡Indudablemente no! Pero el inspector es demasiado astuto para dejar entrever que no ha creído lo dicho por Duval… Berthet es un hombre que, según una expresión que le es muy familiar, «deja correr el tiempo». A menudo le he oído repetir, en otras investigaciones que ha llevado brillantemente, que para triunfar en su profesión es necesario pasar por tonto algunas veces… ¿Comprende lo que quiero decir? Que hay que dejar que el presunto criminal, o los presuntos criminales, se confíen… Eso permite vigilarlos tranquilamente. Estoy convencido de que Duval y cada uno de los colaboradores del maestro de obras están vigilados con extrema habilidad y Duval mismo lo sabe. Lo primero que me dijo cuando le hablé en su casa, fue que me había tomado por uno de los esbirros de Berthet.

—Si he oído bien, en cuanto descubrió el crimen, Duval se marchó para advertir y convocar urgentemente a sus camaradas en Garches…

—Exactamente.

—¿Cómo es que la portera no le vio entrar ni tampoco salir del inmueble? A esa hora de la mañana no debe de haber mucho movimiento en la casa…

—Yo hice hablar a la portera el primer día: no solamente no vio a nadie, sino que estaba asombrada de que el amigo de Serval que regularmente acudía todas las mañanas —ella se refería a Duval, cuyo nombre ignoraba—, no se hubiera presentado aquel día. A la buena mujer le parecía sospechoso lo que está perfectamente explicado: Duval iba todas las mañanas a recibir órdenes de Serval, que seguidamente transmitía a los demás colaboradores, alrededor de las diez… Pero, excepcionalmente, aquel día, como Serval había decidido entrevistarse con los siete colaboradores para anunciarles que al fin había decidido pasar de la fase preparatoria a la de realización, Duval acudió antes que los otros para tener un último intercambio de opiniones con su jefe. Fue lo que le hizo llegar hacia las siete de la mañana. Momentos después volvió a salir, desconcertado, del inmueble. La portera, encerrada aún en su aposento, no lo vio.

—Lo que me agrada de su trabajo, amigo Moreau, es que parece usted haberlo preparado cuidadosamente sin dejar nada al azar. Me hubiera gustado, y seguramente a los lectores también, conocer el contenido del famoso testamento que Duval entregó a Rodier para que diese lectura en voz alta ante los demás colaboradores. ¿No cree usted que la clave del enigma acaso se encuentre en esas líneas que permanecen secretas?

—No lo son para mí, y la razón del crimen no se deduce de su lectura. Después de muchas dudas, Duval accedió a darme a conocer el curioso testamento, siempre que yo me comprometiera a no hablar de él en mis cuartillas. Tenía razón: la última voluntad de un hombre es algo sagrado que no debe ser conocido por nadie más que por aquellos a quienes va destinada… Ante mi formal promesa de discreción, Duval incluso me permitió copiar el testamento… Aquí lo tiene: puede usted leerlo aunque sólo sea para satisfacer su curiosidad personal; pero le está prohibido, como a mí, utilizarlo con fines profesionales:

Duvernier pudo así leer la carta que había sido escrita diez años antes, en 1944:

> *Amigos míos: Busqué sucesivamente a los siete en lugares donde realizáis trabajos que personalmente no os interesan. Os pedí que me siguierais y accedisteis. Por ello os doy las gracias. En el momento de escribir estas líneas, ignoro lo que sucederá con mi proyecto. Todos somos mortales aun soñando con construir una catedral. También yo*

os he estudiado a vosotros, a cada uno en particular, durante varios meses. Todos tenéis, en mi opinión, excelentes cualidades, pero al que elijo como sucesor eventual es a Duval, el maestro aparejador. Su cultura y su destreza le designan naturalmente para las funciones de administrador. Actualmente, los fondos de la catedral de San Marcial están a cargo de financieros que pasan por personas idóneas. Pero si yo no estuviese satisfecho de sus servicios, no dudaría en asumir la dirección económica de la empresa. En ese caso, pondría a Duval al corriente de todo. Ruego a todos que lo escuchéis y atendáis con la misma buena voluntad de que habéis dado pruebas conmigo.

Esta carta más tiene de despedida provisional que de testamento. Esta última palabra es triste y no debería ser empleada más que por las personas que verdaderamente dejan algo importante tras ellos. Si yo desapareciese antes de ser colocada la primera piedra de la basílica, nada dejaría detrás de mí, sino un gran sueño que no había podido ser realizado. Lo hubiera vivido durante años, incluso lo hubiera infundido en vuestros corazones, pero el resultado práctico sería decepcionante.

Es indispensable, sobre todo, que después de mi desaparición no haya el menor instante de descorazonamiento. Mi muerte no debe interrumpir la realización de la obra: deber de todos es continuar animando los talleres.

Haré cuanto esté a mi alcance para reunir un capital de importancia, que legaré a esa comunidad artesana para que puedan continuar los trabajos preliminares. Sabéis tan bien como yo que sería peligroso emprender la construcción propiamente dicha antes de poseer la totalidad del capital necesario. Acaso llegara incluso a esa locura en el caso de considerar que no había otro medio de conseguir una realización concreta; pero, si lo intentase, creo, sin vanidad alguna por mi parte, estar en mejor disposición que vosotros para encontrar pronto el complemento del capital. Mas si yo desapareciese antes, actuad con prudencia, Suplico a Duval que espere algunos años más a fin de que se pueda edificar sobre bases financieras absolutamente sólidas.

Ni una cantidad insignificante debe ser distraída del capital ya logrado para subvenir a vuestras necesidades materiales después de mi muerte. Debéis continuar ganándoos la vida mediante un oficio secundario y no atender a los talleres más que en las horas de

descanso. Los millones que dejo no pertenecen ni a vosotros ni a mí. Forman parte del tesoro de la basílica.

Sería igualmente un crimen sufragar mis exequias a base de una partícula, aunque ínfima, de ese tesoro sagrado. Debo ser enterrado del mismo modo que he vivido: como pobre. Deseo morir discretamente. Hay muchas personas que sienten la necesidad de sobresalir el día de su muerte. Yo no tengo más que pedir perdón por el daño que haya podido hacer. Sólo he querido bien a todo el mundo. Ya decía al principio de mi carta que ésta no era más que un simple «hasta luego». Continuaré ayudando a todos con mi esfuerzo desde el más allá. Acaso ese apoyo, venido del otro mundo, sea más eficaz que mis innumerables andanzas terrenales, muchas de las cuales han sido estériles. Si desde hace años hubiese tenido un embajador permanente cerca de la Providencia, creo que ésta me hubiera sin duda ayudado a conseguir más pronto la finalidad de mi empresa. Hasta la vista, pues, amigos míos, y no olvidéis que si el hombre desaparece para siempre, su obra puede sobrevivir.

—En el fondo —concluyó Duvernier—, Andrés Serval no era solamente un curioso personaje, sino un buen hombre. Y por eso, para obedecer su última voluntad, Rodier ha vuelto a casa del fabricante de muebles en serie; Dupont, a su garaje; Legris, a la estación Montparnasse; Dubois, a la guardarropía de la Ópera Cómica, y los demás a sus respectivos empleos…

—¿No considera usted admirable esa obediencia?

—Si… El único que parece rentista, en su casita de Garches, es Duval. No me negará usted que ese individuo se ha llevado la mejor parte. Ser depositario de muchos millones reunidos por otro, le confiere cierto porte de heredero.

—¡Una herencia bien pesada por cierto!

—Procure seguirme en mi pensamiento… El heredero sabía desde hace años que había sido designado por Serval como sucesor para administrar los bienes… ¿Quién puede negarnos que no abrió ocultamente —y mucho tiempo antes de la lectura ante sus colegas— la famosa carta testamentaria que contiene una frase que la excusa todo y lo permite todo: «Suplico a Duval que espere algunos años más a fin de que se pueda edificar sobre bases financieras absolutamente sólidas»? O dicho de otro modo: Duval puede conservar esos millones durante años, hasta su propia muerte si así lo desea, pretextando que no ha logrado el indispensable capital complementario. ¿Quién puede

reprochárselo? A los ojos de todo el mundo, él será, por el contrario, un hombre que respeta escrupulosamente la voluntad del difunto. Y así convertirse en un personaje muy rico. Como decía usted hace poco hablando del móvil del crimen, la riqueza es tentadora, incluso para un aparejador.

—De ser Duval el criminal, ¿cree usted que me habría revelado tantos secretos sobre el asunto? Estoy convencido de que si me ha dado prueba de tanta confianza, es porque él tiene la seguridad de que puedo ayudarle, mediante una serie de artículos sobre el maestro de obras, para encontrar el capital complementario que todavía falta para construir la basílica. ¿Por qué, si no, iba a enseñarme el testamento?

—Para probarle, amigo mío, que era el sucesor designado oficialmente y que podía disponer de los fondos colocándolos a su arbitrio, y tardar cuanto tiempo quisiera en iniciar la construcción.

—Pero si yo llegara, con mi campaña de Prensa, a entusiasmar a la gente y a conseguir los millones que faltan, ¿qué ocurriría? Duval se vería obligado a utilizar el dinero que ha recibido en depósito.

—Usted mismo ha escrito, en estas últimas cuartillas, que Duval no le daba la impresión de ser un iluso ni un poeta. De acuerdo con la descripción hecha por usted, es más bien un individuo terriblemente práctico y muy capaz de mantener a raya a hombres de negocios de la especie de Rabiroff y compañía. Y siendo de ese temple, Duval no se dejará llevar de ilusiones. Es lo bastante sutil para no habérselo dicho, pero de sobra comprende que con unos artículos en nuestro periódico, o incluso en varios periódicos, no encontraría usted los esperados millones. Usted sabe tan bien como yo que las suscripciones públicas que organizan los periódicos, producen generalmente resultados irrisorios. Nos envían cien francos por aquí, mil por allá, rara vez algún billete de cinco mil. Si se organizan bien, pueden dar mejor resultado, pero pocas veces. Hablar de millares de millones es absurdo, así que, prácticamente, Duval puede dormir tranquilo… Incluso debe de estar encantado porque un muchacho como usted, de espíritu generoso, está dispuesto a lanzarse a la aventura. Para él, le servirá usted de tapadera. ¡No se fíe, Moreau!

—Tiene usted un talento incomparable, mi querido redactor jefe, para abatir con unas palabras los más fervientes entusiasmos. Es usted precisamente un antípoda de Serval: él era creador; usted, destructor. Sólo se encuentra satisfecho cuando consigue humillar a los subordinados que le presentan algo nuevo… En el fondo, usted ha nacido para manejar el tarro de goma y las tijeras solamente. ¡Me da lástima!

Duvernier le contestó:

—Yo no discuto la calidad de su trabajo. Incluso reconozco que ha llegado a interesarme, lo que me ocurre raramente. Me limito a ponerle en guardia. Usted se ha hecho muy amigo de Duval, pero eso no impide que todo contribuya a designarle como hombre que tenía una razón importante para matar.

A pesar de tales sospechas, bastante serias, Moreau continuaba teniendo confianza en el aparejador. Para ello se basaba en una razón esencial:

—Andrés Serval era lo bastante buen psicólogo para no engañarse al elegir sus principales colaboradores. Los he visto a todos, he hablado largamente con cada uno de ellos: ni uno solo ha dejado de darme una impresión de escrupulosa honestidad, lo cual tiene su importancia. Mi profesión me ha hecho conocer a tantos individuos sobre los cuales he tenido que emitir rápidamente una opinión, que no puedo equivocarme: Duval es un hombre honrado.

—Usted se ampara en la incomparable inteligencia de su desaparecido héroe, pero acaso su juicio no fuera tan extraordinario como usted cree, o como usted intenta que lo crean los futuros lectores. Después de haber leído las cuartillas de usted, personalmente considero que Andrés Serval no se mostró muy psicólogo que digamos respecto de la linda Evelina. Incluso me atrevo a decir que se condujo con ella, que no le pedía más que ayuda, como un verdadero patán o como un hurón.

—Soy casi de su misma opinión: ha sido la única vez en que Andrés Serval, si no decepcionado, me ha sorprendido. Pero, en el fondo, su actitud demasiado reservada, incluso intransigente, con la amiguita de Rabiroff, se explica si se comprende bien al individuo: el maestro de obras era un hombre de una pieza, física y moralmente. Un hombre de granito, rudo, firme, contra el cual se estrellaban las sutilezas o las astucias femeninas. Seguramente no sentía aprecio por aquella mujer, de la que desconfiaba instintivamente. En realidad, no tuvo más que una novia: su basílica.

—A propósito ¿qué ha sido de esa Evelina?, la única persona de todo este asunto de la que aún nada sé… Debe de hallarse en alguna parte, pero me inquieta, porque hace ya cinco años que desapareció… A menos que también haya muerto. Tengo la seguridad de que si la encontrara viva, podría poner punto final a mis investigaciones.

—¿No ha pensado usted que pudo ser ella la que matara a su héroe?

—¿Por qué no? El odio de una mujer despreciada no tiene límites.

—De todos modos, como hacía años que no la veía, seguramente se lo habría pensado bien antes de realizar el crimen, por lo que éste sería premeditado. Pero tiene usted razón: todo es posible. En resumen, entre usted y yo hemos encontrado tres sentimientos que podían inducir al delito: la venganza, la ambición y el odio. Ahora tenemos uno más: la envidia. El asesino podría haber suprimido a Andrés Serval por envidiarle la extraña aureola de creador que le rodeaba. Es muy halagador ser considerado por los conciudadanos como constructor de una catedral.

—¿Envidia de un arquitecto rival o de un antiguo compañero de Bellas Artes? No lo creo… En la construcción hay un espíritu de solidaridad manifiesto y el proyecto de Andrés Serval no perjudicaba a ninguna empresa inmobiliaria de índole comercial.

—¿Quién sabe? Estoy persuadido de que hay muchísimos proyectos de construcción de inmuebles en el terreno existente en la glorieta de la Defensa, lo cual encaja perfectamente en la famosa tendencia de extender la ciudad hacia el Oeste, según dice usted en sus cuartillas… Si Andrés Serval conseguía construir allí su basílica, todos los demás proyectos irían al agua. También ciertos rivales han podido considerar conveniente suprimir a Serval. De todas maneras, es necesario que usted se dé cuenta de que no es posible comenzar a publicar su información mientras no tengamos un epílogo o una conclusión lógica. Y no pierda de vista que lo que más interesa al lector es conocer la identidad del asesino. Cuando le designé a usted para que se ocupara de este asunto, no se trataba más que de uno de tantos crímenes.

—Desde que he leído sus cuartillas, tengo la impresión de que usted ha emprendido una cruzada para defender la memoria del muerto.

—Y no se engaña usted. Acaba de decir la palabra justa: para mí se trata de una verdadera cruzada. La basílica de San Marcial debe ser construida. Es incluso más importante que hallar al criminal. Y he prometido a Duval que le ayudaré.

—¿Esas tenemos? ¿Está usted loco, muchacho?

—Creo que nunca he estado tan lúcido, y ya verá usted como sólo pensando en el propósito de Andrés Serval acabaré descubriendo a su asesino. ¡Hasta pronto! No volveremos a vernos hasta que le traiga un final interesante…

Después de haberlo visto partir sin responderle, el redactor jefe pensó: «Andrés Serval continúa ejerciendo su extraordinaria influencia después de su muerte. Incluso ha conseguido envolver a Moreau, que ni siquiera le conoció cuando vivía. Es extraño… ¿Sería ese seudoconstructor una reencarnación del

diablo? Y si fuese asesinado, acaso se debiera a que no era tan honrado como se le suponía o como hacía creer la aureola con que había sabido rodear sus blancos cabellos».

La terquedad de Duvernier en considerar a Duval como la persona que podría tener más interés en suprimir a Andrés Serval, dejó a Moreau pensativo. Aunque el joven no sentía gran apego por su redactor jefe, muchas veces había tenido que reconocer su buen sentido innato. Los argumentos expuestos por Duvernier sobre la envidiable situación en que la muerte del maestro de obras colocaba a su designado sucesor, no estaban desprovistos de lógica.

Cuanto más pensaba el periodista acerca de la enigmática personalidad de Duval, más se preguntaba si no estaría equivocado, no sólo por haber depositado en él su confianza, sino por haberle ofrecido su ayuda profesional. De pronto recordó que si había seguido a Duval a la salida del cementerio, era porque el inspector Berthet se lo había aconsejado. El propio policía había calificado a Duval de hombre interesante, expresión que en labios de Berthet podía significar muchas cosas. El inspector debía de saber acerca de Duval mucho más de lo que había dejado entrever. ¿Por qué no visitar al policía? Este era demasiado inteligente y no habría hecho caso de la petición que el reportero le había dirigido a fin de que no continuara «protegiéndole» mientras durasen sus investigaciones. Al visitarle, no intentaba pedirle la menor protección, sino arrancarle algunos informes complementarios sobre el solitario de Garches. Desde el periódico, el joven se encaminó directamente al centro policíaco.

—Llega usted oportunamente —le dijo Berthet acogiéndole con efusión—. Precisamente iba a telefonearle.

—Me inquieta usted, inspector. Cuando uno es llamado aquí, no puede considerarse tranquilo. ¿Acaso opina que soy el asesino de Serval?

—¡No! De haber sido así, hace tiempo que el asunto estaría aclarado… Y reconozca que la detención de usted hubiera significado una excelente noticia para sus colegas. El único insatisfecho sería su redactor jefe. Pero tranquilícese: no le procuraremos una emoción de ese calibre… Quería verle para preguntarle cómo lleva usted su brillante información.

—¿Se burla de mí?

—Al contrario. Se lo digo seriamente, querido amigo… Parece que no quiere darse cuenta de que siento por usted una estimación real. Aún no he tenido el placer de leer lo que ha escrito en el mayor secreto sobre el asunto

que nos interesa, acaso más que usted mismo; pero tengo la convicción de que sólo habrá podido contar usted cosas inteligentes.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Me gustaría ayudarle… Lo merece por dos razones: primero, porque nunca ha dicho usted a sus lectores nada perjudicial ni injusto para nosotros, que a veces tenemos que apechar con una tarea ingrata. ¿No es eso una buena nota a su favor? Además usted ha sido el único periodista que ha continuado intentando descifrar el enigma en este asunto de la calle de Verneuil… Los demás se han contentado con publicar una simple nota en sus periódicos respectivos mientras usted ha preferido no publicar nada antes de documentarse seriamente. Hay en usted una honestidad profesional que merece respeto y que es conveniente estimular. Sin que usted se haya dado cuenta, he conseguido, por uno de esos métodos cuyo secreto sólo conocemos nosotros, seguirle en sus investigaciones, y puedo asegurarle que hasta ahora no ha cometido usted error alguno: va por buen camino.

—Me alegra cuanto me dice. Desgraciadamente, tengo la impresión de que ahora empiezan las dificultades. Me encuentro en un verdadero callejón sin salida: no logro averiguar la verdadera razón por la que mataran al maestro de obras… ¡Podía haber tanta gente interesada en hacerlo desaparecer!

—Exacto.

—Incluso llego a preguntarme si no se suicidaría, desanimado ante las insuperables dificultades con que se enfrentaba.

—Puede descartar esa hipótesis. Usted sabe tan bien como yo que aquel hombre era incapaz de desanimarse y que tenía en sus manos triunfos bastantes para llevar a buen término su propósito. Y puesto que ante todo era un luchador, no hubiera debido contar más que con admiradores o con amigos en una sociedad que se llama civilizada… Pero los luchadores son personas molestas que alteran demasiadas costumbres adquiridas y que amenazan con asestar serios golpes a esa deshonestidad característica de nuestra época que muchas personas admiten con complacencia. El medio más seguro de desembarazarse de esos individuos, cuando no es posible comprarlos, es hacerlos desaparecer. Andrés Serval ha sido asesinado sin duda alguna. Una reconstitución del crimen lo prueba suficientemente. Pero ¿por quién? Estoy tan perplejo como usted, amigo mío. Y temo que no hayamos avanzado uno más que otro en nuestras respectivas investigaciones. Los dos nos hallamos en el mismo punto.

—No lo creo así, inspector. Usted sabe mucho más que yo sobre Duval.

—No. Considero que usted y yo hemos sacado de ese curioso individuo todos los informes que podía darnos sobre la admirable personalidad del muerto. Bastan para aclararnos muchas cosas, pero sin duda son insuficientes. Entiendo que se equivocaría usted imaginando que Duval podría aportar el menor esclarecimiento sobre el crimen. Estoy convencido de que el sucesor de Serval también procura descubrir al asesino.

—¿Qué le hace decir eso?

—El hecho de que toma extraordinarias precauciones para ocultarse: también él teme ser asesinado.

—¿Está usted seguro?

—Sí… Y el único medio que tiene Duval de evitar esa eventualidad temible, es descubrir lo antes posible al criminal, que continúa rondando en torno a la maqueta de la futura catedral.

—Eso que me dice usted es muy extraño… ¿Piensa que pueda ser otro de los colaboradores directos?

—No. Sin que usted me haya dicho una palabra, estoy seguro de que ninguno de esos artesanos es capaz de cometer tamaño delito. Son hombres honrados, y con un ideal sincero y admirable. Cuanto más pienso en el asunto, más me convenzo de que hay que buscar por otra parte… ¿Cree usted haber encontrado a todos los personajes con quienes Serval estuvo en relación directa?

—Así lo supongo… A excepción, naturalmente, de Rabiroff, muerto hace algunos años, y de su pandilla de financieros venales.

—¿No olvida usted a nadie?

—A la mujer, a la linda Evelina.

—¡A eso vamos! Es indispensable dar con ella.

—Resulta curioso: está usted repitiendo exactamente lo que hace poco decía yo a mi redactor jefe.

—Y puesto que los escudriñadores obstinados, usted y yo, somos de la misma opinión, es que debemos de estar en lo cierto. Recuerde… ¿No le dije, no hace mucho tiempo, que en una investigación criminal puede llegar un momento en que el instinto del que busca desempeñe un papel predominante? Creo que ha llegado ese momento. No está todo claro en la historia de esa mujer, y lo más extraño es su súbita desaparición… ¿No le parece increíble que en todo ese tiempo no haya intentado ver nuevamente a Andrés Serval, por quien sentía tanta admiración?

Moreau miró a su interlocutor con creciente asombro, pero el inspector continuó hablando como si no se hubiese dado cuenta del interés despertado

por sus últimas palabras:

—Hace cuatro años y sesenta y dos días que se perdió en París toda huella de esa mujer… La última vez fue vista en un bar cercano a los Campos Elíseos, bar que ella frecuentaba antes de conocer a Rabiroff. ¿No sabe usted que hace bastante tiempo tenemos ficha de ella?

—No, nada sé.

—¡Una ficha bastante vulgar! La muchacha tenía cartilla antes de encontrar su *rara avis* en la persona del financiero… Cuando esto sucedió, se presentó en Prefectura para que el documento fuese anulado. A partir del momento en que ella pudo probar sus medios de existencia confesando, según la expresión de esas damas, que tenía un amigo serio que subvenía a sus necesidades, la Policía la dejó tranquila y ya no se la obligó a sus presentaciones habituales… Antes, Evelina había pasado por el ciclo corriente que la condujo de la protección oficial de Asistencia Pública a la, más oculta, de un amigo para quien trabajó durante varios años. Varias veces había pensado que sería interesante conocer al rufián, y eso me llevó a un descubrimiento extraordinario: la misma mañana en que, por consejo de su nuevo y rico protector, el financiero, Evelina se presentó para solicitar la retirada de su cartilla, el cadáver de su primer amante fue encontrado, traspasado por seis balas de revólver, en una desierta avenida del bosque de Bolonia. He dicho seis balas: todo el cargador. ¡Exactamente el mismo número que en el cuerpo de Andrés Serval! Sin hacer deducciones prematuras, puede asegurarse que el asesino del rufián había mostrado, para acabar con su víctima, el mismo encarnizamiento que tuvo la persona que mató a Serval. ¿Qué piensa usted de eso?

—Nada.

—¡Bravo! Si en su juventud no le hubiese picado la mosca del periodismo, pienso que hubiera usted podido ser un excelente policía… Pero, aun no sacando conclusión alguna de dos hechos relativamente alejados en el tiempo, siempre está permitido, habida cuenta de la semejanza entre ambos crímenes, aventurar una o varias hipótesis. Es un juego de ingenio que ofrece tantas ventajas como inconvenientes, pero que nunca detesto. Así, he ideado no una, sino muchas hipótesis, y todas me han llevado por una especie de extraño automatismo a la idea fija de que la misma mujer, esto es, la muchacha pelirroja, había desempeñado un papel en la existencia de dos hombres asesinados por el mismo procedimiento.

—Pero Evelina no desempeñó el menor papel en la vida de Andrés Serval…

—Sin duda alguna… Pero ¿quién nos dice que no aspiraba a tener uno?

Moreau permaneció silencioso.

—Compruebo con agrado que somos de la misma opinión —dijo Berthet sonriendo—. Era necesario, pues, encontrar a la bella desaparecida. Puedo anunciarle que ya se ha conseguido. Ha resultado menos difícil de lo que se podía suponer… Cuando se tiene como yo el triste privilegio de verse en la necesidad, por imperativos profesionales, de buscar constantemente lo que se llama, por cierto erróneamente, «el ambiente», acaba uno dándose cuenta de que una muchacha de su condición no se enmienda nunca… Puede haber altos en su existencia, que son aquellos períodos en que encuentra un mecenas cuyas larguezas le permiten llevar otra vida, pero tarde o temprano vienen los descensos, cuya profundidad no puede atisbar siquiera… Y vuelve a lo mismo por la necesidad de seguir viviendo. ¿Me comprende?

—Empiezo a apasionarme…

—La época en que Evelina vivió con Rabiroff, fue para ella un «alto» magnífico, pero cuando el financiero desapareció no dejando más que deudas y la amenaza de un escándalo —evitado sólo gracias a la extrema habilidad que Andrés Serval demostró—, la situación de la muchacha se convirtió en delicada. Empezó por apresurarse a desalojar la vivienda de la calle de la Faisanderie, después de tener buen cuidado de llevarse sus regalos «personales», que desgraciadamente se reducían a unos cuantos abrigos y algunas joyas. Sí, Rabiroff fue con su compañera infinitamente menos generoso de lo que cabría suponer. La vistió y la alhajó solamente para que no desentonase en los lugares de recreo donde él se exhibía, pero jamás, dado su espíritu rastreramente calculador, pensó en constituir para la hermosa criatura, de la que además no se fiaba, un capital que le permitiera esperar los acontecimientos con menos ansiedad… Por entonces, Evelina, fue interrogada varias veces por la Policía en relación con la trágica muerte de Rabiroff. Acabaron dejándola tranquila, puesto que de nada era responsable.

»Temiendo la indiscreción de los periodistas, la joven se instaló en casa de una antigua compañera del oficio; pero, transcurridas unas semanas, no pudieron entenderse. Evelina se marchó: desde entonces no hay rastro de su domicilio en París, aunque permaneció ocho meses en la capital. De todos modos, todo ese tiempo vivió sin duda en casas particulares, pues he hecho que comprueben todas las fichas de los hoteles y fondas.

»Incluso ignorando su domicilio, fue posible verla, desde luego con intervalos bastante espaciados, en el mismo bar donde la conoció Rabiroff años antes: el establecimiento está actualmente cerrado a consecuencia de una

riña que le costó la vida al dueño. Fue un vulgar ajuste de cuentas, como sucede frecuentemente en tales sitios, pero eso le indica que el lugar no gozaba de buena reputación. Las mujeres que los frecuentan son generalmente hermosas, pero ninguna hay que no tenga relación con un rufián… Y desde el momento en que tras su descalabro económico Evelina se vio obligada a volver a su antiguo ambiente, no podía escapar a la ley común del medio. Por otra parte, su vida con Rabiroff, aunque cómoda, debía de resultarle pesada. Por increíble que pueda parecer, es la verdad. Admitida, pues la existencia de un nuevo protector en la vida de nuestra heroína, no quedaba más que efectuar alguna investigación entre ciertos individuos que nos sirven de confidentes. Al fin pude encontrar al señor de Evelina: es un corso que lleva preso seis meses para purgar cierto pecadillo. Aún le quedan otros tres. Le he visitado en su forzosa residencia de Melun, haciéndole comprender que si me daba algunos informes sobre su linda amiga, yo procuraría inclinar a favor de él el platillo de “la buena conducta” en la balanza penitenciaria… No hay uno solo de esos individuos que ignore que la buena conducta puede comportarles una libertad anticipada.

»El señor se puso en razón. Después de todo, una Evelina más o menos no tenía importancia para él. A su salida de la cárcel conocerá a tantas pelirrojas como desee… Así, pues, he sabido que después de la detención de su protector, la muchacha consideró lo más prudente refugiarse en provincias, desde donde continuó enviándole durante algunas semanas sustanciosos paquetes…, pero esos envíos cesaron súbitamente. El honorable señor estaba tanto más apenado cuando que se veía obligado a rendirse a la evidencia: si su amiga no le colmaba ya de presentes, era por la sencilla razón de que había encontrado a otro. En suma, que se conducía como una ingrata. Pero ya le arreglaría las cuentas en cuanto él recobrara la libertad.

»Como todo se sabe con rapidez desconcertante en el medio, resultó que el nuevo protector de Evelina no era un corso, pero sí un individuo de África del Norte, que tenía distribuido su harén entre Génova y Marsella, a razón de una joven por cada ciudad importante. Esta vez la felicidad de Evelina debía de ser completa, pues se hallaba en manos de un verdadero jefazo. Lo más interesante de esto que acabo de contarle, naturalmente en secreto, es, mi querido Moreau, que todo lo sé hace unas veinticuatro horas.

—¿Cómo?

—Mi visita a la cárcel de Melun sólo data de ayer. Las noticias que le doy no pueden ser más recientes. A usted le toca valerse de ellas con rapidez y discernimiento, sin olvidar que debe proceder con bastante prudencia.

—¿Continúa usted burlándose de mí? De sobra sé que sus subordinados estarán ya actuando…

—Sí y no, amigo mío… Efectivamente, estamos sobre la pista del personaje, que seguramente no se nos escapará. Vigilamos también, con todo esmero, la actividad galante de su harén, a excepción de una de sus empleadas: la hermosa Evelina.

—¿Por qué?

—He considerado preferible no mezclarla en este asunto. Si la detenemos por esto, hay muchas probabilidades de que no nos diga nada referente a Andrés Serval. Si, por el contrario, continuamos dándole la impresión de que puede ejercer con toda tranquilidad el reprobable cometido a que se dedica, acaso sea posible conseguir de ella ciertas confidencias que tanto a usted como a mí nos son absolutamente necesarias. ¿Me comprende? Pero como ella no es aprendiza en la profesión, estoy convencido de que sólo se confiará a una persona de la que nada sospeche. Nuestros hombres no sirven para esto, por el indispensable tacto que hace falta… ¿Qué quiere usted? Yo no puedo explicarles a todos lo del maestro de obras ni como éste se había encastillado en construir una catedral. Por desgracia, los ingresos de la Prefectura son muy limitados y no nos permiten emprender cursos nocturnos de perfeccionamiento. En consecuencia, me veo obligado a interesar a la persona que, después de mí, ha estudiado mejor este curioso asunto. Y esa persona es usted, Moreau.

—No tendrá usted la intención de que actúe yo de soplón con respecto a esa joven…

—¡Lejos de mí tan abyecta idea! Siento bastante respeto por la noble profesión de usted y no iba a pedirle un trabajo tan repugnante… ¡No! Usted actuará a su arbitrio y de acuerdo con su idea, y únicamente en lo que interese a su investigación periodística. Ninguno de mis hombres se mezclará en el asunto. Ya sé que el aspecto «ley del medio» no le interesa. Y me parece muy bien. Lo único que para usted tiene importancia es saber por qué mataron a Andrés Serval. Por qué y por quién, pero esto será más difícil. Tiene usted la suerte de que su periódico no haya publicado hasta ahora más que informaciones poco extensas sobre el crimen de la calle de Verneuil y en forma bastante impersonal. Ningún artículo sobre el caso que nos ocupa ha aparecido con su firma, por la sencilla razón de que sus investigaciones aún no han terminado. Evelina, pues, no sabe nada de usted. No debe de ocurrirle lo mismo con respecto a sus colegas cuyo orgullo profesional los impulsó a poner su nombre al pie de artículos mejor o peor logrados. A ellos los conoce

la muchacha, o por lo menos sus nombres: éstos habrán quedado fijos para siempre en su memoria y nada podrán conseguir de ella. Con usted es diferente: cuando se le ve por vez primera, da usted la impresión de ser un gentil mozo. No tome a mal lo que voy a decirle; parece casi un principiante o un enamorado inocente. Usted no inspira desconfianza, y eso es magnífico. Pronto puede usted convertirse en confidente de la chica… Tómese el tiempo que necesite. Aquí tenemos paciencia de ángeles. De ángeles custodios, claro está. ¡Aprovéchese! Le doy una oportunidad extraordinaria para que realice la gran información de toda su vida. Lo único que le pido, a cambio, es que me deje leer las galeradas el día antes de su publicación… Con eso tendré bastante. Si hay medidas policíacas que adoptar, no actuaré hasta la misma hora en que aparezca el periódico. Y eso le hará figurar a los ojos del mundo como persona que todo lo adivina, que todo lo prevé. ¿No sonríe usted ante tan halagüeña perspectiva?

—Hay una cosa, sin embargo, que no llego a comprender: ¿cómo puede ser que una mujer de la índole de Evelina, que al fin y al cabo tiene cierta categoría y de la que todos los colaboradores de Serval me han hablado con una especie de oculta admiración…, cómo puede ser que tal mujer haya caído nuevamente en el ambiente de donde deliberadamente se apartó?

—No se deje impresionar a distancia por su belleza, de la que todos hablan. Espere a verla y a oírla sobre todo. Puede que le decepcione. Si Andrés Serval, que era un hombre refinado, no aceptó su colaboración, acaso fuera porque sacó de ella una impresión que no le convencía. Ya se lo he dicho: una muchacha así siempre será la misma.

—¿Y cómo puede haber caído tan bajo?

—No vaya a creer tampoco que su categoría es ínfima. Su trabajo lo realiza en una gran capital de provincias y la dirección acabo de anotarla en este trozo de papel, precisamente para comunicársela a usted. Reconocerá que soy buen amigo suyo cuando le doy tan interesantes señas. No tiene usted más que marchar, y en pocos días habrá terminado su información. No olvide su promesa de entregármela para que la lea veinticuatro horas antes de que sea publicada. Me debe esa pequeña recompensa a cambio de los datos que acabo de facilitarle. Y ahora sólo tengo que desearle buen viaje.

Moreau, que había mirado el papel antes de metérselo en un bolsillo, se levantó:

—Creo que no tuve un mal momento de inspiración cuando decidí venir a visitarle, inspector. Pero no estoy completamente convencido de que esa Evelina pueda aportarnos datos completos sobre la muerte de Andrés Serval.

No obstante, no deja de ser interesante conocerla: las descripciones que de ella he hecho hasta ahora, podrían ser modificadas… No hay nada más terrible en el periodismo que hablar de un personaje vivo al que no se conoce: éste, tarde o temprano, se venga desmintiendo todo lo que sobre él se ha escrito con la mejor buena fe del mundo. ¡Las personas vivas nunca están contentas! Es la verdadera razón de que nosotros nos dediquemos con más interés a los crímenes: los muertos no pueden protestar.

—¿Ni el maestro de obras?

—El caso suyo es diferente. Resulta incluso bastante curioso: desde el primer momento en que me mostré interesado por su muerte, tuve la impresión de que su sombra me espiaba, que me aconsejaba que fuera a ver a tal o cual, que me ayudaba a buscar la verdad… Esto que le digo podrá parecerle a usted estúpido —a usted más que a nadie, puesto que está habituado a las realidades de la vida y no tiene derecho a creer en el poder del más allá—, pero es lo cierto. Si he continuado estas investigaciones, si me he apasionado como jamás lo había hecho en mi vida, sé que es porque el propio Andrés Serval me anima…

Berthet miró con real curiosidad a su interlocutor antes de responderle:

—Contrariamente a lo que usted piensa, jamás negaré la fuerza de potencias sobrenaturales que se nos imponen… y tengo la seguridad de que el maestro de obras le acompañará secretamente en su viaje.

Pero cuando Berthet se quedó solo en su despacho, pensó lo mismo que Duvernier horas antes: «Todo este asunto es verdaderamente interesante, Moreau se deja aprehender por el indefinible ambiente que él mismo se ha creado. En el asunto Serval hay un poco de todo: misticismo y paganismo, honestidad y chantaje, sueños y realidades, sangre y amor… ¡Sí, amor! Acaso mucho más intenso de lo que creemos Moreau y yo. ¿No podría ser un amor desesperado el verdadero móvil del crimen? Sin embargo, parece increíble que la prodigiosa leyenda creada en torno al constructor de un templo haya desembocado en un vulgar crimen pasional. Eso sería terrible para finalizar la información de Moreau. A mí también me hubiera gustado conocer a Andrés Serval, y no como sombra precisamente».

Una hora después, Moreau subía al tren en la estación de París-Lyon. Aquella misma tarde estaba en Marsella, donde la pelirroja residía.

El periodista no perdió ni un momento: un taxi lo dejó en la dirección indicada por el inspector.

Después de llamar, esperó bastante tiempo antes de que fuera abierta la puerta de acceso, y sintió la desagradable impresión de que una mirada

inquisitiva le observaba tras la mirilla. Al fin fue introducido en un vestíbulo oscuro por una mujer de edad imprecisa y vestida de negro, que le preguntó con voz que se esforzaba en mostrarse indiferente.

—¿Qué desea usted, señor?

Moreau se extrañó de una pregunta tan inesperada en semejante lugar, pero comprendió que la prudencia más elemental debía de ser norma en aquel sitio. Y respondió con el tono más desenvuelto que en aquel momento encontró:

—Yo, señora, soy un constante seguidor de la belleza.

Una sonrisa imperceptible afloró a los labios de la mujer vestida de negro, que dijo más amablemente:

—Pase. Voy a avisar a la señora Anthenor.

Al oír el extraño nombre, ya escrito por el inspector Berthet en el trozo de papel que, le había entregado, el periodista comprendió que su interlocutora era una subalterna.

El salón donde se encontró solo, esperando a la señora Anthenor, estaba amueblado con gusto bastante discutible. El almohadillado de los muebles, la araña de bronce, el polvoriento aspecto de las paredes daban al visitante la impresión de hallarse en un burgués interior provinciano y no en una casa especial. Sólo algunos grabados sugestivos desmentían la primera impresión causada.

Al fin apareció la señora. Lo que más llamaba la atención en ella era la gran cantidad de alhajas falsas que había logrado acumular sobre su opulenta persona: largos pendientes de brillantes falsos, collares de falsas perlas de triple hilera, pulseras de diamantes falsos, una esmeralda falsa en el anular izquierdo, rubíes falsos en el anular derecho… Tenía decolorados los cabellos, el rostro no denotaba la edad, la pintura estaba maltrecha, el perfume era de escasa calidad y la voz demasiado suave para ser sincera:

—Buenas tardes, señor. Me parece que es la primera vez que tengo el placer de recibir su visita.

—En efecto, señora —respondió Moreau con deliberada timidez. Se acordaba de las palabras del inspector: «tiene usted aspecto de principiante. No inspira desconfianza». Si aquella señora, que sin duda tenía costumbre de juzgar a la clientela al primer golpe de vista, caía en el lazo, Evelina no iba a ser más perspicaz.

La modesta actitud del joven debió de impresionar favorablemente a la señora Anthenor, que le preguntó con voz cada vez más amable:

—Sin duda está usted de paso en Marsella…

—No se le oculta nada…

—Apostaría que es usted parisiense. Es fácil reconocer a los parisienses… ¿Qué puedo hacer por usted?

—Un amigo mío, que de vez en cuando viene a Marsella, me recomienda a usted…

—¿Está contento de nuestro trato?

—Muy satisfecho.

—Lo celebro. Hacemos lo posible para que nuestros amigos estén contentos. ¿Cómo se llama ese amigo de usted?

—Me parece conocerlo bien y creo que nunca le habrá dicho su apellido; sólo su nombre: es una persona muy conocida, de bastante más edad que yo. Se llama Pedro…

—¿Pedro? —repitió la señora Anthenor rebuscando en su memoria—. Evidentemente, ese nombre no me dice gran cosa… Pedro y parisiense…. ¡Ah, ya caigo! ¿No es ese señor tan amable que tiene las sienes ligeramente plateadas?

—¡Sin duda alguna! —respondió vivamente Moreau, encantado de oír tal comienzo de descripción de un personaje que acababa de inventarse.

—Es un buen cliente. Por cierto que hace ya tiempo que no se le ve por aquí.

—Está muy ocupado… Los negocios…

—Cuando le vea, no olvide transmitirle nuestros amistosos saludos.

—Indudablemente los agradecerá. Y el hecho de que me haya dado la dirección de usted es la: mejor prueba de sus sentimientos hacia esta casa.

—Puesto que los amigos de sus amigos son igualmente nuestros, dígame, señor, en qué puedo servirle… Ante todo, ¿cómo debo llamarle? Dígame simplemente su nombre, lo mismo que su amigo: yo soy muy discreta.

—Jacques —lanzó Moreau.

—Un nombre muy adecuado… Le escucho.

El joven parecía cada vez más intimidado. Casi balbució:

—Yo… Es que… me gustaría conocer a cierta joven.

—¡Ya! ¿Qué clase de mujer? —la voz de la señora Anthenor se hizo acariciante para acabar incitándole—: Diga, joven…

Él pareció dudar antes de comunicar el secreto de su íntimo pensamiento, y acabó diciendo de un tirón:

—Una pelirroja de ojos verdes.

Y respiró como sintiéndose aliviado.

—Muy bien. Da prueba de tener muy buen gusto. Yo soy de su mismo parecer. Pero tenga presente que no es nada fácil. Atravesamos momentos difíciles. Hemos de observar bastante prudencia. Otras casas rivales sienten celos de nosotras. Y estamos expuestas a una denuncia. De todas maneras, aunque hemos de limitarnos a efectuar presentaciones, como tenemos licencia de hospedaje, puede usted llenar una ficha, que se hará desaparecer en cuanto usted se marche.

—Su organización recuerda mucho la de las agencias matrimoniales.

—Un poco. Muchos de los conocimientos iniciados aquí han terminado en excelentes casamientos, lo cual nos sirve de alegría. Es natural; nuestra clientela se compone de señores de la mejor sociedad: industriales poderosos, armadores, terratenientes…

Moreau aclaró:

—Me ha dicho mi amigo que tiene usted mucho gusto en la elección de las jóvenes que presenta. Incluso creo recordar que me habló de una, precisamente pelirroja y de ojos verdes, de la que guarda un recuerdo magnífico. Una tal Evelina… ¿No le dice nada ese nombre?

La señora Anthenor hizo un nuevo esfuerzo de memoria antes de responder:

—¿Evelina? No caigo… Es un nombre bastante corriente, y por cierto encantador… ¿No se la describió su amigo?

—Me dijo que era alta, esbelta, pelirroja y de ojos verdes. Precisamente el tipo femenino que más me agrada.

—Conozco bastante a otra pelirroja muy gentil, pero no tiene ojos verdes. Es corsa.

—¿Corsa? —preguntó Moreau—. Puede que sea… A lo mejor me he equivocado de nombre. ¿Cómo se llama?

—María… Algo entrada en carnes, pero linda y bajita.

—¿Bajita? Entonces no debe de ser la joven a quien se refería mi amigo.

Sin saber por qué, Moreau tenía la convicción de que la antigua amiga de Rabiroff era alta, esbelta, con talla de maniquí. Pero sin duda Evelina habría cambiado de nombre para ocultar su verdadera identidad. Era estúpido no haber pensado antes que la mayoría de esas jóvenes adoptan un nombre profesional, y añadió aventuradamente:

—Creo recordar también que mi amigo Pedro me dijo que la referida joven es parisiense.

—En Marsella hay muchas parisienses —respondió vivamente la señora a Anthenor, que tenía por norma fundamental no dejar marchar a un cliente sin

antes intentarlo todo para satisfacer sus deseos. Sólo de ese modo podía afirmarse la buena reputación de una casa. Y añadió, con súbita inspiración:

—Espere… Estos parisienses son terribles… Dondequiera que estén, siempre quieren hablar con mujeres de la capital. Recuerdo que su amigo era igual que usted. Y precisamente por eso tuve uno de los pocos incidentes de mi profesión.

—¿Un incidente? —preguntó Moreau, súbitamente inquieto.

—Sí, una de las últimas veces que vino —hará de esto cinco o seis meses—, no había más que una parisiense de primera calidad que presentarle. La llamé, pero cuando le dije, creyendo que le agradaría, que iba a conocer a un paisano, me respondió que no pensaba acudir y que se abstendría si la llamábamos para relacionarla con parisienses. Reconozca que el caso es rarísimo. Yo me sentí enojada por no poder acceder a los deseos de su amigo. Él se marchó algo disgustado y muchas veces he llegado a preguntarme si será ésa la razón de que no hayamos vuelto a verle. Yo soy una mujer honrada, señor, y no entra en mis hábitos engañar a la clientela. No es posible sustituir a una parisiense auténtica.

—Su escrúpulo profesional la honra, señora… Pero ¿por qué diablos no quería esa muchacha conocer a ningún parisiense?

—Jamás he podido saberlo. Cada vez que se le habla de París, ella cambia de conversación como si le horrorizase ese nombre. Es probable que conserve malos recuerdos de su juventud en la capital. De las mujeres hay que esperarlo todo, señor.

—¿Y dónde está actualmente esa joven?

—Sigue en Marsella… La tengo puesta en cuarentena y recurro a ella pocas veces. Ella sí que tiene los ojos verdes. El amigo de usted no ha llegado a conocerla. Y no se llama Evelina, sino Fabiana.

—¿Tiene usted por casualidad un retrato suyo?

—No, sólo hacemos presentaciones directas.

—Comprendo. ¿Qué clase de mujer es?

—Muy interesante y nada tonta.

—¿Han vuelto a hacerse amigas?

—No queda otro remedio. Tengo que reconocer que a todos a quienes se la he presentado, se han declarado encantados de conocerla.

—¿Podría usted llamarla?

Sintió que la señora Anthenor vacilaba. Pero ella acabó diciendo:

—Es usted muy gentil y me gustará complacerle, aunque sólo sea para reparar indirectamente el chasco que se llevó su amigo… Voy a llamarla. Si

tiene usted paciencia para esperar un poco, ella podrá estar aquí dentro de media hora o de cuarenta minutos cuando más. Pero tenga en cuenta que me veré obligada a mentirle, cosa que no me gusta. Tendrá usted que prometerme que no le dirá lo contrario de lo que yo voy a hablarle por teléfono.

—Le diré cuanto usted ordene.

—Muy sencillo: que no viene usted de Paris, sino de Béziers.

—¿Y por qué de Béziers?

—Porque es una población donde ella seguramente no ha puesto nunca los pies.

—Será necesario entonces que se me note determinado acento.

—¡No exageremos! En Béziers hay mucha gente que no tiene deje alguno… A partir de ahora, será usted el hijo de uno de mis antiguos clientes, importante comerciante de vinos en Béziers. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente. Incluso hay una ventaja: poseo algunos conocimientos vinícolas.

—Ella también, pero eso no hace al caso… ¿Qué tomará usted mientras la espera? ¿Un poco de champaña?

—Como a usted le parezca…

—Champaña entonces.

Ya había abierto la puerta para llamar con voz seca:

—¡Elena!

La mujer vestida de negro reapareció y, silenciosa, deferente y comprensiva, permaneció en el umbral mientras su patrona le daba órdenes:

—El señor, que nos ha sido recomendado por uno de nuestros mejores amigos, espera a la señorita Fabiana… Hágale llevar al gabinete japonés una botella de «Mumm 49»… Creo, señor que se sentirá usted más a gusto en la habitación adonde van a llevarle… Es menos ceremoniosa… No olvide, Elena, enseñarle al señor dónde está el timbre del gabinete para que pueda llamar si necesita algo… ¿Desea usted, señor, que se le lleven algunas pastas con el champaña? Ante el gesto vago del joven, dando a entender que le era en absoluto indiferente, ella se despidió:

—Hasta luego.

La señora vestida de negro le dijo en tono meloso e impersonal:

—Si tiene usted la bondad de seguirme…

Así lo hizo, e instantes después se hallaba solo ante una botella de champaña que una amable sirvienta había colocado en un cubo de hielo, al tiempo que le decía con voz estúpida.

—Así estará más fresco.

—Son dos mil francos, señor, sin incluir el servicio.

Moreau pagó añadiendo la propina y pensando que la espera iba a costarle cara. Pero era un riesgo que tenía que correr. ¿No sería aquella Fabiana de ojos verdes, llamada por teléfono, una Evelina que se ocultaba bajo una identidad profesional?

Sobre la bandeja que la criada había llevado, veíanse dos vasos, el del cliente y el de la visitante. Era detestable aquello: el joven apartó la vista de la ridícula bandeja para observar el gabinete japonés. Estremeciose: éste era aún peor.

La exótica y polvorienta habitación olía a humedad: no tenía ventana alguna. La luz provenía de espantosos aparatos eléctricos de estilo 1900, que recordaban la bella época del hierro sobredorado, de las hojas de zinc y de los brazos de bronce. A cada lado de la única puerta, por la que pronto aparecería la esperada joven, habían colocado dos plantas verdes medio asfixiadas por los vapores del calorífero y que sólo estaban deseando morir… El moblaje se reducía al velador sobre el cual se hallaba el cubo con la botella de champaña, a un sillón cuyo tapizado era indefinible y a un canapé en cuyo respaldo figuraba un encaje amarillento.

Moreau escogió el sillón. De todas las paredes colgaban espejos murales que reflejaban hasta lo infinito el reducido mobiliario… Hundido en el sillón, el joven sentíase en ridículo: todo aquello era falso y triste.

Pasados unos minutos, Moreau empezó a preguntarse si el inspector Berthet se habría burlado de él. De ser así, y si llegaban a saber en su periódico que se había dejado engañar como un adolescente, no le quedaría más remedio que cambiar de profesión. Pero ¿no debía arriesgarlo todo en su intento de conocer a la joven pelirroja? El que fuera rubia la mujer cuya llegada esperaba con ansiedad, no quería decir que no se tratara de la persona buscada. El color de los cabellos no significa nada en nuestros días: en pocas horas las morenas se convierten en rubias, las rubias en morenas y las pelirrojas adquieren un tinte de platino. Lo más importante era que la muchacha anunciada por la señora Anthenor tenía los ojos verdes, lo que no era frecuente. «Menos mal —pensó el periodista— que las mujeres no pueden todavía alterar el color de sus ojos». Se reprochó amargamente no haber caído en la cuenta de preguntar a Berthet si tenía alguna fotografía de Evelina. Seguramente los servicios de identidad policíaca conservarían retratos de la joven cuando ésta se hallaba sometida a vigilancia. ¿Quién decía que no hubiera vuelto a las andadas? Berthet nada le había dicho respecto a esto. Lo más insensato de todo era que Moreau no tenía idea alguna de la mujer que

buscaba. Las vagas descripciones que había podido arrancar a los colaboradores de Andrés Serval, se limitaban a líneas generales: «Evelina era pelirroja y tenía los ojos verdes… También era alta, esbelta…». Centenares de mujeres en el mundo podían responder a las mismas señas… Desde el primer día en que oyó pronunciar a la portera de la calle de Verneuil el nombre de Evelina, la ardiente imaginación del joven no cesó de representarse a la desconocida bajo aspectos diferentes. ¿No había sido, sucesivamente; la mujer fatal que había jugado con los corazones de hombres endurecidos como Rabiroff, la rendida admiración de un maestro de obras y finalmente, según decía Berthet, una muchacha perdida? Moreau no sabía nada más… Lo único cierto era que en aquella única presencia femenina en la vida de Serval había algo extraordinariamente fascinador. Sin siquiera darse cuenta, el periodista estaba un poco enamorado de la mujer misteriosa acerca de la cual ni Rodier ni Legris ni Duval, ninguno de los artesanos interrogados, se habían mostrado muy expresivos. Cada vez que el joven había insistido en preguntarles si la muchacha era verdaderamente bonita, los jefes de gremios le habían mirado con asombro, como si les hiciese una pregunta superflua. La belleza femenina significaba poco para aquellos hombres rudos y sencillos en cuya existencia pesaría siempre el advenimiento del hombre de cabellos blancos que había conseguido arrastrarlos a una de las más nobles ilusiones del mundo. ¿Cómo podían interesarse por una mujer si todos no tenían en su cabeza más que una idea, lo mismo que su jefe: edificar el templo? Pero Moreau era joven: un deseo real de conocer a Evelina por sí misma se había adueñado progresivamente de su corazón suplantando a veces la curiosidad profesional. Así, la espera en el gabinete de los espejos le pareció interminable.

Al fin, la señora Anthenor reapareció para anunciarle:

—La persona que esperaba, ha llegado, señor… Vendrá enseguida para que pueda conocerla.

Y volvió a salir sin esperar respuesta alguna.

Moreau se levantó ansioso. Se apoyó en el sillón esforzándose por aparentar tranquilidad y sin perder de vista la puerta… Ésta se abrió otra vez, sin ruido, al cabo de unos instantes, para dar paso a una mujer alta, cuyos ojos eran de color gris azulado o verdes, según los reflejos de la luz tamizada, y cuyos cabellos eran rubios de platino.

* * *

Hubo un momento de silenció.

La joven se había detenido en el umbral, no por timidez, pues debía de tener gran experiencia en eso de las presentaciones, sino para observar a aquel cliente desconocido que tantos deseos de conocerla había mostrado. El examen fue implacable: Moreau sintió, en algunos momentos muy rápidos, incluso una expresión de crueldad… La criatura aquella no debía de ser nada cariñosa a pesar del oficio a que se dedicaba. Era alta, de una talla muy por encima de la corriente en las mujeres, e iba vestida con un esmero que no correspondía al anticuado marco del gabinete japonés. En otra parte, acaso hubiera podido causar ilusión; pero, en casa de la señora Anthenor, el aspecto de mujer mundana se sobreponía al de muchacha de vida equívoca.

Notó el joven que sus caderas estaban demasiado desarrolladas; su cuerpo revelaba a una mujer que había superado con creces los treinta años y que debía de hacer esfuerzos desesperados para parecer más joven de lo que era. El rostro, ya marchito, indicaba que había vivido sus años demasiado intensamente: la muchacha, más que bella, resultaba sensual… Una sensualidad a flor de piel que se ofrecía a cualquiera. Para ella, la vida de placer tenía un carácter estrictamente comercial.

Sus ojos se mostraron suplicantes. También había en ella un aspecto de esclava, de muchacha sumisa. Su piel … —y éste fue el detalle que más sorprendió al periodista— denotaba, sobre todo en el nacimiento del cuello, la existencia de pequeñas pecas… Aquella chica de cabellos decolorados era una auténtica pelirroja: Moreau estaba decepcionado de que Evelina no fuera tan hermosa como él la había imaginado muchas veces, y también atribulado de conocerla en tan lamentables circunstancias. Pero ¿era la linda Evelina? Nada lo probaba. Terminado su examen silencioso, la muchacha avanzó hacia él para tenderle la mano, una larga mano que apretaba suavemente, diciéndole con voz más bien vulgar:

—¡Hola! ¿Cómo se llama usted?

—Jacques…

—Y viene de Béziers, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es bonita la ciudad?

—Sí y no. Depende de cómo se la mire.

—Como una mujer. La observación sorprendió a Moreau. Su interlocutora no tenía nada de tonta. Él tendría que mostrarse más listo para llegar a saber si se encontraba o no ante la antigua compañera de Rabiroff. Por eso preguntó

con el tono de un muchacho que no sabe cómo seguir la conversación con una mujer que lo intimida:

—¿Y usted? ¿Es de Marsella?

—Eso no tiene ninguna importancia… ¿Qué significaría para nosotros que usted lo supiera?, o le parezco bien o no. Dígalo. Me gusta la franqueza.

—Lo mismo que a la señora Anthenor…

Un destello, como indicando que la joven se preguntaba si se estaría burlando de ella, atravesó rápidamente su mirada, pero lo atenuó pronto con una leve sonrisa y diciéndole:

—¿Por qué tenía usted tantas ganas de conocerme?

—Hace tiempo que deseaba entablar amistad con una muchacha de ojos verdes.

—Pues ya la tiene ante usted. Espero no haberle decepcionado.

—Al contrario. ¿Sabe que me gusta su nombre? ¡Fabiana! No es nada frecuente…

Lo más decepcionante en aquella mujer era su voz cascada, incluso ronca. Moreau pensó que si la voz se hallaba en aquel estado, debía ser porque la joven bebía… Había cierto abotagamiento en sus facciones, y la prematura tendencia a engordar tenía que provenir de la bebida… La propia señora Anthenor le había dejado entender que la muchacha a quien iba a conocer era aficionada a ese vicio. De ser así, acaso el periodista hubiera encontrado el medio de hacer hablar a Fabiana. Llenó inmediatamente una copa de champaña, que le ofreció, pero ella rehusó diciendo:

—¡Ese no vale nada! Ahora tomaremos otro mejor. Conozco la casa.

Apenas había terminado esta afirmación, reapareció la señora Anthenor, sonriendo.

—¿Qué, está contento de haber conocido a nuestra hermosa Fabiana?

—Encantado, señora.

—Tanto mejor… Pero no se queden en este gabinete. Pasen a otro, que es el que prefiere Fabiana. Allí podrán charlar más tranquilos.

—Para luego es tarde —dijo la muchacha dirigiendo esta vez su más encantadora sonrisa al visitante.

Cuando ella salió, Moreau se halló de nuevo frente a frente con la señora Anthenor, que le dijo sin rodeos:

—No lo tome a mal, señor, pero le agradecería que me entregase alguna cantidad a cuenta. La nueva botella…

—¿Qué nueva botella? Ésta apenas está empezada.

—Lo sé, pero Fabiana siente horror por el champaña que no está bien helado. Por eso ya hice poner en hielo otra botella de mejor calidad… En total, cuatro mil ochocientos francos, servicio aparte.

—Debo decirle, señora, que antes le di una propina a la sirvienta.

—Mejor que mejor; así esta vez puede dársela a Elena… Para ella será un placer. Por lo demás, si quiere usted hacerle un regalo personal a Fabiana, póngase de acuerdo con ella.

Moreau pagó sin decir más y siguió a Elena, que le condujo al otro gabinete. Mientras él subía la escalera, precedido por la señora vestida de negro, pensó que si Fabiana no era Evelina, el día iba a ser caro para él, pero que le resultaría barato si la joven de cabellos decolorados era la rendida admiradora de Andrés Serval. Tenía que aclararlo pronto, sus medios financieros eran limitados y no le permitían multiplicar tales aventuras.

La muchacha le esperaba ya. Sentada descuidadamente, Fabiana parecía soñar mientras fumaba un cigarrillo.

Colocada en una mesita baja, la segunda botella esperaba en un cubo de hielo, escoltada por dos vasos y un plato en el que la generosidad de la señora Anthenor había colocado unos bizcochos…

En cuanto el joven entró, ella se apresuró a levantarse para correr el cerrojo interior de la puerta, que acababa de cerrarse sin ruido tras Elena.

El movimiento de la joven fue maquinal, así como su retorno hacia la botella, cuyo contenido empezó a verter en las copas sin decir una palabra. La botella, al volver al cubo de hielo, tuvo una resonancia siniestra… Era como una señal que quisiese decir que todo se hacia allí con automatismo absoluto.

Ningún ruido exterior notábase en aquel gabinete, donde reinaba el silencio monacal impuesto por el reglamento interior de la perfecta organización de la casa.

La muchacha alargó la copa a Moreau, preguntándole con voz ligeramente arrastrada:

—¿No tienes sed?

A partir del momento en que echó el cerrojo, parecía ella tener derecho a afirmar su poder femenino tuteando al visitante, que dio la impresión de considerar aquello normal, puesto que respondió:

—Tanta como tú.

Y saborearon la primera copa. Él pudo comprobar que ella vaciaba la suya de un trago. Cuando la dejó sobre la bandeja, pasó su lengua por sus carnosos labios diciendo con satisfacción:

—Bien sabía que éste sería bueno.

Y llenó de nuevo las copas. Ella observaba: todos sus ademanes eran mecánicos y las palabras serían las mismas que otras veces habría dicho y volvería a decir. La joven no podía cambiar ni parecía intentarlo. Para ella, un hombre no era más que un hombre, con el que repetiría perpetuamente la misma farsa. Moreau se dio cuenta inmediatamente: la chica que tenía ante sí —fuese Fabiana o Evelina—, era una experta profesional.

—¿Por qué no te sientas? —le preguntó ella.

—No tengo costumbre de frecuentar lugares como éste —confesó él esforzándose en dar carácter juvenil a su respuesta.

Esta confidencia acabó de infundir confianza en la joven, que era lo que precisamente buscaba Moreau para llevarla insensiblemente a la única conversación que le interesaba: si era o no Evelina. Pero cuanto más la observaba, más creía hallarse en un camino falso. Incluso llegó a preguntarse si la mujer sentada junto a él había sido verdaderamente hermosa. En aquel cuarto, escasamente ventilado y de luz difusa, donde todo era mentira, la brillantez de la joven en los primeros minutos de conversación empezaba a apagarse. La verdadera naturaleza adquiría ventaja; y los vicios acumulados por años de desenfreno salían a la cara: la bebida y tal vez las drogas acentuaban la decadencia. Las arrugas parecían indelebles. Cuando la boca se esforzaba en sonreír, daba la impresión de un rictus de cansancio o de amargura.

Moreau le ofreció otro cigarrillo, que ella encendió vulgarmente con la colilla del anterior. No dejaba de fumar más que para beber. Rápidamente quedó vacía la segunda botella.

—¿Y si pedimos otra? —Y sin esperar la respuesta, llamó.

Como si estuviese esperando, la sirvienta dio con los nudillos en la puerta, cuyo cerrojo acababa de descorrer Moreau: una tercera botella sustituyó a la segunda en el cubo de hielo. El joven quiso pagar, pero la criada respondió amablemente:

—No se apresure. Luego pagará.

Y desapareció discretamente.

Moreau comprendió que a partir de la tercera botella, la casa comenzaba a considerarle como un cliente serio. Progresaba, pues, y estaba decidido a llegar hasta el fin de la innoble experiencia si ello era necesario.

Volviendo a llenar la copa de la joven, advirtió a ésta:

—Lo que voy a decirte te parecerá estúpido, pero no comprendo como a una muchacha como tú puede gustarle este sitio.

—No eres el primero que me lo dice. Y te responderé lo que a los demás: que aquí o en otra parte, todo es lo mismo.

—¿Estás incomodada conmigo?

—¿Yo? De ninguna manera. Conozco a muchos clientes que vienen a charlar como tú. Además, eres muy correcto. Seguramente tendrás alguna amiga en Béziers…

—Tengo novia.

—¿Es bonita?

—Sí, pero sus ojos no son verdes.

—¿Cómo se llama?

—Jacqueline…

—¡Es gracioso! Tú Jacques y ella Jacqueline. Será curioso cuando forméis un hogar.

La tercera botella estaba ya casi vacía: ella era la que bebía; él sólo aparentaba hacer lo propio.

La muchacha se adelantó a sus deseos:

—Voy a decir que nos traigan una botella de dos litros.

Y le sonrió mientras llamaba. La criada recibió la orden con expresión de éxtasis y desapareció.

Moreau sabía que su reputación iba a subir en la casa.

—Eres muy joven —dijo la muchacha mientras esperaban la cuarta botella—, pero todo un señor. No es corriente conocer a personas de tu edad que sepan vivir tan bien.

La criada reapareció y descorchó la botella. Los ojos verdes siguieron con satisfacción sus ademanes, que se sabían de memoria. Cuando volvieron a quedarse solos, ella apartó la mirada de la botella para llevarla un instante sobre las paredes de la habitación. Entonces notó Moreau que había una especie de inquietud latente en aquellos ojos, como si intentasen evitar una visión lejana…

En cuanto vació ella una nueva copa, el periodista creyó que ya no tendría fuerzas para ocultar un secreto si él sabía conducir bien la conversación. Le dijo con gran suavidad:

—Fabiana… Ella se sobresalió y preguntó:

—¿Por qué te diriges a mí de esa manera?

—Porque me gusta el nombre y quiero acostumbrarme a decirlo. Me parece muy adecuado para ti. Fabiana… ¿Es tu verdadero nombre?

—Ya comprenderás que yo no voy a echar a perder mi verdadero nombre para este trabajo. Todas tenemos nombres ocasionales. Aquí me llamo

Fabiana, pero en otra parte acaso utilice otro nombre. Eso sí: no acepto más que los distinguidos. Eso de Lulú y Cora quede para otras… ¿Y tú?, ¿de verdad te llamas Jacques?

—Desde luego. De padres a hijos todos en nuestra familia llevamos este nombre.

—¿Viven tus padres?

—No. ¿Frecuentas otras casas?

—Sólo concurro a sitios elegantes. Éste es el más selecto de Marsella.

—¿Y no has trabajado nunca en París?

—¡Lo odio!

La respuesta fue inmediata y sincera.

—Pues creo que allí te desenvolverías mejor.

—¡Estás loco! En París hay demasiadas mujeres.

—¿Vives en el barrio?

—¡Curioso! Mis señas no interesan a nadie, ni tampoco mi vida privada.

—¿La tienes?

—¡Vaya pregunta! Como todo el mundo.

—Entonces, para volver a verte tendré que venir aquí.

—Sin duda.

—Lo siento. Me hubiera gustado verte en otra parte. Por ejemplo, invitándote a comer o a cenar: a tu elección.

—Imposible, por dos razones: porque no me gusta hablar con clientes fuera de las horas de trabajo y porque no quiero traicionar a la señora Anthenor.

—Nadie lo sabría.

—Eso crees tú. Podrían verme.

Moreau vaciló unos momentos antes de decir:

—Discúlpame, pero he de dejarte.

—¿Ya?

—Estoy en Marsella por asuntos de negocio, pero tengo la impresión de que contigo voy a olvidarlos enseguida. ¿Quieres que volvamos a vernos mañana a la misma hora?

—Sí. Pero no en este gabinete. Hay otro mejor: todo azul. Me gusta más. Espera un momento. Voy a pintarme los labios.

Así lo hizo: los sensuales labios estaban manchados de la bebida. Él sintió náuseas y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara.

La joven, demasiado ebria, se acercó a él balbuciendo:

—Eres muy simpático, pero tímido…

—¡Tengo que irme!

—¡Un minuto! Voy a llamar para que te acompañen.

—Hasta mañana.

—Adiós —dijo la joven volviendo a llenar su copa.

* * *

La señora Anthenor esperaba abajo:

—¿Qué, señor, ha ido todo bien?

—Muy bien. Es encantadora… Volveré mañana a la misma hora.

—Ya sabe que aquí tiene su casa.

—Hoy llevo un poco de prisa… ¿Qué le debo por las botellas que aún no he pagado?

—Permítame que le ofrezca la tercera… No tiene usted que pagar más que la de dos litros.

—Es usted muy amable.

—En total, cinco mil francos…

Nuevamente sintió náuseas, pero pagó sin inmutarse.

—Hasta la vista, señora.

—Hasta mañana, señor.

Aunque había procurado beber poco, el aire de la calle le parecía indispensable.

Sentía pesadez en la cabeza y vacío en su espíritu. Sobre todo, tenía la impresión de hallarse todavía impregnado de olor a humedad que había en cada una de las habitaciones de aquella casa de ilusiones y falsas confidencias. Al dirigirse hacia el centro de la población, empezó a reflexionar: ¿había hecho bien, o se había equivocado no llevando más lejos su interrogatorio? Un presentimiento le había aconsejado que no debía precipitar las cosas para arrancar a la muchacha su secreto si realmente se trataba de Evelina. Seguramente ella se habría serenado y no hubiera dicho palabra alguna. Actuando con prudencia, había conseguido hacerse amigo de Fabiana. El siguiente sería el gran día en que ella se lo dijera todo, puesto que la encontraría totalmente confiada. Le desagradaba el papel que estaba interpretando, pero no había otra solución. El inspector Berthet se lo había hecho comprender así.

Si por el contrario la joven no era Evelina, sino una Fabiana cualquiera, todo su trabajo era inútil y el dinero que había gastado dándoselas de gran señor, constituiría para él una pérdida irreparable… Este último pensamiento

le impulsó a entrar en la primera sucursal de Teléfonos que encontró, a fin de llamar con urgencia a su redactor jefe. A aquella hora Duvernier debía de estar en el despacho.

Rápidamente contestó al otro extremo del hilo:

—¿Dónde se halla usted? —fue la primera pregunta de Duvernier.

—En Marsella.

—¿Qué hace usted ahí?

—Continúo mis investigaciones.

—No irá usted a decirme que la hermosa desaparecida se encuentra en Marsella…

—Podría ser. Tengo una pista excelente… Pero no es nada fácil y me cuesta mucho dinero. Me queda poco, y si me faltan las municiones habré de parar.

Con gran sorpresa suya, Duvernier le preguntó:

—¿Cuánto necesita?

—Por lo menos cincuenta mil.

—Eso debe de ser serio… ¿Adónde he de enviárselos?

—A mi hotel, por giro telegráfico. Le digo la dirección.

—Ahora mismo daré las órdenes necesarias.

—Lo tendrá usted dentro de dos horas. ¿Nada más?

—¡Gracias!

—¡Buena suerte!

Duvernier colgó seguidamente. Moreau estaba asombrado: por vez primera, el redactor-jefe depositaba en él toda su confianza. ¿No era una prueba evidente de la excelencia de su información? Aquello le infundía valor: llegaría hasta el fin de la extraña aventura.

No salió de Teléfonos antes de hacer una nueva llamada a París:

—¿Es la Prefectura? Póngame con el 212… ¿El inspector Berthet? ¿No está ahí? ¿De viaje durante cuarenta y ocho horas? Bueno… No, no tengo que hacer ningún encargo: volveré a llamarlo.

Colgó, un poco fastidiado: hubiera querido rogarle a Berthet que le enviase con urgencia una fotografía antropométrica de Evelina en su etapa anterior. Puesto que había visto a Fabiana, la tal fotografía era indispensable para él. Se reprochó de no habérsela pedido al inspector antes de salir de París.

Todo el resto de la velada estuvo paseando por Marsella al tiempo que punto por punto proyectaba la «sesión» del día siguiente, que consideraba decisiva. Cuando volvió al hotel para descansar, esperábale el aviso del giro

telegráfico mandado por Duvernier. Por la mañana iría a la oficina central para cobrarlo. La noche le pareció interminable y le costó bastante trabajo dormirse: obsesionábale el marchito rostro de la joven de ojos verdes y cabellos decolorados. Cada una de las palabras que ella había dicho le volvía a la memoria, y del diálogo cambiado en la habitación de cerrados postigos sacó tres consecuencias: la muchacha tenía horror a París, donde seguramente había nacido o vivido cierto tiempo: su vocabulario arrabalero la traicionaba. Negábase a verse con un cliente fuera de la casa de la señora Anthenor: eso probaba que desconfiaba, de algo. Por último, no podía resistirse a la atracción de la bebida: para él significaba el mejor recurso. Un recurso innoble, pero infalible.

Al día siguiente, a las dos, la señora vestida de negro le introdujo en el gabinete azul tan elogiado por Fabiana. Esta se encontraba ya allí, más serena que la víspera y con una sonrisa menos amarga. Llevaba un traje distinto, que armonizaba vagamente con la tonalidad de la habitación… Otra botella de champaña había a la vista, con dos copas y la bandeja de bizcochos, un poco más duros que el día anterior. Las cortinas estaban corridas; la luz, tamizada; la atmósfera, siempre enrarecida por el olor a humedad añadido al del perfume con que la joven se había vaporizado para su segunda entrevista con el tímido galán. La máquina de seducción, cuidadosamente vigilada por la señora Anthenor, estaba de nuevo en marcha.

La única diferencia era que esta vez nadie se había permitido pedirle al joven que pagara por anticipado: el periodista comprendió que definitivamente había sido clasificado entre la clientela seria.

La joven cerró la puerta y al acercarse, él sintió aún más enojoso el olor del perfume que el del vino.

—¿Contento de verme otra vez?

—Naturalmente.

—Yo también… Temía que no vinieras.

—¿Por qué? Yo no tengo más que una palabra.

—Lo sé… Pero entre lo que los hombres prometen un día y lo que hacen al siguiente, media un abismo. ¿Te gusta esta habitación?

A él le parecía idéntica a la otra, a excepción del color, pero respondió:

—Me parece más íntima.

—Tienes razón. No he querido que volviéramos a verlos en la otra… ¿Me juras no decirle a nadie lo que voy a comunicarte?

—Jurado.

—En el gabinete rosa hay micrófonos.

—¿Micrófonos?

—Sí… Allí llevan a cada nuevo cliente. ¡Hay que prevenirse! En un puerto como éste se encuentra toda clase de personas: tipos que parecen distinguidos y que resultan unos granujas, o policías… Conviene la mayor prudencia… Gracias a los micrófonos, la dueña escucha desde su despacho todo lo que se dice en el gabinete.

—Pues ahora debe de estar tranquila.

—¡Está encantada! Aquí no hay micrófonos: podremos estar sin preocupación y tú decirme cuanto desees…

—¿Por eso me alababas ayer tanto a la señora Anthenor?

—¿Y si te dijera que esa mujer es la propia corrupción?

—Te creería. ¿Fue ésa también la razón de que me dijeras que no aceptabas que nos viéramos en otra parte?

—Sí…, pero bebe un poco… Me resultabas simpático.

Él le alargó otra copa —su única arma para defenderse— diciéndole:

—La botella está vacía. Voy a llamar para que nos traigan otras dos grandes. Así no nos molestarán luego.

Dos horas después, la muchacha estaba totalmente ebria. Él tenía que hacer prodigios para continuar la conversación a base de todos los lugares comunes que podían emplearse en tales circunstancias. Hablaron del tiempo, de la moda, del cine, de todo menos de París. Hicieron proyectos para el porvenir, pero teniendo cuidado de no aludir a ningún acontecimiento pretérito.

Ella ya no tenía fuerzas para hablar. El joven comprendió que había llegado el momento de actuar; si no, ella se sumiría durante horas en un sueño de embriaguez. Entonces estaba a punto —«cocida», según una expresión popular— para confesar, si realmente tenía que declarar algo…

Él se sentó en un brazo del sillón, sosteniendo la bamboleante cabeza de cabellos de platino. Los verdes ojos le miraban, anegados de amor e inyectados de alcohol. Él se inclinó sobre el ajado rostro para murmurar con la voz más dulce que pudo encontrar.

—Fabiana, amor mío… He tenido la suerte de ver esta mañana, en la Cannebiére, a un buen amigo tuyo…

—¿Un amigo? —balbució la joven—. Yo no tengo más amigo que tú…

—Sí, recuerda: se llama Andrés Serval…

Los carnosos labios temblaron súbitamente sin poder articular sonido alguno; todo el cuerpo fue sacudido por un estremecimiento: la joven se

incorporó. Los ojos cambiaron de tonalidad: del verde pasaron al gris acero. Las facciones se endurecieron, la boca se mostró perversa.

Todo aquello era horrible, pero el periodista prosiguió, implacable, con dulzona voz:

—Andrés Serval es también amigo mío… ¿Verdad que resulta extraño?

La expresión del rostro se convirtió en ansiosa: leíase en él una angustia indescriptible. La muchacha estaba horrorizada y extendió sus brazos ante sí, como si quisiese disipar una visión de espanto. Al cabo pudo articular:

—¡Eso es falso! ¡Mientes! ¡No le conoces! ¡No puedes conocerle!

—Sí, Evelina…

Ella le miró cada vez más aterrorizada. Y, brutalmente, una rabia loca pareció unirse a la idea de que su secreto había sido descubierto por un desconocido. Gritó:

—¡No me llamo Evelina, sino Fabiana!

—Bueno: ayer mismo me explicaste lo que ocurre con la elección de nombres… Lo comprendí bien: no volvamos sobre el asunto. Digamos simplemente que tú eres una falsa Fabiana… y que me parece bien. Lo que sí te aconsejo es que grites menos fuerte si no quieres que se entere toda la casa sin necesidad de micrófonos. ¿Estás segura de que ni la señora Anthenor ni la silenciosa Elena están al tanto de nuestra conversación? Entiendo que para ti sería una verdadera desventura… ¿Más champaña?

—¡No!

Y tiró sobre la alfombra la copa llena que él acababa de darle.

—No debes desperdiciar un champaña tan bueno. Evelina… ¿Sabes que me gusta más este nombre que el de Fabiana? Evelina… Cuando se pronuncia, el nombre tiene la dulzura de la miel.

—¡Basta!

—No, no basta. Nunca basta cuando se trata de hablar de un amigo común… Un amigo de los que no hay: el maestro de obras…

Ella pareció recobrar todas sus fuerzas para gritar:

—¡No hay tal maestro de obras! ¡Afortunadamente, no lo habrá más!

Y antes de que Moreau pudiera responder, la joven continuó jadeante, como presa de un frenesí:

—¡De sobra sabes, estúpido espía, que no siempre he vivido yo aquí! Cuando una, al salir de lo que tienen el valor de llamar «Asistencia pública», cae en el arroyo vuelve a caer… ¿Qué más da Marsella o cualquier otro sitio? Lo que seguramente ignoras, porque eres un ingenuo, es que yo he sido hermosa, amada y que me han solicitado individuos muy ricos. He tenido

autos estadounidenses, he dispuesto de chóferes, he poseído diamantes y abrigos de pieles y trajes que procedían de los más lujosos establecimientos… Lo he tenido todo, y todos los hombres me querían. Yo no tenía más que escoger: era la más hermosa de las pelirrojas…

—Temo que no, Evelina… Por desgracia, todos los que te perseguían eran malas personas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Y el peor de todos fue el último, aquel Fred…

—¡Un canalla! Culpa suya ha sido todo lo ocurrido… Si no me hubiese llevado un día a comer en una tasca de moda de Saint-Germain-des-Prés, nada hubiera pasado.

—Aquel día, Evelina, viste entrar en el restaurante a un hombre muy alto, de porte aún juvenil, pero cuyos cabellos eran ya blancos… Un hombre que postulaba para una catedral.

—¡Jamás había visto ojos semejantes! Cuando me miró, al principio me hizo daño; después, mucho bien. Créeme o no, pero era la primera vez en mi vida que veía un verdadero rostro de hombre honrado. ¡No puedes saber lo que sentí! Hubiera querido tener amistad con él inmediatamente… Era mi derecho de mujer que todo lo había perdido y que ansiaba desquitarse… Convencí a Fred para que le ayudara, pues ello podría redundar en beneficio suyo más adelante… ¿Sabes cuál era el sueño dorado de aquel hombre?

—¡Sólo su catedral! —dijo Moreau lentamente.

Ella le miró con fijeza y acabó diciendo:

—Veo que tú también le conociste… Es gracioso… Yo creía que me habías mentido… ¿Quién eres?

Moreau no respondió. Los glaucos ojos parecieron agrandarse más aún a efectos de un descubrimiento terrible, y ella gritó:

—¡Su hijo! Sí, tú eres hijo suyo… Me miras como me miraba él… Por eso me eras simpático. ¿Qué quieres de mí?

Moreau le siguió la corriente:

—¿No te dijo nunca que yo existía?

—No. Siempre se rodeaba de misterio. Por eso seguramente no quiso fijar su atención en mí… Ahora lo comprendo… Lo que voy a decirte te parecerá una broma, pero yo me enamoré de él enseguida… Estaba loca por un hombre que se mofaba de mí, para quien yo nada significaba, que seguramente no pensaba más que en su catedral y en ti, su hijo…

—Su catedral se anteponía a todo, Evelina, incluso a mí. Yo he sufrido tanto como tú.

—Sí… Así puedes comprender que lo que me sucedía era terrible: yo era una chica sin instrucción y él un poeta, un iluso, un creador… Yo no podía llegar hasta un hombre que siempre estaba en las nubes… Mi desgracia fue no darme cuenta de todo lo que nos separaba. La farsa ha durado más de cinco años. Hubo momentos en que llegué a creer que no podría construir su catedral… ¡Yo no deseaba que triunfase! Sabía que si comenzaba a edificar, todo habría terminado para mí y que ya no tendría probabilidad alguna de interesarle… Tengo sed…

Moreau le llenó la copa, pero le impidió que la tocara diciéndole:

—Ahora beberás.

—¡Déjame! —suplicó ella.

—Cuando me lo hayas dicho todo. Después, te lo prometo, beberemos juntos.

—¿De verdad?

Ella continuó con voz ronca:

—Cuando Fred, que se había encargado de la administración, comprendió que las cosas iban mal, intentó que nos marcháramos al extranjero… Yo no acepté porque eso hubiera significado separarme para siempre del único hombre que deseaba y que no quería nada de mí… Le dije a Fred que sería una cobardía abandonar de ese modo a un hombre honrado que había depositado en él toda su confianza, y poco a poco fui convenciéndole de que era él, Fred, el llamado a sacrificarse… Recuerdo haberle repetido muchas veces poco más o menos: «Has perjudicado a ese hombre y debes reparar el daño… Para ello no hay más que una solución: desaparece. El suicidio es un acto de valor cuando con él se desvanecen todas las responsabilidades y se evita que otros, que son inocentes, tengan que soportarlas». Acaso no lo creas, pero Fred terminó haciéndome caso… ¡Al fin me vi libre de él…! ¿Por qué me miras de esa manera? Yo no tomé parte en la desaparición de aquel canalla. Solamente le sugerí la idea. No me negarás que tenía derecho a hacerlo.

—¿Quién te lo reprocha?

—En cuanto me vi libre, me ofrecí a tu padre para ayudarle… Él no aceptó. Se mostró duro conmigo, injusto… Incluso llegó a decirme que mi existencia no era lo bastante digna para que él pudiera permitirme que trabajase a su lado. Me marché. La Policía me molestó algún tiempo por lo del suicidio de Fred, pero acabaron dejándome tranquila… Se me acabó el dinero y me vi obligada a volver al oficio… Entonces empecé a beber: la bebida me ayudaba a olvidar… Algunos amigos me lo aconsejaron… Una

mujer sola se desenvuelve mal… No quise buscar a las personas que había conocido en París cuando tenía dinero. Aquí me hallaba más tranquila. Me sentía protegida si cumplía con mi trabajo… pero, a pesar de mis deseos, no dejaba de pensar en el único hombre que no había querido nada de mí… Era más fuerte que mis anhelos de olvidar: tenía necesidad de saber lo que sucedería si llevaba a cabo su famoso proyecto… Al fin no pude resistir más y volví a París. Procuré informarme y supe todo lo que preparaba. Tu padre estaba poseído por el demonio del Bien, que es peor que el del Mal… Tengo sed…

—Un sorbo nada más.

Después de alargarle la copa, se la quitó antes que ella pudiera vaciarla. El resto del contenido se derramó.

—Lo que acabas de decirme es cierto, Evelina. Tampoco yo pude luchar contra mi padre, que me anonadaba con su bondad…

—Los dos, querido, somos desgraciados: jamás hubiéramos pensado que un hombre así se mezclara en nuestras vidas… En París me enteré de que por fin iba a construir su catedral. ¡Mi rival! Y me dije que no era justo que una muchacha que había conseguido librarse de un sujeto como Fred y que había aceptado cambiar completamente de vida porque estaba enamorada, no mereciese siquiera un poco de gratitud y una mirada. Seguramente él continuaba despreciándome sin preocuparse de lo que habría sido de mí en los últimos cinco años. Le espié, le seguí en sus desplazamientos por París… Durante la noche que precedió al día en que se disponía a anunciar a sus principales colaboradores que la catedral iba a ser construida, conseguí esconderme en su buhardilla y allí le esperé… Sigo teniendo sed…

La mano del joven temblaba al llenar la copa. Estaba convencido de que, pasados unos instantes, llegaría el momento culminante de la sórdida confesión por la cual había estado representando durante dos días una siniestra farsa.

Acercó la copa a la boca de Evelina y le sostuvo la cabeza mientras él le mojaba sus labios.

—Continúa —le dijo al oído—. Soy amigo tuyo…

La voz, cada vez más cansada, prosiguió entre sollozos:

—¡Volvió tarde! Yo tenía un revólver, del que no me separaba desde que me sirvió para suprimir a un rufián que no accedía a que yo dejara de estar sometida a él… Sí, eso sucedió cuando me aconsejó Fred que fuera a la Prefectura para pedir la retirada de mi documentación… El otro me citó una noche en el bosque de Bolonia: como yo estaba segura de que intentaría

hacerme daño, compré el arma… Aquél era un tipo que tenía fama de estrangular con un pañuelo a las chicas que se negaban a obedecerle. Yo pude tomarle la delantera… Al dia siguiente encontraron su cadáver, pero jamás supieron la procedencia de las seis balas incrustadas en su asqueroso cuerpo. La Policía lo atribuyó a un ajuste de cuentas… Después de todo, algo así era… Ésa es la razón de que me gustara aquel revólver, que ya me había salvado una vez. ¿Por qué, si me había librado de un hombre que intentaba matarme, no iba a servirme por segunda vez para suprimir a otro hombre que me había despreciado? ¿No crees que el desprecio es el peor insulto para una mujer?

—Desde luego.

—Me oculté tras la cortina de la percha donde Serval colgaba su ropa. Él no podía sospechar que yo hubiera vuelto después de cuatro años de ausencia y que estuviese allí, cerca de él, en su intimidad, en la que no había querido aceptarme. Durante horas le observé mientras él recorría arriba y abajo el desván… Veinte veces sentí ganas de salir de mi escondite para gritarle mi amor, pero él no hubiera comprendido aquella noche más que el día en que nos separamos ante el cuerpo de Fred… No había nacido para comprenderme… Sin detenerse una vez siquiera, hablaba en voz alta de sus proyectos, acercándose de vez en cuando a la mesa para consultar los planos y volviendo enseguida a la maqueta, que contemplaba con éxtasis… ¡La maqueta! Si yo la hubiera destruido años antes, nada habría pasado. Él la miraba como si fuese ya la realización de sus ansias… Aquella noche comprendí que desde el instante en que la maqueta entró en la buhardilla, la atmósfera había cambiado allí. Andrés Serval se había instalado junto a ella como si se tratase de una amante… Vi sus largas y finas manos acercarse y acariciar los contornos como si fuesen las formas de una mujer adorada… Pero la catedral en miniatura permanecía insensible a las caricias. Él, sin embargo, le pertenecía en cuerpo y alma. Yo no tenía ante mí más que al humilde esclavo de una obra cuando ni siquiera había conseguido hacer del hombre un amante. Para arrancarle definitivamente de mi implacable rival, sólo tenía un recurso: ¡matarle!

La joven calló momentáneamente para continuar:

—Estuve vacilando toda la noche, evitando el menor movimiento, conteniendo la respiración para que él no se diera cuenta de mi presencia. Fue nuestra única noche de amor. Creí que nunca terminaría porque el silencio reinaba. Pero era demasiado corta: yo sabía que lo perdería al amanecer… Cuando la luz empezó a filtrarse a través de las cortinas de la única ventana,

cuando vi nacer la mañana en que el triunfo del hombre que nunca quiso amarme iba a estallar a los ojos del mundo, preparé tranquilamente el revólver… Él no se dio cuenta de nada. Abrió las cortinas para dejar que la luz invadiese la buhardilla, que cambió de aspecto al perder el misterio de la penumbra. La única lámpara, colocada sobre la mesa y cuyos reflejos habían dado durante la noche un aspecto irreal a mi rival, era ya inútil. Serval la apagó en el momento en que su meditación llegaba al fin. Fue el último movimiento que hizo.

La cabeza de cabellos de platino se inclinó sobre el hombro izquierdo mientras la boca permanecía entreabierta, incapaz de continuar hablando, exhalando un sonido ronco. Los ojos miraban sin ver.

—¡Evelina! —gritó Moreau sacudiéndola—. ¡Despiértate! ¡Aún tienes cosas que decirme!

Y en un relámpago de pensamiento, revivió la escena, ya descrita en sus cuartillas, durante la cual Andrés Serval consiguió arrancar al moribundo financiero los informes que le permitirían salvar su obra haciendo «cantar» a los Krasfeld, Reumer y demás… En aquel momento, era él, Moreau, quien extirpaba, punto por punto de la memoria de la amiga de Rabiroff, el único testimonio de los últimos momentos que vivió el maestro de obras… Lo más fantástico de la confesión acaso fuera que, en su estremecedora descripción, la muchacha estuviera convencida de hallarse en presencia del hijo del único hombre que ella había amado verdaderamente.

Evelina seguía inmóvil, su cabeza meciéndose de un hombro a otro, como si se tratase de un muñeco mecánico cuyo resorte acabara de estropearse. El tuvo que recurrir al único medio posible para sacarla de su sopor: una de las botellas fue sacada del cubo de hielo, cuyo contenido lanzó al rostro de la joven embriagada, que permaneció unos segundos como asfixiada, pero al fin se reanimaron sus ojos.

—Habla, querida. Después podrás dormir… ¿Qué hiciste cuando mi padre apagó la luz?

La voz repuso bestialmente:

—Salí rápidamente de mi escondite y le llamé por su nombre: «¡Andrés!». El se volvió estupefacto. Estoy seguro de que ninguna mujer, hasta entonces, le había llamado tan amistosamente… Me miró y vi que sus ojos de acero aún no habían comprendido nada… Entonces disparé. Todo el cargador como hice con el otro… Hubiera estado disparando sobre él horas enteras si hubiese tenido balas… Era un monstruo, un hombre incapaz de comprender a una

mujer, un coloso al que era necesario abatir… Quedó tendido al pie de mi rival.

—¿Y después?

—¿Después? ¿Es que no vas a dejarme tranquila…? Hui. Durante todo el día anduve al azar por París, y cuando llegó la noche me dirigí a la plaza de Notre-Dame. Me impulsaba a ello una fuerza prodigiosa… Miré la masa sombría de la catedral, que parecía querer aplastarme, y la insulté. Le grité toda la alegría que sentía ante la idea de que él no acudiría a hacerle la corte como los demás días… En aquella noche maravillosa sentía el goce de haberle robado a la catedral uno de sus incontables enamorados. ¡Era la victoria de mi carne sobre la piedra! Canté todo lo que se me ocurrió: estribillos amorosos, canciones que había aprendido en mi juventud y que ante la iglesia me volvían a la memoria… Lo mezclé todo, porque me sentía dichosa. ¡Me había liberado! Ya no tenía motivos para estar celosa… Ni siquiera me pregunté si la catedral —la grande, la verdadera, la que se erguía ante mí y existía desde muchos siglos antes— sabría que él había muerto… Y me acerqué a la puerta central y murmuré contra la piedra: «¡Yo lo he matado! Todo acabó… Jamás volverás a verle rondar en la penumbra ni acodarse en el pretil del puente para contemplarte extasiado horas enteras…». Me pareció que el eco repetía mis palabras, que las terribles figuras del pórtico me las devolvían… Escuché… La suave música de tres palabras, «lo he matado», me causaba un bienestar inefable… Me senté en la desierta plaza y esperé la llegada del día… Cerré mis ojos, pero no me dormí. Permanecí en vela, como había hecho mi imaginario amante durante la noche anterior. No puedo precisar mis pensamientos. Pero creo recordar que tenían que ver con la muerte.

La muchacha se acomodó en el sillón, de donde no se levantaría hasta pasadas algunas horas.

Casi seguidamente exhaló un fuerte ronquido.

Durante algunos momentos, sentado junto a ella, Moreau contempló el desfigurado rostro —sobre el cual los cabellos, aún mojados por el agua helada, se habían pegado— con una compasión mezclada con disgusto… Disgusto por el crimen, por el vicio, disgusto consigo mismo por la innoble misión que acababa de cumplir. Horrorizado ante el pensamiento de hallarse allí, se apartó súbitamente y retrocedió. El sudor corría por su propia frente. Llenó su copa y bebió de un trago… Se acercó al sillón y en la mano de la joven depositó algunos billetes. Al fin y al cabo, a ella le había significado un

gran esfuerzo… Después salió apresuradamente cuidando de cerrar la puerta sin hacer ruido.

La señora Anthenor esperaba al pie de la escalera:

—¿Marcha usted contento?

—Mucho, señora… No la moleste ahora: está dormida.

—¡Pobre Fabiana! ¡Qué sueños tan agradables tendrá!

—¿Cuánto le debo?

—Con la botella y los dos botellones, quince mil francos. ¿Le parece muy caro?

—¡De ningún modo! No era caro si se tenía en cuenta lo que acababa de saber.

Pagó generosamente diciendo:

—El resto para el servicio.

—Gracias en nombre del personal, señor. Él no escuchó más y se dirigió a la puerta de la calle. En el momento de franquear el umbral, la señora Anthenor le preguntó suavemente:

—¿Volverá por aquí algún día?

El hizo un gesto impreciso.

EL OLVIDO

En la calle comprobó que acababa de evadirse de una pesadilla. La sensación de disgusto experimentada en la habitación cedió ante un sentimiento indefinible en que todo se mezclaba… Mientras se dirigía a su hotel, reflexionó: ¿Sería verdad todo lo que la joven acababa de confiarle bajo los efectos de la bebida? ¿Era verosímil que el hombre cuyo corazón y cuyo cerebro habían concebido un proyecto tan grandioso, hubiera hallado un fin tan miserable? La muerte de Andrés Serval, narrada por una muchacha ebria, tenía algo de estremecedor, de estúpido también… No parecía adecuada a la prodigiosa vida de un hombre dotado de tan sublimes ideales. Era insensato que la vulgaridad sensual hubiese abatido al genio creador y que todo desembocase, como en la más vulgar de las novelas policíacas, en un crimen pasional…

Que la joven había conocido al maestro de obras, era indudable —su soliloquio coincidía con lo que Moreau sabía antes de hallarse en Marsella—. Que era Evelina y no Fabiana, resultaba igualmente cierto… Pero ¿no habría exagerado las cosas a consecuencia de lo mucho que había bebido? ¿No se habría atribuido un papel más importante, más decisivo también, en la desaparición del solitario de la calle de Verneuil? Y aunque su extraño relato no tuviera nada de imaginario, carecería de valor jurídico puesto que Moreau había sido el único en escucharlo y nada más había quedado grabado ni escrito… ¿Qué crédito iba a concederle la Policía a la declaración de una mujer embriagada? Cuando se hallase serena, ¿se acordaría la muchacha de lo que había contado al confidente de una tarde? ¿No se retractaría afirmando que no había hablado nunca, puesto que nada sabía del crimen?

Un caso de angustiosa conciencia se le planteaba también al periodista: después de haber descubierto los motivos del crimen, ¿debía profesionalmente revelarlos al gran público para continuar su información? ¿No era su deber enterar a los demás mediante la investigación incesante de lo ocurrido? Pero Evelina tendría que aparecer forzosamente en el relato, y la justicia de los hombres, que siempre exige un culpable, se encarnizaría con la

desvalida criatura. ¿Los inmundos papeles de soplón y de denunciante eran ramas anejas a una profesión en la que ante todo había que dar pruebas de independencia de espíritu? Si publicaba lo que acababa de saber, ante los ojos del lector el monstruo no sería la muchacha despreciada, sino él, que se había permitido divulgar la tragedia, cuyos elementos acababa de reconstituir valiéndose de un medio abyecto. De no haber bebido en demasía, Evelina no habría confesado nada.

Al llegar al hotel le sorprendió que en el mismo vestíbulo le llamara por su nombre una voz bastante conocida:

—Estoy pensando, querido amigo, que si vuelve usted tarde es porque tiene que haber descubierto algo de bastante interés… No me lo imagino ahora en plan de pasear por el puerto ni de realizar una excursión romántica al castillo de If. Es usted una persona muy diligente, y no pierde de esa manera el tiempo.

—Cuando le telefoneé ayer y me dijeron que había salido de París, debí suponer que se hallaba usted por estos parajes.

—Sí… Pero ¿llamó usted a mi despacho? ¿Para qué?

—Me hubiera gustado que me mandase usted una fotografía antropométrica de la muchacha…

—Después de despedirnos pensé también que esa foto le podría ser útil y por eso se la traigo… Aquí tiene a la dama de frente y de perfil.

—Es ella sin duda alguna —respondió Moreau—. Se da uno exacta cuenta de que en la época de esos clisés, que por lo demás nada tienen de obra de arte, ella era mucho más hermosa.

—Lo que significa que usted no ha tenido necesidad de los retratos para identificarla… ¡La ha visto ya! ¿Puedo saber qué impresión le ha causado?

—Dolorosa, inspector.

—Lo suponía… No se puede ser y haber sido en la profesión escogida por ella… Le escucho.

—No tengo nada que decirle.

—Es verdad: olvidaba nuestro pacto. Por lo demás, no he venido a esta gran ciudad para interrogarle, sino para protegerle.

—¿A mí? No lo necesito en absoluto.

—Eso cree usted, joven… Y luego, una buena mañana se despierta, o mejor dicho, no se despierta porque tiene seis balas dentro del cuerpo… ¿No le recuerda nada eso de seis balas?

Moreau no chistó. Berthet continuó, sonriendo:

—Sin embargo, no pretenderá que yo deje a un joven y excelente amigo como usted en manos de una banda de granujas.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente que todo se sabe con una rapidez desconcertante. Ya le dije que la hermosa Evelina estaba actualmente sometida a un protector africano. Y nada prueba que ese señor consienta que usted se lleve los mil y un secretos que seguramente la muchacha le habrá confiado en casa de la señora Anthenor. Eso sería muy enojoso para un jefazo que tiene a una de sus protegidas metida en un mal asunto… Podria correr el peligro de que todo rebotase sobre él y llamara la atención sobre sus propias actividades; sobre todo, significaría para él perder una admirable fuente de ingresos. Todas las mujeres que acuden a casa de la señora Anthenor ganan bastante… ¿No se ha dado usted cuenta?

—¡Oh, sí! —dijo Moreau un poco molesto.

—Querido, no hay atajo sin trabajo… A usted siempre le será posible incluir esos gastos un poco crecidos en su nota de desplazamiento. El periódico es rico y fácilmente accederá a pagarlos: no pierda de vista que están esperando con vehemencia el final de su información. Y sinceramente creo que esta vez tiene usted un interesante desenlace…

—¿Cuál?

—Creía que ya había descubierto usted al asesino de Serval.

—Descubrimientos de esa índole le conciernen a usted, inspector, no a mí.

—Sin embargo, la amable Evelina ha tenido que hablar… No pretenderá usted hacerme creer que ha permanecido muda como la dama de Portici (1) durante las cordiales entrevistas que han sostenido…

(1). Alusión a la ópera de Auber La muerte de Pontiel

—Sería incapaz yo de repetirle nuestras conversaciones. Los dos estábamos borrachos.

—¿De veras? Entonces tendrá usted ganas de dormir… Si por casualidad le molestasen terribles pesadillas, no dude en dar con los nudillos en la pared que hay a la cabecera de su cama… Una prodigiosa coincidencia ha querido que nuestros cuartos estén contiguos. ¿No es maravilloso?

—Efectivamente, maravilloso. Buenas noches.

—¡Buenas noches…! Oiga, Moreau, espero que no se olvidará de cumplir la promesa que me hizo a cambio de los informes que le di en París.

—¿Qué promesa?

—Pues… la de dejarme leer sus cuartillas antes que a los demás, cuando termine de escribirlas.

—Yo cumplo siempre lo que prometo. Lo único que sucede es que ahora estoy dudando si terminar la información o mandarla al diablo.

—No adopte una decisión apresurada, muchacho. Verá cómo una noche de reposo le aconseja bien.

Una vez tendido en el lecho Moreau se esforzó en revivir en su memoria los menores detalles de su segunda visita a casa de la señora Anthenor. Parecíale que en su oído aún resonaba dolorosamente la enronquecida voz de la joven embriagada… Preguntose también por qué Berthet se hallaría en Marsella. Si el inspector se había determinado a viajar, seguramente era porque olfateaba un peligro. ¿Temía, como acababa de dejarle entender que el protector de Evelina se ensañase con un periodista que se había permitido hacer hablar a una de sus protegidas? ¿O temía acaso que Moreau le traicionara y telegrafiara seguidamente al periódico los informes que acababa de obtener? ¿Qué otra razón podía impulsar al policía a alojarse en el mismo hotel e instalarse en una habitación contigua?

Vencido al fin por la fatiga acumulada, el joven periodista se durmió.

Despertole una llamada telefónica. Era Berthet.

—Querido amigo, quería asegurarme de que ha pasado usted una buena noche… Habrá sido excelente, puesto que es cerca de mediodía…

—¿Ya? —rugió el periodista saltando de la cama.

—Si descorre usted las cortinas, podrá comprobar por sí mismo que a la gran ciudad de Marsella la acaricia un sol resplandeciente… A propósito: acabo de ordenar que le suban un sustancioso desayuno… He pensado que debe de tener hambre: las emociones abren el apetito… ¡Oh, no! No me refiero a las de ayer… Además, ¿cómo iba a tenerlas si usted me aseguró que no había conseguido saber nada interesante? Hablo de la sorpresa real que va usted a tener dentro de un instante, cuando lea el periódico que yo mismo he colocado en la bandeja de su desayuno… Si después de leerlo necesita usted algunos datos complementarios, avíseme. Enseguida acudiré a su cuarto.

Berthet colgó inmediatamente. El periodista, aturdido, aún tenía el receptor en la mano cuando llegaron con el desayuno.

Moreau se precipitó a coger el periódico. En primera página, y a tres columnas, podía leerse este título: «Una mujer ahogada ha sido encontrada esta mañana en la dársena de la Joliette».

El periodista no esperó a leer los detalles del macabro descubrimiento y llamó enérgicamente.

Segundos más tarde, Berthet entraba en, el cuarto.

—¿Es ella? —preguntó Moreau.

—En cuanto supe la noticia me fui al depósito de cadáveres del puerto para ver a la desconocida… Aún no les he dicho nada a mis colegas marselleses, a los que reservo la gloria del hallazgo, pero no hay duda: el cuerpo no ha estado en el agua el tiempo suficiente para que no fuera posible reconocer a su linda Evelina… ¡Pobre chica! Su estado era lamentable.

—¿Cómo puede usted estar seguro de lo que me dice si nunca la había visto?

—¿Olvida las fotografías?

El periodista estaba lívido.

—Adivino lo que está usted pensando —dijo Berthet—. Usted cree que ella decidió matarse cuando salió de la casa de la señora Anthenor…

—Ayer me conduje con ella como un monstruo…

—No. Usted cumplió con su deber… Pero tiene miedo de que, una vez serena, ella pensara que acaso hubiera hablado demasiado sin saber exactamente quién era usted. ¡Yo mismo estoy convencido de que debió de tomarle por un policía!

—¡Lo que faltaba!

—No sea injusto con una profesión que no le ha hecho a usted el menor daño y que, por el contrario, le ha facilitado excelentes informes que le han permitido escribir no pocas cuartillas sin decir tonterías. Y por lo concerniente a la desgracia ocurrida, tranquilice su conciencia: Evelina no se ha suicidado. ¡La han matado!

—¿Está usted seguro?

—Si se hubiese tomado el trabajo de leer la noticia hasta el final, sabría usted que antes de ser lanzada a la dársena, la habían degollado.

—¡Qué horror!

—Sí, es el medio árabe, y eso fue lo que me incitó a encaminarme a casa de la amable señora Anthenor… Considero inútil decirle que cuando llamé a su acogedora puerta, esta mañana a las ocho, nadie me aguardaba. La clientela suele ser menos madrugadora. Después de una espera bastante larga, me abrieron y tuve el raro placer de ver a una señora Anthenor en bata con rizadores: no estaba muy bonita que digamos… Como aún no había leído los periódicos ni escuchado la radio, la señora nada sabía de lo referente al crimen. Debo reconocer que estuvo a punto de desmayarse en mis brazos cuando le dije, pero enseguida —¿sería el poder misterioso de mi insignia, que le mostré?— volvió a la realidad y su lengua se desató… Me dijo que Evelina había pasado la víspera y la antevíspera unas agradables horas en compañía de un joven encantador llamado Jacques… Un pormenor de la

identidad de usted que yo ignoraba… También supe por ella que, después de marcharse usted, la joven durmió copiosamente y hasta medianoche no se despertó.

—¡Estaba hecha una cuba!

—Eso mismo me confirmó la señora Anthenor, que reprocha a usted que la dejara en semejante estado.

—Esa individua es una desvergonzada. ¿No tiene en cuenta lo que gasté en su casa?

—Indudable. Pero la curda de la hermosa Evelina podía acarrearle trastornos con la Policía. Por eso, hacia las once, la señora Anthenor, que en modo alguno quiere desobedecer lo dispuesto, se vio en la necesidad de sacudirla para que se despertara. Desgraciadamente, ni su vigoroso puño ni el de su ayudante, ni siquiera el de la pizpireta, bastaron: la muchacha gruñía y se negaba a levantarse. Entonces, la señora Anthenor se vio obligada a utilizar el teléfono para llamar a un bar de mala nota donde generalmente se hallaba jugando al póquer el protector de Evelina… hablé de él: es todo un señor sultán, un moro… Y ahora llega lo verdaderamente apasionante… El tal individuo le respondió que no tenía por qué inquietarse y que de allí a cinco minutos estaría en su casa para llevarse a la ovejita descarriada. Ni que decir tiene que él no es un cualquiera y que sólo circula en un suntuoso automóvil estadounidense. No perderé el tiempo explicándole que la muchacha fue «embarcada» en un santiamén. La continuación ya la sabe: seis horas después, el cadáver de Evelina era descubierto en la dársena.

—Pero ¿por qué la mató?

—¿Por qué? Porque ese mozo, que conoce los argumentos contundentes, hizo hablar a la muchacha de grado o a la fuerza… ¡Póngase en su lugar! Él necesitaba saber por qué su protegida ponía en compromiso a una patrona tan comprensiva como la señora Anthenor. Él es prudente y actuaba de modo que, de acuerdo con la vieja, compartía con ella los ingresos…

—Y a Evelina ¿qué le quedaba?

—Es usted un ingenuo, amigo Moreau. Para ella no quedaba nada.

—¡Esas chicas son idiotas!

—Opino lo mismo que usted. Pero ¿qué hacerle?

—Lo más extraño es que Evelina, que había vivido de otro modo con Rabiroff, descendiera a eso.

—Rabiroff no era mejor que el africano. ¿Sabe usted que cuando se suicidó no le dejó a ella nada? Si Evelina hubiese sido un poco inteligente, hubiera hecho algunas economías bajo cuerda… Pero era una sumisa innata y

romántica a su modo. El único hombre que hubiera podido salvarla era Andrés Serval: la tragedia está en que no accedió.

—Él fue, sin duda, el único a quien ella quiso desinteresadamente. Y a quien no perdonó que no la hubiera comprendido. Ésa es, querido amigo, toda la historia…

—¡Perdón! Todavía no me ha dicho usted por qué el protector mató a una mujer que le ganaba dinero.

—Después de hacerla hablar, debió de decirse que no tenía por qué compadecerse de una borracha. Los musulmanes no beben alcohol téngalo en cuenta. Siempre están serenos… y ese mocetón no podía sospechar que el tal Jacques, de Béziers, era nada más que un activo reportero. Seguramente supuso que se trataba de uno de los nuestros… ¿Y por qué perdonar a una de sus protegidas, que había cometido la estupidez de confesar a un esbirro que ella había asesinado a un hombre que tenía el propósito de construir una catedral?

—Y lo mismo que al otro, encontrado en el bosque de Bolonia con el cuerpo traspasado por seis balas de revólver.

—En efecto: me olvidaba de ello. En fin, que dos muertes a cargo de una chica así significan demasiado para el que tiene entre sus manos su destino. La solución radical era, en opinión del jefe, la mejor. Los muertos no hablan… Se ve, además, que él maneja diestramente el cuchillo, lo cual es muy práctico y muy silencioso. ¡Pobre Evelina! ¡Qué mal ha acabado!

—Pero usted no dejará escapar a ese miserable…

—Sus señas personales han sido comunicadas ya a todos nuestros servicios. Pero creo que ni ha pensado salir de Marsella.

—Sería una equivocación para él.

—Sí y no… Sí, porque debe de tener gran interés en poner cierta distancia entre su preciada persona y el lugar de sus manejos… No, porque deseará ante todo cerrar definitivamente la boca a ese Jacques, a quien su protegida ha hecho excesivas confidencias… Me inclino por la segunda hipótesis: ese hombre le busca en este momento, amigo Moreau. Seguramente está procurando informarse en todos los hoteles para saber si un tal señor Jacques, se hospeda en alguno de ellos. Y como es un individuo tan prudente como organizado, habrá confiado esa misión a uno de los de su banda de malhechores. Mientras tanto, él permanece oculto… Espera escondido, y puede estar seguro de que, si no le detenemos antes, él no consentirá que se marche usted de Marsella sin haber recibido noticias suyas… ¡Y qué noticias!

Moreau no se mostró intranquilo y se limitó a preguntar:

—¿Qué debo hacer?

—De momento, no moverse de este cuarto: usted me sirve de cebo.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya me he cuidado de dar instrucciones a los diferentes conserjes y jefes de recepción de los principales hoteles: cuando alguien se presente preguntando con aire inocente si se hospeda allí un tal Jacques, de Béziers, le dirán: «¿Pregunta usted por el señor Duret?». He tenido que atribuirle a usted un apellido cualquiera. No me dirá que no le gusta. A continuación responderán al preguntante: «Ese señor se presentó aquí hace dos días al llegar de Béziers y con el propósito de hospedarse. Pero teníamos el hotel completamente lleno y le recomendamos que fuera al “Splendid”».

—¿Ha dado usted mi dirección aquí?

—Pero no pierda de vista que mi cuarto está contiguo al suyo y que algunos de mis colaboradores vigilan discretamente… Incluso los más distinguidos fingen abstraerse en la continua lectura de las publicaciones esparcidas por las mesas del vestíbulo. Cuando echemos mano al emisario del jefazo, será un juego de niños encontrar a ese enemigo que le ha salido. En la Policía tenemos la ventaja de poseer métodos eficacísimos para desatar las lenguas más discretas… No tenemos más que esperar tranquilamente y ya verá cómo la estratagema triunfa.

—¿Y si ese individuo se ha marchado de Marsella?

—Lógicamente se encaminará a la frontera italiana: ya le dije en París que su arrendado rebaño lo tiene distribuido en el litoral entre Marsella y Génova y no se dirigirá más que a un sitio donde disponga de recursos y el gran puerto italiano me parece el más indicado… Todos los puertos fronterizos están alerta: el gran coche estadounidense les es ya conocido. Asimismo he sostenido una conversación telefónica con mis excelentes colegas de la Policía italiana, que conocen admirablemente su cometido. Ya ve que todo está previsto… No hay más que una cosa en la que usted no pensó el día que se lanzó a este trabajo y es que se vería obligado a ponerse bajo nuestra protección.

—¡Yo no le he pedido nada!

—Lo reconozco… Cierto día, ante una tumba del cementerio de Bagneux me dijo que no podía soportar la presencia discreta de uno de mis ángeles custodios… Pero yo tengo por principio no escuchar a la clientela, esto es, a la inmensa cantidad de ciudadanos que se creen más listos que aquellos que tienen la ingrata misión de evitarles contratiempos.

Sonó el teléfono.

—¿Permítame? —dijo Berthet, que ya había asido el receptor y escuchaba a su colocutor invisible—. ¿Jalin? Soy yo… Perfectamente… Téngame al corriente a medida que… Espero aquí.

Cuando colgó, se volvió hacia Moreau, que estaba ansioso.

—Todo marcha bien. La maniobra se desarrolla como estaba previsto: un señor bien vestido ha entrado en el vestíbulo y preguntado si el señor Duret seguía aquí. Ante la respuesta afirmativa del conserje, que le dijo que usted no había salido de su cuarto todavía, declaró que era inútil que le molestaran porque sólo se trataba de traerle un paquete, lo que harán por la tarde… Y el señor se marchó tranquilamente. Subió los escalones de la estación de San Carlos y se metió en un coche allí estacionado. Dentro, le esperaban dos hombres. ¡Debe de ser todo un equipo: no lo dude! El vehículo arrancó con ignorado destino sin sospechar que los seguía uno de nuestros coches. El desenlace no tardará en conocerse. ¿Por qué no hace usted honor a ese suculento desayuno, querido amigo? Le aconsejo que cobre fuerzas y acabe de vestirse. ¿Quién sabe…?

—Crea usted que la noticia del afrentoso fin de esa muchacha me ha quitado el apetito. ¡Si tuviera delate a ese granuja, lo estrangulaba!

—Para ello sería necesario que actuase usted con mayor rapidez… Pero ¿va usted a convertirse en defensor de muchachas prostitutas que se dirigen a un mundo mejor? Creía que su afán de continuar estas investigaciones era porque estaba decidido a exaltar la figura de Andrés Serval y para que su gran proyecto pudiera realizarse…

—Esa continúa siendo la razón esencial…

—Entonces no olvide usted que esa criatura cuya suerte le ha enternecido, no era más que una criminal que a sangre fría y alevosamente mató al maestro de obras. Y si no hubiese sido degollada por ese sujeto, no hubiera podido esquivar el rigor de la Justicia, y mi opinión es que este crimen, unido al que cometió hace diez años en el bosque de Bolonia, la hubieran conducido a la guillotina sin poder beneficiarse de circunstancias atenuantes.

—No comparto su criterio, inspector. Evelina hubiera tenido siempre para mí dos disculpas importantes: su infancia, que la encaminó al arroyo y que fue la base de todo, y su amor total, profundo, desinteresado, por el único hombre honrado que conoció; por monstruoso y estúpido que haya sido, su segundo homicidio no puede clasificarse sino entre los grandes crímenes pasionales.

—En el fondo, mi buen Moreau, bajo su aspecto un poco alborotado, es usted una persona demasiado humanitaria… Muchos como usted harían falta

en la Policía.

El periodista se encogió de hombros y se vistió en silencio mientras Berthet, que se había puesto a leer un periódico, decía:

—Estos marselleses son terribles… En fútbol hacen buen papel. Acaban de dar una buena paliza a los de Lila: ocho a dos… ¿Por qué diablos no se dedicarán todos al fútbol en vez de vagar de noche por el puerto? Los puertos no son nada sanos…

El teléfono sonó de nuevo.

—Yo soy —respondió el inspector—. ¿Dónde? ¿En villa Sans-Souci…? Un nombre encantador para refugio de tales individuos… ¿En el barrio de Santa Marta? No me asombra: es un excelente lugar para esconderse… Voy ahora mismo.

Y colgó.

—¿Está usted dispuesto? Le llevo…

—¿Adónde?

—¿No ha asistido usted nunca a una partida de caza mayor de esta especie? Es muy interesante… Conviene que conozca este deporte, aunque sea por una sola vez, para completar su educación periodística.

Tres minutos después, los dos se hallaban en la parte de atrás de un coche de la Policía, que atravesó la ciudad en tromba. Durante el recorrido, Berthet explicó:

—El proceso de esta clase de operación es siempre el mismo: en cuanto conocemos, gracias al previo seguimiento de algunos comparsas, como ha ocurrido esta vez, el lugar donde se esconde la banda, damos la alarma por Radio mientras se continúa vigilando discretamente los contornos. En el mismo instante, se ordena el dispositivo de ataque. Cuando lleguemos, la villa Sans-Souci estará cercada y los que la ocupen se verán obligados a salir, voluntariamente o a la fuerza: por lo general, hay un poco de lucha. No se pescan truchas a bragas enjutas. Después del crimen de esta noche, nuestro sujeto debe de tener la intención de esconderse durante algún tiempo en esa finca para seguir dando órdenes: no me extrañaría que cayéramos sobre el cuartel general de la banda.

Cuando se detuvo el coche, un agente con casco se acercó:

—Todo está a punto, jefe.

—¿Lo han notado los de dentro?

—Ahora sí.

—Haga las intimidaciones y si nadie sale, procedan al asalto.

La villa Sans-Souci recordó a Moreau el estilo suburbano de la casita del solitario de Garches. Estaba rodeada de un jardín cercado por un seto, tras el cual se habían resguardado los policías con las armas en la mano. Un inspector de paisano atravesó el jardín y llamó. Del interior no salió ninguna respuesta, ningún ruido.

—¡En nombre de la ley! ¡Abran o echamos la puerta abajo! —dijo tres veces el inspector.

Todo continuó en silencio.

Una escuadra de agentes atravesó corriendo el jardín y comenzó a hacer presión en la puerta, que no resistió mucho. Los hombres penetraron en la casa; dentro sólo resonó una detonación. Minutos después los policías salieron custodiando a cuatro individuos que llevaban las manos cruzadas sobre la cabeza.

—Todo ha sucedido sin esfuerzo por una vez —dijo Berthet.

Pero uno de los hombres se acercó para comunicarle:

—Jalin se ha visto obligado a matar a uno que se había ocultado tras una puerta y que intentó darle una cuchillada.

—Venga —dijo Berthet a Moreau.

Entraron en una de las habitaciones. En el suelo había un hombre tendido, con los brazos en cruz.

—¿No le recuerda esto nada? —preguntó el inspector al periodista.

—Sí… A otro hombre, en la misma posición, tendido en una buhardilla al pie de la maqueta de un templo.

—¿Muerte instantánea? —preguntó Berthet a Jalin, que aún tenía su arma en la mano.

—Sí, jefe. Con un disparo bastó.

Después de sacar de uno de sus bolsillos una fotografía antropométrica, Berthet se arrodilló para compararla con el rostro del muerto. Después dijo:

—No cabe duda: es él. No es ninguna pérdida para el mundo. Pero, señor Moreau, ¿qué hace usted de pie? Acérquese y contemple a placer el último individuo para quien Evelina trabajó.

El joven miró aquella faz inerte: no tenía aún la impresionante fijeza de la muerte. Berthet, que lo observaba, le preguntó:

—¿Qué opina usted de este epílogo?

—Pienso —respondió lentamente el periodista— que es fantástico que esta historia termine como empezó: viendo a un hombre con los brazos en cruz…

—Vámonos. Nada nos queda que hacer aquí. Ahora le corresponde actuar al forense.

* * *

La vuelta en coche fue silenciosa. Berthet comprendió que Moreau no tuviera ganas de hablar, pero cuando franquearon la puerta del hotel, el inspector dijo:

—Vamos al bar. Tomaremos algo. ¡Nos conviene!

Tras los primeros sorbos de *whisky* continuó en un tono que el joven no le había oído nunca:

—Comprendo que esté usted pensativo… De todos modos, ahora puede terminar y publicar su información sin temor de perjudicar a la pobre chica… ¿Pensaba usted en eso?

—Sí…

—Es usted un muchacho bastante mejor de lo que yo pensaba… Y un periodista como harían falta muchos. Cuando ayer volvió de casa de la señora Anthenor, me di cuenta del combate entablado entre su conciencia humana y su conciencia profesional… Ha bastado una noche para arreglarlo todo. No obstante, espero leer sus cuartillas antes que nadie… ¿Quién sabe? Acaso pueda ayudarle a rectificar algunos errores que se hayan deslizado… ¿Quiere usted un buen consejo? Márchese en el primer avión que salga para París… Hay uno dentro de una hora: haré que le reserven una plaza. En cuanto llegue a la capital, enciérrese en su casa y escriba las cuartillas que le faltan. Mañana por la mañana, antes de llevarlas a Duvernier, pásese por mi despacho: allí le espero a partir de las ocho. Yo regresaré en el último tren, que sale esta noche, a las veintiuna. Aún tengo que cumplir algunos trámites. Mi impresión es que le espera un triunfo sensacional. Va usted a ser el único periodista que explique a los lectores ávidos de crímenes que la muerte violenta y hasta ahora inexplicada de un individuo poco recomendable en una avenida del bosque de Bolonia está directamente relacionada con el suicidio de Rabiroff, el crimen de la calle de Verneuil, la forzosa estancia en la cárcel de Melun de un individuo de malos antecedentes, el hallazgo del cadáver de una joven en el puerto de Marsella y el dejar fuera de combate a un temible criminal en la villa Sans-Souci. ¡Todo ha sido el mismo asunto! ¡Pobre Andrés Serval! No merecía ver mezclado su nombre con el de individuos de esa calaña. Pero ¿por qué diablos se le ocurrió ir a postular una noche en el restaurante de

Saint-Germain-des-Prés? En aquel barrio se agita una fauna pintoresca y a veces se entablan deplorables conocimientos…

—¿Olvida que Andrés Serval quería construir un gran templo?

—No lo olvido… Y pienso que si un día llega a edificarse, en parte se deberá a usted, o mejor al ardor juvenil que infunde a lo que escribe… Y ahora apresúrese: el avión le espera.

* * *

La precipitación y, sobre todo, la actualidad de los hechos que acababan de desarrollarse en Marsella, incitaron al redactor jefe a comenzar la publicación del reporte al día siguiente en la primera edición. Continuó en días sucesivos. La masa de lectores se apasionó al principio por el aspecto criminal del asunto. Después mostró su interés, por algunos días, por la personalidad del maestro de obras. Por desgracia, la muchedumbre es versátil. La información que comenzó con una gacetilla —el asesinato en el desván— concluyó con otra: la presencia de la Policía en el barrio de Santa Marta. Entre ambos acontecimientos, cuyo recuerdo se borraría pronto, erguíase la sombra de un templo. «Lo mataron porque quería construir una catedral…». ¿Y qué? ¿No había sido mejor para él que continuar viviendo y darse cuenta de que la indiferencia era el sentimiento que podía esperar en este mundo?

Cuando terminó la publicación de sus cuartillas, Moreau hizo abrir en el periódico una suscripción para ver de completar el capital necesario. Los primeros días el dinero fluyó en abundancia; pero pronto, de acuerdo con los pronósticos de Duvernier, las aportaciones se convirtieron en irrisorias… Al fin, un día el redactor jefe se vio obligado a decirle a su subordinado:

—Tenemos que abrir una nueva suscripción en favor de los perjudicados por las recientes inundaciones. No podemos estar hablando eternamente de esa basílica… Los colegas empiezan a tomarnos a broma. En esta profesión hay que cambiar de disco constantemente… Encuéntreme pronto otro asunto… Ahora nos convendría un motivo alegre… Ya sabe: algo así como un gran escándalo en la elección de una reina de belleza. La gente tiene demasiadas preocupaciones para perder el tiempo en la lectura de cosas serias y, sobre todo, para seguir dando dinero con destino a un monumento que nunca se construirá… ¿Sabe usted lo que debería hacer con esa cantidad de millones acumulados para el templo fantasma y que duermen inútilmente? Emplearlos en edificar viviendas baratas. Hay demasiadas familias numerosas y demasiados matrimonios jóvenes que no tienen dónde residir… Ahí tiene un

tema de mucho público y que podría desarrollar. Para usted sería muy fácil decir, a modo de prólogo, que ante la imposibilidad de realizar el gran proyecto, los depositarios de los fondos han tomado la sabia decisión de invertirlos para mejorar la situación de la colectividad… Eso supondría un triunfo extraordinario… ¡Y vería usted cómo subía nuestra tirada!

—¿Olvida el testamento de Andrés Serval?

—Al contrario: pienso en él. Y estoy persuadido de que si aquel gran hombre viviera, sería el primero en adoptar tal decisión.

—Yo no estoy tan seguro como usted, señor Duvernier… Era un individuo de otra época y estimaba, como los de la Edad Media, que para un pueblo era preferible edificar un templo grandioso destinado a la comunidad antes que construir un número considerable de cómodas viviendas.

El redactor jefe miró compasivamente al joven cuando éste salía del despacho. Y al quedarse solo, murmuró:

—¡Pobre chico! No debí enviarle a la calle de Verneuit Este asunto le ha conmovido demasiado…

* * *

Una hora más tarde, Moreau se hallaba en la glorieta de la Defensa.

La espantosa estatua de la mujer vengadora seguía en el centro. Los barracones y los ruinosos edificios circundaban aún la plaza. Proseguía el reinado de la fealdad. A centenares los coches contorneaban la glorieta y pasaban indiferentes con su contingente de hombres —ansiosos de movimiento— hacia sus respectivos destinos…

El joven se hallaba desesperado.

Intentó no ver lo que le rodeaba para imaginarse lo que hubiera sido aquel lugar ocupado por el templo. En una especie de halo luminoso, entrevió inmensas multitudes que penetraban bajo las bóvedas. —Y las vio salir transfiguradas, fascinadas por la auténtica belleza… Incluso creyó distinguir, perdidos entre aquellas felices multitudes, rostros que le eran familiares: los de Rodier, Dupont, Legris, Duval—. Pero cada uno de los artesanos se le representaba tal como los había visto la primera vez: el anciano tallista, con mono azul, en su trabajo de las «Galerías del Mueble» el maestro vidriero, con botas de caucho y lavando coches en el garaje de Saint-Ouen; el ebanista, lustrando zapatos en el pasaje del Havre; el cantero, en casa del mandatario de Les Halles; el carpintero, en la guardarropía de la ópera Cómica; el herrero, sirviendo en el ambigú de la estación Montparnasse, y por fin, el aparejador,

en el umbral de la casita de Garches. —A todos los vio como aureolados por su trabajo.

En el mismo momento tuvo la furtiva impresión de que una muchacha pelirroja una pecadora, se ocultaba a la sombra de una puerta para ver pasar a un hombre de cabellos blancos que dominaba a la multitud con su elevada talla. Por los ojos de la joven corrían lágrimas…

Todo aquel desfile inverosímil estaba envuelto en una música muy suave al principio, llegada del fondo de la nave, en alas de un canto gregoriano, y después resplandeciente de sonoridad al repique de campanas que resonaban sobre Paris…

Y así, con la mirada llena de aquella fantasmagoría y los oídos zumbándole de aquellos toques armónicos, fue como el joven abandonó el lugar de su ensueño para volver lentamente a la gran ciudad, dispuesta a atraparlo en sus tentáculos nuevamente. Por todas partes encendían luces, por todas partes continuaba la vida trivial. Muy pronto Moreau se convertiría como aquellos miles de desconocidos con los que se cruzaba en un nuevo crepúsculo, en el personaje anónimo que volvía a la rutina de una profesión. Para justificar la gran idea, se repetía mientras caminaba: «¿No es mejor así? Ha habido ya demasiadas envidias y demasiadas muertes en torno al proyecto de Andrés Serval. Lo que él quería que fuera una catedral de amor se hubiera convertido en una catedral de odio. Preferible es que nunca se edifique».

Repetíaselo, pero sentía un gran vacío en su alma y en su corazón.

F I N



GUY AUGUSTIN MARIE JEAN DE PÉRUSSE DES CARS (1911, 1993, París - Francia).

La causante de vocación fue su niñera, *madame* Joubelin, que en su infancia solía leerle unas historias para hacerlo dormir que lo apasionaban hasta el punto de desvelarlo.

A los 19 años escribió una comedia de boulevard titulada *Croisière pour dames seules* («Crucero para damas solteras»). Su padre, el conde Francois de Perusse des Cars, se horrorizó ante la idea de que su hijo se dedicase al espectáculo.

Dispuesto a luchar por su vocación, Guy abandonó el castillo familiar para dedicarse al periodismo, llegando a ser redactor en jefe del *Jour*.

En 1940 se retiró en el sur, donde escribe su primera novela, *L'officier sans nom*, surgido de sus experiencias en la guerra.

En 1962, fue elegido director de la Academia de Maine.

En 1974, publicó un relato en forma de confesión autobiográfica con el título «Yo me atrevo». (*J'ose*).

Escribió numerosas novelas, de gran éxito, como «La impura» (*L'Impure*, 1946), «El solitario» (*La Brute*, 1951), «La dama del circo» (*La dame du*

cirque, 1962), «El castillo del payaso» (*Le château du clown*, 1977), «La justiciera» (*La justicière*, 1978), o «La vengadora» (*La vengeresse*, 1982).